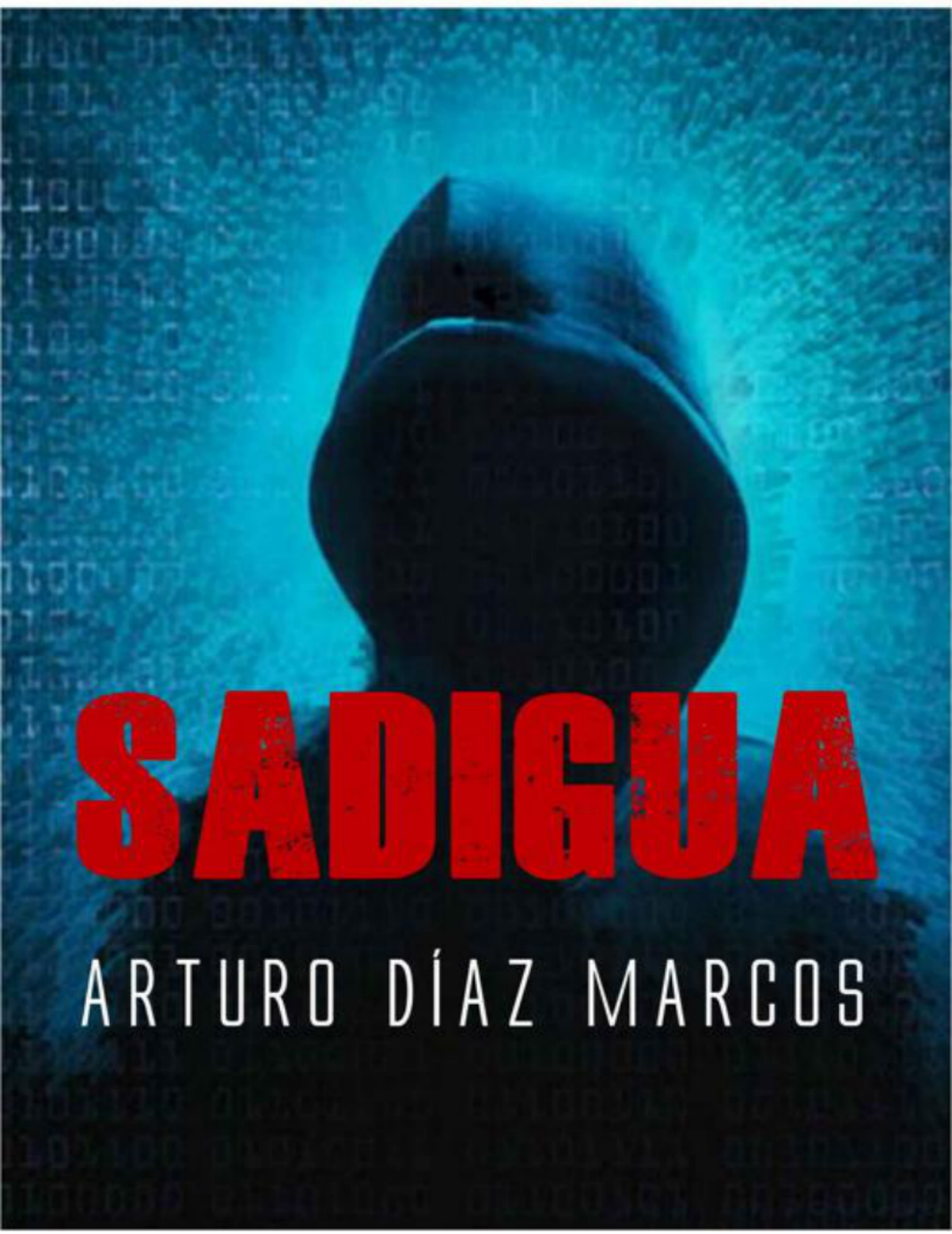
SADIGUA
ARTURO DÍAZ MARCOS

SADIGUA

Arturo Díaz Marcos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra total o parcialmente sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.
Todos los derechos reservados.
Editado en España. Published in Spain.
Título original: *Todas mis amantes*

©Arturo Díaz Marcos Edición 2021
© Arturo Díaz Marcos

Primera Edición 2021

Capítulo 1. Una escena repetida mil noches.
Capítulo II. Sombrero blanco.
Capítulo III. Sombrero negro.
Capítulo IV. Viaje a Madrid.
Capítulo V. Viaje a Bogotá.
Capítulo VI. Los pilares.
Capítulo VII. El dorado.
Capítulo VIII. Una nueva aventura.
Capítulo IX. Luz blanca.
Capítulo X. Carolina.
Capítulo XI. Puntos de colores.
Capítulo XII. Chicha.
Capítulo XIII. Laura.
Capítulo XIV. El ataque.
Capítulo XV. Claudia.
Capítulo XVI. Benzán.
Capítulo XVII. Maximiliano.
Capítulo XVIII. El regalo.
Capítulo XIX. El cebo.
Capítulo XX. El encuentro.
Capítulo XXI. Ramón Dorado.
Capítulo XXII. Carta de despedida.

No seré yo quien…
no te deje recorrer el mundo,
quiera ocultar tus recuerdos,
no quiera contar tus historias
o censurar tu belleza.

Si bien, déjame recordarte que …
has de cuidar tus sueños,
proteger tu sonrisa,
liberarte de ciertas miradas
y guardar tus secretos.

Capítulo I

Una escena repetida mil noches

A esas horas de la noche las calles están vacías.

Una mujer camina rápido, sueña con llegar a casa después de una larga jornada. Acaba de recoger a su hija de la casa de sus padres. Agotada, lleva a la niña en un brazo y un hato con algo de ropa y comida en el otro.

La luna y las luces de las casas iluminan débilmente la acera, juegan con su sombra, la multiplican y la hacen girar a su alrededor hasta forzarla a acelerar el paso.

La tranquilidad de la noche se rompe ocasionalmente por el ladrido lejano de los perros o el estruendo de una motocicleta volando solitaria en la ciudad, dejando tras de sí el intenso zumbido de un enorme moscardón.

Una furgoneta se acerca en silencio, sus ruedas rasgan sigilosas la tierra húmeda. Al pasar frente a ella tres hombres se abalanzan, uno le pone un cuchillo en el cuello mientras le tapa la boca, otro le quita a la pequeña, tira de sus brazos como de las asas de un bolso que no importara romper y se apresura a meterla dentro del vehículo.

Al perder de vista a su hija le fallan las fuerzas, se desvanece y cree morir. Deja caer el hato en la acera.

El tercero le ata las manos y sella sus labios con cinta americana.

Por la acera, entre la ropa y la comida, bajan rodando los sueños de escapar algún día de allí, sueños construidos con ojos empapados de lágrimas en largas noches de insomnio.

Todo le iba bien tras tener a la niña. Su juventud y su belleza le habían conseguido un trabajo en un pequeño comercio y desde hacía unos meses había empezado a ahorrar algo de dinero.

Grita bajo la mordaza, se desespera por el daño que puedan hacer a la pequeña, que llora mirándola desde los brazos de un desconocido.

—¡Relájate, guapa! —le dice uno de ellos mientras le hunde la aguja de una jeringuilla en el brazo y le manosea los pechos.

El siniestro carruaje regresa despacio hacia las calles del centro. Como momentos antes, no hace ruido, no quiere despertar a la noche, que envuelve con su oscuro manto la ciudad.

El líquido inyectado recorre imparable su cuerpo. Tumbada en el suelo ve cómo pasan las luces de las farolas estallando en su cabeza, convirtiéndose en coloridos fuegos artificiales, capaces de sacarle una

sonrisa y hacerla olvidar. El llanto de su hija se oye cada vez más lejano. Todo empieza a dar vueltas a su alrededor hasta que se queda plácidamente dormida.

No me hagáis ponerle nombre a esa ciudad. Esto se repite cada noche en cientos de ciudades que no tienen en común más que estas y otras historias de brutalidad. Siempre con las mismas víctimas en las mismas calles vacías.

Los días siguientes a esas noches son aún peores.

Unas se levantan todavía amordazadas, las manos hinchadas y el cuerpo cubierto de moratones, otras se despiertan con una nueva dosis del elixir que les hizo olvidar la angustia de la noche anterior y las echa de nuevo en brazos de sus raptores y de otros miles, dispuestos a pagar por horas sus cuerpos hasta abandonarlas en cualquier cuneta con el alma hecha jirones.

Daniela despertó con el cuerpo dolorido, tuvo miedo de abrir los ojos y encontrarse con los que saltaron sobre ella y la encerraron en esa cárcel con ruedas. Notó un pequeño bulto a su lado, reconoció el latido de su hija, estaba dormida, la apretó contra ella.

Abrió los párpados lentamente deseando estar en su habitación, pero la realidad se hizo inevitable: no era su cuarto.

No había luz, por una eternidad no se atrevió a moverse. Escuchó con atención, no se oía nada.

Se sentó en el borde de la cama, escondiendo a la niña entre el pecho y los muslos, acurrucadas las dos para hacerse invisibles. Olía a cerrado y a miedo.

Se oyeron golpes de cacerolas y el cuarto se fue inundando de un intenso olor a sancocho de gallina. Cada vez más, pasos, voces y el abrir y cerrar de puertas rompieron el silencio.

Una sombra abrió la puerta de la habitación y entró la luz de una desnuda bombilla que colgaba en el exterior.

“¡Desayuno!”, gritó la negra sombra.

No supo lo que tenía que hacer. Se quedó mirando con la niña en brazos, apretándola cada vez más hasta preocuparse de hacerla daño.

Vio pasar a una mujer. También llevaba un niño. Se apresuró a ponerse tras ella. No dijo nada y nadie le dijo nada, solo encontró rostros mudos llenos de temor.

En una habitación alargada, mesas y sillas de plástico, como las de los bares en las terrazas de su pueblo, acogían a algunas mujeres, la mayoría con niños. Tomaban leche, sopa y algo de pan. Otras seguían llegando, esperaban su turno en una larga, tensa y silenciosa cola que acababa frente a los gruesos brazos de una oronda vieja que, sudorosa y en silencio, servía la comida sin apenas levantar la vista de los

platos.

Al llegar le ofreció un vaso de leche caliente, un tazón de sancocho, un generoso trozo de pan duro y un yogur.

Se sentó sola, como todas las demás. Nadie, salvo los niños, se atrevía a intercambiar una mirada.

Dio de comer a la niña el yogur y un trozo de pan mojado en leche.

Al rato alguien llamó desde la entrada del comedor.

—¡Daniela Fernández Castro!

Le sorprendió que la llamaran por su nombre completo. Levantó la cabeza.

—Ven conmigo —dijo con voz grave un hombre de piel negra de unos cincuenta y tantos años.

Se levantó y se dirigió hacia él. Antes de que llegara a su lado, sin decir nada, se dio media vuelta y empezó a andar. Ella lo siguió. Lo observaba todo, queriendo memorizar el recorrido por si más tarde fuera necesario recordarlo.

A su izquierda quedaba el comedor, a la derecha, cada tres metros, una puerta cerrada. Las paredes guardaban recuerdos de innumerables golpes, manos sucias y líquidos vertidos sobre ellas, algunos de los cuales prefirió no tratar de identificar. Tras la cuarta puerta giraron a la izquierda, la siguiente estaba reventada por una patada. Se estremeció y hundió la cabeza de la niña contra su pecho, queriendo ocultar lo que con seguridad esos inocentes ojos no eran capaces de entender.

Seis metros más y giró a la derecha. Justo enfrente había otra puerta entreabierta tras la que vio una silla, una mesa y unas largas piernas que lucían unas finas medias de color negro. Ese parecía ser el destino del corto recorrido.

Aquellas piernas le hicieron sentir mejor. «Al menos es una mujer», pensó.

El hombre de color llamó golpeando con los nudillos y abrió completamente la puerta.

Una bella y elegante morena con un vestido color tierra, lunares blancos y labios pintados de un intenso carmesí alzó la mirada, esbozó una sonrisa y soltó el bolígrafo que hacía mover nerviosa entre los dedos.

—Me habían dicho que eras guapa, veo que no me han mentido y que tu hija Paola es tan preciosa como tú. Siéntate —dijo señalando la silla.

Deslizó su espalda por el marco para no rozarse con el corpulento guía.

Al sentarse olió una fresca fragancia a rosas. Cerró los párpados. Confundida y con restos de droga en el cuerpo se imaginó sentada en un banco del jardín donde crecen por miles las flores, a las afueras de su pueblo.

Abrió los ojos, estaba cansada. No podía entender el papel en esta macabra historia de aquella que la miraba.

—¿Cuántos meses tiene? —preguntó extendiendo la mano hacia la pequeña, moviendo los dedos con tan poca gracia que la niña, atemorizada, se escondió en su madre.

Inconsciente y bruscamente se giró para alejar a la niña de esa mano que, sin intención alguna de agradar, ya se retiraba.

Ya no olía el aroma de las flores, tenía calor, sudaba. No paraba de moverse, tratando de encontrar una postura cómoda en aquella dura silla.

—Doce y medio —respondió soltando apenas un imperceptible hilo de voz.

—¿Cuántos? ¡Habla más alto!, no tengas miedo.

—Doce y medio —dijo forzando las cuerdas vocales hasta arrancar de su enmudecido cuerpo un sonido agudo, rasgado, pero audible.

—Seguro que quieres para ella una vida mejor, ¿verdad? Sé que desde que la tuviste trabajas duro y que incluso has conseguido ahorrar algo de dinero. Imagino que querrás salir del pueblucho donde vives para siempre —continuó diciendo.

De no ser por los dolores que sentía, por la profunda huella de la brutalidad de la noche anterior, el recuerdo de la inyección que la drogó, el manoseo de ese asqueroso individuo y la imagen del sórdido comedor lleno de madres temblorosas, pensaría que nada de aquello estaba pasando al estar frente a esa mujer.

—Aunque pueda resultarte extraño, estoy aquí para ayudarte —dijo con voz dulce—. Quiero darte la oportunidad de conseguir lo que quieres. —Se echó hacia atrás apoyando la espalda en la silla y cruzando los brazos, dando tiempo y espacio a la indefensa víctima para asimilar lo que estaba sucediendo.

—¿Estoy secuestrada? —preguntó inocente.

La mujer se incorporó, apoyó los antebrazos sobre la mesa, cruzó los dedos entre las manos y clavó su mirada en los verdes ojos de la joven.

—Todos estamos secuestrados. Tú lo sabes mejor que nadie. ¿Qué libertad tienes? Tu vida es un ir y venir desde la sucia tienda en la que trabajas catorce horas al día por un sueldo miserable, a una casa que ni es tuya ni te gusta. ¿No es eso estar secuestrada? ¿Cuánto tiempo

hace que no te diviertes? —Sin moverse ni apartar los ojos de ella hizo una breve pausa antes de seguir—. Y no me refiero a las tristes comidas que haces una vez al mes en casa de tus padres, los mismos que te han condenado por traer al mundo a este bello ángel, ni a las pocas horas que pasas en silencio con las otras madres solteras los domingos por la tarde. —Hizo otra pausa, se echó hacia atrás repitiendo una escena representada mil veces, aguantó sin pestañear un silencio intencionadamente prolongado y regresó con un brusco movimiento a la mesa para, de forma enérgica, golpearla con rabia con la palma de la mano y decirle—: ¡Pero esta vez puedes sacar tajada!

Le sorprendieron esas palabras. Esa mujer conocía con detalle su vida y eso le asustaba, pero a la vez e incomprensiblemente le hacía confiar en ella, tal vez por poner de manifiesto los hechos que siempre quiso cambiar y nunca fue capaz de hacerlo.

—Te contaré lo que vamos a hacer: te llevaré a una casa más bonita y con más luz que este triste barracón. Allí podrás disfrutar con tu hija mientras preparamos tu viaje. Eso es lo único que tienes que hacer, tan solo un viaje. A tu regreso, tu vida y la de tu hija habrán cambiado para siempre.

Ella seguía confundida y desorientada.

—¿Estoy secuestrada?

—¡No seas ingenua, haz el viaje que te pido y todo habrá acabado! —dijo contrariada y con tono de hastío ante una escena vivida en decenas de ocasiones. Hizo una señal.

El hombre de color entró, la agarró con su áspera mano el brazo y la ayudó a levantarse.

No percibió rudeza, como esperaba tras esas últimas palabras, sino delicadeza e incluso ternura. Le miró a los ojos, él bajó la cabeza, avergonzado del papel que le tocaba representar. Dio media vuelta, la sacó del despacho y se puso a andar delante de ella guiándola hasta salir a la calle.

Estaba amaneciendo, no reconoció nada.

Era una gran ciudad. Decenas de edificios se alzaban, a cuál más alto, hasta perderse entre las nubes. Sus paredes, repletas de un sinfín de ventanas, empezaban a iluminarse anunciando el despertar de sus inquilinos que, escondidos allá arriba, eran ajenos a las historias que sucedían en las calles.

Los cubos de basura y algunos trastos sueltos le dieron a entender que salían por la parte posterior de una construcción de cemento de dos alturas y ventanas enrejadas.

Agradeció el frío aire de la mañana en su cara, la noche anterior

había pensado que no volvería a sentirlo. Acurrucó a la pequeña que, cómplice de su miedo, permanecía callada.

Su indeseado acompañante abrió la puerta de una *pickup* y la ayudó a subir. Le puso el cinturón teniendo cuidado de no hacer daño a la niña.

Ese cinturón era diferente, la hebilla del cierre no tenía el plástico rojo que había visto en otros coches para engancharlo y soltarlo, en su lugar su guardián pasó una especie de candado entre la hebilla y la fijación, que hacía imposible abrirlo sin quitar el mecanismo, lo cual transformaba ese elemento de seguridad en una trampa que la encadenaba al asiento.

Con sumo cuidado, casi pidiendo permiso, cumpliendo un mandato no deseado, le puso una bolsa de tela en la cabeza. Daniela no tuvo miedo. No sabía qué papel jugaba ese extraño carcelero en la historia que estaba viviendo, pero estaba segura de que no sería él quien le haría daño.

Cuando habían arrancado, casi sin moverse, con miedo y toda la discreción que pudo, intentó abrir la ventana para sentir el aire fresco y liberarse del insoportable calor que sentía bajo la capucha, pero la ventana estaba bloqueada y no se atrevió a pedir que se la abriera.

Cerró los ojos, inhaló por la nariz hinchando lentamente los pulmones, contó hasta tres y dejó salir el aire poco a poco por la boca. Repitió este proceso varias veces intentando relajarse, queriendo llevar a su mente la tranquilidad de esa respiración pausada.

La camioneta empezó a circular. Tras recorrer varias calles de tierra, en las que los baches la hacían moverse de un lado a otro, entraron en una carretera asfaltada. Las luces de las farolas la acompañaban a través de la tela. Recordó la noche anterior y asustada trató de asegurarse de que esas luces no se tiñeran de colores.

El ruido del motor y la frecuencia con la que veía pasar la luz a través de la capucha le hicieron entender que aceleraban la marcha y salían de la ciudad. Un instante después el viaje se hizo monótono y negro.

Acarició suavemente la cara de la pequeña. Deslizaba sus dedos desde las sienes. Unas veces directamente hasta la barbilla, otras pasando por las cejas y dejándolos caer por la nariz. Repetía una y otra vez las carantoñas tratando de tranquilizar a la niña y convencerse a sí misma de que no les iba a pasar nada. Paola, en apenas unos minutos, cayó dormida y tras ella, apenas unos segundos después, su madre.

Despertó con un balanceo brusco. Circulaban por un camino lleno de baches y curvas. Olía a gasoil. El motor rugía para hacer frente a

una gran pendiente, que hundía su cuerpo en el respaldo del asiento. Aquellos baches eran más pronunciados que los de las calles de la ciudad. A pesar de sus esfuerzos, su cuerpo se balanceaba, llegando a golpearse contra la puerta del vehículo e incluso en alguna ocasión cayendo sobre el brazo de su acompañante, quien la volvía a colocar cuidadosamente en la posición correcta y trataba de ajustar el cinturón para protegerla de los continuos vaivenes.

No habían pasado diez minutos en ese incómodo camino cuando pararon. El conductor abrió la puerta. Un golpe de aire frío inundó el habitáculo devolviéndole la vida y despertando a la pequeña. La acarició para evitar que llorara.

Escuchó atentamente. Estaba manipulando unas cadenas que por el sonido imaginó gruesas. Segundos después un chirrido de bisagras, de lo que supuso era una verja metálica al abrirse, se colaba por sus oídos. Su acompañante volvió a la *pickup* e hizo que el vehículo se moviera.

De nuevo la misma maniobra. Los ruidos y el frío le confirmaron lo que había imaginado. Cuando se oyó el seco golpe de las verjas al cerrarse y de nuevo el ruido de las cadenas, su carcelero regresó, abrió su puerta y le quitó la capucha.

Miró a Paola, le dio un beso e instintivamente miró hacia atrás con la intención de reencontrarse con lo que había perdido. Pero solo vio las grandes puertas cerradas y un espeso y verde manto de árboles y plantas que cubrían lo que era capaz de ver.

Siguieron varios kilómetros donde la vegetación devoraba inexorable el estrecho camino de tierra y barro por el que circulaban. Pararon frente a otra puerta flanqueada por dos cámaras que la intimidaron. Imaginó cientos de miradas clavadas en ella tras esas videocámaras que lo observaban todo y no paraban de moverse. Inconscientemente trató de ocultar su cuerpo, cerró las piernas y con la mano apretó su camisa ajustándola al cuello.

El gran enrejado metálico se abrió automáticamente. Junto a él, una larga valla rematada con alambre de espino dibujaba los límites de lo que entendió sería su prisión a partir de entonces.

Calculó que habían recorrido algo menos de dos kilómetros cuando llegaron a un gran muro de hormigón blanco, que se deslizó con un sonido estridente.

Se metieron en el interior de algo parecido a una gran caja de zapatos. Al pasar el muro pudo ver cómo este se extendía a su derecha hasta perderse en una espesa vegetación que abrazaba la construcción queriendo ocultarla. Sin duda era una cárcel.

Cuando la camioneta paró, una vieja señora vestida de negro

abrió su puerta. El hombre de color, sin bajarse, se acercó a ella para quitarle el artilugio del cinturón mientras le lanzaba una última mirada. Después giró rápidamente la cabeza, agarró con fuerza el volante con las dos manos y clavó sus ojos en el parabrisas, esperando inerte a que madre e hija salieran, queriendo alejarse de allí cuanto antes y tratar de olvidar lo vivido.

Ella, que sin saber por qué se sintió segura al lado de ese que la había llevado hasta allí, hizo ademán de levantar la mano para despedirse o tal vez en un último intento de pedir auxilio, pero no hubo tiempo para nada más que para verle marchar.

Quizás fue su imaginación, pero creyó ver a través del cristal cómo una lágrima recorría el duro rostro de su guardián. Sintió un intenso escalofrío recorriendo su cuerpo y volvió a sentirse sola y a tener miedo.

Otro muro igual que el anterior se abrió frente al vehículo para permitir su salida, haciendo el mismo estrépito que el primero.

Ella permanecía inmóvil, tratando de escapar con la mirada por el inmenso portalón que empezaba a cerrarse y la dejaba aislada en un búnker perdido en mitad de la nada.

—¡No te quedes ahí pasmada! —dijo recriminándola la señora de negro.

Se dio la vuelta. La gran pared que veía frente a ella no era un único muro, sino dos solapados. Entre ellos y de forma perpendicular se encontraba el acceso a lo que hubiera en el interior de ese bloque de hormigón.

«Una gran fortaleza escondida en la selva», pensó.

Entraron. Un gran recibidor, con el suelo formado por grandes losas de un impecable mármol blanco, daba paso a un enorme patio con árboles. A la derecha, una puerta entreabierta dejaba ver un comedor con una larga mesa de madera y cristal, rodeada de elegantes sillas con altos respaldos. A la izquierda, una puerta cerrada.

La mujer se dirigió hacia el patio, ella la seguía con la niña en brazos, observando el tremendo balanceo que tenía al andar. Intuyó que la involuntaria danza era debida a algún tipo de defecto o lesión en sus caderas. Aceleró el paso y se puso a la altura de la anciana. Su cuerpo reflejaba el sinfín de golpes recibidos, su cara, de la que solo destacaba el brillo de dos pequeños ojos color azabache, escondía alguna que otra cicatriz entre las pronunciadas arrugas de la piel. Las marcas de ese cuerpo se le antojaron fruto de una vida llena de sufrimiento.

Al llegar al hermoso jardín, lleno de exuberantes plantas, su mente encarcelada renunció a la belleza de las flores y la obligó a

mirar hacia arriba buscando la libertad. Las ramas de los árboles se entrelazaban con las del exterior, formando una tupida cubierta verde, que le confirmaba su encierro en una prisión, pero por la que al menos se colaban los rayos del sol.

Subió por las escaleras hasta la primera planta. La señora de negro abrió una de las habitaciones.

—Dormirás aquí. Comerás a las doce y media y cenarás a las seis, tienes un reloj en la pared. Hay ropa para ti y para la niña en el armario. Coge lo que necesites. —Aunque se dirigía a ella con dureza, su voz denotaba principalmente el cansancio o el hastío por una escena vivida en otras muchas ocasiones—. ¿Te enteras de algo?, ¡despierta, muchacha! —gritó.

—Sí, sí —contestó sin saber muy bien a qué.

La mujer, sin tiempo para agotar una inútil espera, soltó el picaporte y se marchó refunfuñando por las escaleras.

Entró en un elegante dormitorio. No tenía ventanas, la luz entraba por el espacio entre las paredes y el techo, que parecía flotar sobre la habitación y dejaba un hueco entre sus bordes y los blancos muros.

Perdida, sobrepasada por cuanto estaba sucediendo, se apoyó en la pared, alegrándose de estar sola de nuevo. Era incapaz de recrear una sola imagen en su cabeza, de recordar, de imaginar, de soñar o simplemente de pensar.

Al cabo de unos minutos se descubrió tratando de entender la construcción de ese techo que se suspendía en el aire.

Echando la cabeza hacia atrás pudo ver cómo por encima de las paredes se extendía un techo más alto e inclinado que se elevaba hacia el cielo y sujetaba, de alguna forma que no llegó a entender, el techo que veía.

Por ese hueco se veían las ramas de los árboles mecidas por el aire. La luz que pasaba a través de la oquedad creaba un incesante juego de sombras que proyectaban la vida del exterior a esa habitación sin ventanas.

Por encima de las ramas, un inmenso cielo azul reclamaba su atención. Inmovilizada en la pared, mirando el cielo, volvió a recobrar la consciencia. Miró a su alrededor, buscaba algo que le recordara su pasado.

Con la niña sujeta a horcajadas abrió el armario. Estaba repleto de los vestidos más bonitos que jamás había visto. Se limitó a acariciar sus telas. De nuevo miró alrededor, lo que veía la alejaba cada vez más de lo que hasta entonces había conocido.

En la habitación había una cama rodeada de alfombras y una

cuna. Dejó a Paola sobre una de las alfombras y se sentó en la cama. Quería parar el tiovivo que de repente había llegado a su cabeza. Decenas, cientos de imágenes daban vueltas en ella y le era difícil distinguir las verdaderas de las falsas, como si lo que hubiera vivido no hubiera sucedido nunca, como si lo que nunca hubiera pasado se convirtiera en lo más real.

Había muerto y vuelto a nacer. Una y otra vez se repetía la frase que había salido de aquellos labios rojos: “Tan solo tienes que hacer un viaje”.

En ese momento se dio cuenta de que lo único que había dejado atrás era el hato tirado en el suelo y ni tan siquiera era capaz de recordar lo que llevaba en él.

Horas después del baile había olvidado al padre de su hija. No le creía merecedor de su recuerdo y menos aún de la paternidad de un regalo divino del que nunca quiso saber nada.

Su padre, Agustín Fernández, jornalero ocasional, no tenía más aspiraciones que las de tener dinero para gastarlo en la cantina. Un desafecto padre y marido cuyas atenciones venían rodeadas de voces y algún que otro bofetón, dispensado sin conocimiento tanto a la madre como a la hija, a las que trataba de rameras por igual.

Su madre, Luz Marina Castro, se había conformado con pasar la vida esquivando los encuentros con su marido, lo que hizo de ella la única hija de un absurdo matrimonio. Pasaba las tardes sentada en los bancos de la calle. Criticaba sin piedad a cualquiera que pasara por delante por muchas menos razones de las que podría criticarse a sí misma. Seguramente aquella cotidiana costumbre era la evidencia de la necesidad de enjugar sus penas y carencias con los pretendidos defectos del resto de sus congéneres, incapaces de haber sabido vivir o de haber aprovechado las oportunidades que a ella se le negaron y jamás hubiera desperdiciado como ellos.

Daniela, a pesar de todo, supo ser feliz. Sabía manejar con la misma destreza a su madre que esquivar a su padre. Aprendió a vivir sin ellos, a defenderse por sí misma, a luchar, a trabajar y a disfrutar sin ningún temor, hasta que en aquel baile las flores, la música, la luna y un desconocido impulso la empujaron a los brazos de un joven muchacho que le regaló por unas horas sus caricias.

Se levantó de la cama. Volvió a mirar por el agujero del techo para perder la mirada, quería imaginar lo que estaba por venir. Bajó la cabeza, Paola seguía sentada desenredando los flecos de la alfombra. La cogió en brazos y simplemente decidió dejarse llevar.

Capítulo II

Sombrero blanco

Tras su conversación con Germán, el director general de la sociedad, Martín fue consciente, por primera vez, de que había pasado los últimos siete años encerrado en ese despacho.

Con una mezcla de sentimientos difícil de entender a la vez, pues iban de la nostalgia a la esperanza y de la frustración al orgullo, recorría cada centímetro cuadrado recordando los miles de detalles grabados en su memoria.

Sin sacar las manos de los bolsillos del pantalón, con los pies anclados bajo el dintel de la puerta, se veía reflejado en aquellas cuatro paredes y en los pocos enseres que había entre estas.

Era como mirarse en un improvisado espejo: alto, pelo castaño, ojos vivos de color miel perfilados con un sutil toque de tristeza, trajes caros que evidenciaban lo destacado de su posición, mientras, por detrás de él iban pasando cada uno de los más de tres mil quinientos días de trabajo en SERAVTEL, desde los primeros días en las viejas instalaciones a las afueras de Madrid, en un polígono de Getafe, hasta su actual situación en el lujoso edificio de la calle del Cerro de la Plata.

Ese despacho era una dependencia envidiada y temida. Una especie de Meca a la que todos ansiaban llegar, pero a la que nadie se atrevía a entrar sin ser llamado.

Incluso el presidente, cuando quería ser visto o hacer visible alguna decisión importante, se apresuraba a tocar con los nudillos en la puerta siempre abierta y exponer allí lo que deseaba que se llevara a cabo y fuera conocido.

El despacho, situado en la séptima planta, no era diferente al resto, pero su siempre inquietante inquilino lo había convertido en el centro de todas las operaciones. Lo que había pasado, lo que estaba pasando y lo que iba a pasar en esa compañía se engendraba entre sus cuatro paredes.

Para cualquiera que entrara en él era poco lo que podía observar. Se podría decir, muy al contrario, que era más revelador de la personalidad de su ocupante lo que se echaba en falta.

Una mesa colocada perpendicularmente a la ventana, sin llegar a tocarla, separada de esta unos veinte centímetros y alineada en

perfecta orientación este-oeste, acogía sobre su brillante tablero una gran pantalla, un ratón y un teclado.

Al otro lado de la mesa, detrás de la gran pantalla, dos sillas siempre vacías, colocadas en un ángulo exacto de ciento veinte grados, hacían imposible sentarse en ellas sin romper el perfecto orden que su inquilino buscaba de forma constante, por lo que más que ofrecer a los exiguos visitantes un asiento, parecían tener sobre ellas un evidente, aunque invisible cartel donde se podía leer: *prohibido sentarse*.

Detrás de las sillas, colgado en la pared, un grabado del *Endurance*[1] tenía la intención de recordar la última expedición de *Ernest Shackleton*[2] a la Antártida y con ella poner en valor para los visitantes las lecciones de liderazgo obtenidas de ese reto de supervivencia, que tanto habían motivado a ese amante de las aventuras de superación personal.

La mesa y las sillas eran la separación entre la puerta del despacho y el ventanal que daba a las vías del tren.

En aquella mesa vacía se echaba en falta algún que otro documento, material de escritorio o alguna fotografía, pero, muy al contrario, ese despejado tablero trataba de transmitir un intencionado mensaje de orden y eficiencia.

Martín era, por encima de todo, una persona intuitiva, un águila en constante búsqueda de nuevos objetivos, capaz de percibir con facilidad, del mercado, de los sistemas y de las personas que le rodeaban, los más mínimos detalles y reaccionar a ellos con una gran rapidez mental para tomarlos a su favor o al de su organización.

Empezó a trabajar como becario en SERAVTEL cuando tenía veintidós años, sin haber terminado su carrera de ingeniería de telecomunicaciones en la Universidad Politécnica de Madrid. Se había especializado en seguridad de sistemas.

Como todos los de su generación vivió en directo, desde la distancia, el desarrollo de las telecomunicaciones y los diferentes submundos que se crearon alrededor.

Era un admirador de los *hackers*[3], sombreros blancos[4], que se crearon a sí mismos alrededor del M.I.T. (Instituto de Tecnología de Massachusetts), cuando los *hackers* eran los buenos, unas apasionadas personas que se dedicaban a programar de forma entusiasta en su tiempo libre y *daban* a conocer de forma gratuita lo desarrollado.

Le gustaba presumir de la ética de esos pioneros. Tenía un póster con los seis fundamentos de estos brillantes individuos:

“El acceso a los computadores debe ser ilimitado y total.

Toda información debería ser libre.

Es necesario promover la descentralización y desconfiar de las autoridades.

Los hackers deberían ser juzgados por su labor y no por cosas como su raza, su edad o su posición social.

Se puede crear arte y belleza en un computador.

Las computadoras pueden cambiar tu vida para mejor".

A los primeros años de entusiasmo técnico les siguieron otros de trepidantes ascensos, soportados por un magnífico trabajo, que había hecho triplicar la facturación de la compañía, cuando dedicó sus conocimientos al área de productos y servicios al cliente, donde desarrolló innumerables soluciones impensables hasta su llegada.

A sus treinta y ocho años estaba soltero y feliz por ello, al carecer así de distracciones que le apartaran ni por un segundo de su gran vocación, la empresa, a la que dedicaba la práctica totalidad de las horas del día y buena parte de sus horas de insomnio.

Con el paso del tiempo se había convertido en un objeto de deseo para clientes y firmas de la competencia, de las que solía recibir atractivas propuestas de trabajo, que solo una persona con su determinación y sentido de la lealtad era capaz de rechazar.

Sus orígenes eran humildes. Su madre, tratante de ganado, orgullosa de su condición, con una disposición y unas manos capaces de partirle la cara a cualquier hombre, fue una adelantada a la época en la que vivió y supo regalar a su hijo su fortaleza y visión para innovar.

Emilia Barroso, madre de Martín Barroso, una mujer de unos vivos ojos verdes con el doble de luz que los ojos de su vástago y siempre enlutada por un esposo que nunca tuvo y que excusaba la ausencia de un padre para su hijo, pasaba las semanas haciendo tratos con los más duros negociantes, ninguno de los cuales le llegaba a la suela de los zapatos.

Viajaba por España en un viejo dos caballos furgoneta, que había comprado por cuatro duros a su gran amigo el doctor don Fernando López. Con él y para ganarse su atención y asegurar el contacto entre el doctor y su hijo, compartía las recetas heredadas de su abuelo, basadas en plantas y flores, que curaban diversos males y en las que el doctor estaba muy interesado.

—¡Aprende del doctor, hijo! Haz caso a lo que te diga y escúchale con atención. Él y yo te sacaremos de aquí. —Esa era la máxima determinación de la madre y el mayor regalo que podía hacer a su hijo.

Martín podría haber nacido donde le hubiera dado la gana, pero decidió nacer donde su madre, en Talavera de la Reina, quizás en la seguridad de que esa ciudad de aluvión, desconectada de cualquier origen legendario, le daría la libertad que incluso desde antes de nacer ya iba buscando.

Más tarde, don Fernando, un apasionado por la vida en todas sus facetas, amante de la Historia y de la Arqueología, le abriría las puertas de esa primera intuición prenatal, estableciendo el vínculo de esta forma de pensar y de ser con los principios de la historia de esa aldea, allá por el tiempo de los Vetones.

Talavera y el doctor López fueron las mejores oportunidades que se le dieron al pequeño para aprender que en la vida no hay nada que perder, pues sin nada se viene a ella y todo se pierde tras ella.

Las innumerables derrotas que la Historia dejó en herencia a ese pueblo y la fragilidad del cuerpo humano, ambas expuestas con el mayor detalle por tan ilustre médico, así se lo enseñaron y convencido de ello se limitó a jugar con la vida sin tenerle miedo a nada ni a nadie.

Don Fernando, un humanista consumado, trató de abrir la mente del niño sin ataduras ni imposiciones. Le enseñaba la necesidad de ver lo diferente y no limitarse a aceptarlo y respetarlo, sino a investigarlo y vivirlo con curiosidad y pasión, en la seguridad de la riqueza que encontraría.

Sin ser realmente consciente de ello, le inició en el arte de encontrar la belleza y el potencial infinito de cada persona, cada cultura, cada paisaje y cada instante.

El doctor, fiel a sus principios y para escarnio, envidia y alboroto de toda la ciudad, estaba casado con una tremenda mujer senegalesa veintisiete años más joven que él, la única mujer de color que vivía por entonces en Talavera, una imponente hembra a la que el resto de la población acusaba de tener un pacto con el diablo para no envejecer.

Awa, la mujer de don Fernando, vestía un pañuelo de vivos colores que dejaba a la vista unos inmensos ojos negros, una ancha y excitante nariz y unos labios carnosos, entre los que destacaban unos perfectos dientes blancos cuando esa oscura y brillante cara esbozaba una de las muchas sonrisas que ofrecía con generosidad. Aquella mujer daba vida y luz a su marido y poco a poco fue cautivando a su pupilo.

Mientras él era el médico más respetado de la ciudad, ella era calificada como la mayor de las brujas. Mientras el galeno y el resto de sus coetáneos iban viendo cómo sus cuerpos se encogían con la

edad, ella permanecía altiva y joven para mayor sufrimiento de sus detractoras, que deseaban verla arder en la hoguera mientras don Fernando soñaba con verla bailar para regocijo de su alma y de su menguante cuerpo.

Cuando Martín tuvo la edad para ello, alternaba su presencia en el colegio con la ayuda que dispensaba a su madre los días uno y quince de cada mes en los mercados de ganado.

Desde muy pequeño adquirió la habilidad de calcular el dinero exacto que contenían los tacos de billetes, sujetos por gomas elásticas, que los tratantes empezaban a mostrar para asegurar y forzar el cierre de la operación de cada uno de sus tratos. Aquellas teatrales exhibiciones de liquidez de los compradores y el desproporcionado desinterés de los vendedores le enseñaron a mirar a los ojos a la gente y entender la necesidad o la ambición sobre lo que querían comprar o vender y, con ello, averiguar sin equivocarse cuánto estarían dispuestos a pagar unos y a aceptar otros por cada lote por el que pujaban.

Se impregnó de la multiculturalidad de los tratantes, de su sencillez, de su sana ambición y de la nobleza y el significado de un apretón de manos. Algo más de tiempo le llevó adquirir la habilidad de quitarse de encima a aquellos con quienes no había que tratar, sin que ese rechazo le supusiera la más mínima desazón o disputa.

“Hijo, no pierdas un instante con quien no te quiere o simplemente se niega a escucharte. Para justificar y afianzar su ofensa o su desprecio te enredarán en una tela de araña, que tú mismo harás crecer con cada nuevo argumento que esgrimas tratando de ser aceptado. Esa gente no es para ti. Sigue tu camino, no pierdas un ápice de tus fuerzas en querer agradarlos”, le decía don Fernando tras la frustración del pequeño con algunos de los tratantes con los que pretendía hacer negocios y de los que recibía burlas por ser un niño.

Esos días uno y quince de cada mes fueron la primera y gran escuela de la economía de libre mercado y don Fernando, los tratantes y especialmente su madre, los mejores maestros, superando en la labor a lo que pudiera haber aprendido del propio *Milton Friedman*[5].

Había colocado intencionadamente la mesa del despacho de la séptima planta mirando al sur.

Desde su sillón de trabajo, bien apoyado en el respaldo y haciéndolo girar levemente, se enfrentaba a ese constante reto de someter a la organización a una mejora tenaz, que enfurecía hasta a los más ávidos por el cambio, y había logrado dejar una profunda huella en todo el que allí trabajaba.

Ese lento y sistemático movimiento, buscando siempre más allá de los muros del lujoso edificio, era un constante reto de creatividad e innovación.

Solía bromear con ironía sobre la posición de la mesa. “En el sur se encuentra la creatividad. Quiero estar frente a ella y abrirle de par en par las puertas cuando se le ocurra aparecer”.

Era entonces cuando se le escapaba una sonrisa, una de esas con tanta guasa como las que le regalara su querido doctor, para seguir diciendo con pasión: “La innovación es un ejercicio continuo de aprendizaje; el aprendizaje, un ejercicio continuo de perseverancia; la perseverancia, un ejercicio continuo de creatividad, y la creatividad, un ejercicio continuo de superación de los miedos”, tras lo cual hacía un gran silencio y acababa asegurando con rotundidad: “¡Y aquí no hay miedos!”.

Sin duda la creatividad había sido generosa con él y cruel con los que le rodeaban y debían sufrir su abundancia.

La ventana del despacho daba al este. Un gran ventanal que se extendía de pared a pared y por el que solía mirar el ir y venir de los trenes de la estación de Atocha. Había convertido la estación, los trenes y ese enjambre de vías y cables en su maqueta, ajustando con precisión sus rutinas diarias a esos flujos.

Su actividad estaba sincronizada con el incesante movimiento de viajeros, como si estuviera en constante competición con ellos para demostrar su capacidad de trabajo. Al menos ese parecía ser su reto: ser capaz de levantarse y poner en marcha la ciudad por la mañana y dejarla durmiendo cuando regresaba a su apartamento por la noche.

Cuando la estación de Atocha empezaba a coger el mayor ritmo del día le gustaba convocar las reuniones más intensas, esas en las que alguien sufriría su deseo de mejora incontrolado.

Las reuniones tenían lugar en una mesa redonda que pretendía dar la misma importancia a cada uno de los que allí se sentaran, aunque esa aparente igualdad quedaba rota de inmediato por la arrolladora personalidad del anfitrión.

Colocaba a la persona elegida en la silla opuesta a la suya, sometiéndola a un continuo bombardeo. Ese infatigable ejercicio acababa inundando la mente de la persona, convirtiéndola en esclava involuntaria de los sueños que acababan de inocularle y que se habían transformado en retos, gracias al poder de persuasión del inquilino de ese despacho.

La persona objeto de aquel trato era especialmente elegida, nunca al azar, siempre fruto de su profundo conocimiento de cada una de las que allí trabajaban. Cruenta contradicción para la víctima que, en

lugar de celebrar la admiración que pudiera sentir ese ídolo de la compañía, era sometida a una continua tortura con el único propósito de obtener lo mejor de ella.

Él quería un único responsable, lo elegía y le encomendaba la misión. Los demás eran figurantes, segundones necesarios para el futuro papel que tendrían que jugar para el actor principal y estaban encadenados desde el inicio por una deuda emocional, que se había tejido cuidadosamente en aquellas reuniones iniciales.

Con toda seguridad, al salir de esas reuniones la persona elegida recibiría el halago de sus compañeros, conocedores como eran del proceso de selección de Martín, pero en ese momento ni el más optimista de los mortales podría querer para sí mismo ese privilegio, sumido como estaba en una profunda desazón por hacer posible, en el tiempo encomendado, las demandas aparentemente inalcanzables propuestas por aquel infatigable promotor del cambio.

Todos sabían que el éxito de esos encargos estaba asegurado por la tenacidad y el respaldo de ese adalid del cambio y solían venir acompañados de un afianzamiento de la carrera de los afortunados e involuntarios concursantes.

Ese día, el martes tres de septiembre de dos mil trece, mientras contemplaba el despacho tras la absurda reunión por la que su vida iba a dar un tremendo giro, vio las dos grandes macetas: un Tronco de Brasil[6] y una Beaucarnea[7]. Ellas habían sido los únicos seres vivos capaces de sobrevivir con esplendor en ese temido rincón e incluso ellas hoy parecían tristes.

Se había jactado durante siete años de su positivo estado de ánimo, apoyándose en un dato incuestionable, en su opinión: la exuberancia de las dos plantas, seguramente más agradecidas a la luz y a las condiciones del local que a las barbaries que hubieran podido ver en el despacho o a las atenciones que hubieran podido recibir de su propietario.

Él atribuía la belleza de ambas a la capacidad de las plantas para percibir el alma y la honestidad de las personas, creencia heredada de su abuela Josefina, con la que había pasado grandes temporadas en su infancia, durante los continuos viajes de su madre, y quien cantaba todos los días a sus decenas de macetas llenas de flores, mientras acariciaba cada uno de sus pétalos para asegurar el perenne estallido de color que lucía su jardín.

Nunca defendió públicamente la supuesta inteligencia emocional de las plantas, pero siempre creyó en ella.

Mirándolas recordó cuando el Tronco de Brasil floreció, hecho inusual que de nuevo había achacado a su buen *karma* y no a los más

de veinte años de vida de la planta y de cómo, entusiasmado por ese reconocimiento explícito de la naturaleza, recorrió cada rincón del edificio para dar a conocer tan exclusivo acontecimiento e invitar a sus colegas a visitar su despacho y oler la empalagosa y extraña aparición.

La flor se convirtió por casi tres semanas en su cómplice, extendiendo, al igual que su propietario, su dominio con aquel intenso olor que atemorizaba a todos con la presencia aún más evidente de Martín.

Capítulo III

Sombrero negro

En Estados Unidos le llamaban “el Colombiano”. Había vivido en primera persona los juegos de los *hackers* en *Massachusetts* y desde el principio, por la excitación que le producía mirar sin ser visto, decidió ser un *cracker* [8], un sombrero negro[9].

Mientras otros se dedicaban a gastar bromas inocentes, *hacks* las llamaban, él vio el gran negocio de poseer la información que deseara y hacer uso de ella, en el peor de los casos, simplemente poniéndola a la venta del mejor postor.

Siguió la carrera de *Kevin Mitnick*[10] con atención. Quería aprender de él y de los fallos que pudiera cometer. No tenía prisa por ser el mejor. El desarrollo de la tecnología iba dando forma a la visión que tenía para controlar el mundo.

Se limitaba a entrar donde *Mitnick* ya hubiera entrado con el simple propósito de demostrarse a sí mismo que era capaz de hacerlo y ser invisible, aun cuando autoridades y expertos estarían alertas tras la reciente visita de *Mitnick*.

Se puso retos cada vez mayores y llegó a tocar, literalmente, las llaves del poder, pero no tenía prisa en cogerlas, el objetivo era simplemente mirar y aprender.

Aprendió a ser un *phreaker*[11] de primer nivel. Era capaz de entrar en cualquier lugar que se propusiera con tan solo un teléfono.

Desarrolló su primera *Blue Box*[12] y con ella descubrió el enorme potencial de moverse por donde quisiera. Cuando leyó en la prensa aquello de lo que todos hablaban: “El artículo que inspiró a *Steve Jobs*”, tachó a este personaje de falta de visión. Esa caja era la llave que abría todas las cerraduras de un mundo que, por entonces, no llegaba a intuir el poder que desarrollarían quienes dominaran las telecomunicaciones.

Sus compañeros de aventuras presumían de sus logros mientras él se limitaba a superarlos sin que nadie se enterara.

Internet siguió construyendo el universo que ya soñaba a finales de los setenta. Pero su gran sorpresa, aquello con lo que nunca contó y le abrió las puertas para alcanzar sus deseos, fueron las redes sociales.

En mil novecientos ochenta y ocho descubrió *Six degrees*[13], una de las primeras redes sociales. Desde el principio aprendió a mentir.

Fue en esta red donde se bautizó a sí mismo como Ramón Dorado, hijo de un adinerado terrateniente español ubicado en Colombia, datos en los que, años más tarde, muchos creían ver sus orígenes reales.

Al finalizar la carrera encontró fácilmente trabajo en la misma universidad, donde siguió aprendiendo, rodeado de los padres de internet y de los mejores *hackers* de todos los colores.

Era el extraño sentado en la segunda fila en todas las reuniones. Unos oídos permanentemente atentos, unos ojos enrojecidos y abiertos como platos y una boca permanentemente cerrada.

No se dejaba conocer, no tenía amigos. Algunos, los pocos capaces de percatarse de su presencia, pensaban que tendría problemas con el idioma y de ahí su reservado carácter, y lejos de sospechar de la tremenda avaricia y egoísmo por el conocimiento de ese individuo, trataban generosos de explicarle hasta los últimos detalles de sus descubrimientos, sin saber que eso era precisamente lo que el colombiano deseaba.

Una persona a la que no se le veía ni se la escuchaba y que no presumía de sus hazañas como el resto, cayó fácilmente en el olvido cuando decidió desaparecer de los privilegiados círculos en los que se movía.

Ramón Dorado nació en *Six degrees* para conquistar el mundo. Enseguida supo ver que esa red le otorgaría la posibilidad de ser quien quisiera y cuantos quisiera, tantos como fueran necesarios para poder influir en cada uno de los que se asomaban curiosos a esa primera experiencia social.

Con esa visión se hizo con decenas de perfiles falsos. Su primer perfil, el de Ramón Dorado, aceptó a su segundo perfil, Melissa White, una republicana activista en defensa de la paz. Melissa llegaría a tener un gran grupo de seguidores, sobre el que ejercía una clara influencia.

Al tercer perfil le aceptó el segundo, al cuarto el primero y así construyó un gran ejército de hombres y mujeres, blancos, afroamericanos y asiáticos, radicales de izquierda y de derecha, moderados, pastores evangelistas, obispos y prostitutas, todos dispuestos a influir en el resto de la red para hacer posibles sus intereses, hasta entonces puramente teóricos y conceptuales.

En aquella primera red aprendió la importancia de tener perfiles consolidados con una larga trayectoria y a los que, incomprensiblemente, la gente otorgaba mayor credibilidad que a los recién ingresados.

En *Linkedin*, *Facebook* e *Instagram*, entre otras, encontró su terreno de juego perfecto.

Cuando el resto del planeta empezaba a darse de alta y a aprender a moverse en esas redes, él ya contaba con cientos de perfiles falsos recomendados unos por otros. Algunos de ellos fueron estrellas con decenas de miles de seguidores, otros, lobos solitarios que lapidaban a cualquiera con sus profecías, todos necesarios para el universo paralelo que estaba construyendo.

El resto de los mortales, ajenos a tal propósito, contribuían ofreciendo voluntariamente miles de datos, personalidades y fotografías y él, con esta desinteresada ayuda, se hizo omnipresente.

Una gran base de datos, compuesta como combinación de lo que podía obtener en la red, simplemente tecleando: nombres más comunes de Chile y apellidos más comunes de Chile, le ofrecían miles de falsos nombres de personas chilenas con perfiles ficticios, alimentados cuidadosamente por perfiles reales elegidos de Colombia o España.

Los perfiles colombianos y españoles subían información real de forma diaria. Él trasladaba cuidadosa y debidamente filtrados esos datos a los perfiles falsos chilenos. Estos se completaban con la inclusión de noticias elegidas de la vida real o inventadas, que iban componiendo el carácter de cada perfil y su posicionamiento en la red.

Esta misma estrategia la desarrolló en los países de su interés, al principio tan solo unos cuantos. Los perfiles colombianos falsos fueron creados con perfiles reales de panameños o venezolanos y así una enorme telaraña que crecía imparable de país en país.

Una gran base de datos nutrida de forma inconsciente y gratuita por los que veían en las redes la forma de mostrar sus vidas, tal vez con el deseo de convencerse a sí mismos de lo fabuloso de las mismas. Instantáneas robadas a la razón, que contribuían a construir el nuevo mundo de Ramón Dorado.

Se cree que estas primeras actividades eran financiadas con la generosa asignación que recibía de su padre, pero pronto necesitó de más recursos para sustentar la maquinaria que había puesto en marcha.

En marzo de dos mil cinco hackeó el teléfono de Máximo Medina, jefe territorial de un cartel de la droga. No le supuso demasiado esfuerzo dar con aquel peón de una gran organización, pero Ramón buscaba el origen, la cabeza de ese imperio.

Entre los muchos juguetes con los que contaba, Dorado poseía un simulador de celda, un equipo normalmente utilizado para probar teléfonos móviles, modificado para rastrear el teléfono de Máximo. Mientras el teléfono estuviera encendido y aunque no estuviera en uso, con este aparato el móvil se convertía en un transmisor sin que el

usuario lo supiera.

Ubicarse cerca de la empresa de Máximo Medina para lograr sus propósitos fue una tarea fácil en una ciudad en plena reconstrucción.

En solo una semana, fruto de la interceptación de todas las conversaciones telefónicas y lo obtenido por el simulador de celdas, conocía cada movimiento de ese sujeto del Valle del Cauca, obteniendo la información necesaria de cada negocio en el que se movía, los legales y los ilegales, los conocidos y los que nunca deberían conocerse.

Máximo, a ojos de su familia y vecinos, era un conocido fabricante y comercializador de muebles. Su taller estaba ubicado a unos ciento veinte kilómetros al noroeste de Cali.

Estaba casado con Beatriz Lorenzo, tenía tres hijos, un varón de doce años, Máximo Jr., y dos preciosas niñas, Liliana, de nueve, y Beatriz, de seis.

El negocio, según pudo comprobar Dorado accediendo de forma remota al ordenador de la firma "MMM", Muebles Máximo Medina, era una próspera actividad que podría haber mantenido a esa familia alejada del negocio de la droga para toda la vida, pero Medina, como la inmensa mayoría de los seres humanos, quería más.

Su tapadera estaba construida a través de la involucración en esa turbulenta actividad del jefe de la Policía Local, Daniel García, quien tenía dos cometidos conocidos por Máximo y algún otro que no sabía.

El primero consistía en vigilar las actividades policiales y, en caso de que hubiera algún tipo de indicios contra el negocio regentado a partes iguales, tratar de desviar la atención hacia otros temas o personas, avisando a Medina de ello para subsanar las grietas de seguridad que hubiera podido detectar.

El segundo cometido era atender las llamadas de su compadre Medina y acudir en su ayuda sin escatimar recursos, haciendo uso de los medios que tenía a su alcance y accediendo a cualquier otro que fuera necesario, legal o ilegal.

Máximo Medina nunca llegaría a conocer por sí mismo el tercer cometido de Daniel García, la satisfacción de las fantasías sexuales de Beatriz, su amada y bella esposa.

Un triángulo perfectamente engrasado que hacía las delicias de Dorado en su interpretación del comportamiento del ser humano, su predictibilidad, su insaciable ambición, su capacidad para engañar y la tremenda fragilidad con la que sostienen sus vidas, lo que desde hacía tiempo le había liberado de tener algún tipo de consideración hacia la raza humana y de la responsabilidad que sus actos pudieran ocasionar en los que irremediablemente se verían afectados. «Daños colaterales»,

pensaba. Tenía la certeza de que todas esas víctimas involuntarias eran merecedoras de cuanto pudiera sucederles, algunas por estar donde no debían, otras por el sencillo hecho de existir.

Pero la actividad que nunca debería conocerse, fruto de la codicia de un individuo que tenía lo que pudiera soñar, era la pequeña pero constante apropiación de parte de lo obtenido con ese negro negocio y que ocultaba al resto de sus socios, acumulando con ello una importante cantidad de dinero, que más que satisfacer sus necesidades económicas, satisfacía su enorme ego.

Dorado dibujó un organigrama situando a Máximo Medina en la parte más alta del mismo. Dependiendo de este, las dieciséis personas que distribuían la droga en las distintas zonas bajo su control. Dependiendo de cada uno de ellos y en función de la ciudad o ciudades de su responsabilidad, los diferentes responsables de distrito y así sucesivamente, hasta llegar al último eslabón de las diferentes ramas de la organización.

Al lado de cada nombre anotó el número de teléfono, el que era conocido y el que no en caso de que la persona tuviera más de uno. Del mismo modo incorporó cuantos datos adicionales consideró importantes para el control de cada individuo de esa siniestra asociación empresarial.

Ese fue el primer ejercicio de lo que más tarde sería su *modus operandi*. Estaba listo para empezar a ejercer su dominio. Había creado una red de colaboradores en diferentes países que contribuían en la construcción de toda la tramoya de perfiles en las redes sociales.

Su organización virtual, como él la llamaba, ahora dispondría de su primera organización física, en la que no estaba realmente interesado, pero que le facilitaría las fuentes de financiación adecuadas para sostener el excitante lanzamiento que haría realidad sus deseos.

El primer paso tras la identificación del máximo responsable de la siniestra red, a través de una de las llamadas de Máximo, fue interceptar el teléfono del jefe del cártel, Sebastián Neira, y esperar paciente la llamada, que tarde o temprano se produciría, entre Máximo y su jefe, para interceptarla.

El siete de abril de dos mil cinco, como de costumbre en esa ciudad de la costa del Pacífico, la mañana era calurosa. Eran las doce y diecisiete. Máximo recibía la llamada de Sebastián, hombre de pocas palabras. Se interesaba, desde el patio de su lujosa y protegida casa en las afueras de Cali, por un par de cuerpos aparecidos en la zona bajo el control de Máximo y la posible relación de estos con el negocio.

Máximo, siempre disfrutando un buen habano, trataba de

justificar los cadáveres cuando Ramón Dorado entró en acción irrumpiendo inesperadamente.

—Perdonen que interrumpa, mi nombre es Ramón Dorado.

—¿Qué es esto? —gritó Sebastián, estampando el teléfono contra la pared mientras Máximo se quedaba helado oyendo esa voz salida de la nada.

—Hola caballero, es usted José, ¿verdad? —dijo Ramón al escolta que había recogido el teléfono del suelo—. Por favor, páseselo de nuevo a don Sebastián, le interesará oír lo que tengo que decirle.

El escolta se acercó a su jefe y le transmitió el mensaje recibido.

—Te voy a partir en dos, puto pendejo —gritó Sebastián al coger de nuevo el teléfono.

—¡Vamos, don Sebastián! No se irrite. Tan solo quiero arrancarle una garrapata que le está chupando la sangre y hacerle un gran favor. Además, usted únicamente sabe mi nombre y, como podrá imaginar, no le llevará a ninguna parte. Sin embargo, yo lo tengo controlado; José acaba de pasarle el teléfono y a su derecha, detrás de la preciosa astromelia blanca[14], Raúl ya tiene la pistola en la mano para disparar a un fantasma. Dígale que la guarde, por favor, ¡no seamos violentos! —dijo con rotundidad Ramón quien, además de estar participando en la llamada, tenía conectadas las cámaras de ambos móviles, viendo lo que pasaba alrededor de cada uno de esos dos personajes.

A esas alturas, a Máximo le sudaban tanto las manos que le costaba sujetar el teléfono.

—Vamos a hacer una cosa —siguió diciendo Ramón—. Les voy a dejar un regalo en el celular, uno diferente para cada uno de ustedes. Seguro que sabrán lo que tienen que hacer en cuanto los vean. En unos días lo vuelvo a llamar, don Sebastián, no hay prisa.

Hizo una larga pausa, que ninguno de sus interlocutores se atrevió a romper, antes de continuar.

—Por cierto, don Sebastián, si necesita algún experto en telecomunicaciones para tratar de protegerse o descubrirme, dígamelo, le puedo recomendar a los mejores del país, la inmensa mayoría de ellos trabajan para mí, pero ya le advierto que ni siquiera los míos podrán decirle nada sobre mí ni sobre esta llamada ni sobre el regalo que dejaré en sus celulares. Realmente soy un fantasma, nunca podrán prevenirle de lo que quiero hacer y que, con seguridad, acabará convirtiéndose en una fructífera relación entre nosotros. En cualquier caso, me decepcionaría si no lo intentase.

—Te juro que te voy a matar —insistía Sebastián, irritado por esa intromisión incontrolada en una vida que giraba en torno a su seguridad y la de los suyos.

—Créame, don Sebastián, no le interesa hacerme daño. Cuide esa hermosa planta. Como bien sabrá, cada flor tiene seis pétalos y cada uno de ellos simboliza una faceta importante de la amistad: el entendimiento, la paciencia, el compromiso, la empatía, el respeto y el humor. Le propongo que esa flor sea el símbolo de nuestra relación. Hoy empieza para usted el futuro, don Sebastián —le contestó con un tono pausado, que pretendía hacer entender a ese todopoderoso capo de la droga la necesidad de colaborar con él.

Dirigiéndose a Máximo, le susurró:

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, Máximo, don Sebastián y yo mismo se lo agradecemos. Siempre será recordado por su generosa contribución para cambiar el mundo.

Sólo años más tarde Sebastián entendería el significado real de esta frase.

En cuanto Ramón colgó, Sebastián se apresuró a ver lo que ese irritante desconocido le había dejado en el teléfono.

Mientras tanto, Máximo dejó el habano en el cenicero, sacó un gran pañuelo blanco del bolsillo del pantalón y comenzó a secarse el sudor que vergonzosamente empapaba su ropa en aquella húmeda mañana. Se echó hacia atrás en el sillón de cuero que presidía el vetusto salón, decorado por él mismo para representar su poder y comenzó a rezar.

El hasta entonces inaccesible Sebastián Neira había recibido dos archivos y un mensaje de texto.

Se apresuró a abrir el primer fichero.

Contenía la red que controlaba Máximo: nombres, teléfonos, volúmenes de negocio y cada uno de los detalles del organigrama que había construido ese insolente visitante que, sin saber cómo ni por qué, había irrumpido inoportunamente en su vida.

El segundo fichero revelaba las dos contabilidades del negocio controlado por Máximo Medina, la que Sebastián conocía y otra muy diferente, que incluía las cuentas corrientes con su saldo y la relación exacta del origen del dinero robado a lo largo de los años.

Abrió el mensaje:

"Don Sebastián,

Voy a hacerle inmensamente rico y poderoso.

Podemos ayudarnos mutuamente.

Imagino el castigo para Máximo Medina, pero antes de ensuciarse las manos, déjele que él mismo vaya limpiando el camino. Concédale dos días, tiene asuntos pendientes que resolver que nos benefician a ambos.

Atentamente

Ramón Dorado”.

Máximo Medina, el carpintero, como era conocido en el mundillo de la droga, había recibido tres ficheros y un mensaje de texto.

En el primero pudo ver un memorándum completo de sus actividades extraído del ordenador del jefe de Policía, Daniel García. En él se había omitido cuidadosamente cualquier relación en el desarrollo del negocio con aquel miembro de la ley, reconstruyendo la historia desde los orígenes de su relación sin la participación del jefe policial, mostrando cada episodio vivido como un trabajo de investigación que el representante de la ley estaba llevando a cabo y que plasmaba hasta los más mínimos detalles del negocio. La mayoría de ellos, ciertos.

Máximo entendió que ese memorándum demostraba la deslealtad de su socio, quien con ese documento pretendía cubrirse las espaldas en caso de necesidad.

El segundo fichero era el mismo que había recibido Sebastián con las dos contabilidades del negocio y las diferentes cuentas donde había ido ocultando el dinero sustraído.

Máximo intuía el más que probable final de esa historia. Su cuerpo se iba descomponiendo, sentía náuseas, la vista se le nublaba, creía que iba a perder el sentido en cualquier instante, pero, sobre todo, no paraba de sudar.

El tercer fichero contenía varias fotografías, a cuál más explícita, de su mujer desnuda en brazos de Daniel.

El mensaje era corto y simple:

“Máximo, tiene usted dos días para
resolver sus asuntos. Aprovéchelos”.

No había firma, no merecía la pena, hubiera sido una concesión irrelevante para alguien que no tenía un papel en la historia que empezaba a escribirse.

Máximo seguía sudando y rezando para que ese absurdo e inoportuno quiebro de la vida fuera un mal sueño.

Los acontecimientos de los tres siguientes días fueron la representación exacta de las diferentes escenas diseñadas por Ramón.

Una mujer murió ahorcada en su casa. Sus hijos la encontraron al regresar de la escuela.

El jefe de la Policía Local apareció tiroteado en su domicilio. El informe policial aseguraba que se trataba de un robo como tantos

otros. Los ladrones habían destrozado la vivienda. La Policía buscaba el ordenador, propiedad del Estado, que podría contener información confidencial sobre hechos delictivos. En la escena del crimen los investigadores únicamente descubrieron algo que no encajaba en la vida de don Daniel, el resto de un puro habano.

Al tercer día, cerca de la capital, apareció un hombre muerto en su coche, víctima de un accidente de tráfico. El accidente se produjo por exceso de velocidad en un tramo de carretera con una curva cerrada.

Los miembros de la Policía de Tráfico que investigaron el suceso no pudieron encontrar pistas que hicieran ver nada extraño en ese incidente. No hubo otros vehículos involucrados ni señales en el asfalto que aportaran datos adicionales del suceso. Era como si el temerario conductor hubiera ido buscando con vehemencia y a toda velocidad la curva.

El forense seguía analizando el cadáver para comprobar si las manos que le faltaban habían sido cortadas antes o después del siniestro.

Capítulo IV

Viaje a Madrid

Daniela se quedó embelesada mirando los preciosos rizos de Paola mientras la niña se entretenía en desenredar los hilos de la alfombra.

Miró el reloj de la pared, eran las once y media de la mañana. Buscó en la cómoda que había colocada a la derecha de la cama, no encontró toallas, solo había suaves juegos de cama que se entretuvo en oler. Era la misma fragancia a rosas de la mujer de labios rojos.

Descolgó del armario un vestido y buscó en los cajones algo con lo que vestir a la niña y ropa interior para ella.

Tomó a la pequeña sobre su cadera izquierda, como solía hacer, a horcajadas.

El baño era inmenso. De nuevo tuvo la seguridad de no haber dejado nada atrás. Las paredes lucían un blanco impoluto, que contrastaba con el intenso y resquebrajado azul del cuarto de baño de su vieja casa.

A un metro de la puerta, a su izquierda, había un gran lavabo con dos grifos, sobre el que estaba colgado un espejo enmarcado en madera, la misma madera del espejo de pie que había a continuación, erguido elegante como una estatua en el rincón del baño.

Se sentía empequeñecida ante tanto espacio. Recorría cada rincón de esa estancia tratando de hacer una triste comparación con lo que siempre había tenido. «Tan solo tengo que hacer un viaje», pensó.

Encontró las toallas en un estrecho y alto armario construido con el mismo material de los espejos.

Se sentó con la niña sobre sus rodillas en el taburete dorado. Estaba confundida, queriendo a la vez no estar allí y deseando aquello para siempre. Desnudó a la niña y la dejó en el suelo sobre una gruesa alfombra.

Paola, curiosa por ver el interior de ese artefacto, se puso en pie apoyándose en el borde de la bañera metálica. La estrecha franja de cristales que había en la pared dejaba caer los rayos del sol sobre las manitas de la aventurera, que alzaba sus piernas tratando de meterse dentro.

Observó cómo los pies de su pequeña eran del mismo tamaño que los dorados pies de la elegante bañera de hierro.

La niña y la bañera bailaban de puntillas sobre el suelo de baldosas negras y blancas. La música la ponía la grifería de color

dorado, que le recordaba a los bellos instrumentos de las bandas que tocaban en las fiestas de su pueblo.

Atrapada en aquella casa creyó enloquecer por un extraño pensamiento que martilleaba su cerebro: no era capaz de saber si por primera vez era libre o si toda la vida estuvo tan presa como lo estaba en ese momento.

Rompió a llorar de rabia, de frustración, de envidia, de miedo.

La niña, al verla, quiso consolarla poniendo la cabeza entre sus muslos, abrazándose a ellos con sus pequeños brazos.

Esas suaves manos le dieron vida, se agachó dejando caer sus labios sobre la cabeza de la niña y empezó a besarla mientras sus lágrimas empapaban el pelo de la pequeña.

Sobrepuesta de ese certero pensamiento, que de una forma u otra la convertía en rehén, se acercó a la bañera, cogió el tapón que colgaba de la elegante grifería y tapó el agujero del desagüe. Dio vueltas a la manilla de uno de los grifos y puso la mano en el chorro del agua, que se fue calentando hasta quemarla. Sus puños necesitaron volver de nuevo a secar las lágrimas que asomaban a sus ojos. Recordaba la vieja cacerola que ponía en la lumbre y las agonías para que su contenido alcanzara para lavarse sin dejarle el cuerpo lleno de jabón. Abrió el otro grifo y el agua empezó a templarse.

Se giró sobre sí misma y metió a la niña dentro. Se tumbó, agarró a la niña por los brazos y se la puso encima. En el agua caliente, madre e hija se fundieron en un cálido abrazo que cubría sus cuerpos. Cubierta de espuma, con la pequeña tendida boca arriba sobre ella, no fue capaz de recordar haber sentido tanto placer. Cerró los ojos y trató de disfrutar y olvidar los dos últimos días.

Al salir de la bañera enrolló a la niña en una de las toallas. Mientras la secaba se observó desnuda en el gran espejo de pie. Su cara reflejaba el cansancio de las horas vividas. Por el contrario, su cuerpo estaba más vivo que nunca tras el placentero baño.

Observó con felicidad su belleza, la misma que había aprendido a esconder para evitar más disgustos de los que ya de por sí le regalaba la vida. Observó su piel morena, recorrió con las manos cada una de sus curvas, se levantó el pelo para ver las nítidas y suaves formas de su cara, se giró para verse por detrás. Le gustaba lo que veía. Sintió rabia de haber pasado la vida escondida. Al mismo tiempo, un profundo sentimiento de vergüenza la inundó por esa efímera e inoportuna sensación de felicidad que creía no merecer.

Su mente, acostumbrada a sufrir, la obligó a apartar la vista de su cuerpo, negándole ese efímero y placentero instante, para devolverla cruelmente y de golpe a su condición de encarcelada.

Secó a la niña, la vistió con prisas, de forma precipitada, como si fuera imposible hacerlo de otra manera, como si hubiera consumido un tiempo que no tenía. Como pudo, angustiada por esa repentina sensación de urgencia, se recogió precipitadamente el pelo y bajaron a comer.

Jadeando por la súbita carrera, llegó a la puerta del comedor, no había nadie y pensó que había corrido en balde para llegar a ninguna parte, donde nadie la esperaba. Se quedó de pie sin atreverse a entrar.

Al verla, la mujer vestida de negro apareció.

—Estás sola, puedes comer cuando quieras.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó humildemente.

—Pasar, sentarte, comer y dar de comer a tu hija. ¿No querrás que os dé yo de comer? —refunfuñó.

El comedor tenía solo tres paredes, la cuarta estaba formada por una serie de puertas de cristal recogidas, que dejaban un gran espacio abierto al patio y por el que entraba un húmedo y fresco aire lleno de intensos aromas.

Se sentó en la esquina más próxima a la puerta, tratando de pasar desapercibida, queriendo marcharse antes de haber llegado.

La mujer cogió los cubiertos, vasos y platos del mueble que estaba frente a ella, los dejó sobre la mesa y fue a la cocina. Trajo una gran sopera.

Daniela se quedó mirándola sin saber qué hacer. Al ver que la señora de negro se marchaba sin dar explicaciones, levantó la tapadera y probó el contenido. Era un puré de verduras. Se sirvió y le dio a probar a la niña, que acabó en menos de un suspiro con el par de cazos de puré que había puesto en el plato.

La señora de negro había ido dejando sobre la mesa una bandeja con carne y un plato con fruta. Cogió una de las piezas de fruta y se la dio a la pequeña, que se quedó dormida mientras daba el último bocado. La apoyó en el lado izquierdo de su pecho y empezó a comer. Completó el puré con un sabroso filete de res que le supo a gloria. De nuevo, era incapaz de recordar nada de lo que hubiera dejado atrás.

Miró a su alrededor, observó cada detalle del salón, creyó que estaban perfectamente elegidos y colocados en ese lugar de ensueño. «Demasiado lujo para ser solo una cárcel. Esto es un palacio», pensó.

Se miró a sí misma y se dio cuenta de que lo único que no encajaba allí era ella. Este pensamiento la incitó a levantarse rápidamente. Pensó que debía recoger la mesa. Instintivamente, con la única mano que le quedaba libre, cogió los platos para llevarlos a la cocina.

La señora de negro apareció refunfuñando.

—Deje usted eso ahí, señorita, ¿qué es lo que quiere?, ¿quitarme el trabajo? Usted haga lo que sea que tenga que hacer y déjeme a mí hacer lo mío. Váyase a la habitación, salga al patio, haga lo que le venga en gana, aquí no tiene que dar explicaciones a nadie, estamos usted y yo solas.

«Tan solo tengo que hacer un viaje», dijo para sus adentros.

Subió a la habitación, dejó a la niña en la cuna y se sentó en la cama mirándola. Cerró los ojos. Quería percibir hasta el último sonido que entrara por los elevados huecos de la pared y tratar de descubrir dónde estaba.

Oyó el silbido de decenas de pájaros que fue incapaz de reconocer. Reconoció el agudo y corto silbido del colibrí, que le recordaba el chirriante ir y venir de una bisagra oxidada, el chillido lejano de un águila, el reclamo de un pato y el titeo de las perdices llamando a sus polluelos, pero fue incapaz de imaginar dónde estaba.

Pasó dos días en esa casa recorriendo sus pasillos, jugando en el patio con Paola, siendo tratadas, aunque sin cariño, como unas reinas por la señora de negro y disfrutando juntas de baños cada vez más largos, cada vez más calientes y con más espuma.

Pensaba que debería intentar escapar de esa prisión, pero estaba aletargada viviendo una vida que nunca tuvo y que jamás soñó tener.

Intentó acercarse a la señora de negro, no conocía el nombre. Cuando entró en la cocina esta le devolvió un abrupto “¡estos son mis aposentos, no me moleste, tiene el resto de la casa para usted!”.

El tercer día, cuando bajaron a desayunar, la puerta frente al comedor estaba entreabierta. Habían bajado pronto y pensó que la señora de negro estaría en la cocina preparando el desayuno. Se atrevió a entrar. Era una enorme habitación llena de libros.

Siempre soñó con tener miles de libros como los que allí se acumulaban en oscuras estanterías de madera. Le encantaba recorrer el mundo a través de ellos, habían sido su refugio bajo las sábanas en tantas y tantas noches de voces y violencia.

Mientras acariciaba sus lomos, cualquier ruido que se incorporara al canto de los pájaros helaba su corazón. Tenía la sensación, sin que nadie se lo hubiera dicho, de que no debía estar allí. Decidió salir, su curiosidad estaba satisfecha.

Al dirigirse a la puerta vio en la pared un pequeño cuadro con el retrato de una señora. Se acercó, era una mujer criolla. Estaba firmado como “Benzán, 1957”.

Cuando apenas había salido de la sala, las paredes temblaron y la señora de negro pasó corriendo hacia la puerta principal. Se alegró de que nadie la hubiera visto husmeando.

Entendió que ese temblor había sido producido por el rodar del gran muro de hormigón al abrirse. Entró lo más rápido que pudo en el comedor para evitar cruzarse con quien hubiera venido.

—Buenos días, señora —saludó la mujer de negro.

—Buenos días, Mariana —contestó una voz que de inmediato identificó como la de la elegante mujer del vestido color tierra y lunares blancos, con la que había estado tres días antes—. ¿Se puede encargar del pequeño?

La mujer entró directamente al comedor como si supiera dónde la iba a encontrar. El coche seguía en marcha. Un intenso olor a gasolina empezó a mezclarse con el aire limpio del interior de la casa, al mismo tiempo que el temor iba invadiendo el alma hasta ahora tranquila de Daniela.

—Buenos días. ¿Cómo estás? —dijo la elegante mujer dirigiéndose a ella. Los mismos labios rojos, un hermoso vestido verde y tacones altos.

—Buenos días —se limitó a contestar sin atreverse a mirarla.

—En una semana estará preparada toda la documentación y saldrás de viaje. He traído a un niño. Tienes que hacerte cargo de él como si fuera tuyo. De hecho, este es el propósito del viaje. Tienes que irte con ese niño a España, por lo que dentro de una semana tiene que quererte como a su madre —detalló, dando por hecho la aceptación del encargo por aquella mujer que no tenía otra opción más que obedecer a cuanto le pidieran.

—¿Me llevaré también a mi hija? —dijo mirando a la niña.

—No. Ella se quedará aquí con Mariana. Tenemos que asegurarnos de que harás bien tu papel de madre de ese niño. A tu regreso podrás recogerla y tu vida habrá cambiado para siempre. Por cierto, el niño se llama Pablo.

—No quiero ir —dijo mirando al suelo.

No vio venir el violento bofetón que le propinó la bella mujer, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo con la niña.

Paola empezó a llorar.

—¡Mariana! —gritó—. Llévese a esta peladita[15], tengo que explicar algo a su madre —dijo con un claro tono de desagrado por el inoportuno comentario —. ¡Vamos a ver, muchacha! ¿Necesitas que te explique la situación en la que te encuentras o eres capaz de entenderla por ti misma? —dijo mientras Mariana se alejaba con Paola, sumida en un desconsolado llanto y los brazos tendidos hacia su madre.

—¿Me asegura que no le pasará nada y que volveré a verla? —preguntó entre sollozos.

—Te puedo asegurar dos cosas: que vas a seguir viva si dejas de llorar y te pones mano a la obra con Pablito, y que no vas a volver a ver a tu hija si me vuelves a llevar la contraria. ¡Eso es lo que te aseguro! ¿Lo entiendes, zunga[16]? ¡Pareces caída del zarzo![17] —le dijo cogiéndole la barbilla con la mano y levantándole con suavidad la cabeza mientras trataba de dulcificar el tono de voz y le secaba las lágrimas con un pequeño pañuelo—. Eres una chica lista, sabrás hacerlo.

La mujer salió sin despedirse. Se oyó cómo se cerraban las puertas del coche y de nuevo el temblor de las paredes. Apenas unos segundos más tarde, Daniela reaccionó al llanto de Paola, al que se había sumado el de Pablo.

—Ya le dije, señorita, que usted hiciera lo que sea que tenga que hacer y me deje a mí hacer mi trabajo —dijo refunfuñando como siempre la señora de negro, de la que ya sabía su nombre.

Mariana le pasó los niños y desapareció en la cocina. Ella cogió a Paola y le secó las lágrimas. Hizo lo mismo con Pablo.

Preocupada por el llanto de su hija cogió a cada niño en un brazo y comenzó a dar pequeños saltitos para hacerles ver que montaban a caballo. Los llantos se volvieron risas.

Pasaron una semana sin volver a ver a nadie más que a su cocinera, se podría decir que, de alguna forma, fueron felices. Los niños, ajenos a todo, no paraban de jugar y de reír. Por necesidad y mimetismo, Pablo la trataba como si fuera su madre, la naturaleza se encargó de que el macabro encargo de la señora del vestido verde resultara tan sencillo como la salida del sol. Se limitó a pasar los días en el luminoso patio, ajena a cuanto pudiera haber detrás de los muros de hormigón y de la bóveda de ramas que, mecidas por el viento, jugaban con ellos a ocultarles y dejarles ver el sol.

El miedo, como una droga, se apoderó de su cerebro y ella, para defenderse, se escondió tan dentro de él que no volvió a recordar que tendría que dejar a Paola en su viaje y simplemente fue feliz.

Bajo aquel hipnótico estado le pareció que la silenciosa y triste Mariana iba mejorando día a día sus comidas. Quiso creer que las débiles señales de amor que observaba, cuando ocasionalmente se paraba a hacer alguna carantoña a los niños, se iban incorporando como ingrediente habitual de los platos que cocinaba, sin ser consciente de que era su paladar el que, ajeno a todo, se iba acostumbrando a las especias de los guisos.

Diez días más tarde, a las cuatro menos cuarto de la madrugada, las paredes volvieron a temblar y con ellas Daniela, que se había despertado con el estruendoso ruido.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y recordó la negra sombra que gritó "¡desayuno!".

Mariana apareció con dos matones.

—Vístase enseguida, señorita, yo visto al niño —dijo Mariana metiéndola prisa.

Creyó morir. Había despertado del sueño donde había estado escondida todos esos días. Cogió en brazos a Paola y la apretó hasta que la pequeña se despertó llorando. Los dos hombres entraron en la habitación y le hicieron rememorar la noche de calles vacías.

Uno de ellos arrancó violentamente a la niña de sus brazos, el otro la cogió del brazo y la arrastró hasta el armario.

—Coja lo que se vaya a poner. El resto de la ropa ya está en el carro —dijo.

Entre llantos, cogió un vestido y ropa interior y se metió en el baño. El sujeto, que seguía colgado de su brazo, puso el pie entre la pared y la puerta para impedir que la cerrara.

—Dese prisa, señorita —le recordó.

Mariana había dejado a la niña en la cuna.

Paola, de pie, apoyada en la barandilla que daba hacia la cama, no dejaba de gritar entre espasmos del llanto.

—¡Má! ¡Má! ¡Mamá!

El guardián que custodiaba el baño entró impaciente para sacarla. Mariana le pasó el niño ya vestido al otro sujeto y los cuatro bajaron corriendo las escaleras. Mientras, Mariana cerraba la puerta de la habitación dejando sola a la niña, que seguía llorando y llamando a gritos a su madre.

Al entrar en el coche, el que iba tirando de su brazo como si fuera un simple bulto al que arrastrar se sentó en el asiento trasero con ella, el otro le pasó el niño. El indeseado acompañante le puso, sin la ternura del hombre de color de la *pickup*, una bolsa de tela en la cabeza.

Recordó cada una de las curvas. Apretó al niño tan fuerte como apretara en su día a su hija. El trayecto fue más agotador sin ella en sus rodillas. Cuatro eternas horas en las que le dio tiempo a repasar cada momento vivido con su pequeña, en un desesperado esfuerzo por grabarlos a fuego en su memoria.

Cuando llegaron a su destino le quitaron la bolsa de la cabeza. Estaban en el aeropuerto.

—Si no haces lo que te decimos, si tienes cualquier comportamiento extraño que llame la atención, no volverás a ver a tu hija. ¿Lo entiendes? —le gritó volviéndose hacia atrás el que conducía.

Percibió en aquellas miradas la clara determinación de esos individuos de matarla si no seguía las instrucciones que le indicaban.

—Aquí tienes tu pasaporte, el del niño, el registro civil de nacimiento y un certificado de que eres madre soltera, te lo pedirán. Si te lo preguntan, diles que está expedido por el juez de familia de tu pueblo. Ve presentando los documentos que te pidan, uno a uno, ni uno más de lo que te pidan —le dijo el que iba a su lado, cogiéndole con brusquedad la cabeza y forzándola a mirarle para que prestara atención—. Por último, toma, estos son los billetes de avión. Recuerda que estaré detrás de ti, no hagas tonterías, tu hija te está esperando.

El conductor sacó de la parte trasera del coche una pequeña maleta mientras el otro la agarró por el brazo. La llevaron hasta la terminal del aeropuerto, miraron los paneles luminosos de información con los diferentes vuelos.

El vuelo a Madrid salía en hora. Se dirigieron al mostrador de embarque.

—Siempre delante de mí, haz lo que te diga y recuerda que quieres volver con tu hija —le dijo mientras la ponía delante de él en la cola.

Al llegar al mostrador mostró los billetes. Cuando el auxiliar le pidió que pusiera su maleta en la cinta de equipajes, el hombre que la vigilaba se apresuró a ayudarla con la clara intención de recordarle su presencia y ofrecerle una intensa, prolongada y elocuente mirada, que pretendía refrescarle todas las amenazas.

—¿Me regala sus pasaportes? —pidió el auxiliar.

Ella los dejó sobre el mostrador, tratando de seguir al pie de la letra lo que le habían indicado.

—Necesitaría igualmente un documento con la autorización del padre para que el niño salga del país, como sabrá usted… —paró un instante para ver el nombre en el pasaporte y continuar diciendo—: como sabrá usted, señora Daniela, es necesario en estos casos.

—Soy madre soltera —contestó.

—Entonces me bastaría con que me muestre el registro civil de nacimiento.

Volvió a seguir fielmente las instrucciones recibidas y entregó el documento.

—¡Vaya! —exclamó el auxiliar tras unos segundos de estar chequeando en la pantalla—. Un inconveniente más, su billete ha registrado un *up grade*[18] —dijo sonriendo.

No sabía qué hacer, quedó paralizada, como si por fin hubiera acabado esa horrible historia y estuvieran a punto de detenerlos. Miró hacia atrás. Su acompañante no parecía satisfecho con lo que le había

dicho ese señor uniformado y le hacía gestos de negación con la cabeza.

—Bueno, aquí lo tiene —dijo sonriendo el auxiliar—. Espero que tenga un buen vuelo. El niño seguro que lo agradece, esperemos que el resto del pasaje de primera no me vaya a culpar por esto.

Era incapaz de entender las palabras que le habían dicho y sentía miedo por lo que había sido alguna alteración a los planes de sus temidos acompañantes.

El auxiliar le entregó las tarjetas de embarque. El segundo hombre esperaba para retenerla mientras su compañero realizaba los mismos trámites frente al mostrador.

Al acabar y encontrarse de nuevo con ellos, la agarró con fuerza por el brazo.

—Te he dicho que dijeras que no.

—Yo no he hecho nada —decía llorando, mirando al suelo sin saber lo que ocurría.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó su colega.

—La han pasado a primera clase. La voy a perder de vista durante el viaje. Vamos a darle un buen susto antes de salir, no sea que se le ocurra liarla, hay que estar mosca[19]. Acompáñame —dijo cabreado por la contrariedad que truncaba en parte sus planes.

Tiró de ella hasta que vieron un baño adaptado para cambiar los pañales del niño.

—Espérame aquí.

La cogió zarandeándola bruscamente y la metió en el cuarto.

—Podemos tener un buen vuelo y regreso o podemos hacer que esto acabe ahora mismo. El más mínimo descuido, babilla[20], y le digo a la Mariana que nos cocine a tu hija. ¿Lo entiendes? —Le dijo soltando un grito y un manotazo tal en la pared, que el compañero se lo advirtió tocando con los nudillos en la puerta mientras el niño estallaba en un desconsolado llanto.

—Yo no he hecho nada, dejad a mi hija en paz, haré lo que digáis —dijo entre sollozos.

—¡Calla a ese mocoso! —gritó con rabia—. Te han pasado a una zona del avión en la que no voy a poder verte. No hables con nadie, no digas nada, no hagas nada y espera en tu asiento a que yo te recoja cuando lleguemos a Madrid —advirtió el contrariado matón.

Cuando llegaron al avión, el indeseado guardaespaldas la acompañó hasta su asiento y pidió a la azafata que lo avisara si necesitaba algo.

La azafata la ayudó a acomodarse, le explicó lo que tenía que hacer con el niño y le ofreció algo de beber.

Enmudecida y aturdida por el miedo, se limitó a aceptar un poco de agua y a seguir las instrucciones de la mujer para poner el cinturón al niño. Casi al instante cayeron dormidos.

A la media hora despertó. Pablo dormía. Por primera vez pensó qué sería del niño cuando llegaran a España. Se sintió mal por no haber pensado antes en el futuro del pequeño.

Sus tristes y negros pensamientos la llevaron de nuevo a Paola. ¿Qué haría ahora su pequeña?, ¿estaría llorando?, ¿acaso otra madre estaría haciendo algún viaje como el que ella hacía con Pablo?

Su cabeza estallaba. Por primera vez en esas dos semanas de letargo pensaba en lo que realmente estaba sucediendo y llegó a la conclusión de que no volvería a ver a su hija. Ese pensamiento la sumió en un baño de lágrimas. El cansancio la dejó dormida otra hora y media, ajena a las visitas que le había hecho ese que desde el fondo del avión la vigilaba.

Al despertarse pensó que debía hacer algo.

Hablar con la azafata era demasiado arriesgado sin tener en sus brazos a Paola. Imaginó que, de alguna forma, podía lanzar un mensaje de socorro para que alguien lo encontrara.

Recordó las películas de náufragos, donde lanzaban botellas con mensajes al mar que, más tarde, en cualquier otra parte del mundo, alguien encuentra para ir a su rescate. Con toda seguridad podría encontrar a quien supiera solucionar ese rompecabezas, irresoluble para ella.

Cogió la revista de la aerolínea y recortó con vergüenza, como si estuviera rompiendo el propio avión, la parte superior de una hoja que quedaba en blanco por ambas caras.

En una de ellas escribió el nombre de su hija: “Paola Fernández Castro. Colombia”, en la otra: “Ayuda para mi hija. Benzán, 1957”. Era el único dato que tenía de la casa donde había dejado a Paola.

Hizo un estrecho rollo con la tira de papel y miró a su alrededor.

La cabeza de su indeseado protector asomó tras las cortinas del pasillo. La misma intensa y elocuente mirada. El papel que escondía parecía arder, le sudaban las manos. Pensó que su intención era tan evidente que ese malhechor descubriría lo que tramaba. Empezó a sentir cómo su cara también ardía. Apartó la mirada.

Tras verla sentada, el siniestro guardaespaldas volvió a la zona trasera del avión.

Cuando estuvo segura de estar sola, empezó a buscar dónde esconder su mensaje.

Vio que el respaldo del asiento delantero estaba ligeramente descosido en su parte superior izquierda, justo una pequeña ranura

por donde meter el pequeño rollo de papel que había hecho.

Si lo dejaba allí, aquel pequeño trozo de esperanza podría perderse para siempre. Si no lo intentaba, no podría llegar a unas manos que pudieran ayudarla y, simplemente, lo escondió esperando un milagro en ese mar sin agua.

Capítulo V

Viaje a Bogotá

Aquella mañana, minutos antes de las ocho, el director general le había invitado a tomar café.

Martín estaba tan seguro de su posición en la compañía como del poco agrado de Germán por compartir con él más momentos de los estrictamente necesarios para el negocio. Momentos que el director aborrecía, ya que no hacían más que resaltar la figura de ese directivo por encima de la suya.

—¿Cómo lo tomas? —preguntó mientras vertía la leche sobre el café en un empeño baldío por averiguar los gustos de su brillante empleado, ya que, la desinteresada y tardía pregunta, forzaba la maniobra a convertir irremediablemente el café en un café con leche.

—Cortado —dijo Martín, tan solo movido por el deseo de alterar en lo posible a aquel hombre.

Con toda seguridad esa reunión no podía traerle nada que le pudiera interesar. Únicamente deseaba que Germán tuviera claro el propósito de esta. Pero la ausencia de una mirada y el pequeño temblor de la voz al preguntarle cómo quería el café, le hicieron entender que saldría de allí con algún nuevo encargo ambiguo y solamente un café cortado como única explicación.

—¡Enhorabuena! —siguió diciendo—. Sabes que te has ganado una enorme reputación en la corporación y desde la sede central han pensado en ti para un nuevo reto.

En ese momento, de forma automática, con la seguridad de quien domina lo que está pasando, pensó en don Fernando y las enseñanzas del maestro en su Talavera natal.

A don Fernando López, el viejo médico al que recordaba con unos setenta y tantos años y al que aún solían recurrir para pedir ayuda y consejos tanto pacientes como colegas, le gustaba dar largos paseos diarios apoyado en su reluciente bastón curvado, impecablemente vestido a manos de su bella senegalesa Awa.

En aquellos paseos, al menos los días uno y quince de cada mes, le gustaba buscar a ese avispado muchacho y pasar largos ratos con él.

Don Fernando se había propuesto convertir al pequeño comerciante en un amante del conocimiento y alejarlo de los mercados de ganado. Interés que llenaba de gozo a Emilia Barroso y

sobre lo que preguntaba a cada instante al doctor mientras transcribía las recetas secretas de su abuelo, generosamente donadas a esa causa y con las que don Fernando pretendía completar el libro, que llevaba escribiendo durante años, sobre medicina tradicional española.

El escenario de la cocina en la que el doctor y la tratante transcribían recetas se completaba con la presencia de la bella senegalesa y los olores de sus guisos. Awa trataba de equilibrar la balanza ofreciendo a la anfitriona las recetas de los platos tradicionales de su tierra, preparándolos con orgullo, como muestra de celebración y homenaje a esas tardes de intenso trabajo.

El doctor era lo más parecido a un padre que Martín había tenido y quizás fue el que siempre hubiera querido tener.

A diferencia de un progenitor, don Fernando no daba consejos, contaba historias. Historias absolutamente mágicas para un niño educado en un colegio religioso, cuyos curas confiaban más en la ayuda que pudieran recabar de Dios, a través de sus plegarias, que en la capacidad de aquellas virginales mentes para ampliar sus horizontes a través de los libros.

Los mercados de ganado eran mejor escuela que el colegio de la calle Corredera y el galeno mejor maestro que los bondadosos y torpes curas que allí rezaban.

Don Fernando, una voz firme y serena que ya no correspondía a su débil cuerpo, comenzaba siempre las historias tratando de embaucar a su pupilo, retándole a la búsqueda del conocimiento de asuntos que los curas no trataban ni creían del interés ni del alcance del niño.

—Hijo, el ser humano ha evolucionado demasiado rápido como para hacer las cosas bien. No sé si Dios o el destino, ¡ya te contaré cuando me muera!, nos dieron un gran poder, pero no nos han dado el tiempo suficiente para aprender a utilizarlo. Nos hemos convertido en una sombra de lo que pudimos ser y hemos renegado de los orígenes que dieron éxito a nuestra especie, la comunicación y la cooperación. Lamentablemente creo que estamos destinados al fracaso.

Ese silencio, el que seguía a la primera frase del doctor y que entendía como la propuesta de la historia, era la señal para acomodarse en el banco de piedra y atender a la voz del maestro.

Aquel día estaban sentados frente al muro testero de la Basílica de Nuestra Señora del Prado. Don Fernando le preguntó por los detalles del escudo de Talavera esculpido en piedra en sus paredes, haciéndole caer en el error de describir el escudo como la representación de un torreón y dos toros, cuando en realidad se trataba de una torre albarrana.

—El diablo está en los detalles. Un torreón podría haberlo incorporado cualquiera a su escudo. Siempre hay que poner una seña de identidad. En nuestro caso, una torre albarrana. Estas torres se han visto principalmente en los pueblos de las Tierras de Talavera. No des nunca por sentado que las cosas son lo que parecen, has de encontrar el detalle que transforme en arte lo que observas.

«Transformar en arte lo que observas, ¿será posible?», pensaba asombrado el niño, con los ojos abiertos como platos.

Siguió preguntándole por los dos toros que salen por la puerta de esa torre y le contó la historia de una gran mentira esculpida en piedra.

—Durante uno de los innumerables asedios, donde una vez más estábamos al límite por falta de víveres, soltamos las dos únicas cabezas de ganado que quedaban, un toro y una vaca, dejándolas pastar fuera de las murallas. Los árabes, al ver las reses pastando sin vigilancia alguna, creyeron que andábamos sobrados de comida y cayeron en la trampa. En lugar de asestar el golpe final, levantaron el campamento por miedo a la resistencia de los habitantes bien pertrechados y temerosos por la inmediata llegada de las tropas cristianas en su auxilio. Como ves, un engaño escrito en piedra, una debilidad convertida en hazaña por la imaginación del ser humano, un ser humano capaz de crear conceptos abstractos, verdades aparentes e indemostrables, que unen en un fervor común a los pueblos y a sus gentes y son capaces de desterrar de nuestras mentes o de nuestras vidas a los más temidos enemigos. Detrás de cada concepto abstracto no se esconde sino una debilidad o una necesidad humana. Busca siempre detrás de ellos, busca detrás de cada demostración de quien la esgrime lo contrario de lo que tratan de mostrarte. —El viejo movió su mano izquierda, apoyada en el bastón, para dar un pequeño golpe con este a su aprendiz.

—¿Te gustan mis historias? —preguntó el doctor.

—Sí, maestro —respondió.

—¿De qué estamos hablando?, ¿de Talavera? —preguntó el doctor López mirando a los ojos al chico.

—De Talavera, de mí, de usted, de todos.

El rostro del galeno se iluminaba cuando su alumno le daba ese tipo de respuestas, que demostraban, a su juicio, el magnífico resultado del aprendizaje del espabilado aprendiz y culminaban sus aspiraciones de educador, aunque a veces le asaltara el temor de que ese espabilado niño estuviera haciendo un ejercicio de memoria de experiencias pasadas.

—Somos tierra de paso. Somos lo que somos por estar donde

estamos. Llegarás a ser lo que tú quieras si trabajas para estar donde corresponde. Tu vida será un vaivén de penas y alegrías, de ambas tendrás tantas como desees, quieras y puedas permitirte. Te estrujarán las ubres una y otra vez —soltó su mano para dar un pellizco al chico en una teta, que el chaval esquivó con el codo y una amplia sonrisa—, pero tú tienes la capacidad de que tus ubres sean inagotables —le dijo golpeándole con el dedo en la cabeza—. Tratarán de dominarte y para ello te harán que temas perder lo que tienes, ¡pero ya sabes!, viniste sin nada y sin nada te irás, te quitarán solo lo que quieras que te quiten. Defiende tu vida luchando, si es necesario, con el mismo empeño para cualquiera de los bandos que se enfrenten en la batalla, si eso te libera a ti y a los tuyos, como hemos hecho en Talavera en innumerables ocasiones y, especialmente, domina el arte de lo abstracto. Con ello dominarás el mundo.

«¿Un nuevo reto?», pensó. No hay retos, únicamente acción o inacción. La frase de Germán le recordaba a los dos toros que salían por la puerta de la torre albarrana.

—Mi mayor reto sigue siendo levantarme cada mañana para venir a trabajar —argumentó con tono cansado y con la única intención de que ambos dieran por finalizada una conversación que tenía por seguro no le iba a traer ningún beneficio.

—Me han pedido que te proponga y te convenza —dijo Germán, desoyéndole y haciendo una parada para levantar ceremoniosamente la taza y proponer un brindis— para que lideres la organización en Colombia. —Hizo un obligado y ceremonioso silencio, promovido más por la falta de convicción en lo que estaba diciendo, que por dar transcendencia a la noticia—. Como sabes, eso significa un nuevo paso en tu carrera. Te convertirás en el director general más joven y de ahí…

A Germán se le acababan los argumentos y las palabras para seguir hablando. Sabía que para cualquiera esa noticia hubiera sido realmente un reconocimiento, pero para ese insaciable ser, obsesionado por la mejora y los retos imposibles, no era más que un paso atrás para liderar una empresa cuyo tamaño era la cuarta parte de la que ahora ya dirigía, con su consentimiento desde el despacho de la séptima planta.

Martín, que sostenía la taza de café cortado en la mano, elevó la misma en señal de respeto hacia Germán y como muestra de recepción del mensaje mientras no hacía más que recordar las enseñanzas de su maestro y ver los toros que le mostraba su director general en la pradera, sin entender la verdadera intención que tendría la

multinacional con ese traslado.

«Gestión de conceptos abstractos, defendiendo intereses que siempre nos son ajenos por la simple razón de defender nuestras vidas, ¿no es esa una situación diariamente repetida?», se preguntaba.

Su cabeza no paraba de dar vueltas para encontrar las posibles razones del traslado. De nuevo recordó su aprendizaje: "Piensa siempre en lo contrario de lo que te muestran".

La compañía colombiana tenía una gran proyección, pero el mercado en el que actuaba estaba regulado en buena parte. Aquel proyecto estaba lejos de ser el escenario adecuado para desarrollar lo que era capaz de aportar.

Por un momento enmudeció, insistió en la búsqueda de detalles, esos buenos colaboradores que siempre le daban pistas, y dejo hablar a Germán con la intención de ver y oír más allá de lo que sus ojos y oídos percibían, pero solo fue capaz de comprender el absoluto desconocimiento que su jefe tenía del asunto y el marrón que le había caído encima por tener que informarle.

Tras el largo monólogo del director general, desprovisto de cualquier mensaje útil, la siguiente frase fue el resultado de una razón de ser, de la razón de ser de una persona que aceptaba sin reparos los retos que la vida le ofrecía.

—¿Cuándo empiezo?

—¿Aceptas? —respondió sorprendido e incrédulo Germán.

—¿Podemos decir que no?, yo sí puedo, y lo sabes, pero ¿y tú? —hizo un breve silencio y, levantándose del sillón, se dirigió con firmeza a Germán—. Acepto. Me voy hoy mismo. No podría quedarme aquí tras esta propuesta y, en cualquier caso, un nuevo reto siempre es una oportunidad para seguir creciendo. ¿Quién sabe lo que podré encontrar allí?

La multinacional italiana se había convertido en un referente tecnológico en Europa y con una clara vocación de ejercer un papel de liderazgo en las telecomunicaciones mundiales.

En ese momento no preveía la sinrazón que se le proponía, pero como siempre, su continua marcha hacia adelante, la curiosidad y las ganas de emprender nuevos proyectos eran razones superiores al aplastante absurdo de la proposición.

Tras despedirse de Germán decidió bajar por la escalera los ocho pisos que le separaban de su despacho. Solía estar vacía. Los inquilinos del edificio utilizaban el ascensor incluso para subir o bajar una planta. Era la forma más fácil de perderse en ese trayecto, que necesitaba recorrer solo.

Se dirigió a su despacho, se quedó durante unos instantes bajo el

dintel de la puerta, observando aquellas cuatro paredes y se acercó al gran ventanal para ver cómo se movía su maqueta de trenes.

Eran apenas las ocho y veinte de la mañana. No había nada que le retuviera en Madrid. Su madre y don Fernando, las dos únicas personas en las que hubiera pensado antes de irse, habían muerto y Awa, la bella senegalesa, la única mujer de la que había estado enamorado y que nunca pudo ser suya, había regresado a su país.

Con las manos en los bolsillos volvió la cabeza hacia la derecha, el tronco de Brasil y la Beaucarnea aguantarían hasta su regreso. La señora de la limpieza, Manuela, con la que se entendía mejor que con la mayoría de sus colegas, se encargaría de ello.

Pensó si debería despedirse de alguien. Le hubiera gustado despedirse de Conchita, su secretaria, y de Manuela, pero venía por las tardes y a Conchita la llamaría cuando llegara a casa.

En cualquier caso, no era una despedida, tal vez un punto y aparte. Volvería tarde o temprano.

Repasó por si hubiera dejado algo en el coche que aparcaba en el sótano, pero él nunca guardaba nada, ni en el coche ni en el despacho ni tan siquiera en su casa. Presumía de llevar siempre encima lo que necesitaba y estar listo para cualquier partida.

Dejó las llaves sobre la mesa redonda por donde habían pasado los que hoy eran alguien en la empresa. Seguro que cualquiera de ellos cogería gustoso ese coche, que para él era un medio de transporte y para los demás un símbolo de poder.

Instintiva e inútilmente, quizás para permanecer unos segundos más allí, volvió a palparse los bolsillos, suspiró, salió del despacho y se dirigió al ascensor.

Se encontró con Javier, el responsable de Compras. Ese tipo le caía bien.

—¿Qué tal, Javier? —preguntó realmente interesado.

—Ya ves, de un lado a otro. Ya me podrías ayudar, tú que pones todo patas arriba, pero que haces que las cosas funcionen.

Sin duda había dejado escapar la oportunidad de hacer algo con ese hombre.

—¿Te tomas un café conmigo, Javier?

—Por supuesto, maestro. Nunca te lo negaría.

A unos veinte metros del elegante portal había una cafetería a la que solían acudir los empleados de SERAVTEL. Esa hora de la mañana era la más concurrida. Unos cogían el último aliento antes de entrar, otros, tras varias horas de trabajo y ya necesitados de una primera dosis de cafeína, bajaban a satisfacer su adicción.

Al salir por la puerta sintió la tentación de darse la vuelta y echar

un último vistazo a la lujosa entrada de la calle del Cerro de la Plata, pero no encontró ninguna razón para mirar atrás.

La cafetería estaba llena. La inmensa mayoría de los clientes eran empleados de la compañía. Se hizo un llamativo silencio cuando entraron.

—¡De mayor quiero ser como tú! ¡Observa!, se han callado de golpe y hasta nos han hecho un hueco en la barra —le susurró Javier al oído, feliz del inesperado y oportuno encuentro que, con seguridad, le convertiría en la figura del día.

—¿Tomas algo para comer o solo el café? —preguntó Martín.

—Habrá que celebrar que estoy contigo. Esto va a ser la comidilla. Quiero café con leche y porras —contestó riendo Javier.

—Dos cafés con leche y dos raciones de porras, por favor —pidió al intrigado camarero, deseoso de saber quién era el personaje por el que el público de la cafetería había enmudecido.

Al pedir el café con leche pensó que a veces era innecesariamente cruel, al recordar cómo había forzado al pobre Germán a cortar el café con la única intención de fastidiarle.

—¿Seguro que este encuentro es casual? —preguntó intrigado y orgulloso Javier.

—¡Sí!, no soy tan fiero como cuentan, no tengo edad para ello, únicamente me gusta hacer las cosas bien y, de vez en cuando, muy de vez en cuando, como hoy, tomar café —dijo llevándose la taza de café a la boca, al tiempo que descubría a una joven pelirroja que no apartaba la vista de él—. ¿Quién es esa chica? —preguntó mientras inconscientemente recordaba los primeros cosquilleos que sintió de muy joven al ver a la bella mujer de su maestro.

—¿Quién? —preguntó Javier intrigado, recorriendo con la mirada cada rincón de la cafetería y tratando de encontrar a quien Martín no conociera— ¡Ah!, ¿la pelirroja del pelo suelto? Laura, nos trae de cabeza. Sí, sí, lo confieso, me incluyo —dijo sonriendo—. Ha entrado hace mes y medio y ha sido como una inesperada tormenta de verano que ha refrescado el ambiente, dejándonos a todos una sonrisa de tonto en la cara. El departamento de Recursos Humanos ha recibido más visitas en el tiempo que lleva Laura que en el resto de su existencia. Me contaban que el otro día, hasta Juan, el de contabilidad, ese tipo serio que nunca habla con nadie, se acercó con la excusa de saber hasta cuándo duraba el horario de verano. ¡Ya ves!, después de treinta años trabajando aquí —los dos rieron por el magnetismo que ejercen las mujeres sobre los hombres y la debilidad de estos ante ellas, algo absurdo, en principio, para una mente

racional como la suya, pero inevitablemente cierto, como bien sabía.

Javier dudó por un momento si el interés por esa joven había sido por su belleza o por ser la única a la que no conocía. Seguro como estaba de su reputación por descubrir nuevos talentos en la organización, se quedó convencido de que el hecho de no conocerla es lo que habría llamado su atención.

Durante el resto del desayuno Javier le estuvo contando el sinfín de ideas que tenía para implantar en el departamento de Compras y él, que alternaba la atención a Javier con alguna mirada furtiva hacia Laura, se siguió preguntando cómo Javier seguía en el mismo puesto después de ocho años.

Al despedirse, a Javier no le extrañó que Martín no volviera a la oficina, era normal, seguro que tendría alguna reunión con clientes, una de esas reuniones por las que él hubiera dado cualquier cosa para asistir.

Se acercó a la parada de taxis de la esquina. En su mente permanecía la larga cabellera pelirroja y esa sonrisa que parecía no tener principio ni fin. Se martirizó con ese recuerdo y con la inconveniencia de que ese encuentro se hubiera producido el mismo día en el que se marchaba. Luego, quizás por la evidencia de la belleza de esa sonrisa, cayó en la cuenta del largo tiempo que había pasado encerrado en el despacho de la séptima planta.

Al llegar a su casa llamó por teléfono a Conchita. Su secretaria solía llegar a la oficina a las nueve y media.

—¡Hola!, Conchita, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? No sabía que no ibas a venir hoy a la oficina, ¿te ha pasado algo?

—Nada, nada, cambio de planes. Me voy a Colombia. Por favor, sácame un billete y resérvame el mismo hotel en el que estuve la última vez.

—¿Para cuántos días?

—Sácame el billete para irme lo antes posible y di en el hotel que ya les diré yo cuándo lo dejo.

—¿Y el billete de vuelta? —insistió algo nerviosa por lo que estaba oyendo.

—De momento, sácame la ida. Me voy y no sé cuándo regresaré. Iremos viendo. Seguro que hoy mismo Germán os cuenta algo. Tú ni caso, ya te iré yo diciendo. Dile a Manuela que me cuide las plantas. Si alguien va a ocupar el despacho, llévatelas contigo y cuídamelas bien, te va tu futuro en ello —dijo riendo.

—¿Pero es que te vas? —preguntó angustiada.

A diferencia de los demás, ella había encontrado su lugar

trabajando al lado de ese hombre al que había sabido entender y admiraba.

—Sí, de momento sí, ¡ya sabes!, sabemos dónde estamos hoy, no nos preguntemos por mañana. ¡Disfrutemos del hoy!

—Te mando el billete y la reserva del hotel al correo, si necesitas algo más, no dudes en llamarme.

—Por favor, ve tramitando la visa, pide ayuda a nuestros colegas de Colombia si lo necesitas y me vas contando. Entérate de quién es quién allí. Muchas gracias.

—Déjalo en mis manos, mucha suerte y vuelve pronto.

Al acabar la conversación con su secretaria recordó su último viaje a Colombia.

Hacía cinco años de ese viaje. El director general, Santiago Álvarez, era un individuo extraño, extremadamente reservado, que trataba a toda costa de halagarle con pesadas cenas a horas intempestivas y se negaba a escuchar las recomendaciones que le daba.

Fueron varias semanas duras. Le habían encargado hacer una auditoría de la gestión de esa organización. Por un momento pensó que el duro informe que elaboró hubiera llegado a alguna instancia de la compañía y fuera la causa de su traslado, pero a esas alturas del día estaba seguro de que el cambio que le habían propuesto era una decisión demasiado compleja para ser resuelta con tan solo un informe.

Sin embargo, en su cara surgió una sonrisa al recordar a un chaval colombiano con el que había trabado una entrañable amistad.

«Chicha Piracoca», recordó.

Chicha era descendiente de los *Muiscas*,[21] un trabajador honesto, infatigable y preciso, que fue su guía para entender el funcionamiento de la firma colombiana en las semanas que pasó en Bogotá.

Sonrió al recordar cómo su buen compañero acababa hablando en *chibcha*[22] y a llamarle *Sadigua*[23] en cuanto se tomaba una cerveza. «Un gran tipo ese Chicha», pensó.

Siendo sus orígenes muy diferentes, sus vidas guardaban cierta similitud y sus valores eran bastante coincidentes.

Chicha había nacido en Tunja, la ciudad más alta de Colombia, reducto en su tiempo de emigrantes de Castilla, Extremadura, Andalucía y quién sabe si también de Talavera. Hecho con lo que los dos bromeaban, llamándose hermanos a pesar de la diferente tonalidad de piel.

Chicha presumía de su menor decoloración y pureza y él de su mayor mezcla.

Ambos habían trazado durante esas semanas un cierto paralelismo entre ambas ciudades, hecho que venían a apoyar las opiniones sobre lo que ellos consideraban esencial y en lo que coincidían.

Sintió ganas de volver a ver a Chicha. Había tenido más relación con él en aquel viaje que con muchos de sus compañeros en España en los dieciséis años que llevaba trabajando.

Por la tarde, una vez conocida la salida de Martín para ocupar el puesto de director general en Colombia, los rumores se dispararon.

Algo que parecía evidente tras la aparición en la cafetería, era que se llevaba con él a Javier. De Conchita aún no se sabía nada.

Por varios días Javier se convirtió en la nueva estrella del edificio de la calle del Cerro de la Plata y él, que era el primero en querer creer que eso fuera cierto, intencionadamente nunca lo llegó a desmentir. Cuando se dio cuenta de que había sido la última persona que había estado con él, no pudo entender el porqué de ese desayuno y menos aún la ausencia de cualquier información que le hubiera puesto sobre la pista de su marcha.

Manuela, que siempre había visto en ese exitoso directivo las aspiraciones que tenía para su nieto, esa tarde regó las plantas con sus propias lágrimas.

Los más jóvenes, aquellos que temían y ansiaban recibir una llamada capaz de transformar sus vidas, se quedaron huérfanos.

Sus compañeros quedaron petrificados, encerrados en sus despachos, ocultando las aspiraciones por ocupar el despacho de la séptima planta.

Germán no sabía a quién llamar para hacer frente a ese vacío, que succionaba por segundos la compañía.

Los clientes se enterarían al día siguiente de su marcha, colapsando la centralita para tratar de garantizar la continuidad de la calidad del servicio que recibían.

Conchita seguía enjugando las lágrimas del abandono.

Mientras tanto, él no dejaba de pensar en la larga melena pelirroja de Laura y en que quizás había perdido buena parte de su vida por la dedicación al trabajo.

Salía para Colombia a las nueve y veinticinco de la mañana del miércoles cuatro de septiembre de dos mil trece. Un reto para cualquiera, solo un paseo al aeropuerto de Madrid-Barajas para Martín.

Se acomodó en su asiento, pidió güisqui con hielo, ojeó la revista del avión y se quedó dormido.

Se despertó en medio del océano, tratando de poner en orden los

detalles de este último capítulo de su vida e identificar los conceptos abstractos, mientras trataba de aliñar su futuro añadiéndole algo menos de trabajo y más de vida.

Observó el respaldo del asiento delantero. Tenía un pequeño roto en la parte superior izquierda. El perfil de un papel asomaba como una mano tendida queriendo ser recogida. Tiró con cuidado. Un pequeño rollo se fue desplegando. Le recordó la página rota que había visto en la revista al despegar. Sin duda lo habían puesto allí en el vuelo anterior.

Cuando lo tuvo en la mano observó la inseguridad de la escritura. Sólo alguien con temblores en el pulso o mucho miedo en el alma podría haber escrito aquella nota que parecía un desgarrador grito de auxilio mostrando dos mensajes. En una cara: “Paola Fernández Castro. Colombia”, en la otra: “Ayuda para mi hija. Benzán, 1957”.

Buscó más detalles. Hurgó con la mano en la bolsa situada en el respaldo del asiento delantero, metió las manos por los pliegues del sillón, pero no encontró nada.

Dobló la tira de papel hasta que tuvo el tamaño apropiado para meterla en su cartera. Apoyó la cabeza en el asiento y empezó a imaginar cómo obtener la información necesaria para resolver ese mensaje.

Se dejó llevar, conjeturando soluciones posibles.

«Más presunciones que detalles», pensó mientras caía de nuevo dormido.

Capítulo VI

Los pilares

—¡Estimado Sebastián!, ¿cómo está? —Preguntó Ramón en aquella segunda llamada que hacía a Sebastián Neira.

—Esperando su llamada, ¿qué vainas quiere? —contestó con tono rotundo, tratando de dejar claro quién mandaba en esa relación—. ¿Quiere usted el puesto de Máximo Medina? —preguntó con desprecio.

—No me haga reír —contestó acompañando la respuesta con una

gran carcajada—. ¿Cree que usted y yo hemos nacido para trabajar para otros? Recuerde mi mensaje: "Voy a hacerle inmensamente rico y poderoso". Más bien dígame qué quiere usted y lo haré posible. Usted consigue lo que quiere y yo el cincuenta por ciento de lo que gane con ello. Lo mío es fácil, solo quiero plata —contestó con absoluto dominio de la situación.

—Yo tengo cuanto quiero y lo que no tengo lo consigo sin más que chasquear los dedos —replicó con desprecio Sebastián.

—¿Me va a obligar a demostrarle que mi poder es más grande que el suyo? —dijo el *cracker*. Hizo una pausa como si buscara algo. Mientras, Sebastián esperaba la reacción de ese individuo que en la llamada anterior había llegado a intimidarle— ¿Tiene a la vista al culicagao[24] que ha hecho traer desde tan lejos para rastrearme? Mírele, el pobre está sudando, lleva sin conexión desde el mismo momento en el que iniciamos esta conversación y no sabe cómo decírselo —dijo con sorna.

El jefe de aquel poderoso cártel de la droga comprobó lo correcto de la información con tan solo mirar al afamado experto y verlo sudar. El individuo que le habían recomendado se escondía atemorizado tras la pantalla del ordenador, tratando inútilmente de identificar al intruso que se había colado en su vida y comprobando cómo ninguna de sus sofisticadas herramientas parecía funcionar. Decepcionado y agobiado por la vulnerabilidad que sentía ante Ramón, hizo un gesto a uno de sus matones para que echara de allí a ese sujeto traído expresamente desde los Estados Unidos.

—Sebastián, lo que usted hace me parece miserable, pero no seré yo quien le juzgue ni se lo reproche, tengo ambiciones más miserables que las suyas. únicamente quiero una fuente de financiación abundante y estable. A cambio le haré ganar más dinero de lo que nunca ha soñado. ¿Quiere los nombres, los puntos de recogida y los volúmenes que manejan el resto de los cárteles o les ofrezco sus datos a ellos? ¿Quiere que salgamos con el perico[25] a otros países de forma segura? Usted, Sebastián, es un romántico, un conservador apegado a sus costumbres, un buen hombre en el fondo. Yo tengo las puertas del mundo abiertas para usted, decenas de países aquí en América y otros tantos en África y Asia, de los que su organización no ha oído ni hablar. Nos están esperando. Otros ya hicieron el trabajo sucio, yo me he limitado a encontrar las puertas y las llaves y simplemente sacaremos partido sin tener la necesidad de lidiar con un montón de sinvergüenzas. Sé quién, dónde y cómo. Cuando me muevo soy invisible y usted lo será conmigo. Sabe que no miento, me comprometí con usted, le ofrecí de forma sincera mi amistad, ¿recuerda?, la

astromelia: entendimiento, paciencia, compromiso, empatía, respeto y humor. ¡No me diga que no lo estoy cumpliendo! Le he elegido, ¿por qué no se toma esto como un cumplido y seguimos adelante? Por si le queda alguna duda, voy a ser algo perverso y retorcido, vamos a hacer algo rápido: a partir de mañana la organización de su primo Julián trabajará para usted. Así, como caído del cielo. La semana que viene, sin prisas, si cree que merece la pena, me pasa el primer millón de dólares, si no, entenderé que no le interesa y cambio de parcero.[26] —Hizo un breve silencio para dar tiempo a Santiago a entender la imposibilidad de rechazar su oferta y siguió diciendo, con un claro tono de guasa—: echaría de menos estas conversaciones. —De nuevo concedió unos segundos a su interlocutor para acabar afirmando convencido—: aunque para ser sincero, sé que no me equivoqué al elegirle.

Ramón sabía de la enemistad de Sebastián y Julián, por mucho que sus familias se juntaran de forma frecuente. La miseria de ambos los llevaba a hacer continuas demostraciones de ostentación, que irremediablemente conducían a otras mayores, en una espiral sin fin que impresionaba a gran parte de la familia y atemorizaba a los que entendían los subliminales mensajes de esos juegos.

Antes de colgar, Ramón ya había dado la orden de transmitir los nuevos puntos de compra a toda la red de Julián.

El colombiano sabía que las grandes corporaciones son prácticamente impermeables en su cúpula, pero que tienen un sinfín de vasos comunicantes en sus bases. Los miembros de ambas organizaciones entenderían ese giro del negocio de Julián como un arreglo de familia.

El trece de abril de dos mil cinco, a las siete y veinticinco de la mañana, Julián estaba llamando por teléfono a Sebastián.

—Yo te mato, choro[27] de mierda —le gritó.

Sebastián no supo contestar a su primo. Sin quererlo se había convertido en reo forzado del plan de Ramón, había entendido tras la última llamada del *hacker* que la elección era sencilla: era su vida o la de otros.

Reconocer o tratar de dar explicaciones de que no había sido él le convertiría en un traidor mentiroso, digno de la muerte. Apropiarse de la red de su primo en una noche, sin una sola baja, le hacía un mago de ese turbulento negocio.

Entendió que el desconocido del teléfono le tenía cogido por los huevos y que lo mejor que podía hacer, a sabiendas de que le repugnaba, era convertirlo en su socio antes que ser su enemigo. Simplemente, decidió dejar pasar el tiempo.

—Es la vida, primo Julián —se limitó a decir con cierta tristeza mientras hacía un gesto a sus matones para que se encargaran del sobrevenido asunto. Echaría en falta las bravuconerías de su primo en las comidas y las familias sufrirían por lo que iba a suceder. Pero, por otra parte, «ya era hora de que supieran quién era Sebastián Neira», pensó.

Las siguientes semanas fueron una locura para ese nuevo magnate de la droga. Su negocio no paraba de crecer, el poder que iba adquiriendo le hizo perder sus miedos y se dejó caer de lleno y convencido en brazos de Ramón, quien, por otra parte, para su sorpresa, se conformaba con mucho menos de la mitad de las ganancias.

Sebastián, temeroso de la omnipresencia de aquel mago de las telecomunicaciones, guardaba en lugar seguro la parte que a este le correspondía y que no reclamaba, para tenerla disponible en el momento en el que la pidiera.

Ramón había construido el siguiente peldaño en su escalada hacia la cima del mundo y tenía el soporte financiero que necesitaba.

A partir de ahí, sin prisas, empezó a desarrollar la segunda jugada que había diseñado para conseguir el poder que anhelaba.

Como hizo con Máximo, encontró a quienes fueron necesarios para obtener los nombres y las claves de la nueva actividad que quería controlar. Estudió a los actores, dibujó sus relaciones, encontró sus números de teléfono, investigó cuanto creyó necesario, anticipando con toda la información a su alcance el éxito futuro de las operaciones que iba a llevar a cabo.

«La anticipación es la clave. Nada puede sorprenderte si quieres triunfar», se decía a sí mismo este sujeto, que no compartía sus pensamientos con nadie.

Sus colaboradores, repartidos por un sinfín de países, ejecutaban en silencio y a oscuras una pequeña parte de la obra de un hombre al que nadie conocía. Ramón, desde su centro de mando, dirigía con generosidad un equipo entregado a su dinero, en el que no había lugar para dudas ni preguntas y al que jamás hacía partícipe de los objetivos que perseguía.

Seis meses después, en septiembre de dos mil cinco, se celebraba en un conocido hotel de Bogotá la presentación de un candidato a las elecciones de un país vecino.

El jefe de la campaña electoral acababa de exponer, ante políticos y empresarios colombianos, las líneas maestras de Bartolomé Segura, un rico y afamado hombre de negocios que había irrumpido con éxito

en la política.

Tenía una copa de champán en la mano y miraba orgulloso el fruto de su trabajo: un gran círculo de gente oliendo la victoria, arremolinados alrededor de su jefe, con el que todos querían hablar.

Un camarero se le acercó.

—Perdón, ¿don José Castillo? —preguntó el camarero.

—Sí, joven, ¿qué desea? —contestó ufano, sabiéndose el centro de todas las admiraciones de la sala.

—Es para usted —le dijo pasándole el teléfono que llevaba en la bandeja.

—¿Bueno? —contestó.

—¡Enhorabuena, don José! Permita que me presente, soy Ramón Dorado. Me gustaría hacer del candidato al que representa el próximo presidente de la república de su país.

—¿Cómo?, ese es mi cometido, ¿no le parece? —contestó inocente y orgulloso.

—Usted lo está intentando, como le he dicho, yo voy a hacer de él el próximo presidente de su país. Estamos en el mismo barco, aunque hagamos cosas diferentes. Yo, además, lo hago de forma desinteresada, digamos que responde a mis profundas convicciones políticas y estas coinciden totalmente con las de don Bartolomé.

—¿Qué quiere de mí? —dijo algo molesto por una conversación que no le aportaba nada.

—Lo que le vengo a ofrecer, adicionalmente, son mis servicios para la defensa de sus intereses, esto es, para protegerles frente a cualquier ataque que pudieran recibir en la campaña —hizo un breve silencio. El *cracker* quería el poder, pero se negaba a no recoger el dinero que pudiera conseguir en cualquiera de los negocios que emprendía. Nadie merecía su consideración. Por definición, en ese negocio sus actores eran individuos corruptos, movidos por intereses egoístas y quería no solo utilizarlos, sino estrujarlos hasta sacarles el último peso de los bolsillos—. Esto será un pago único de diez millones de dólares. —Ramón pudo sentir cómo la cifra fue capaz de transformar el semblante de José, quien puso su mano izquierda en el oído para eliminar cualquier ruido que pudiera haber a su alrededor y escuchar mejor la conversación que mantenía por teléfono—. Aparte de esto, le ofrezco cobrar un variable por cada político del resto de partidos que sea capaz de eliminar para la vida pública. El importe dependerá del nivel que ocupe cada uno de ellos. Como usted bien sabe, muchos de ustedes están hasta el cuello de mierda —dijo riendo —. Le dejo mis tarifas en su computador—. Ramón seguía hablando mientras José procesaba esa última y dura frase, tan falsa como cierta.

Con el oído tapado, mirando hacia abajo para concentrarse en la llamada, se acercaba a la mesa donde había dejado el ordenador utilizado para hacer la presentación de la campaña—. Si en este análisis encontrásemos la participación de algún empresario que trate de apoyar ilegalmente a otros partidos, me aseguraré para nuestra causa la contribución de dicho personaje, siendo mis honorarios en estos casos del cincuenta por ciento de la contribución realizada.

Para cuando Ramón había terminado su exposición, el jefe de campaña estaba frente al ordenador mirando la pantalla bloqueada y sintiéndose algo más seguro. Había oído hablar de historias raras con eso de la informática. Miraba a su jefe, estaba feliz y rodeado por una muchedumbre ansiosa de comprar sus favores y sudaba al pensar en la fragilidad de su pequeño logro al oír esa voz que parecía dispuesta a romper la satisfacción que sentía en ese momento.

—Revisando la agenda del candidato —continuó Ramón mientras el ordenador se encendió como por arte de magia, mostrando dicha agenda en la pantalla que tan cuidadosamente vigilaba José Castillo —, no hay ningún problema. —El *cracker* empezó a moverse por la agenda, haciendo zum en algunas partes para demostrar su control—. Mi equipo, así como el material necesario, seguirán cuidadosamente la campaña para que no puedan existir interferencias tan molestas como las que ahora mismo está sufriendo —hizo un largo silencio para que José fuera consciente del peligro del que le hablaba.

El jefe de campaña veía cómo su ordenador seguía, pantallazo a pantallazo, el relato de su interlocutor.

—Magnífica familia, enhorabuena —continuó diciendo, al tiempo que le mostraba diversas fotos de sus hijas en bikini, que ni tan siquiera José recordaba tener en ese ordenador o incluso haberlas visto alguna vez. Mientras, Ramón seguía con su imparable y convincente discurso—. Como celebración de nuestro compromiso, permítame ofrecerle una pequeña muestra de mi capacidad y de mi interés en nuestra colaboración —siguió diciendo.

José, absorto en lo complejo de lo que estaba viendo y escuchando, no se había percatado de cómo una legión de camareros había irrumpido en la sala para servir un ponqué[28] a cada uno de los asistentes.

El mismo camarero que le había pasado el teléfono le estaba pasando su ponqué cuando la sala entera estalló en aplausos dirigiéndose a él. El candidato se acercó y le dio un abrazo.

Al verle con el teléfono en la mano le dijo:

—Deja de trabajar, ya has hecho bastante hoy. —Luego se dirigió a los asistentes—. Estoy convencido del valor y contribución que mis

ideas y mi trabajo pueden aportar a mi país, pero ¿dudan ustedes de que con colaboradores como don José Castillo se nos puedan escapar las presidenciales?

La sala irrumpió de nuevo en aplausos y vítores a José, quien recibió una vez más las felicitaciones y abrazos de su jefe.

Estupefacto, miró el ponqué. Una base de bizcocho rellena de nata sobre la que habían colocado una gelatina con la cara de cada asistente junto a la del candidato y una frase: "Juntos lo conseguiremos".

Invadido por el temor y la indefensión que sentía, se llevó lentamente el teléfono al oído.

—¡Enhorabuena, don José! Ha cautivado a los presentes con ese pequeño gesto. Las grandes relaciones se construyen a base de pequeños detalles. ¡Bien hecho! Como le decía, apenas es una pequeña muestra de mi capacidad y de mi interés en nuestra colaboración. Coméntelo con don Bartolomé y ya me darán una respuesta.

El camarero acudió puntual al finalizar la conversación como si estuviera participando en ella y le ofreció la bandeja para que soltara el teléfono. José hizo una señal a los miembros de seguridad y se lo llevaron a una sala situada al fondo del salón.

El muchacho llevaba puesto unos auriculares. José se los arrancó y se puso uno de ellos en el oído por si podía oír algo.

—Don José, tenemos mucho trabajo. Deje usted al mensajero y céntrese en nuestros intereses. Necesito a su candidato de presidente de su país y usted también ¿o quiere que sea otro? —dijo Ramón riendo por la simplicidad y predictibilidad que veía en las reacciones humanas.

La noche fue movida para los miembros de la campaña electoral. El equipo de seguridad trató infructuosamente de obtener alguna información, tanto del camarero como de cada uno de los empleados de aquel local, hubieran participado o no en el evento. Estuvieron retenidos hasta altas horas de la madrugada. Fueron interrogándolos por separado para conocer los detalles de la elaboración del ponqué: quién había hecho las fotografías, quién las había convertido en gelatina, quién las había colocado en esos platos. Nadie sabía nada.

Los postres habían venido elaborados y fueron entregados en cocina. Fue uno de los guardias de seguridad de la propia campaña quien permitió su acceso, tras recibir la orden directamente del propio José Castillo quien, asombrado, trataba de memorizar cada una las palabras de ese individuo que había surgido de la nada.

José no sabía cómo contar aquello a su jefe, pero no quería seguir solo con una historia que era incapaz de controlar. Se reunió con él en

el desayuno y le comentó los hechos tal y como habían sucedido; desde que el camarero le acercara el teléfono en la bandeja, hasta la declaración del guardia de seguridad tras su supuesta llamada y la confirmación de los investigadores de que alguien con su misma voz y aparentemente desde su mismo equipo, a través del canal interno del sofisticado sistema de seguridad, había confirmado la recepción de los ponqués.

Nada más acabar la conversación sonó el teléfono personal del candidato.

Ramón Dorado había puesto a trabajar a sus inteligentes aparatos y el teléfono sobre la mesa, como había hecho antes con otros muchos, se había convertido en un altavoz de la conversación de esos dos hombres.

—Buenos días. Espero que haya dormido bien tras la excelente acogida que tuvo anoche. Permítame presentarme, soy Ramón Dorado. —Conocedor del desconcierto que sentiría, hizo una breve pausa para darle tiempo a recuperarse y permitir que juntara la cabeza con la de su jefe de campaña para poder oír juntos la conversación a través del teléfono—. José le acaba de hacer una descripción exacta de lo sucedido. Lo comento para que no le queden dudas de la veracidad de cada uno de los detalles que le ha dado y siga confiando plenamente en él. Mis felicitaciones por la descripción, José. —Ambos se miraron asombrados y volvieron sus cabezas para tratar de identificar a quien les hablaba y que sin duda les estaba observando—. Quiero hacer negocios con usted. Como le dije a José, la presidencia se la aseguro por mi propio interés. No se preocupe, no le molestaré demasiado cuando sea presidente y nunca para comprometer su carrera. Eso iría en contra de mis intereses. Mi negocio consiste simplemente en tenerle a usted allí. Con el propósito de cubrir gastos le pasé a José mis tarifas, tanto de la protección de toda su campaña, de la que ya gozan desde el día de ayer, como de la anulación para la vida pública del resto de aspirantes molestos y empresarios corruptos, de los que obtendremos importantes aportaciones —de nuevo hizo un silencio, había que dejar procesar la información a esos hombres, que seguían con sus cabezas unidas—. Quiero entender que está usted interesado en la propuesta, por lo que le ruego dé las órdenes oportunas a José para que atienda la semana que viene al mensajero al que deberá hacer entrega de… ¿dos millones de dólares?, ¿le parece bien?, es simplemente una garantía. No lo dude, los demás están intentando hacer lo mismo, usted juega con ventaja, usted me tiene a mí.

No esperaba respuestas, no las esperó de Sebastián ni las esperaba

de nadie, no había opción para ellos. Su segunda partida estaba lista para ser jugada.

Adquirió un par de juguetes más, de muy alto valor, para ir completando su arsenal informático e hizo algunas compras en Rusia: programas informáticos que liberarían a su equipo de muchas horas de trabajo, todos ellos pagados en cuentas bancarias localizadas en paraísos fiscales.

Ahora quedaba dejar esa trama bien atada, por si fuese necesario.

—Querido Sebastián, ¿cómo vas?, ¿te gusta ser mi socio? —preguntó Ramón conociendo la respuesta.

—¡Querido Ramón! —dijo satisfecho Sebastián, quien desde hacía semanas había endulzado su tratamiento con ese personaje hasta el empalago. Su confianza era absoluta y aunque no lo reconociera, poco a poco también su dependencia—. ¿Cómo te va? Dime qué necesitas.

—Tenemos amigos importantes, Sebastián. Nos codeamos con lo más selecto de nuestra sociedad. Por favor, manda a alguien para que haga entrega de una generosa aportación a la campaña de don Bartolomé Segura y mándale recuerdos personales en el texto del depósito. Te mando al celular los datos del banco y la cuenta corriente en la que debes hacer el ingreso.

A partir de ahí, las redes sociales empezaron a arder.

Comentarios de gente sencilla, en cada uno de los grupos de influencia, ensalzando al candidato con pequeños detalles e historias comprometidas contadas en primera persona sobre los aspirantes del resto de partidos o sus colaboradores. Noticias reales, potenciadas en según qué partes, e historias falsas, pero creíbles, expuestas en los foros adecuados.

Exaltaciones sobre la labor de Bartolomé Segura y, en contraposición, un completo arsenal de acusaciones contra los opositores: relaciones dudosas, negocios del pasado con intereses contrapuestos a los del país, escarceos amorosos, algunos de ellos contados en primera persona por sus protagonistas, reales o falsos, impresionantes testimonios de abusos de poder y, en último extremo, si era necesario, contribuciones ridículas, pero llamativas y públicas, de personas non gratas para los competidores.

Miles de datos, soltados de forma precisa en los lugares oportunos y con la frecuencia adecuada, darían semanas más tarde la victoria a un político orgulloso de su propuesta, que por momentos olvidaba la importancia del trabajo de Ramón.

Él, de forma paciente, seguía su juego de coleccionar información, incluida, por supuesto, la relativa al propio Bartolomé.

Tendida la trampa, las víctimas, como era usual en las relaciones que se mantenían con Ramón, se convertían en marionetas esclavas de los movimientos trazados por el titiritero.

—Bartolomé, me ha llamado el director del banco de la oficina de Bogotá. Al parecer han hecho un ingreso de dos millones de dólares en la cuenta corriente que tenemos abierta para el apoyo a nuestra campaña —dijo nervioso José.

—¡Estupendo!, buena noticia —contestó eufórico.

—No tan buena. Según me indican, proviene de uno de los jefes más importantes de los cárteles colombianos, Sebastián Neira.

—Devuélvala sin más.

—No es tan fácil, han hecho el depósito en metálico.

—¿Quién va por ahí con dos millones de dólares en la mano?, ¿a quién mandan para llevar eso?, ¿a dos tipos vestidos de negro con dos sacas de cinco kilos en cada mano o a uno con dos sacas de diez? —gritó contrariado Bartolomé—. ¿Qué podemos hacer?, ¿donarlo a una causa humanitaria?, ¿quemarlo delante de la prensa?

—Si reconocemos que hemos recibido un ingreso de ese tipo nuestra imagen se verá seriamente dañada. Nadie regala nada por nada y aun cuando usted y yo sabemos que no tenemos nada que ver con ese individuo, tanto la oposición como la prensa sacarán una buena rentabilidad al tema. Por otra parte, si no decimos nada, es cuestión de tiempo que salga a la luz.

—¿De esto no se encarga Ramón?

—No lo sé, ha sido un depósito en metálico, lo suyo son las redes.

Ramón no solía llamar a José, pero esa misma tarde sonó el teléfono.

—¿Cómo estamos, José? —preguntó afable.

—¡Estamos jodidos! Hemos recibido un ingreso en metálico de dos millones de dólares de uno de los jefes de los cárteles y no sabemos qué hacer.

—Debes de estar en un error, José, nadie va por ahí con dos millones de dólares en la mano. ¿A quién mandan para llevar eso?, ¿a dos tipos vestidos de negro con dos sacas de cinco kilos en cada mano o a uno con dos sacas de diez? — dijo riendo—. Estás en un error —repitió.

A José le daba miedo hablar con ese ilusionista de lo imposible, capaz de ver y oír lo que quería. Entendía que no había sido casualidad que hubiera dicho lo de los tipos vestido de negro. Estaba convencido de que tenía ojos y oídos en todas partes y sintió pánico.

—Fíjate que yo llamaba para felicitarte por la campaña de ese joven. ¿Cómo se llama?, sí, Juan Verde, ese que ha lanzado una

iniciativa a nivel mundial en favor vuestro en las redes, apoyando vuestra política medioambiental y los gestos que Bartolomé Segura tiene siempre en este terreno. Es increíble que un muchacho de tan solo veintitrés años haya sido capaz de conseguir dos millones de dólares de diecinueve países diferentes y más increíble que los haya entregado íntegramente. ¡Aún hay gente honrada!, José, y tú preocupándote por fantasmas. Mañana lo leerás en la prensa, hay fotos preciosas del señor Verde con el director del banco haciendo entrega del dinero en metálico. ¡Una locura! Deja para nosotros lo que pusiera por escrito en el depósito que han hecho en vuestra cuenta y disfruta junto a don Bartolomé de lo que diga la prensa.

A esas alturas de la campaña José sabía que el próximo presidente de su país se llamaría Ramón Dorado, fuera quien fuera el que se sentara en el sillón presidencial.

A Bartolomé Segura le siguieron otros de su mismo país y de otros, que obtuvieron con la misma facilidad la victoria. En cada una de esas campañas todos recibieron la generosa contribución de Sebastián Neira para dejar los cabos bien atados.

Ramón, desde su oficina en un amplio sótano de Comuna Chapinero, empezó a dominar a su manera el mundo.

Tenía el dinero y tenía el poder en sus manos, pero le faltaba algo.

Capítulo VII

El Dorado

El Hotel Casa Dann Carlton, situado en la calle noventa y cuatro, en Chicó Norte, había sido una buena elección en el anterior viaje. SERAVTEL Colombia estaba situada en la noventa y dos, apenas a cuatrocientos metros, el acceso al aeropuerto era relativamente cómodo, menos de veinte minutos, y el Consulado general de España estaba en la misma noventa y cuatro, a nueve minutos andando.

Le gustaba la zona. En su primera visita a Bogotá pasó la mayoría de las noches, cuando Santiago Álvarez no le tenía enredado en alguna de esas cenas que odiaba, en el recién remodelado parque de la noventa y tres, lugar que se había puesto de moda, frecuentado por jóvenes y turistas, y al que Chicha solía acompañarle para tomar y hablar de su tierra.

Al llegar al aeropuerto de El Dorado, a eso de la una de la tarde del cuatro de septiembre, notó la diferencia de temperatura. Venía de sufrir unos implacables treinta y cinco grados y se encontró con tan solo dieciséis. La época de lluvias comenzaba en septiembre, pero ese año Bogotá le regaló casi otro mes para aclimatarse.

Al llegar empezó a ver lo que llamaba las gentes de colores. El mestizaje le apasionaba, le parecía la evidencia más hermosa de lo que su maestro le había enseñado, enriquecido con el variado color de la piel de los habitantes de la ciudad. Estaba seguro de que, en un pasado no tan lejano, España tuvo que estar igualmente llena de gentes de colores, pero el paso del tiempo suavizó progresivamente esa gradación cromática hasta dejarla en una insulsa paleta de blancos, en general más claros cuanto más al norte.

Las chivas[29], también de intensos colores, y los cientos de motociclistas, enfundados en sus llamativos monos de trabajo, le hicieron recordar el aburrido color de los autobuses madrileños y los trajeados conductores de escúteres negros, sacándole alguna sonrisa.

Al salir del aeropuerto tomaron la avenida de El Dorado, una línea recta que apuntaba a los Cerros Orientales.

Grandes nubes blancas dejaban ver, por debajo de ellas, la base de aquellos cerros. Calentadas por el sol se fueron levantando en el recorrido hasta el hotel y le permitieron recordar el perfil de sus cumbres.

Bogotá había crecido. Era más moderna, verde y limpia, pero conservando ese pequeño caos de las ciudades que crecen más rápido que sus infraestructuras. Quizás la ciudad sufriera del mismo síndrome del que le hablaba don Fernando sobre el ser humano y su incapacidad para hacer frente, en tan poco espacio de tiempo, al avance de su progreso.

Giraron hacia la carrera cincuenta. Los puestos de jugos y raspaditos seguían vivos en la calle, ofreciendo un sinfín de variedades de frutas. Recordó cuánta cautela tuvo en su anterior viaje de no tomar uno por miedo a enfermar, hasta que la sed inhibió su precaución, forzándole a pedir un raspadito de maracuyá. A partir de entonces fueron varios raspaditos al día, sin que estos le provocarán otro daño adicional que una tremenda adicción.

La ciudad se iba echando encima de las calles según se adentraba el taxi en ella. Grafitis y enjambres de cables enturbiaban el trayecto.

Lo primero que hizo al llegar a la habitación del hotel fue tumbarse en la cama y teclear en internet los nombres que había leído en el papel que encontró en el avión. Pudo identificar a un Benzán, un pintor con cierto éxito, nacido en Cuba y afincado en Colombia, ganador de varios premios. Estuvo viendo parte de la obra en las redes, especialmente retratos y paisajes.

Tecleó “Benzán, 1957”, pero no encontró información adicional. Sacó como conclusión, por algunas de las dataciones de sus cuadros, que esa época debería corresponder al inicio de la carrera del pintor, si es que se trataba efectivamente de él.

Buscó “Paola Fernández Castro”. No había entradas en la red referidas a ningún hecho relevante relacionado con ese nombre. Comenzó a revisar en los perfiles de las redes sociales, ninguno de ellos aportaba nada a su búsqueda y tan solo unos cuantos correspondían a la edad de lo que él entendía por una niña.

Se quedó dormido viendo fotos de postureo, excursiones y celebraciones, especialmente fiestas de quinceañeras donde el papá, envuelto en lágrimas, cambiaba las zapatillas de deportes de su hija por unos zapatones de tacones altos, tradición en Colombia para que la niña pase, a sus quince años, a ser considerada una mujer.

A las ocho de la mañana, después de ir y volver corriendo hasta el seminario conciliar de Bogotá, un extraordinario edificio de ladrillo visto situado a las faldas de los Cerros Orientales, que le recordaba a las construcciones modernistas de Barcelona, tras una buena ducha y un abundante desayuno, estaba en la puerta de la oficina. No quería empezar demasiado pronto ese primer día en el que seguramente nadie le esperaba.

Al llegar a la oficina de la calle noventa y dos lo atendió asustado el conserje que estaba en la recepción. No sabía qué hacer con tan ilustre visitante, aún no había llegado nadie.

La noticia había sido recibida el día anterior. Muchos recordaban a Martín de su visita y enseguida se extendieron los rumores que llegaban desde España: la capacidad de trabajo y tenacidad del nuevo director general.

Lo que nadie imaginó es que lo que habían oído se quedaba corto, hecho que se puso de manifiesto al aparecer antes que nadie en la oficina la mañana del cinco de septiembre.

Sin tener adónde ir, se sentó en el elegante sofá que había en el recibidor de la entrada hasta las nueve y diez, cuando el director de Recursos Humanos salió, blanco como la loza, por la puerta del ascensor.

Había estado observando a cada uno de los que habían entrado, fijándose especialmente en los que saludaron y en los que no.

—Hola. Alejandro Ramírez, para servirle. Disculpe, recién me avisaron de que llegó, no le esperábamos tan pronto, apenas ayer llegó la noticia de su nombramiento y pensamos que se demoraría algunos días hasta su llegada —dijo casi tartamudeando aquel grueso bonachón de escasa estatura y gran sonrisa, de la que sobresalían unos perfectos dientes blancos, que hicieron dudar a Martín de su naturaleza.

—No se preocupe. He estado observando la hora a la que ha ido llegando la gente, ¿cuántos somos en total? —preguntó.

—Ciento ochenta. Ciento ochenta y uno con usted —dijo consciente de lo que el nuevo jefe había percibido.

—Calculo que habrán entrado unos sesenta, sesenta y uno conmigo —dijo queriendo mostrar con ese dato una buena dosis de ironía y dar el mismo nivel de precisión que el recibido—, un treinta por ciento. ¿Cuántos de ustedes entran por el garaje?

—Apenas nueve, los directores de área.

—Eso nos hace un total de setenta, si es que llegaron los nueve directores. Tendremos que trabajar sobre ello, Alejandro —le dijo poniendo la mano sobre su hombro.

—No se preocupe, me encargaré de revisarlo. Desde la ausencia de don Santiago, que en paz descanse, andamos algo trastocados —añadió como escusa el chaparro director.

—¿Cómo?, ¿murió don Santiago Álvarez? —preguntó asombrado por la noticia.

—Sí, un luctuoso hecho en la estación del barrio Jorge Eliécer Gaitán, apenas a cuatro kilómetros de acá. Se conoce que andaba

viniendo para la oficina, cuando de repente sufrió un ataque *sicarial*. Los sicarios, que se movilizaban en una motocicleta, dispararon armas de fuego y descargaron varias ráfagas de tiros contra un grupo de personas que estaban reunidas en el parque. Entre las víctimas fatales hubo una mujer y dos hombres. La mujer y el otro varón tenían antecedentes por tráfico de estupefacientes. El señor Álvarez fue una víctima colateral de los hechos. Hará de esto tres meses —explicó, orgulloso de poder servir como fuente de información al nuevo jefe—. ¿Cómo fue su viaje? —se apresuró a preguntar para llevar la conversación a temas más agradables.

—Bien, bien, gracias, deseando empezar —sentenció aún impactado por el final de su predecesor.

Alejandro invitó a su nuevo jefe a pasar al ascensor y pulsó el botón de la última planta. Al llegar le presentó a Erika Fischer, quien desempeñaba su trabajo como secretaria de dirección. Una elegante mujer alemana de apenas cincuenta años, rubia, melena corta, ojos de un intenso azul claro y una amplia sonrisa, a la que acompañaban unas sutiles arrugas que la hacían más atractiva.

—Este es su despacho —le indicó Alejandro abriendo la puerta de una amplia sala.

El despacho orientado al suroeste estaba atiborrado de enseres. Muebles de pared, mesas, sillas, lámparas y cuadros inundaban, exuberantes y ostentosos, aquel espacio y, todos a la vez, saltaron como pumas hambrientos sobre un desprevenido Martín.

Se acercó al ventanal. Buscaba su maqueta de trenes, pero solo encontró la calle y un paisaje interminable de edificios.

—¿Tenemos algún otro despacho en esta planta? —preguntó, pensando que decir en su primer día de trabajo que había que tirar aquello no era la mejor muestra de lo que quería hacer.

—Tenemos uno igual, totalmente vacío —se apresuró a contestar Erika, ávida por mostrar su disposición a ayudar.

—Erika abrió las puertas del despacho contiguo, vacío y orientado hacia el sureste. ¡Era su salvación! Dejó escapar un leve suspiro, apenas perceptible, que confortó su alma.

—¿Podría llamar a Conchita, mi secretaria en España, y pedirle que le ayude a ponerlo a mi gusto? No le llevará mucho, se lo aseguro —dijo sonriendo.

—Por supuesto —contestó Erika—. ¿Qué hacemos con el antiguo despacho de don Santiago? —preguntó.

—Le encontraremos una utilidad más adelante. No se preocupe. Por favor, encárguese de conseguirme lo necesario para trabajar. Como ve, he venido con las manos en los bolsillos. Necesito teléfono

móvil local, perdón, celular, computador y mire si tenemos algún carro disponible, cualquiera que esté libre —dijo tratando de utilizar las palabras locales correctas, alguna de las cuales le seguían sonando extrañas.

Alejandro miraba por detrás de su jefe a Erika, haciéndole gestos para indicarle que el sencillo proceso que el nuevo director general estaba proponiendo quedaba lejos de cumplir con el protocolo establecido por la multinacional.

—Alejandro, tendremos que ir buscando un apartamento. Imagino que se encarga usted de eso, ¿verdad? No muy lejos de aquí. Mire usted en el Refugio Chapinero, a ver si puedo vivir a diario con las hermosas vistas de los Cerros Orientales.

—No se preocupe, haremos la encomienda a la inmobiliaria de inmediato y apenas en un par de semanas tendremos alguna propuesta.

—Don Martín, le puedo pasar la tarjeta SIM[30] del celular de don Santiago, por si quiere usarla mientras le encargamos la suya —dijo Erika.

—Por favor, llámeme Martín. No hace falta que me encargue otra, me quedo con esta, muchas gracias.

Complicar esa primera mañana era absurdo, creyó más conveniente dar tiempo a sus nuevos empleados para recibirle adecuadamente, especialmente a los que reportaban a él.

—¿Podemos saludar a la gente? —preguntó dirigiéndose a Alejandro.

—¿Quiere tomar un café o cualquier otra cosa, don Martín?, perdón, Martín —interrumpió Erika.

—Hable con Conchita, ella le explicará. Será una magnifica ayuda para nuestra relación, confíe en ella —pidió amablemente a su nueva secretaria.

El resto de la mañana estuvieron saludando a los que estaban en la oficina. Él seguía contando y clasificando a todos con los que se encontraba.

Ya se había corrido el rumor de que el nuevo director general había llegado esa mañana a las ocho y había estado esperando en los sillones de la entrada, sorprendido por haber encontrado la oficina vacía.

El conserje, que pasó más de una hora temblando frente al nuevo jefe y los que habían recibido su mirada al entrar, se encargaron de hacer posible el trabajo solicitado por el nuevo director general a su director de Recursos Humanos.

Rostros circunspectos, sonrisas forzadas, apretones de mano,

reverencias exageradas e innecesarias y colores, muchas gentes de colores que hacían concebir en él las mayores esperanzas para el desarrollo de esa organización.

Alejandro insistió en ir a comer con su nuevo jefe, pero él cordialmente lo rechazó.

—Aún no puedo comer contigo, no tengo ni visa ni despacho, condiciones imprescindibles para poder aceptar tu oferta —dijo sonriendo para poner de manifiesto la evidente excusa que estaba poniendo—. ¡Ya comeremos, Alejandro!

Cuando hubo dado unos pasos, se volvió.

—Alejandro, ¿qué es de Chicha? —preguntó interesado por su viejo compañero.

—¿Chicha? —preguntó Alejandro.

—Chicha Piracoca.

—Dejó la compañía hará casi dos años. Tuvo un gran enfrentamiento con su predecesor, no sabemos con detalle lo que pasó, salió del despacho de don Santiago y nunca más le hemos vuelto a ver. Tuve que mandarle la liquidación a su pueblo.

—¿A Tunja? —preguntó.

—Sí, ¿cómo lo sabe? —preguntó curioso Alejandro.

—Ya sabe dónde voy a estar hasta el próximo lunes, cuando nos dedicaremos a hacer la entrada oficial. ¿Tiene su dirección en Tunja?

—Sí, claro, se la paso cuando llegue a mi despacho.

—¿Tenemos algún coche que pueda utilizar o alquilo uno?

—Tenemos, pero es un coche que utiliza el ordenanza para hacer los encargos por Bogotá.

—Me vale, si no lo van a utilizar. Esta tarde vengo sobre las dos a recogerlo, deje las llaves al señor de recepción, por favor.

—Por supuesto, así lo haré.

Volvió despacio, dando un paseo hasta el hotel mientras repasaba lo vivido esa mañana.

En el trayecto fue quitando la tarjeta SIM de su teléfono móvil y puso la que le había pasado Erika. Al encenderlo se descargaron un par de docenas de mensajes publicitarios, probablemente suscripciones del anterior propietario de la tarjeta SIM, don Santiago.

Vio en estos mensajes una oportunidad para ir conociendo los lugares donde comprar lo que necesitara. Aquel extraño personaje, del que tenía tan mal concepto, no le dio la sensación de ir mal vestido y con toda seguridad habría hecho una buena selección de los mejores comercios de Bogotá. Decidió conservar los mensajes y terminó de configurar el teléfono.

Salir de Bogotá por la autopista Norte era encontrarse lo más cerca posible de Europa. Un ejercicio casi imposible de paciencia. El mismo tráfico que el de cualquier ciudad europea, las mismas zonas residenciales, lujosos edificios de oficinas, grandes centros comerciales y modernos concesionarios de todas las marcas de vehículos, pero con ese toque mágico que le daba el siempre impresionante y colorido detalle de los pequeños puestos de flores ocupando los arcenes.

Al llegar a Tunja se dirigió a la dirección que le había dado Alejandro.

Preguntó por él a una mujer que lucía sin complejos una amplia sonrisa llena de dientes amarillentos, picados y desordenados, unos pantalones apretados color rosa, que mostraban sin reparos el sobrepeso de la mujer, un poncho gris azulado y una llamativa gorra de un intenso verde. Un equipamiento perfecto para hacer recaer en ella todas las miradas, incluso en esa colorida ciudad.

Aquella referencia local del buen vestir le indicó que el local donde trabajaba Chicha estaba en la carrera diecisiete con la once.

Al adentrase en la ciudad le llamó la atención la cantidad de gente joven andando por las calles. Carros de flores, fresas, peras, manzanas, uvas y yacón ocupaban las estrechas aceras, cuando no, puestos repletos de camisetas del Real Madrid y del Barcelona u otros con películas o cuentos infantiles.

Encontrar la esquina de la diecisiete con la once fue fácil, pero localizar un aparcamiento le obligó a visitar la amplia plaza de Tunja y otras cuantas calles aledañas hasta dar con el apeadero de la calle doce.

El local donde trabajaba Chicha era un pequeño cuchitril, pintado de color añil, lleno de accesorios para móviles. Miraba por una gran lupa sin levantar la vista del trabajo que tenía entre manos. Vestía unos pantalones vaqueros desgastados y una camisa azul que llevaba desabrochada. Debajo de ella, una camiseta blanca destacaba sobre su piel morena.

Se quedó en la puerta sin querer molestar. Chicha entregó el móvil que estaba reparando y volvió la cabeza.

—¡*Sadigua*! —exclamó quitándose la lupa de encima y dirigiéndose hacia él con los brazos abiertos—. ¡Nieto de un mismo abuelo!, *nyquy*[31] —dijo mientras le abrazaba.

—¡Hermano!, tenía ganas de verte —contestó emocionado Martín.

Chicha lanzó un silbido hacia un grupo de jóvenes que estaban sentados en las amplias escaleras de un local frente al suyo, justo detrás de un carro que vendía obleas.

Uno de los chavales, con cierto parecido a Chicha, se levantó y

acudió corriendo.

—Carlos Alberto, te presento a Martín.

—Encantado, Carlos Alberto —saludó.

—Te quedas a cargo de la tienda. Coge los celulares que no sepas reparar y diles que se los entregaremos mañana. Si a alguien le corre mucha prisa le das uno nuevo y que vuelva cuando pueda a por el suyo —dijo Chicha mientras sacaba un manojo de llaves para dárselas al chico.

—¡Vaya negocio! ¿Cambias teléfonos nuevos por estropeados? Siempre has sido un romántico —dijo con guasa.

—Acá todos son conocidos, no vale la pena encabronar a nadie por un celular —dijo riendo—. ¿Cómo te va?, ¿qué vaina viniste a hacer esta vez?

—Vine para quedarme y la primera noticia que me dan es que te has ido, ¿qué pasó?

—No aguantaba a ese pendejo de Santiago, tuvimos una agarrada y me largué para ser feliz en mi pueblo, que es el tuyo, hermano —dijo riendo feliz, a la vez que le echaba el brazo por encima y lo apretaba hacia él—. Nos vamos a tomar unas costillas y unas chatas que te van a convencer para quedarte aquí conmigo, reparando celulares.

—¿Chatas?, ¿a quién nos vamos a comer, hermano?

—Lomo ancho, como decís los chapetones[32].

—¿Y tu negocio?

—Mi sobrino Carlos Alberto se hará cargo. Sabe tanto o más que yo. No te preocupes, *Sadigua*, tú y yo, a disfrutar de nuestro encuentro.

Los dos amigos pasaron la tarde recordando los días en los que estuvieron juntos en Bogotá y las charlas mantenidas.

—¿Por qué saliste? —preguntó.

—No aguantaba más. Ese hombre era desesperante, no podía proponer nada, no quería que tocara nada. Se limitaba a decirme que si no tenía suficiente con que me pagara el sueldo. El responsable de Redes, ese tipo, Andrés Felipe, era más insoportable todavía. ¡No es de fiar! Me contaba un montón de vainas y su máximo objetivo era que dejara la compañía para irme a una de las subcontratas, que poco a poco se hicieron con todas las actividades que anteriormente gestionábamos nosotros. —Hizo una pausa, respiró hondo e intencionadamente cambió de conversación—. ¿Cuánto tiempo te quedas en Tunja?

—El fin de semana —contestó.

—Mañana te enseño la ciudad, iremos a ver la plaza de Bolívar, la

catedral y algunas iglesias y museos. Pasado mañana, cuando estés regresando, te acompaño y te enseño El Dorado, para que puedas contar en Europa que tú sí lo encontraste.

El fin de semana lo pasó como había deseado, alejado de todos y junto a una persona a la que estimaba y con la que se sentía a gusto. Esos fueron los objetivos cuando decidió ir a visitar Tunja, estar de nuevo con Chicha y lejos de una realidad que por momentos se negaba a aceptar y que, para su sorpresa, al momento siguiente deseaba tener cuanto antes entre las manos y demostrar hasta dónde era capaz de llegar.

Fue un encuentro con una buena persona, por naturaleza honesta y feliz, que le siguió contando historias de su pueblo y haciéndole reír hasta que se despidieron en la Laguna Guatavita, origen de todas las leyendas de El Dorado.

Como siempre, un concepto abstracto en el que todos querían creer.

Capítulo VIII

Una nueva aventura

Santiago Álvarez nació en una preciosa finca a pocos kilómetros de Armenia, “la ciudad milagro”, situada en el triángulo de oro de Colombia.

Era hijo único. Un chaval reservado que colmaba las aspiraciones de su madre y al que su padre, Santiago Álvarez Usía, trataba de espabilar involucrándole en las actividades de la plantación, especialmente en las comerciales.

Santiago solía abandonar por varios días a su hijo con la gente que trabajaba para él en la plantación. Su intención era hacerle sentir responsable de su gran imperio y despertar en él la viveza, la capacidad de esfuerzo y el espíritu de superación que veía en los ojos de sus trabajadores, pero lejos de conseguir su propósito, el muchacho, siempre con un libro en la mano y sin la menor intención de relacionarse con esa gente, se iba alejando cada vez más de los deseos del padre.

Santiago Álvarez Usía, un adinerado terrateniente colombiano que proyectaba en su vástago las aspiraciones que él siempre había anhelado, se aseguró de que su hijo recibiera la mejor educación en los más selectos colegios y universidades de Colombia, para así tratar de hacer posibles sus propios sueños.

Renegaba, sin embargo, de que su hijo no estudiara “las cosas del campo”, pero al mismo tiempo veía compensada esta frustración con sus excelentes calificaciones, especialmente cuando Santiaguito accedió a hacer un MBA en la *Harvard Business School*, el sueño que su testarudo padre, don Ramón Álvarez Caballero, siempre le negó a él, obligándole a trabajar las tierras en cuanto obtuvo el título de bachiller, nivel que creía más que suficiente para ese desempeño.

Doña Margarita, la madre de Santiago, había elegido vivir recluida en la hacienda, rodeada de invitados que llenaban sus días, en una especie de celebración continua por la vida. Lo que no siempre era del gusto de su marido.

Era una fiel cómplice de su hijo, a quien mimaba y protegía hasta el extremo y este, en compensación y gracias a sus brillantes resultados académicos, se encargaba de mantener contento a su padre, permitiéndola celebrar cada éxito suyo con un nuevo y extravagante

periplo alrededor del planeta, que normalmente hacía sola y del que solía venir absolutamente rejuvenecida.

Después de una brillante carrera, Santiago no quiso volver a Armenia. El bagaje educativo que adquirió estaba demasiado lejos de la gestión de las tierras y cultivos de su padre. Sin embargo, cuando su padre lo necesitó, se hizo cargo del negocio, poniendo al frente del mismo a Alfonso Valencia, su íntimo amigo de la infancia, quien había estudiado ingeniería agrícola en la Universidad Nacional de Colombia, UNAL, y con el que Santiago siempre tuvo una relación especial.

Alfonso era la tapadera de Santiago y este le ofrecía cuanto pudiera necesitar.

"Libertad por dinero", ese era el lema de aquella amistad. Un juego al que desde muy pequeños jugaron conscientes y convencidos, permitiéndole a uno vivir a un ritmo que sus padres no podían permitirse y al otro llevar una vida paralela al amparo de su leal amigo.

Alfonso siempre recordaría el primer coche que pudo comprarse en Bogotá y que lució durante toda la carrera. Santiago, su primer viaje a Europa mientras supuestamente había cogido una gripe que le dejó afónico y de la que con tanto esmero y a diario informaba su amigo a don Santiago y doña Margarita.

Santiago, para desconsuelo de su madre y orgullo de su padre, empezó a trabajar en Estados Unidos. Cuando años después quiso regresar a Colombia con la idea de ser director general de una gran empresa, a ser posible europea, su padre, que seguía coqueteando entre el deseo de que su hijo regresara a Armenia y el de verle codearse con los grandes del país, habló con Teodoro Cifuentes, amigo de la infancia y viceministro de empleo y pensiones, quien incorporó a Santiago al proceso de selección de una multinacional de telecomunicaciones italiana que venía a instalarse en una Colombia deseosa de mejorar sus infraestructuras.

Santiago, por currículo, habilidades, influencias y capacidades personales, no tuvo rival en aquel proceso, convirtiéndose en el primer ejecutivo de la sede de la multinacional SERAVTEL Colombia.

Como su padre quería, pronto se vio relacionado con las más altas esferas del país, para los que Santiago y la organización que dirigía se convirtieron en proveedores de todo tipo de *gadgets* tecnológicos.

Gracias a la experiencia obtenida en las redes de otros países, lograron en pocos años una posición de privilegio en cualquier licitación pública, donde destacaban por su superioridad tecnológica, acabando por proveer de avanzados servicios de valor añadido a las redes de telecomunicaciones: redes virtuales móviles, privadas y

públicas, sistemas de seguridad avanzados, inhibición de señales, detección de llamadas y un sinfín de nuevos productos por los que los gobiernos competían, deseosos de estar a la cabeza de una tecnología que se preveía clave para el desarrollo de cualquier país.

La sociedad de SERVATEL en Colombia se desarrolló de forma notable en sus primeros años, para satisfacción de todas las partes interesadas: accionistas, clientes, trabajadores, Gobierno y resto de entidades involucradas.

A partir de dos mil dos, la empresa, proveedora de numerosas soluciones a través de otras compañías terceras que ella misma fue desarrollando, pareció asentarse en una cómoda posición, manteniendo el volumen de facturación y seleccionando cuidadosamente los nuevos productos y servicios que introducía en las redes.

Cuando Martín la visitó en dos mil ocho, cinco años atrás de su llegada para ocupar el puesto de Santiago Álvarez, dio testimonio de esa situación. La institución estaba estancada en una cómoda vía muerta, había limitado en extremo su capacidad de desarrollo subcontratando la mayoría de las actividades de valor añadido, aunque había sido capaz de mantener unos buenos niveles de beneficio. Una gestión mediocre y relajada, a ojos de ese directivo que vivía por y para el crecimiento.

Adicional e innecesariamente, en su opinión, se había convertido en un importante canal de distribución de teléfonos móviles, actividad no alineada con el propósito de la multinacional y singular dentro del conjunto de las sociedades de SERAVTEL en el mundo.

Tras un magnífico fin de semana con Chicha, era hora de ponerse manos a la obra. De momento el reto era coger ritmo, entender la organización y establecer las claves para su desarrollo, tratando de superar cuanto antes la fase de aletargamiento en la que habían dormitado amparándose en su éxito.

Al entrar en la sexta planta, Erika ya estaba allí.

—Buenos días, Martín.

—Buenos días, Erika, ¿qué tal el fin de semana? —preguntó cortésmente.

—Bien, espero que haya merecido la pena, usted decide —dijo sonriendo, a la vez que se levantaba con un claro gesto de satisfacción para abrir la puerta del nuevo despacho.

Al entrar, a su izquierda, Erika había colocado la mesa en una milimétrica orientación este-oeste, lo que hacía que quedara descuadrada con respecto al resto del despacho y algo alejada de la

pared, para permitir el paso a su sillón de trabajo y salir rodando hasta la mesa redonda que estaba enfrente, en la esquina suroeste.

Sobre la mesa tan solo había, al igual que en el despacho de la calle del Cerro de la Plata, un teclado, un ratón y una gran pantalla. Detrás de ella sobresalía un conjunto de exuberantes macetas, que Erika le identificó como palmeras de salón[33], con los que quedó impresionado. Sin duda Conchita había sabido transmitirle lo innecesario de colocar unas sillas en ese lugar y Erika había logrado que esas plantas le recordasen a su antiguo despacho y que había llegado a Colombia.

La mesa redonda, con tres sillas perfectamente orientadas siguiendo los puntos cardinales y esperando el sillón de Martín para formar un cuadrado perfecto, estaba escoltada por una preciosa planta con grandes hojas de intenso color verde.

—¿Qué planta es esta, Erika?

—Un *Espatifilo*. Como ve, las hojas blancas parecen proteger las inflorescencias y destacan del resto de las hojas con ese color verde intenso, ¿le gusta?

—Sí, preciosa —contestó.

Él no veía una planta, sino el símbolo de lo que quería hacer en esa mesa redonda: sacar lo mejor de cada persona desde su propia esencia, arropándoles y protegiéndoles, haciéndoles capaces de conseguir los retos que les propusiera.

Recordó el Tronco de Brasil y la Beaucarnea y acarició las hojas del Espatifilo. Como antes, en el despacho de la séptima planta, serían el indicador de la salud de su espíritu y se comprometía a mantenerlas tan verdes como las mantendría su abuela Josefina o, en su defecto, la buena de Manuela.

Se giró hacia Erika, le regaló una espléndida sonrisa, se acercó, le cogió las manos, las elevó ligeramente a la vez que hacía una pequeña reverencia con su cabeza y le dio un beso de agradecimiento y respeto por el trabajo realizado el fin de semana.

—Gracias por su sensibilidad. Dele también las gracias a Conchita. Son ustedes un encanto, no tendrían por qué haber trabajado el fin de semana.

—Gracias —contestó la alemana ruborizada— Su cuadro no lo pedí todavía, pero no se preocupe, yo me encargo, le he puesto uno de los que tenía don Santiago para comprobar que le gusta el sitio.

Martín, que se había quedado mirando hacia la puerta, en el gesto de dar las gracias a Erika, miró a su izquierda. Un cuadro, de dimensiones análogas al grabado del Endurance, ocupaba el que sin duda era la ubicación perfecta para ese símbolo de liderazgo.

Erika le acompañó a la pared cubierta de madera que había tras la mesa redonda, presionó sobre la separación de los diferentes paneles y descubrió una puerta que daba al antiguo despacho de Santiago. En él únicamente quedaban el inmenso sofá de cuero, dos sillones a juego, la mesita para tomar café y varias plantas, todas con el mismo intenso color verde de las de su despacho.

—Tendrá que recibir gente, esta puede ser una solución —dijo de forma tímida y orgullosa a la vez la secretaria, que cada vez le parecía más eficiente a Martín.

—Muchas gracias, están ustedes en todo. Me gusta —contestó mientras decidía que ese despacho sería el motor donde haría estallar el talento de las decenas de personas que allí trabajaban.

—Si necesita algo más, estoy a su disposición —dijo orgullosa mientras cerraba la puerta para dejarle disfrutando de su obra.

—No cierre la puerta, por favor. A menos que esperemos a alguien o que esté reunido, la mantenemos abierta. Ya tiene que ser bastante complicado decidir molestar al jefe como para ponérselo más difícil si tienen que llamar —dijo instintivamente.

Se acercó al ventanal. El sol se intuía tras las nubes por su izquierda. Echó de menos su maqueta de trenes. Se giró y, recorriendo con los dedos y con la vista los perfiles de cuanto veía, fue haciendo suya cada cosa. Se acercó al cuadro. Era un impresionante paisaje de un valle en el que el autor quiso jugar con los colores para destacar la exuberancia de una hermosa hacienda y una fértil plantación de café.

Quizás fue la rutina adquirida desde la infancia para tratar de ver en cada instante, cada persona o cada objeto, no lo que muestran sino lo no dejan ver, lo que le llevó a sentir un pequeño escalofrío al ser consciente de estar simplemente observando la obra de su secretaria, sin haber leído el mensaje que pudiera esconder.

Se asombraba de la tenacidad de su subconsciente, capaz de llamarle la atención ante cualquier nueva experiencia y obligarle a analizarla con detalle hasta encontrar la belleza que ocultara.

Esta sería una de esas veces en las que la palabra asombro no describiría adecuadamente el estado en el que iba a quedar tras el descubrimiento que realizaría.

Sin saber por qué, sin entender la razón para ello, oyó las palabras de don Fernando en su cabeza: “No des nunca por sentado que las cosas son lo que parecen, has de encontrar el detalle que transforme en arte lo que observas”.

«¿Todo, don Fernando?, ¿hasta un simple despacho con un suplente cuadro que espera ser abandonado en cualquier momento?», se dijo mientras observaba el paisaje y recordaba a su maestro.

De repente se vio sentado en uno de los bancos de piedra del mercado de ganado.

—Todo se te muestra delante de ti, Martín. Cada persona, cada lugar, no hace sino contarte su historia hasta ese preciso momento, si observas con atención. Su estado de ánimo, sus ilusiones, sus frustraciones y deseos están reflejados en cada detalle que se muestra y en cada detalle que se oculta. Mira a ese joven que trae el rebaño de cabras, ¿qué ves?

—Un joven y siete cabras, don Fernando.

—¡Ponte los ojos de ver! —le dijo echándose encima de él, empujándole cariñosamente con el hombro—. Mira sus zapatos, su pantalón, sus manos, compáralos con los de cualquier otro.

—Se ha duchado y viste ropa de domingo.

—¿Para venir al mercado con las cabras? —el doctor hizo un silencio para dejar pensar al chico—. ¿Y? —preguntó impaciente.

—Habrá venido a algo más que al mercado.

—Sin duda, ¿qué busca con esa ropa?

—¿Una novia? —preguntó Martín sonriendo—, ¡pero aquí no hay chicas!, al menos no para encontrar novia.

—¿Por qué, Martín?, ¡no seas insolente!

—Bueno, no sé —dijo avergonzado.

—¿Crees que eso es lo que él ha pensado cuando salió del pueblo? Él solamente busca y eso es lo que está contando a los que quieran verlo.

Se volvió inconscientemente a mirar cada una de las cosas que Erika había colocado en el despacho. Empezó por la butaca y la mesa que serían su puesto de trabajo. Deslizó sus dedos por las hojas de las palmeras de salón. Se quedó mirando la mesa redonda. Acarició el Espatifilo y acabó de nuevo frente al cuadro.

«¿Qué me queréis contar?», se preguntó convencido de que esos nuevos e inertes compañeros de despacho esconderían algo que convertiría en arte lo que estaba observando.

Se quedó mirando el lienzo. Analizó cada pincelada del cuadro, los detalles de la hacienda escondidos entre un sinfín colores, la verde y cuidada plantación, las sierras que la circundaban. Intentó inútilmente averiguar de dónde sería ese paisaje. Si es que era de Colombia, su corto conocimiento del país no le ofrecía respuestas.

Finalmente, como si don Fernando hubiera tenido que cogerle la cabeza con las manos y dirigir su mirada hacia el extremo inferior derecho del cuadro, vio la firma del autor; “Benzán, 1974”.

—¡Erika!, ¿de quién es este cuadro? —preguntó en voz alta de

forma inconsciente, asustado y sorprendido por ese hallazgo inesperado.

Erika, al oírle, se levantó de su mesa y entró en el despacho, temiendo por el resultado de su trabajo durante el fin de semana y del que minutos antes estaba tan orgullosa.

—Era de don Santiago, ¿no le gusta?, ¿quiere que lo retire? —preguntó al abrir la puerta, preocupada y con cierto tono de decepción.

—No, no. Es tan solo curiosidad.

—Es de un pintor con cierta reputación —dijo tratando de mostrar la importancia del lienzo y justificar la elección—. Creo que era el protegido del padre de don Santiago. Hizo exposiciones tanto aquí como fuera del país. Si no me equivoco, algunos de sus cuadros están en el Museo Nacional de Colombia, en la carrera siete, entre la calle veintiocho y la treinta —aseguró nerviosa, exponiendo la importancia de la pintura elegida—. Al menos en alguna exposición temporal debe haber algún cuadro suyo.

—¿Le suena el nombre de Paola Fernández Castro? —preguntó.

—No, no me suena de nada, ¿debería?

—No, de nuevo curiosidad. Creo que podría tener algo que ver con el autor del cuadro —comentó fascinado.

«Cuánto me cuesta creer en las casualidades, tengo que hacérmelo mirar», pensó para sus adentros mientras trataba de entender ese juego del destino en una historia como la suya que, hasta hacía dos días, se regía exclusivamente por la lógica sucesión de experiencias previamente planificadas por él y en la que no había cabida para este tipo de sorpresas.

—No se preocupe, Erika. Es tan solo una tremenda casualidad, ya le contaré la historia.

—Dígame lo que necesite y si quiere que retire el cuadro…

—No, por favor, dejémoslo aquí, con suerte tendrá algo más que contarnos. ¿Podríamos tratar de localizar al autor?

—Sí, claro, me encargo de ello.

Martín trató de olvidar aquel inoportuno imprevisto y, resignado en su quehacer diario, pidió a Erika que le consiguiera el organigrama de la empresa.

Dedicó el día a hablar distendidamente con los que reportaban directamente a su predecesor y ahora, si nada cambiaba, a él. Su objetivo era conocerlos y entender sus expectativas y necesidades.

Al día siguiente, el martes diez de septiembre, pidió a Alejandro, el director de Recursos Humanos, que actualizase el organigrama copiando el existente hasta su llegada con el único cambio de la

inclusión de su nombre. Lo publicarían con fecha del día anterior. Quería transmitir serenidad a una organización que parecía perdida. «Esta gente necesita tiempo, ya llegará el momento de crear mi propia organización», pensó.

Esa primera semana se dedicó a seguir hablando con los diferentes equipos de la organización y comprender la estrategia y la operativa de la misma.

Alejandro fue el primero al que llamó para revisar sus actividades. Creía que las personas eran la base fundamental que impulsaba cualquier organización.

Había destacado en España por ser capaz de obtener lo mejor de cada una ellas, aun cuando nunca se hubiera significado por la atención que las prestaba. Eso debería cambiar a partir de ese momento. Ahora sí era su responsabilidad. Se ruborizó al pensar que siempre había sido su responsabilidad y que, hasta entonces, la había delegado.

El director de Recursos Humanos fue igualmente quien cerró la primera tanda de entrevistas. Quiso contrastar con él las conclusiones de esas reuniones y en especial lo que más le había sorprendido: que la persona que, de forma temporal y extraoficial, había sustituido tras su muerte a Santiago, hubiera sido el director de Redes, Andrés Felipe, del que Chicha le había hablado pestes.

En su entrevista se había mostrado amable e interesado por la velocidad que el nuevo director general quería dar a la firma. Le pareció una persona de pocas palabras que supo definir bien su trabajo, como cualquier técnico, en su opinión.

Alejandro confirmó la impresión que tenía sobre cada uno de los entrevistados y solo aportó, como dato no conocido por él, la enorme confianza que Andrés Felipe tenía con Santiago Álvarez.

En general, los perfiles de los que había entrevistado tenían algo en común: el conformismo y la falta de ambición. Andrés Felipe, por el contrario, era diferente. Le hubiera catalogado como muy ambicioso, de hecho, el resto de sus compañeros le hablaron del cambio que había experimentado en los meses en los que se hizo cargo de la compañía.

Su comportamiento durante esta etapa representó un cambio en la imagen que tenían de él. Asumió el liderazgo de la organización y pudieron percibir cómo aquel hombre, habitualmente escondido en su departamento, recobró la ilusión de sus primeros años, como si se hubiera quitado un gran peso de encima y de nuevo estuviera disfrutando.

Sin embargo, en su charla con él, no solo estaba satisfecho y

conforme con la llegada del nuevo director general, sino aliviado por ello y deseando volver a asumir como única tarea sus rutinas diarias, que el nuevo director general suponía que no le llevarían más de una hora al día, si había entendido bien su cometido.

En aquella primera semana de trabajo, Martín esbozó un claro boceto de la situación interna de la compañía, completado durante el fin de semana en el que ese infatigable trabajador se entregó a planificar con detalle sus próximos movimientos.

Repartiría su tiempo entre conocer a los integrantes de su nueva organización, realizar visitas a los clientes y familiarizarse con la situación económica y financiera, tarea que emprendió sin dilación ese mismo sábado al anochecer.

Acompañado de su responsable comercial, dedicó las dos siguientes semanas a visitar a los clientes más importantes. Todos estaban satisfechos con los servicios prestados.

En general eran clientes con una larga relación con SERAVTEL y se sentían bien atendidos a través de las subcontratas que les prestaban las diferentes soluciones. Cada uno de ellos, sin excepción, le comentó el gran poder de influencia de don Santiago sobre estas organizaciones para resolver cualquier incidencia que se producía y le pedían la misma capacidad a su sucesor.

Cuando, durante las dos primeras semanas de octubre visitó estas subcontratas, encontró algo muy diferente a lo visto hasta entonces en su propia empresa: hervían de actividad e ilusión.

Algo que le llamó especialmente la atención fue que los máximos responsables de estas compañías y la mayoría de los de segundo nivel eran antiguos empleados de SERAVTEL. Le hablaron de la fabulosa organización donde empezaron a trabajar y de la enorme suerte de estar allí cuando las subcontratas empezaron a crearse, teniendo la oportunidad de dirigirlas u ocupar puestos destacados.

Al conocer aquella peculiar situación, cuando regresó a la oficina pidió a Alejandro una copia de los organigramas de los diez últimos años y a Erika información económica y patrimonial de las empresas constituidas en base a las actividades subcontratadas.

Fue trazando mentalmente la historia de cada una de ellas. El crecimiento de estas correspondía con la pérdida de capital humano de SERAVTEL, reflejado en la salida de la inmensa mayoría de sus directivos. Alejandro y Andrés Felipe eran los únicos que habían permanecido en sus puestos desde la entrada de Santiago.

El caso de Alejandro lo podía entender, un profesional acomodado en su posición, con un trabajo que ocupaba sus horas adecuadamente sin demasiados sobresaltos.

Andrés Felipe era diferente, no entendía cómo no había seguido el camino de los demás. Muchos de los que habían reportado a él, si no la totalidad de ellos, habían salido a esas sociedades de servicios a ocupar puestos importantes, cuando no la dirección, mientras, él permanecía en el mismo puesto de siempre.

El miércoles dieciséis de octubre, al llegar al despacho, tras la reunión mantenida con la última de aquellas firmas, pidió cinta adhesiva a Erika para tratar de reconstruir en alguna de las paredes del despacho lo que ya había dibujado en su cabeza.

Pegó lo más alto que pudo, en la puerta de madera que separaba su oficina de la sala de visitas, el primer organigrama que tenía. Más abajo los diferentes organigramas en los que alguna de las personas clave de las nuevas entidades había salido de SERAVTEL. Quería ver cómo se había ido moviendo a la gente, que como gotas de agua iban llenando los vacíos que había que rellenar en las nuevas empresas. Quería entender el flujo de esa actividad.

Pegado y solapado a cada organigrama puso los informes facilitados por Erika de cada una de las sociedades constituidas y en los que se recogían las cifras de facturación, número de empleados, propietarios y un sinfín de datos financieros. Según los pegaba iba revisándolos. No buscaba nada concreto, únicamente trataba de recopilar datos y dejar que las cifras tomaran forma en su cabeza. A continuación, fue trazando una línea, uniendo la posición que ocupaban las personas que habían salido a estas compañías con la posición que habían ocupado en SERVATEL. En un pósit al lado de cada uno de esos informes anotó el año de constitución de cada una de ellas.

Se alejó para ver el resultado. Aquella sangría de conocimiento se había empezado a producir en el año dos mil. Durante tres años no se hizo ningún movimiento adicional importante, como si alguien hubiera querido ver el resultado o estuviera planificando algo basándose en esa primera prueba, hasta que a finales de dos mil tres y especialmente en dos mil cuatro y dos mil cinco, se constituyeron el resto de las subcontratas.

La facturación y los resultados de SERAVTEL habían subido espectacularmente hasta el año dos mil tres. A partir de ese año el crecimiento era residual. Los beneficios y toda la estructura económico-financiera habían cambiado radicalmente como consecuencia de aquel drástico cambio en el modelo de negocio.

Martín veía las ventajas de la subcontratación, pero creía que algunas de las actividades que ahora se realizaban fuera deberían haber permanecido en el seno de su empresa, por entender que eran

parte esencial del negocio.

Lo que no comprendía era la descapitalización que habían sufrido. Habían dejado marchar a los mejores y se podría decir que SERAVTEL dependía técnicamente de sus proveedores más de lo que era aconsejable.

Empezó a desgranar el entramado societario revisando una vez más los informes de Erika. Los directivos que habían salido de SERAVTEL para dirigir esas empresas poseían una pequeña participación, algo que no le sorprendió. El resto de los propietarios, para su sorpresa, eran una veintena de sociedades que se repartían la propiedad de todas ellas en diferentes porcentajes, no todas en la misma empresa, no siempre con los mismos porcentajes. Sacó la conclusión de que toda esa estructura no era un resultado casual, sino el fruto premeditado de algún plan. Pasó la lista a Erika de estas empresas propietarias, quería comprobar a quién pertenecían.

Cuando Erika le pasó el resultado de sus averiguaciones, comprobó que, al igual que en el análisis anterior, cinco nuevas corporaciones eran las propietarias de las acciones del resto, de nuevo en diferentes porcentajes y no todas participando en todas ellas.

«Un pequeño número de sociedades son propietarias de las veinte compañías, que a su vez son propietarias de todas las subcontratadas. Este entramado societario esconde algo y ese algo no tiene nada que ver con el negocio al que nos dedicamos», pensó.

De nuevo quiso dar un salto más arriba y seguir avanzando en el análisis. Reiteró la misma petición a Erika, para acabar descubriendo que esas cinco corporaciones pertenecían a dos diferentes fondos de inversión, uno colombiano y otro estadounidense.

«Seguro que es imposible seguir la trama o es demasiado costoso. ¡Si estuviera Javier en Colombia podría encargarle este trabajo y disfrutaría con ello!», pensó. Recordó a Javier, su último café en España y a la pelirroja de bella sonrisa y con ello, sus últimos pensamientos al dejar el despacho de la séptima planta.

Miró el calendario, llevaba cuarenta y un días en Colombia, seis fines de semana y, exceptuando aquel primer fin de semana en Tunja, no había hecho nada más que trabajar.

El largo y pelirrojo cabello de Laura y su infinita sonrisa le hicieron recordar su intención de vivir más intensamente la vida. Por un momento cerró los ojos y sacudió la cabeza, negando mientras pensaba: «No puedo seguir así, no quiero seguir así». Un instante después volvía a alejarse del mural con la intención de entenderlo mejor.

Había dos nombres propios en ese organigrama: Santiago Álvarez,

quien sin duda habría sido el artífice directo o indirecto de aquello, y Andrés Felipe, el único aparentemente no beneficiado en ese entramado y por cuyo departamento pasaban, sin excepción, todas las líneas que había trazado.

Cogió un folio en blanco y escribió:

No dar nunca por sentado que las cosas son lo que parecen.

Encontrar el detalle que transforme en arte lo que observas.

Buscar los conceptos abstractos: esconden debilidades y necesidades humanas.

Buscar detrás de cada demostración de quien la esgrime justo lo contrario.

Aquellas líneas le llevaron de nuevo al lienzo de Benzán. Se quedó algunos segundos observándolo. Volvió la vista al collage que había construido en la pared y fue despegando y volviendo a pegar cada una de las piezas de ese puzle. Lo ordenó de arriba abajo por antigüedad y de izquierda a derecha fue completando la información con los datos que había recabado. En un primer pósit puso la fecha de creación de las subcontratas, en otro la facturación y el número de personas que trabajaban en ese momento en SERAVTEL.

Con una mano apoyada en la pared y la otra dando vueltas alrededor de su boca empezó a analizar ese dibujo, hablando en voz muy baja, como si necesitara sacar de dentro lo que pensaba para exponerlo a la luz y hacerlo evidente, como si quisiera compartirlo con alguien más para obtener ayuda.

Así comenzó un pequeño diálogo con él mismo.

—No dar nada por sentado.

—Puede que la subcontratación no sea el objetivo.

—Hay que encontrar detalles.

—¡Veamos! Han salido los mejores. No se ha perdido volumen de facturación. Los clientes están atendidos y satisfechos con el personal externo.

—Alejandro y Andrés Felipe son los únicos que siguen aquí. —Rodeó con un círculo sus nombres.

—Esta transformación empieza en el año dos mil y se acelera a finales de dos mil tres, especialmente en dos mil cuatro, cuando de forma inusual se empiezan a vender teléfonos móviles, ¿por qué?

—¿Buscarán novias, como el chico de las cabras?

—No lo sé.

Cogió más pósits y empezó a poner, de nuevo de arriba abajo y a la derecha de los anteriores, a las personas que tenía Andrés Felipe en

su departamento en cada uno de esos momentos.

Volvió a retirarse.

—De ochenta a tres, incluyendo al propio Andrés Felipe. ¡No está mal!

Llamó por teléfono a Alejandro.

—¿Podría darme el listado de personas por departamento al final de cada año? desde el año mil novecientos noventa y nueve al dos mil cinco, por favor.

—Me llevará algo de tiempo, pero en cuanto lo tenga se lo entrego.

Llamó a Erika y le mostró aquel enjambre de organigramas, documentos, pósits y líneas que había construido.

Erika se quedó observando con extrema atención. Martín se sorprendió al ver a una Erika que analizaba esos datos con el mismo interés que él había puesto al construirlo y donde la eficiente secretaria parecía haberse perdido tratando de obtener la misma información que él buscaba.

—¿Podría pegar esto sobre un papel para seguir trabajando en ello? —dijo algo preocupado por la inesperada reacción de su secretaria.

—Sí, por supuesto —dijo Erika sin levantar los ojos del mural, con un tono de voz que evidenció lo automático de su respuesta y la concentración en lo que estaba observando—. Tengo un rollo de papel blanco, ¿le serviría?

—Sí, gracias. Por favor, déjelo en el mismo orden y guárdelo. Volveré a necesitarlo.

—¿Quiere que lo haga ahora? —Erika seguía absorta, perdida en ese improvisado cuadro que dibujaba la historia de la compañía. Él, sorprendido, la observaba tratando de entender qué estaba pasando por la cuadriculada cabeza de su secretaria.

—Sí, si no le importa. Saldré a seguir conociendo a la gente. No quiero que esto esté a la vista de quien pueda entrar —dijo mientras pensaba que tal vez no tendría que haber permitido que Erika lo hubiera visto.

—No se preocupe, me pongo con ello —aseguró nerviosa mientras se giraba rápidamente hacia él, tratando avergonzada de ocultar su interés por el collage.

A Martín le sorprendió esa cara enrojecida al sentirse observada. No solía juzgar, “no soy juez y no me gustaría serlo”, solía decir, pero aquella cara habría que guardarla en algún lugar de la memoria para ser capaz en su momento de entenderla.

Mientras Erika fue en busca del rollo de papel, regresó a su obra.

Estrujaba de nuevo su barbilla con la mano, observando ese puzle de sociedades, personas y números.

Volvió a retirarse para verlo con perspectiva y escribió en un folio:

No es subcontratación, es delegación
El detalle está en las personas.
Se busca tiempo.
La delegación no implica la pérdida de control.

«¿Qué escondiste aquí, Santiago?», se preguntó.

Erika regresó con el rollo de papel blanco en la mano.

— ¡Por cierto!, al ver lo que ha hecho en la pared he recordado su encargo de localizar al pintor del cuadro, el señor Benzán. No soy capaz de contactar con él. La persona que me respondió al teléfono me dijo que estará fuera de Bogotá por una larga temporada, no sabe cuándo regresará, he dejado nuestro número para que nos llame cuando regrese.

— Gracias, Erika.

Capítulo IX

Luz blanca

El avión aterrizó en el aeropuerto de Barajas, Daniela se quedó en el asiento esperando a su acompañante, tal y como le habían indicado.

Perdió la mirada en el ir y venir de los carros llenos de maletas. El niño jugaba con las manos en la ventana, queriendo cogerlas a través del cristal. Le pasó la mano por la cabeza acariciándole el pelo, entreteniéndose en ensortijar los suaves rizos del pequeño.

Una mano le devolvió bruscamente a la realidad cuando sintió sus dedos clavándose con fuerza en el hombro.

La levantó y la agarró del brazo.

—Tenemos que pasar la zona de pasaportes. Te preguntarán a qué vienes. Les dices que vienes por unos días a ver a tu madre para que conozca al niño. Si te preguntan, les enseñas el otro billete de avión que te he dado, es el viaje de regreso a Colombia. —Su cara se iluminó, no había sido consciente hasta ese momento de que tuviera un billete para regresar y se sintió aliviada —. Si te piden la dirección, dices que la tienes en la maleta y que te estarán esperando al salir. ¿Has entendido, zunga? —le susurró mientras la zarandeaba de vez en cuando en su camino a través de los largos pasillos del aeropuerto.

El trayecto hasta el mostrador de control de aduanas se le hizo interminable, no podía pensar, bastante duro era seguir adelante y ser capaz de coordinar sus movimientos para andar y mantener el equilibrio. Su cabeza daba vueltas, incapaz de retener una simple imagen. Era como estar bajo una gigantesca ola que la arrastraba vete tú a saber dónde, sin dejarla ver nada, sin dejarla respirar.

El miedo de enfrentarse a la Policía de otro país la aterraba. Los músculos se le iban agarrotando según se acercaba al mostrador. Sintió que no podría articular ni una palabra.

Al llegar no pudo fijar la vista en el policía, todo estaba borroso, fue incapaz de distinguir si el funcionario era hombre o mujer. Estaba segura de que la miraban y la veían sudar. Tenía la boca seca, como de trapo. Trató de salivar dando vueltas con su lengua alrededor de los dientes y percibió el sabor de las almendras amargas.

Al llegar y entregar su pasaporte y el del niño, el policía hablaba sin que ella entendiera nada, solo oía el latido de su corazón golpeando su cráneo y convirtiéndolo en un insoportable cuarto de

máquinas a punto de estallar.

Soltó de memoria la frase aprendida sin saber cuál había sido la pregunta, sin saber siquiera si hubo pregunta.

—He venido para que mi madre conozca al niño. Me están esperando en la salida del aeropuerto.

Las piernas parecían fallarle. Miró hacia atrás. Su eterno compañero no le quitaba los ojos de encima. Giró de nuevo la cabeza para refugiar su mirada en aquel representante de la ley, que seguía sin tener cara ni sexo. Sentía que ese ser uniformado, que escudriñaba los documentos desde la jaula de cristal, no dejaba de mirarla con la misma intensidad que su guardián. Aquella mirada sin ojos, que intuía desconfiada, atravesaba su cuerpo, sentía su fuego quemándola por dentro. Un golpe más seco que los que oía en su cabeza, seguido de un segundo golpe cuando el policía estampó el sello en los pasaportes, la asustaron y le hicieron dar un respingo.

—Adelante, buena estancia en España y enhorabuena por el niño —dijo cortésmente. Era una mujer.

Sin saber cómo, pasó y se quedó apoyada en la pared, esperando con el niño en brazos, tiritando de frío y empapada en sudor, tratando de expulsar de las sienes y de la mandíbula el agudo zumbido que empezó a oír nada más pasar la aduana y escuchar la dulce voz de la policía.

Por un momento quiso gritar y denunciar a su secuestrador. Imaginó que los guardias se abalanzarían implacables sobre él, le retendrían esposándole y Pablo y ella serían libres.

Esa efímera ensoñación acabó cuando de nuevo sintió clavados en su brazo los grandes dedos de su acompañante.

—Vamos —dijo aliviado su guardián al estar con ella.

Al salir, dos siniestros individuos los esperaban. Los metieron en un coche y los condujeron a un viejo y maloliente hotel a las afueras de la ciudad.

Tras el mostrador de la recepción había una mujer de unos cuarenta años, exageradamente maquillada y con un intenso olor a perfume barato. Otra mujer apareció tras la puerta de una habitación y le quitó al niño.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó entre sollozos cuando se lo arrancaron de los brazos.

—Va a vivir mejor que tú y que yo. No te preocupes por él —contestó burlándose mientras se lo llevaba.

Ella no veía cómo se llevaban a Pablo, veía cómo se llevaban a Paola y empezó a llorar.

La mujer del mostrador la acompañó hasta una oscura habitación.

Una estrecha ventana daba a un gran patio lleno de enseres oxidados y matorrales secos.

—Descansa un poco, luego regresaré a buscarte.

La mujer cerró la puerta con llave al marcharse y ella pensó que jamás saldría de allí. Se tumbó en la cama llorando, recordando a su hija. El agotamiento de lo vivido la dejó dormida o quizás la hizo desmayarse.

No pudo calcular el tiempo que llevaba en la habitación, aún era de día. Si le hubieran dicho que había dormido veinticuatro horas lo hubiera creído. Oyó cómo se abría la puerta. Era la misma mujer.

—Al final del pasillo tienes un baño, lávate y ponte esto —le dijo tirándole un vestido y una vieja toalla—. Date prisa, te están esperando.

Por un momento imaginó que sería de nuevo su guardián quien la esperaba para emprender el viaje de regreso. Sintió hambre, pero el deseo de volver era más fuerte que su necesidad de comer y corrió alegre al encuentro.

El baño estaba sucio. Recordó el elegante cuarto de baño donde había dejado a su hija y los largos baños de espuma. Por un instante cerró los ojos y soñó que ya había comenzado su viaje de regreso.

Los sanitarios exhibían sin pudor su continuado uso sin que nadie hubiera tratado de ocultarlo. Corrió las pegajosas cortinas, que ocultaban un plato de ducha igualmente mugriento y se metió dentro, queriendo evitar pisar su superficie decorada con todo tipo de colores oscuros, sosteniéndose erguida sobre la punta de los dedos, lo que le hizo recordar los pequeños pies de Paola y los dorados pies de la bañera sobre las baldosas negras y blancas. Sonrió.

La tiesa toalla apenas era capaz de secar su cuerpo, tampoco le importó demasiado, tenía prisa. No tenía peine, se secó el pelo lo mejor que pudo, dejándoselo suelto.

Desnuda, se miró en el mugriento espejo y recordó aquella otra imagen en el espejo de pie. Sus ojos ponían de manifiesto las huellas del cansancio y la tensión acumulada. Había adelgazado bastante en tan solo unos días o tal vez en tan solo las últimas horas. Feliz por volver a Colombia se vio espléndida, lista para el rencuentro.

Desplegó el vestido, apenas un colorido y brillante trapo que le tapaba parte del cuerpo. «Indecente, pero lo suficiente para salir corriendo de aquí», pensó.

Según bajaba por las escaleras oía música y risas. Llegó a la recepción. La mujer que le había dado la ropa salió de detrás del mostrador, la agarró del brazo y atravesaron unos grandes cortinones.

Un gran local con más humo de cigarrillos que luz escondía

decenas de personas, la mayoría hombres. Al pasar dentro, otra mujer, que estaba sentada en la barra, vino a por ella.

—A ver qué sabes hacer, pequeña —le dijo mientras la metía en esa oscura cueva—. Toma, lleva la bandeja a esa mesa del fondo.

La mujer le puso en la mano una bandeja con algunas copas. Ella se quedó parada mirando a su alrededor. No fue capaz de entender lo que estaba pasando hasta que la mujer le pegó un azote en el culo, animándola a salir con el encargo. Sintió un sudor frío y vio cómo la luz y la esperanza desaparecían para dejarla sumida en tinieblas.

—¡Vamos, pequeña, luce ese cuerpo! —oyó cómo le decía desde la barra.

Al llegar a la mesa, gritaron con júbilo.

—¡Mmm!, ¡la nueva! Estábamos esperándote y ¡estás buenísima, tía! —gritó cualquiera de ellos.

Buscaba una explicación y una salida a aquella absurda situación, recorriendo con los ojos cada rincón de ese local, tratando de encontrar algo o alguien a quien aferrase para salir de allí y desaparecer.

Al agacharse para dejar la bandeja sobre la mesa, sintió, como afiladas dagas sobre sus pechos, que se descolgaban desnudos y a la vista por el generoso escote del vestido, las lascivas miradas de todos aquellos hombres.

—¡Y viene con ganas de marcha! —gritó otro, mirando el joven y casi desnudo cuerpo, al que hizo cómplice de sus deseos. Mientras, otro le hundía la mano en las nalgas.

Se apresuró a agarrarse con una mano el escote mientras con la otra trataba de bajarse el vestido por detrás.

Alguno la cogió por la cintura y de repente se vio sentada en sus rodillas, entre el alborozo del resto. Le metió la mano por la manga del exiguo vestido y empezó a tocarle las tetas, mientras sentía su áspera y húmeda lengua besándole lujuriosa el cuello.

De nuevo se vio encerrada en la vieja furgoneta, el mismo horrible monstruo sujetaba en brazos a Paola, que seguía llorando. Las luces del local explotaban como coloridos fuegos artificiales, al igual que lo hicieron las farolas esa noche de calles vacías y de repente, como si le hubieran vuelto a inyectar el elixir que la durmió, no sintió nada.

Volvió a despertarse en la misma habitación. Se había hecho de noche. Estaba mareada, necesitaba comer. Intentó salir. La puerta estaba cerrada, la golpeó con fuerza, gritó todo lo que pudo hasta que, extenuada, cayó deslizándose con la cara, las manos y el cuerpo pegados a ella, quedando acurrucada en el suelo.

—Aparta de la puerta, desgraciada, no quiero hacerte daño —le gritó la mujer.

Despertó dolorida. Como aquel otro día, buscó a su bebé, pero esta vez no encontró nada. La mujer acabó arrastrándola hasta dejarla hecha un ovillo entre la puerta y la pared.

—Toma, come algo —le dijo dejando sobre la cama un vaso de leche, unas galletas, un trozo de pan y varios de queso—. Anoche te desmayaste en los brazos de un cliente. ¡Vaya numerito! Estabas demasiado cansada, seguro que esta noche lo harás mejor.

Salió y de nuevo se oyó el cerrojo de la habitación. Probó un poco de leche, pero su cuerpo o su mente no estaban en condiciones de aceptar nada de esa mujer. Lo vomitó al instante y volvió a quedarse dormida.

Cuando despertó, el olor del queso inundaba la habitación, se moría por probarlo. Sentía necesidad de meter en su cuerpo algo de alimento, lo intentó, pero su estómago rechazó el empeño.

No tuvo fuerzas para levantarse. Las piernas, ligeramente abiertas y totalmente estiradas, eran incapaces de sujetar los pies, que caían inertes hacia los lados. Los brazos colgaban de sus hombros, dejando los nudillos de las manos sobre el suelo como si fueran una ligera pluma que no acabara de posarse en él. No era capaz de sentir a través de sus inertes extremidades, sin embargo, la coronilla de su cabeza percibía con precisión cada una de las irregularidades de la fría y dura pared en la que se apoyaba. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada.

Cuando al día siguiente la mujer abrió la puerta se la encontró en la misma posición en la que la había dejado. Estaba sentada sobre un gran charco de orina.

—¡Lávate, guarra, y recoge eso! —gritó.

Daniela alargó el brazo para coger la toalla que estaba sobre la cama y trató de secar, sin apenas ser capaz de moverse, lo que había debajo de ella. Quiso levantarse para ir al baño, pero no tenía fuerzas. Se puso de rodillas y dejó caer la cabeza de golpe sobre el colchón, queriendo hundirla y hundirse ella entera dentro de él y desaparecer.

Un sudor frío recorría su cuerpo. Era incapaz de hacer ningún esfuerzo. Se quedó en esa posición, queriendo morir.

—¡Leonor! —gritó la mujer cuando entró de nuevo a la habitación—, hazte cargo de esta zorra.

Leonor era una joven cubana de unos treinta y pocos años, extremadamente delgada, muy maquillada, como todas en aquel lugar, con una generosa sonrisa y con el mismo olor a perfume barato.

—¿Qué te pasa, mi *amol*? —preguntó acariciándole el pelo—. Te trajeron sin tú saber, ¿verdad? Estás confundida. No te preocupes, son

los primeros días, eres joven y muy bella. Los hombres se matarán por ti, pronto serás la favorita de todos y la madame te cuidará mejor que a ninguna y, ¡quién sabe!, a lo mejor alguno se te enamora y te lleva lejos.

Leonor la levantó con cariño, salió al pasillo pidiendo a gritos a las demás una toalla, ropa limpia y ayuda. Entre tres mujeres adecentaron ese débil cuerpo, que se dejaba caer sobre Leonor como Jesucristo en manos de la Piedad. La cabeza caída hacia atrás, desplomada como una muerta en sus brazos, sin la más mínima rigidez en sus articulaciones y la mirada perdida en el techo.

La llevaron a la cama y alguna de ellas trajo sopa caliente. Leonor, con la paciencia de una madre, fue capaz de que tomara algunas cucharadas.

—La niña no está para *trabajal*, madame —dijo Leonor.

—¡Vaya desperdicio! No tengo habitaciones para atender enfermos. Ya puede curarse pronto si no quiere que la eche a patadas.

—Mamita, no sea usted tan dura con la niña, mire lo bonita que es, todos se morirán por ella, dele un respiro, yo me encargo de cuidarla hasta que se reponga —dijo agarrando a la madame por la cintura, a lo que esta respondió apartándola bruscamente con las manos, desagradecida y contrariada por tal cumplido.

Diez días después seguía sin poder levantarse de la cama. Leonor únicamente era capaz de meter en su cuerpo lo suficiente para mantenerla con vida. Se retorcía sin ningún dolor concreto y con uno que le recorría de arriba a abajo el alma y el cuerpo.

A Leonor le gustaba pasar los momentos libres que tenía con ella, lavarla cuidadosamente, alimentarla, peinar su suave y largo pelo, hacerle caricias como a una niña enferma. Eso le hacía sentirse mejor persona. Le recordaba a su hermana Rocío, una pequeñaja que nació enferma y a la que perdieron antes de que cumpliera los nueve años.

Sin quererlo, se convirtió en su hermana y Leonor, sin desearlo, hizo de sus cuidados el propósito de la salvación que soñó para Rocío.

Encargó a sus clientes medicinas para distintos males, le daba friegas de aceite por el cuerpo, limpió la habitación lo mejor que pudo e incluso cogió uno de los floreros escondidos por los rincones oscuros del bar para ponerlo en el suelo, a la altura de la almohada, entre la cama y la pared, para que viera flores si llegaba a despertarse.

Al abrir los ojos, una luz blanca e intensa lo iluminaba todo. Daniela no tuvo dudas de estar muerta. Sombras con formas de cabezas humanas pasaban por delante de ella. Voces distorsionadas e ininteligibles parecían hablarle y simplemente pensó que estaba en el

cielo.

Lo único que deseaba era poder ver desde allí a su niña. Se imaginaba que, allá arriba, habría un inmenso ventanal desde el que poder observar la tierra y ver a su pequeña, ya hecha mujer, en una verde pradera corriendo entre flores. De nuevo se quedó dormida.

Días más tarde volvió a abrir los ojos y vio a un ángel sentado a su lado.

—¿Eres mi ángel de la guarda? —preguntó convencida de que así sería.

—Me puedes llamar Laura —dijo agarrándole la mano.

Sintió cómo el calor de esa mano invadía con fuerza su cuerpo y su alma, dándoles vida. De alguna forma recuperó por un segundo su condición humana y se convenció de que ese ser era el ángel que le abriría finalmente las puertas del paraíso. Cerró los ojos y volvió a caer en un placentero sueño.

Dos días después volvió a la vida. Una mujer estaba sentada en la butaca que había junto a la cama.

—¿Laura? —preguntó.

—¡Enfermera, ha despertado! —gritó la mujer levantándose.

La enfermera llamó al doctor y este apareció de inmediato en la habitación.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el doctor.

Era un hombre joven, de unos cuarenta años, le abría uno de los ojos con el pulgar. Vio cómo brillaba una alianza de oro en su mano. Vestía una impoluta bata blanca que hacía que en su cara destacara aún más el imponente bigote negro que lucía.

Le tomó el pulso, regalándole una amplia sonrisa y una mirada tranquila. Ella sintió sus fuertes y firmes manos, advirtió que se trataba de un médico y estalló en llanto. Hubiera preferido estar muerta.

—Tranquila, mujer, descanse. No tiene nada por lo que preocuparse —dijo de nuevo el doctor.

—¿Paola? —preguntó.

—¿Quién es Paola? —contestó el doctor.

—Mi hija.

—¿Había alguien más con ella? —preguntó dirigiéndose a la mujer de la silla.

—No. Estaba sola cuando la encontraron —contestó.

—Avise a la Policía.

La mujer se levantó para llamar por teléfono. El doctor seguía reconociéndola mientras ella seguía confundida sin saber dónde estaba.

—Soy el doctor Elías, ¿cómo te llamas? —preguntó mientras la auscultaba.

—Daniela.

—¿Tu hija estaba contigo cuando te perdiste?

—No me perdí, estaba en un hotel.

—¡Bueno!, olvídate y descansa, has estado demasiado tiempo sin comer adecuadamente —le dijo mientras le acariciaba el brazo con ternura.

Poco a poco fue recuperándose. Cada vez se le hicieron más agradables las visitas del dulce doctor y casi a diario veía a la que creyó su ángel de la guarda en aquel primer despertar. Laura la fue ayudando a entender dónde estaba.

La Policía la localizó en una cuneta al sur de Madrid. Un drogadicto, que regresaba cabalgando a lomos del caballo blanco que acababa de meterse, se la había encontrado tirada, aparentemente muerta. Se asustó al pensar que podía haber sido él quien la hubiera matado y acudió a la Comisaría de Policía. Llevaba en el hospital dos semanas.

Ella le contó a Laura sus últimos días desde la noche en la que regresaba a casa.

La mano de Laura, atrapada entre sus manos, era lo único bueno que había encontrado en ese largo viaje y se aferraba a ella con todas sus fuerzas.

Algún policía venía de vez en cuando para pedirle todo tipo de detalles, pero poco podía contar: una furgoneta, un siniestro edificio, una hermosa casa convertida en prisión, perdida en mitad de un bosque o de una selva, en algún lugar de Colombia donde se escuchan el agudo y corto silbido del colibrí, el chillido lejano del águila, el reclamo de los patos y el titeo de las perdices; un par de hombres, un billete de avión, un niño también perdido, un hotel miserable en cualquier parte de una ciudad que no conocía y una siempre presente Paola, que la hacía caer en un continuo llanto.

Capítulo X

Carolina

A mediados de octubre Martín conocía perfectamente la organización y estaba preparado para empezar con su frenético y habitual ritmo de trabajo, pero sentía que esa tarea era aún imposible.

La organización no estaba preparada para resistir la más mínima iniciativa al cambio y su equipo, que parecía estar en hibernación desde hacía años, sería incapaz de resistir las brutales embestidas de creatividad a las que solía someter a cuantos le rodeaban.

De haberlo intentado, estaba seguro de que, además de no conseguir nada, le hubieran mirado perplejos, pensando que estaba loco.

El único que creyó que le entendía era Andrés Felipe, pero lejos de poder obtener nada de él, se limitaba a recordarle los escasos recursos de los que disponía y la enorme cantidad de tareas rutinarias que ocupaban su día a día. Hecho que Martín sabía que no era cierto.

Como solía hacer en Madrid, accedió directamente a los miembros del equipo que reportaban al jefe de Redes. Quería conocer de primera mano lo que sucedía en ese departamento.

Le sorprendió el conformismo de los dos colaboradores. Trabajaban en tareas rutinarias a pesar de su gran nivel técnico y esto les impedía tener acceso a mejores condiciones salariales, lo que no parecía importarles. Esto último extrañaba al nuevo director general, que no entendía esa voluntaria resignación ante un hecho a todas luces objetivo e injusto.

Los informes que había pedido a Alejandro comenzaron a llegar: las listas con el número de personas en cada departamento de los últimos años. Una inmensa cantidad de datos de los que solo le interesaban los correspondientes al departamento de Redes, pero que se había visto forzado a solicitar para no levantar sospechas sobre lo que estaba investigando.

El flujo era claro. Los mejores currículos acababan pasando por ese departamento y allí permanecían algunos años. Un alto porcentaje salía promocionado hacia puestos importantes y desde ellos daban el salto para ocupar la dirección de las distintas subcontratas o posiciones destacadas en las mismas. Para otros, este paso se producía directamente desde el departamento que dirigía Andrés Felipe.

Había comprobado estos flujos en sus visitas a esas organizaciones. Había oído en casi todas ellas las historias de éxito y ascensos trepidantes que tuvieron los que finalmente se embarcaron en aquellos proyectos, que acabaron convertidos en nuevas sociedades empresariales.

Para Martín algo no encajaba en ese trasiego de gente. De entre todos los que habían pasado por el departamento de Redes, los tres mejores currículos eran los de Andrés Felipe y los dos colaboradores que trabajaban con él. Esto le confundía. Esos tres personajes habían tenido en sus manos todas las opciones para jugar el papel que hubieran querido en la formación de las nuevas sociedades y promocionar a los puestos que hubieran deseado, sin embargo, dejaron escapar esas oportunidades para permanecer donde iniciaron su carrera, sin ningún tipo de ambición y viendo prosperar a los que ellos formaban.

«No puede ser, no hay lógica ni comportamiento humano que sostenga esta situación», pensó.

Siguió analizando los datos y encontró otro flujo importante. Estaba formado por las personas que habían salido definitivamente del ámbito de SERAVTEL. Demasiadas, en su opinión. Buscó en los informes que había recibido, pero no aparecía el destino final de las mismas.

Sabía que en los flujos de conocimiento estaba la clave para entender el verdadero propósito de su antecesor. El problema era cómo seguir investigando sin que nadie llegara a conocer su interés por el departamento de Redes y en quién podría confiar para ello.

Llamó a Alejandro.

—¿Cómo suelen hacer las contrataciones? —preguntó.

—¿Quiere ver el proceso? —dijo solícito.

—No. No hace falta, cuéntemelo.

Alejandro le explicó el proceso que seguían. De forma general era el estándar que marcaba la corporación, el mismo que se aplicaba en España, hasta llegar a un pequeño detalle.

—A partir de ahí, don Santiago se encargaba de los procesos de selección de la parte técnica y yo, del resto.

—¿Qué porcentaje de gente sale de la compañía por haber encontrado un nuevo trabajo? —preguntó conociendo la respuesta.

—Depende —contestó Alejandro a la vez que su cuerpo mandaba tantas señales de satisfacción que despertó el interés de Martín por las explicaciones que vendrían a acompañar esas muestras de orgullo—. Quizás yo he tenido más suerte en mis procesos y la verdad es que la rotación es bastante baja en las áreas de las que yo me he ocupado,

por no decir nula. Sin embargo, en la parte técnica hemos tenido una rotación muy alta. Esa era una de mis continuas discusiones con don Santiago, al que sugerí que, según estos resultados, debería ser yo quien hiciera todos los procesos de selección. Pero don Santiago era tajante, prefería su supervisión experta como técnico a mi forma de trabajar, más enfocada en un sistema objetivo de valoración de capacidades y conocimientos.

—¿Podríamos saber qué ha sido de todos los que han salido? —preguntó.

—Me llevará tiempo, pero creo que sí.

—Gracias, Alejandro, en cuanto lo tenga, dígamelo.

Si quería hacer lo que se había propuesto, había que entender qué era lo que tenía entre las manos y, de momento, solo sabía que se encargaba de controlar y coordinar las actividades de un grupo de sociedades externas donde, por otra parte, estaba el verdadero negocio que él deseaba para SERAVTEL Colombia.

Necesitaba ayuda, desde su posición le costaría demasiado tiempo obtener la información que necesitaba y únicamente contaba con tres personas: Alejandro y Erika, de los que todavía no sabía demasiado, pero a los que necesitaba, y Chicha, en el que creía que podía confiar ciegamente, pero que ya no estaba trabajando para SERAVTEL.

Al día siguiente volvió a llamar a Alejandro a su despacho.

—Me gustaría incorporar a alguien lo antes posible al departamento de Redes. Andrés Felipe me ha expresado que tiene pocos recursos en su área y quiero aprovechar esa circunstancia para dar un nuevo impulso a mi proyecto. ¿Puede encargarse de ello?

—Por supuesto. ¿Puedo saber qué es lo que tiene pensado?

—Usted es el director de Recursos Humanos, ¿hay alguna situación que le llame la atención?

—Usted lo ha dicho, solo soy el director de Recursos Humanos. ¡Por supuesto que hay situaciones que me llaman la atención!, pero como muy bien me repetía don Santiago, ¿quién soy yo para meterme en los asuntos que no incumben a mi departamento? —contestó sin ninguna convicción en lo que decía.

—¿No cree que debería conocer con detalle lo que hacen las diferentes unidades, sus objetivos y contribuir a su éxito incorporando a las mismas los mejores recursos?

—De lo que me gustaría hacer a lo que he hecho hay una gran diferencia. Dígame cómo puedo ayudarle.

—¿Qué piensa usted del departamento de Redes?

—Si me hubiera preguntado hace unos años habría sabido darle una respuesta, pero desde que empezó la fiebre por la

subcontratación, la verdad es que no sé a qué se dedican.

—Necesito conocer nuestra organización por dentro y cómo funcionan las sociedades que trabajan para nosotros y solo lo conseguiré si entiendo hasta el último detalle cómo trabaja ese departamento. Aprovechando la necesidad de recursos que Andrés Felipe me ha expresado, me gustaría contar con alguien de confianza que pueda ayudarme a entender lo que hacen —dijo mientras extremaba su atención sobre cualquier expresión que pudiera salir del rostro o del cuerpo de ese hombre e identificar el más mínimo indicio que le hiciera sospechar de su lealtad.

—Me parece correcto, pero tendremos que buscar a esa persona fuera de la organización. Aunque parezca mentira en una empresa de tecnología como la nuestra, ya no queda nadie dentro que pueda ocupar ese puesto.

—Yo solo conozco a Chicha. ¿Cree que es oportuno que le incorporásemos al proceso de selección?

—Por supuesto. Es muy buen tipo, un excelente trabajador, honesto y sobre todo sincero, lo que creo que fue la causa de su discusión con don Santiago, como ya le comenté. ¿Lo que quiere es que Chicha vuelva a su antiguo puesto?

—Quiero que le incorpore al proceso. A partir de hoy, a diferencia de lo que ha venido sucediendo, usted es el único con autoridad para liderar los procesos de selección. No permita que nadie interfiera en ninguna contratación, usted tiene la última palabra.

—Gracias. ¿Algún requisito más para llevar a cabo el proceso?

—Pida a Andrés Felipe una descripción del perfil que necesitamos, pero déjeme verla antes de salir a buscar a los candidatos y quiero una nueva valoración de esos puestos de trabajo, salarialmente he visto que están muy por debajo del mercado. Deberíamos ofrecer a la persona que se incorpore, al menos, el doble de lo que están ganado los colaboradores de ese departamento —se quedó pensando para seguir diciendo—: por cierto, esto me gustaría que lo comentara con Andrés Felipe y si puede hacer algo al respecto, que fuera conocido por los miembros de su equipo. Hágalo de forma discreta, pero asegúrese de que la información llega a los destinatarios —dijo queriendo con ello hacer volar por los aires el conformismo de los colaboradores del departamento de Redes.

—Por eso no se preocupe, ese departamento sabe de primera mano lo que sucede aquí. Cualquier documento que se mueve, cualquier llamada, cualquier correo electrónico están en su conocimiento desde el mismo momento en que se generan.

—¿Y eso? —comentó contrariado y sorprendido.

—Siempre ha sido así. Es lo que don Santiago deseaba. Somos una firma que damos este tipo de servicios a nuestros clientes y don Santiago quería que predicáramos con el ejemplo. No hay nada que ellos no sepan. Es algo de lo que no se habla, pero que todos conocemos. Creo que, de alguna forma, es una de las razones por lo que nuestra organización está paralizada. Nuestros colaboradores temen decir o escribir algo que pueda volverse contra ellos.

—¡Qué horror! —exclamó contrariado. Eso iba contra uno de sus principios fundamentales, que compartió con su director de Recursos Humanos—. La creatividad es un ejercicio continuo de superación de los miedos, ¿no está de acuerdo?

—Cierto, muy cierto.

—Habrá que corregirlo lo antes posible, pero si me permite, antes habrá que aprovecharse de ello. ¡Empecemos! A ver hasta dónde somos capaces de llegar con nuestros sistemas de seguridad. Bájese a su despacho, ahora le llamo por teléfono.

—¡Pero… como le he dicho…!

—Sí, soy consciente. Juguemos con ellos.

—Como usted diga. ¿Comienzo con el proceso de selección?

—Hablamos por teléfono. Sígame la corriente, veremos adónde nos lleva esto, confíe en mí.

—Me pide demasiado, acaba de llegar —dijo con una sinceridad que casi rallaba en la insolencia, de no ser por la humildad con la que acompañó la frase y el hecho de decírsela a alguien que nunca confió plenamente en nadie.

—Bien dicho, a mí me pasa lo mismo. Pero ahora, usted y Chicha son mi única esperanza. Espero no equivocarme con ninguno de ustedes.

—Le aseguro…

—No, no me asegure nada, hagámoslo. Cuando le llame, sígame la corriente. No facilite ninguno de los detalles de la conversación que acabamos de mantener si no le doy pie a ello.

Cuando calculó que Alejandro habría llegado a su despacho, cogió el teléfono móvil y le llamó. Al mismo tiempo, se dirigió por las escaleras al departamento de Redes, situado en la cuarta planta. Como semanas atrás en Madrid, no quería encontrarse con nadie en aquel trayecto.

—Don Alejandro, me gustaría contratar a alguien para reforzar el departamento que dirige Andrés Felipe, tienen falta de recursos. ¿Podría encargarse de ello?

—Por supuesto. ¿Buscamos algún perfil concreto? —preguntó queriendo confirmar los detalles de los que habían hablado.

—Seguro que Andrés Felipe le dará una descripción del perfil que necesita. Por mi parte, quiero indicarle que no me conformo con un perfil que no sea superior al de los dos trabajadores de ese departamento y, si es posible, que cuente con experiencia previa en el puesto —contestó dándole con ello la opción de incorporar a Chicha al proceso—. Por cierto, no podemos ofrecer a quien seleccionemos el mísero sueldo que cobran los actuales trabajadores, es ridículo, ¿no le parece?

—No sé, siempre he seguido las indicaciones de don Santiago y nunca me ha indicado nada a este respecto.

—Es sorprendente, esa gente podría estar ganando mucho más en cualquier otra empresa. Contratemos a la nueva persona con el sueldo que crea necesario, no escatime esfuerzos, tarde o temprano cualquiera de ellos acabará marchándose si no tenemos en cuenta el valor que da el mercado a estos puestos. Si necesita algo llámeme, quiero que la incorporación sea inmediata.

—No se preocupe, así lo haremos.

Para cuando hubo acabado la conversación ya estaba en el pasillo de la cuarta planta, tras las cristaleras que daban al departamento de Redes.

Uno de los empleados había llamado a Andrés Felipe en el transcurso de la conversación y le había ofrecido unos cascos. Ambos estaban escuchando. El tercero permanecía de pie tras ellos. Casualidad o no, ambos dejaron los cascos cuando él acabó la conversación con Alejandro.

Por un momento pensó en permanecer allí y comprobar la reacción del director del departamento al verle, seguro como estaba de que la conversación que esos hombres habían escuchado era la suya, pero decidió guardarse esa baza y se dirigió de vuelta a su despacho.

Esa tarde el frío se había instalado en Bogotá, se había ido echando sobre ella desde el fin de semana. Las tormentas de aquel veintitrés de octubre le hicieron recordar que debía comprar algo de ropa. Los mensajes de publicidad recibidos cuando conectó en su teléfono móvil la tarjeta SIM de Santiago tendrían los lugares adecuados para encontrar lo que necesitaba.

Decidió salir pronto. Quería tomar algo en el centro comercial frente a la oficina y observar. La mayoría de los trabajadores se dirigían, una vez salían del trabajo, a las paradas de autobuses de la carrera quince. Quería ver la salida de los colaboradores que trabajaban con Andrés Felipe.

El primero en salir llevaba un casco de motocicleta en la mano. Se dirigió al aparcamiento anexo a los locales comerciales. La salida de ese garaje estaba a unos ciento cincuenta metros, cerca de la calle noventa. Pudo ver como se marchaba en una motocicleta de gran cilindrada.

El segundo salió quince minutos más tarde, se dirigió igualmente al aparcamiento. En esta ocasión vio salir un flamante todoterreno.

Como solía hacer, no prejuzgó, simplemente se limitó a acumular datos. El sueldo de esos trabajadores no se correspondía con lo que acababa de ver, pero podía haber cientos de razones para justificarlo. La vida y don Fernando le habían enseñado a no cometer el error de sacar conclusiones de hechos aislados y la conveniencia de contrastar los datos necesarios antes de emitir un juicio.

Adquirió un teléfono móvil de prepago en la primera tienda que encontró. Necesitaba libertad de movimientos por si alguien estaba escuchando el suyo.

—Chicha, ¿cómo está tu sobrino?

—¡Vaya!, ¿ahora te interesas por él más que por mí? —preguntó con ironía.

—No, le necesito a él para tenerte a ti. Me gustaría contar contigo, necesito ayuda.

—Siempre a tus órdenes, *Sadigua*. Dame esta semana y el lunes estoy allá contigo.

—Mil gracias, Chicha. Deja todo preparado. Te aviso cuando tengas que venir, quiero hacer las cosas bien. Alejandro te incorporará a un proceso de selección que hemos abierto. Tienes que entrar de forma que no llamemos la atención, de hecho, será Alejandro quien contacte contigo. ¿Nos podemos fiar de él?

—Creo que sí, es un hombre trabajador al que Santiago siempre ha tenido ajeno a toda actividad que no fuera la gestión administrativa del personal y el pago de las nóminas.

—Toma nota de este número de teléfono y llámame si necesitas algo. Te espero. Sé que serás el elegido, eres el mejor. Seguimos hablando.

Emocionado por la prontitud de la respuesta de su amigo, empezó a desplegar la estrategia para llevar a cabo su propósito; había que informar a Andrés Felipe de la incorporación de Chicha alegando su reclamación de falta de recursos, había que ver hasta dónde llegaba el conformismo de sus colaboradores y, finalmente, habría que comprobar hasta dónde llegaba la lealtad de Alejandro.

Revisó la lista de mensajes recibidos con los anuncios publicitarios. Aparentemente los comercios que contactaban con

Santiago no estaban demasiado lejos de la oficina. Ocupó la tarde en hacer algunas compras. Sin duda su predecesor le había proporcionado una buena ayuda con aquella selección.

Entre los distintos mensajes de publicidad había varios, procedentes del mismo teléfono, que insistían en la necesidad de que Santiago enviara a alguien a recoger un paquete en la diagonal setenta y seis B. Todos eran antiguos, pero sintió curiosidad y pensó que era una buena excusa para seguir conociendo Bogotá.

Atravesar en coche la ciudad en esa tarde lluviosa le pareció un reto interesante. Tendría que recorrer la calle ochenta y adentrarse en un barrio desconocido para él, lo que siempre era un estímulo para alguien inmerso en la búsqueda de nuevas experiencias.

En algo más de media hora estaba frente a su destino. Un edificio sobrio, ubicado sobre un pequeño montículo. Había un acceso para automóviles al interior del recinto, se dirigía a la parte posterior del mismo, pero prefirió aparcar en la calle, justo frente a la entrada principal.

La construcción debía estar destinada a algún fin público relacionado con la infancia. Varias mujeres, todas jóvenes, salían con niños en los brazos o en cochecitos. Entendió que era algún tipo de guardería o algo similar.

Llamó al teléfono desde el que se recibían los mensajes.

—¡Santiago! —respondió sorprendida una dulce voz de mujer.

—No, perdone, no soy Santiago, simplemente tengo su número de teléfono, soy la persona que le ha sustituido en SERAVTEL, he visto que tenía varios mensajes de este número pidiéndole que viniera a recoger un paquete y he pensado que podría ser importante.

Mientras hablaba, una mujer se asomó a la puerta principal, se movía despacio, miraba al suelo, sostenía el móvil con su mano derecha mientras con la izquierda se tapaba el oído para aislarse del ruido del tráfico. Todos sus movimientos reflejaban la actitud de quien quiere atender a solas la llamada que había recibido.

Era joven, unos treinta y tantos años, morena, pelo largo, enormes gafas negras que ocultaban casi por completo la cara. Llevaba un elegante vestido ajustado, que mostraba sin tapujos la perfección de su cuerpo. El mismo cuerpo que el de su bella y exuberante Awa.

Llevado por el deseo más que por la razón, intuyó que era su interlocutora. Salió del coche y la saludó con la mano sin saber realmente si era ella la persona con la que hablaba.

La mujer dio un pequeño paso hacia atrás, como no queriendo reconocer que ese saludo se dirigiera a ella. Él percibió ese momento a través del auricular, un pequeño silencio que, sin lugar a duda,

identificaba a esa mujer.

La curiosidad del ser humano intervino en su socorro.

La mujer recuperó la posición dando un paso al frente, puso su mano izquierda a modo de visera sobre las enormes gafas para protegerse del sol que, de refilón y entre las nubes, como queriendo esconderse, no quiso perderse ese encuentro.

Ella observó con atención a aquel elegante caballero.

Su mano derecha iba dejando caer el teléfono, aún con su interlocutor al otro lado de la línea, a la vez que emprendía la marcha dirigiéndose hacia él.

Martín observaba atónito el bello baile que esa mujer representaba al andar y al que sus ojos quedaron encadenados. Cuando la vio bajar las escaleras creyó estar delante de la bella Awa, viendo sus danzas de amor dirigidas a don Fernando y de las que él, escondido tras sus pocos años, disfrutaba por igual.

Quedó inmóvil, esperando, apoyado su brazo en la parte superior de la puerta entreabierta del coche mientras aquella mujer iba conquistando todo a su paso.

Sintió el corazón bombeando bruscamente para llevar oxígeno a su petrificado cuerpo y guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta, dispuesto a dejarse llevar allá donde el destino le empujara.

Cuando la mujer estaba a apenas un par de metros de él cogió suavemente entre sus dedos la montura de las gafas y las dejó deslizar por una preciosa nariz respingona, dejando ver por encima de ellas unos impresionantes ojos verdes, que le deslumbraron y le obligaron a respirar hondo, tomando aire como si no supiera cuándo volvería a hacerlo.

—¡Hola!, mi nombre es Claudia. ¿A quién tengo el gusto de conocer? —dijo tendiendo su brazo con el dorso de la mano ligeramente encorvada, esperando recibir un beso.

—¡Hola!, soy Martín. Encantado —dijo aceptando el reto y besando esa mano que inundó su alma con olor a juventud y a deseo —. He heredado el celular de don Santiago Álvarez y me ha preocupado ver tantos mensajes. He venido por si era urgente… —Su voz temblaba, pero para su propia sorpresa continuó diciendo—: y ahora que estoy aquí, me alegro de haberme decidido. No me hubiera perdonado no hacerlo —dijo sin saber de dónde salían esas palabras.

—Don Santiago, pobre, descanse en paz —respondió dirigiendo la mirada al suelo—. Por un momento me asusté al ver su número. No recuerdo, tal vez hubiera encargado algo, pero aquí únicamente tenemos niños, ¿quiere usted alguno o su mujer ya le ha regalado varios?

—No, no, no estoy casado —dijo dejándose llevar por una risa nerviosa, a la vez que con una voz que no había sido nunca suya y sorprendido de su osadía preguntaba—: ¿y alguno de ellos es suyo?

—Si lo que quiere saber es si estoy casada, no, tampoco estoy casada. Quizás le estuviera esperando. ¿Quiere pasar? —dijo descarada, queriendo romper de un golpe en mil pedazos las defensas de ese al que acababa de conocer.

En ese mismo momento supo que había caído irremediablemente en las garras de una diosa.

Aquel escandaloso y directo diálogo había salido de lo más profundo de sus almas, presas de cientos de promesas que sus corazones estaban comprometidos a cumplir sin ni tan siquiera haberlas formulado.

—Será un placer —se limitó a contestar.

Aquella hechicera le cogió del brazo. Él la seguía, creyendo flotar.

Claudia le mostró las instalaciones de la planta superior, pero él no vio nada.

Las oficinas estaban vacías. Era un centro de acogida de niños sin hogar. Una causa tan noble que hacía más grande la belleza de aquella hada. Si es que eso era posible.

Una gran sala albergaba una enorme cantidad de cunas dispuestas en batería, que dejaban entrever el enorme trabajo de la instalación. La inmensa mayoría de esas pequeñas camas estaban vacías.

—¿Dónde están los niños? —preguntó por preguntar, queriendo escapar de la presión que sentía por estar cerca de esa bella bruja que le hacía perder el sentido.

—Tenemos un sistema de voluntariado, muchas jóvenes vienen a recoger a los niños, especialmente por las tardes, y se los llevan a pasear hasta la hora de la cena. —Claudia hablaba despacio.

—¿Y esta pequeña? —preguntó señalando a una niña que estaba en una de las cunas cercanas, tendida boca abajo y sin parar de sollozar.

—Carolina. ¡Nuestra niña perdida! Nadie quiere sacarla de paseo. Faltan manos para pasear a los niños y ella se pasa el día llorando. Nadie quiere salir a pasear con una criatura que no deja de llorar.

—¿Puedo? —preguntó mientras se acercaba a la cuna.

Metió sus grandes manos por debajo de la pequeña y la elevó para verla, poniéndola frente a él. Carolina se estremeció y lloró con más fuerza. Él la apoyó boca arriba en su brazo izquierdo y le ofreció el dedo índice de la otra mano, doblado en forma de gancho, como si hubiera entendido la necesidad de la pequeña de agarrase a algo con lo que sentirse segura. La niña aceptó el dedo y se aferró a él como si

se tratase del tangón de un barco al que quisiera amarrarse para siempre.

Para su sorpresa y la de Claudia, esa frágil criatura esbozó una mueca parecida a una sonrisa y se quedó dormida, al sentirse protegida en brazos de ese duende al que no había visto nunca, pero del que quizás, al igual que sus plantas, había percibido la tranquilidad y la bondad de su alma.

Claudia era la primera vez que veía a Carolina dormida en brazos de alguien. Sus ojos devoraban al elegante don Juan de grandes manos y tuvo celos de la niña.

—Se le dan bien las criaturas —dijo acercándose a él, pegando su cuerpo hasta que sintió que él temblaba.

—¿Qué tienen en la planta baja? —preguntó nervioso por aquella situación deseada para la que creía no estar preparado.

—Cocinas… calderas… trastos… —respondió susurrándole sílaba a sílaba al oído mientras seguía provocativamente apretada a él—. ¿Quiere tomar un tinto[34] o me invita a cenar?

—La invito a cenar —dijo vencido y ruborizado.

Viendo el destrozo que esa mujer estaba creando en su ordenada cabeza recordó a Laura, la bella pelirroja de sonrisa infinita, haciendo lo mismo con la organización de Madrid, y sonrió al verse él como los que visitaban el departamento de Recursos Humanos para ver a su joven y bella compañera.

Soltó cuidadosamente en la cuna a la niña, tratando de que no despertara. Carolina se quedó plácidamente dormida.

La noche fue larga. La pareja encontró con facilidad miles de excusas para convertir la velada en un encuentro único y digno del mejor de los romances.

Las risas aparecían sin necesidad de provocarlas, sus ojos brillaban a la tenue luz de las bombillas del coqueto restaurante, sus manos se fueron acercando, sin encontrar barreras, hasta llegar a fundirse.

La noche acabó con un primer y suave beso de Claudia, regalado a los labios de un Martín desconocido. Ese beso llegó despacio, como llegan a la playa las olas de un mar en calma, con dulzura, pero removiendo suavemente lo que encontraba a su paso, dejando su sabor y su huella en los labios conquistados. Él lo recibió en silencio, tranquilo, con el corazón abierto, dejándolo entrar hasta el fondo de su alma.

Cuando recobró la razón volvió al hotel, recordando cada instante vivido. Quizás no fue la multinacional italiana quien le trasladó a Colombia, quizás fue el destino quien quiso hacerle aquel regalo para

encontrar a esa mujer, su Awa.

Con las ventanas del coche abiertas, sentía el frío en la cara llenándole de vida. El aire de Bogotá y su agitado corazón le recordaban sus excursiones a la sierra de Gredos para alcanzar cimas de las que no recordaba el nombre, pero de las que le quedaba el nítido recuerdo de una cara enrojecida por la emoción, el esfuerzo, el frío y la conquista de esas montañas.

Él, que no creía en las casualidades, no tuvo reparos en aceptar aquello como el fruto del más natural de los encuentros.

En su camino, recordando a la niña de la cuna, recordó la mano tendida pidiendo ayuda que encontró en el asiento del avión y ese papel que llevaba desde entonces en la cartera: “Paola Fernández Castro. Colombia”, quizás no llegara nunca a encontrar a esa niña, pero podría compensarlo con algún que otro paseo con esta otra “Carolina llorona”.

Se prometió buscar al pintor Benzán y descubrir cuanto pudiera.

Capítulo XI

Puntos de colores

El imperio de Ramón Dorado seguía creciendo. Varios presidentes y primeros ministros de diferentes países de tres continentes estaban bajo su poder, así como la mayoría de sus opositores, con los que trabajaba directamente o a través de señuelos creados para la ocasión.

Había intervenido los flujos y procesos de las mayores multinacionales para hacerse con el control de sus operaciones, especialmente las que tenían por objeto su expansión, que conocía incluso antes de que se llevaran a cabo. Ventas, fusiones y adquisiciones de empresas se habían convertido en otra importante fuente de financiación, que transformaba en efectivo al disponer, antes que nadie, de esa información privilegiada, especulando en la bolsa con sus acciones o participando a través de cualquiera de sus sociedades en esas transacciones.

Ramón no se limitaba a robar las conclusiones de esas estrategias corporativas, había aprendido a predecirlas, era capaz de conocerlas antes de que los propios responsables de tomarlas lo hubieran decidido, solo era cuestión de ir enlazando partes aisladas del proceso, mensajes, informaciones sueltas aparentemente inconexas, análisis y estudios que los programas de Ramón eran capaces de seguir para entender la frecuencia con la que los decisores recurrían a ellas y determinar la viabilidad y el interés en las mismas de los distintos actores en juego, participando a su antojo para desnivelar la balanza allá donde le interesara.

Más tarde ofrecería estas técnicas a reconocidas firmas de ventas *online*. El comprador buscaba, a veces sin un interés concreto, hasta ver algo que era de su gusto, lo encontraba y volvía una y otra vez a recorrer el mismo camino de búsquedas aparentemente erráticas, hasta que Ramón, mucho antes de que el comprador se hubiera decidido a realizar la compra, ya supiera el qué, cuándo y cuánto estaría dispuesto a pagar.

Su particular “ONG” estaba dedicada a ayudar a algunos *hackers* a obtener miles de números de cuentas corrientes, tarjetas bancarias y contraseñas, a través de sofisticados sistemas de *phishing*[35]. Negocios menores para él, pero que le aseguraban la colaboración de los

individuos que eran de su interés para lo que denominaba “el desarrollo de un nuevo mundo”.

El negocio de la coca estaba igualmente en sus manos a través de Sebastián Neira quien, por indicaciones de Ramón, se había hecho con el control absoluto, de forma directa o indirecta, de los flujos de ese turbulento comercio, siguiendo la misma estrategia utilizada por Ramón en la política y en otras muchas de sus actividades.

—¿Cuál es tu objetivo, Sebastián?, ¿que pierdan los demás o ganar tú? ¿Por qué esa obsesión por controlarlo todo, cuando los demás pueden hacer el trabajo para ti? Déjales vivir, que sus miserias alimenten tus riquezas.

Difícil lección para alguien que nació luchando por conservar su pequeño territorio, pero Ramón había elegido bien y ese hábil personaje aprendía rápido en sus manos.

—¿Te sabes la historia del cholito peruano? —le repetía Ramón —, no la olvides nunca.

Ramón contaba la historia de un niño peruano que cada día salía de la zona franca del aeropuerto con una carretilla. Los guardias sospechaban que el pequeño robaba algo y lo escondía entre la arena que transportaba.

Diariamente se repetía la misma historia.

—Cholito, ¿qué llevas en la carretilla? —decía uno de los guardias.

—Nada, señor, únicamente arena —contestaba.

—¡Vuelca ahora mismo la arena en el suelo! —gritaban para asustarle—. El niño volcaba la arena. Los guardias la esparcían a patadas para encontrar lo que el cholito ocultara. Después, entre risotadas, mandaban al pequeño recoger la arena y marcharse.

Ramón continuaba la historia.

—Lo que estos guardias nunca descubrieron es que lo que ocultaba el cholito era la propia carretilla, a la que los guardias nunca prestaron atención, buscando como estaban la mercancía robada entre la arena. Busca tus carretillas, Sebastián, y deja entre la arena algún regalo para la Policía. Todos tenemos que comer, ellos también. Cuanto más satisfechos estén, menos buscarán, además, así se centrarán cada día más en la arena y olvidarán la carretilla. Hagamos una lista:

Las carretillas pueden ser los contenedores del transporte por barco. La arena, lo que puedas imaginar meter en ellos, incluso seres humanos.

Las carretillas pueden ser las cajas de los camiones. La arena:

frutas, piezas de vehículos, seres humanos o cualquier combinación de productos que puedas imaginar.

Las carretillas pueden ser las pateras, los cayucos o cualquier embarcación que trafica con personas. La arena: los migrantes o pescado, o cualquier cosa que podamos llevar en esas embarcaciones.

Ramón ordenaba a Sebastián estudiar los flujos naturales de mercancías y de personas entre países y, entre ellos, encontrar sus carretillas y la arena a transportar.

Ocasional e intencionadamente dejaban algo de cocaína o cualquier otra droga, a ser posible más barata, entre la arena elegida, para centrar la atención de las autoridades sobre ella, haciéndoles obviar a la verdadera mula que acarreaba la droga.

Cientos de camiones cruzaban la frontera de México, otros cientos de pateras hacían lo propio en el estrecho de Gibraltar. Aquella gente buscaba el nuevo El Dorado. Miles de sujetos en tránsito que centraban la atención de europeos y americanos, sintiéndose invadidos por esas hordas de seres humanos en busca de un sueño que amenazaba el suyo. Mientras, nadie reparaba en las humildes pateras, cayucos o viejas cajas de camiones que los transportaban.

De vez en cuando colocaban algo de coca en la fruta, engañaban a alguno de los infelices migrantes para hacer de mulas o dejaban atrapar intencionadamente algún pequeño cargamento de drogas, preferentemente originaria de los países de aquellos migrantes para, de esa forma, ocultar a los ojos de las autoridades el verdadero propósito de sus operaciones.

Sebastián mantenía a gobiernos y organizaciones sin ánimo de lucro, a los que facilitaba dinero y medios para hacer posible aquel flujo. Estos, unos ajenos a los intereses de Sebastián, otros no tanto, hacían la labor encomiable de ayudar a cualquier ser humano a alcanzar su sueño de llegar al otro lado, suministrando con ello a Ramón y a Sebastián la arena necesaria para sus carretillas.

Miles de contenedores llegaban y salían de los puertos chinos cargados de cualquier cosa que se pueda imaginar. Encerrada entre las paredes, la cocaína.

Sebastián tenía toda una red de carroceros fabricando contenedores, cajas de camiones, embarcaciones, construcciones temporales para campos de refugiados y todo tipo de carretillas.

La creatividad de Ramón era tan abundante como el dinero de Sebastián y ni uno ni otro reparaban en esfuerzos y gastos para crear nuevas soluciones que hicieran posible su negocio. No era una cuestión de dinero, era una cuestión de arrogancia.

El negocio se completaba con un amplio sistema, repartido por el mundo, para la reparación, mantenimiento y reciclado de esos elementos.

Sebastián encargó un submarino fabricado con su precioso material. Llamó orgulloso a Ramón para que contemplara en la televisión cómo las autoridades lo confiscaban y aprehendían unos kilos de estupefacientes depositados en el interior, para que días después algún "hombre de paja" desguazara el submarino, extrayendo el cargamento real.

Estaba preparado para el asalto final.

Miles de perfiles listos para la lucha en las redes y miles de millones de dólares esperando para hacer posible su sueño. Tan solo faltaba su última aspiración, la creación de un universo paralelo donde ubicar a cada persona de la tierra.

Tenía que hacerse con las redes públicas y privadas de los países. Contaba con un gran ejército, generosamente alimentado con el dinero de sus actividades ilegales y con un extenso entramado de mercenarios, capaces de hacer saltar por los aires cualquier sistema de seguridad.

Para asegurarse ese perfecto sistema de control había desarrollado una amplia y prestigiosa red, de gran reputación entre sus clientes, capaz de solucionar cualquier ataque informático que pudieran sufrir, por complejo que fuera. Estas actividades, supuestamente legales, eran una importante fuente de financiación. Si bien el verdadero objetivo de estas sociedades no era la reconocida y elogiada satisfacción de sus clientes. Detrás de la mayoría de los ataques anónimos estaba la propia organización de Ramón, que de esa forma se aseguraba, tras la resolución del incidente por su red legal, el control de las operaciones de las empresas salvadas.

La amplia oficina de Comuna Chapinero tenía una pared de siete metros de ancho y tres de alto, cubierta por una gran pantalla de leds. Ramón seleccionaba una zona geográfica y la pantalla le devolvía una impresionante vista satélite del lugar con puntos de diferentes colores, que representaban cada uno de los teléfonos móviles que estaban en la zona.

Cada color indicaba la pertenencia de la persona a alguno de los grupos de interés para Ramón.

Los puntos rojos estaban asignados a los miembros oficiales y secretos de la seguridad nacional.

Algunos de los puntos, de cualquier color, llevaban tras de sí una

pequeña viñeta con datos sobre la persona. Estos correspondían a los que alguna vez habían sido de interés específico de Ramón. Para el resto bastaba con pinchar sobre ellos para obtener lo que se necesitase: profesión, estudios, estado civil, domicilio, documentación oficial, cuentas corrientes y cualquier otra información que Ramón hubiera querido obtener con antelación y de la que dispusiera la base de datos correspondiente.

Su método era sencillo. A veces, cuando era lo más fácil, recurría a bases de datos de donde obtener los datos que buscaba, todas ellas extraídas y actualizadas desde su propia fuente de creación: instituciones, gobiernos, bancos. Otras, se dedicaba a obtenerlas analizando los movimientos de la gente.

Policías, secretos o no, acababan pasando por los órganos de control establecidos por las instituciones para las que trabajaban. Esa era la mejor forma de averiguar lo que necesitase, mejor que cualquiera de las bases de datos. El sistema era capaz de controlar y clasificar cualquier movimiento de forma automática y asignar el grupo al que pertenecía cada punto, tan solo por la identificación de los lugares que visitaba.

Cada persona en la tierra aspiraba a llevar un teléfono móvil encima y con ello y sin ser conscientes, iban suministrando involuntariamente y con precisión los datos necesarios al entramado de aquel visionario.

A veces, por jugar, se dedicaba a asignar un color a quienes frecuentaban un burdel. Más tarde dejaba corriendo sus programas para que hicieran el seguimiento oportuno, hasta descubrir si estaban casados y acabar partido de risa en el gran butacón de cuero, como si acabara de ver la mejor de las comedias, comprobando una y otra vez la fragilidad del ser humano en todas sus facetas.

Otro de sus pasatiempos fue desarrollar un algoritmo que detectaba la intensidad y la frecuencia de las relaciones entre personas. Identificaba la relación y cuantificaba su intensidad basándose en la frecuencia y el tiempo que pasaban juntas. Gracias a esos datos, sus sistemas de control empezaban a monitorizar las relaciones más intensas, comparando los parámetros de los sujetos involucrados en esas relaciones con los de sus bases de datos: registro civil, empresas en las que trabajaban, asociaciones a las que pertenecían o cargos políticos que representaban. La combinación de aquellas informaciones le llevaba a descubrir aventuras de amor ocultas, complots empresariales y relaciones ilícitas; lo que se convertía en una inagotable fuente de conocimiento para afianzar sus tramas políticas, utilizándola, entre otros fines, para desprestigiar a los

rivales de sus protegidos.

Otras veces, simplemente, trataba de localizar a sus siguientes colaboradores, sujetos brillantes, con formación o sin ella, que jugaban en las redes como hacía él. Estudiaba sus hábitos, sus movimientos, sus juegos sucios, sus compañías, sus necesidades, sus debilidades y cuanto creyera necesario antes de contactar con ellos para unirles a cualquiera de sus equipos.

La trata de blancas no era un tráfico en el que nunca se hubiera fijado. Como con el resto de sus actividades, no tenía intención de ser parte activa de ninguno de esos turbios negocios, aunque acabara reforzándolos. Eran propósitos para un fin mayor.

Un simple juego, como tantos otros a los que jugaba, acabó metiéndole en ese sucio negocio y una vez allí, como solía hacer, estrujó hasta el último peso, dólar o euro que pudiera obtener de esa red.

Durante las fiestas locales se solían celebrar certámenes de belleza. Las jóvenes que se creían merecedoras de tal galardón acudían en busca de la fama. Generalmente una persona con un teléfono. Si la concursante era de condición humilde, el teléfono venía como regalo por participar en el concurso, lo que a su vez servía de reclamo para todas las jóvenes deseosas de disponer de un dispositivo que se había convertido en un elemento esencial en sus vidas y un símbolo necesario para ser aceptadas en cualquier círculo de amistades.

Risas, nervios, fiestas, un espectáculo con un único propósito: una persona un teléfono, un teléfono, un color y, a partir de ahí, un seguimiento constante.

Los traficantes preferían madres solteras, un grupo más vulnerable. En algunos sitios incluso aisladas parcial o totalmente de la sociedad por tabúes culturales, lo que hacía más discreta la operación de extracción y ampliaba el negocio con la venta de niños.

Un negocio *online* ofrecido en la red, en el que podía verse, previa inscripción, el amplio catálogo disponible, así como las tarifas de cada uno de los elementos puestos a la venta, tanto de madres como de criaturas.

La página web exponía toda la información necesaria a los interesados: raza, edad, origen y decenas de fotografías de cada una de las piezas ofertadas. Fotografías tomadas en los concursos o, en la mayoría de los casos, extraídas de las redes sociales de las jóvenes que, sin saberlo, tan generosamente habían contribuido a promocionar su venta, donando a cambio de nada las instantáneas que mostraban la belleza de su cuerpo. Fotografías en ocasiones tan explícitas que los torpes fotógrafos de feria nunca las hubieran podido realizar con tan

buen gusto para el deleite de los futuros compradores.

No hacía falta anticipar el secuestro de todas esas mujeres y niños, la compraventa se producía *online*, lo que simplificaba sobremanera la operación y reducía costes y riesgos, al no tener que mantener escondido a nadie durante más tiempo del necesario.

El cliente elegía el producto que deseaba comprar. Una vez recibido el pago, recibía un enlace a una página web donde a partir de entonces podía hacer un seguimiento de los movimientos de la persona elegida.

El color que Ramón había elegido para este tipo de víctimas era el rosa.

Por un pequeño coste adicional, el cliente recibía un breve estudio, facilitado por alguna de las sociedades de Ramón, donde se indicaba hora y lugar más apropiado para la intervención. Un suplemento adicional algo más costoso consistía en ofrecer la garantía absoluta de la operación, lo que hacía multiplicar el precio del servicio, pero donde se garantizaba al cien por cien el éxito sin sobresaltos innecesarios.

El poder de Ramón, a través del sistema que había desarrollado, era absoluto.

Si un grupo de puntos rojos se aproximaban donde él no quisiera, una llamada requería con urgencia la presencia de estos al otro extremo de la ciudad.

Si un político se veía con alguien que a Ramón le interesara, él estaba presente con sus gadgets en la reunión, escuchando cuanto en ella se decía.

Si alguien de su interés tenía cualquier problema, él lo solucionaba. Si por el contrario alguien le estorbaba, se veía envuelto en cualquier incidente que acababa por destrozarle la vida.

Cientos de programas ejecutándose simultáneamente daban el control a ese hombre que, sentado en el inmenso butacón forrado en cuero de su amplia oficina de Comuna Chapinero, jugaba con la vida de cualquier persona que tuviera un teléfono o una conexión a la red.

El resto del mundo, ajeno a las actividades de un ser invisible, colaboraba gustoso, llevando constantemente consigo sus teléfonos móviles, descubriendo con ellos sus movimientos, sus relaciones, sus conversaciones, mostrando dónde se estaba y dónde no.

Además, de forma compulsiva y cada vez con mayor frecuencia, seguían subiendo fotografías y vídeos a las redes.

Al fin y al cabo, ¿a quién le puede interesar la vida de una persona normal?

Sin duda, eso mismo, si es que alguna vez lo llegó a pensar,

opinarían Daniela y los miles que, como ella, ahora estaban bajo el poder de Ramón. La mayoría, aún sin saberlo.

Capítulo XII

Chicha

La discusión estaba servida. Andrés Felipe fue a hablar con Martín. Sin quererle acusar directamente, mencionaba la inoportuna intromisión de Alejandro con el objetivo de contratar a alguien para su departamento.

—Era lo que pedías —dijo con tono firme y tranquilo—, me dijiste que andabas escaso de recursos y, como te indiqué, tu departamento será crucial en esta nueva etapa, ¿te entendí mal, Andrés Felipe?

—Tan solo dije que con los recursos que tenía, veía imposible llevar a cabo lo que pedías, pero creo que antes de acometer lo que quieres deberíamos empezar con otros temas.

—Decidir cuáles son los temas por acometer en esta nueva etapa es mi responsabilidad, ¿no crees?

—Al menos debería ser yo quien hiciera la selección.

—Estoy de acuerdo si quieres ser el nuevo responsable de Recursos Humanos, aunque no creo que Alejandro pueda hacerse cargo del departamento de Redes —añadió irónico.

—Siempre he sido yo quien ha seleccionado a mi equipo.

—Por supuesto, participarás en el proceso, yo también lo haré, pero la responsabilidad es de Alejandro. Lo que espero de ti es una buena descripción del puesto de trabajo para que Alejandro sea capaz de hacer bien la selección.

—Y en lo referente al sueldo…

—¿Te ha hablado Alejandro de sueldo? —interrumpió, sabiendo que Alejandro no le había dicho nada y con la intención de que Andrés Felipe se delatara.

—Creo que te estás equivocando, pero como bien dices, eres el jefe. ¿Puedo retirarme? —dijo tratando de salir airoso de su comentario sobre el sueldo del que, por supuesto, todavía no debía conocer nada, de no haber sido por la conversación que oyó por teléfono entre Martín y Alejandro.

—Por supuesto, Andrés Felipe, mi puerta siempre está abierta para entrar y para salir cuando queráis.

«Primer asalto», pensó.

Esa tarde Alejandro acompañó a Martín a recoger las llaves del

apartamento que habían seleccionado y al que el entregado colaborador había dedicado horas, tratando de conseguir la satisfacción de su nuevo jefe. Se quedó prendado del precioso piso de la travesía tres de El Refugio Chapinero. Sus ojos disfrutaban lo que veían, mientras su mente volaba hasta la calle ochenta, deseando mostrárselo a Claudia y conseguir hacerla cómplice necesaria de aquel privilegiado refugio.

Esperaba con ansia el siguiente encuentro con esa mujer. Aquellos primeros besos le habían abierto las puertas del deseo y quería devorarlo cuanto antes.

Claudia lo esperaba en la puerta del centro de acogida. Como la tarde anterior, le pareció un punto de luz cegador en medio de la sombra. Sintió cómo sus ojos se humedecían y su cara se relajaba hasta exhibir una inmensa y bobalicona sonrisa.

El paseo hasta El Refugio Chapinero fue un coqueteo continuo de mudas miradas que lo decían todo. Claudia deslizaba la palma de la mano sobre el dorso de la de Martín. Él levantaba los dedos deslizándolos entre los de ella para aprisionarlos contra el pomo de la palanca de cambio del coche. Ella reposaba la cabeza en su hombro, volaban en el viejo escarabajo prestado por el conserje de la compañía, que Alejandro pretendía reemplazar insistentemente por otro vehículo y al que su jefe iba cogiendo más cariño cada día, al darle la posibilidad de moverse por la ciudad sin ser visto.

Cuando estuvo en el apartamento y la vio sentada en el precioso sofá blanco, mirando por el ventanal del luminoso comedor, supo que la elección había sido correcta.

La observaba y creía haber encontrado, sin buscarlo, lo que había estado esperando durante toda la vida. Ella era la pieza angular de su particular entramado de esperanzas y deseos, el toque mágico que convertía el apartamento en un lugar perfecto.

Su bella compañera dio la aprobación al refugio, saltando sobre él para colgarse a su cuello y colmarle de besos. El blanco sillón fue testigo mudo de la pasión que ambos sentían, amortiguando en sus confortables cojines esas primeras caricias que generosamente se regalaban tratando de descubrir sus cuerpos.

Por un momento se imaginó pasando su primera noche en ese sofá, hasta que la llamada del portero interesándose por el resultado de la visita le hizo volver a la realidad.

Cenaron a las afueras de Bogotá. Un club privado con poca luz fue el escenario de manos entrelazadas sobre la mesa y caricias furtivas bajo ella, que les iban uniendo irremediablemente.

El tiempo pasaba demasiado lento aquellos días de octubre en los que se dedicaba a preparar a la organización para lo que estaba por venir. Estaba acostumbrado a un equipo engrasado por y para él y hubiera deseado acelerar el cambio que en su opinión necesitaba la empresa, pero había comprendido que debía esperar pacientemente.

Combinaba el trabajo en la oficina con visitas a los pocos clientes que todavía no conocía y reuniones con instituciones u organismos oficiales para darse a conocer. También dedicó algunas mañanas en el Consulado Español a resolver los últimos detalles y legalizar su situación en Colombia.

Esa tregua le regalaba tiempo para pasarlo con Claudia.

Cada tarde cogía en brazos a una Carolina que seguía aferrándose con fuerza a su dedo hasta quedarse dormida y cada noche acababa unido a Claudia, viviendo una vida desconocida.

Claudia le sacó a recorrer Bogotá para comprar lo necesario y convertir el apartamento en el refugio con el que ambos soñaban. Lo decoró como siempre había soñado decorar su casa. Él, complacido, se dejaba llevar, cargando en cada tarde de compras con un sinfín de paquetes que colmaban las expectativas de Claudia y mantenían una perpetua sonrisa en su cara.

Su primer amanecer juntos fue el primero de noviembre, después de intentar durante toda la tarde hacer una cama que pedía a gritos ser desecha. Las suaves sábanas de seda recién sacadas de coloridas bolsas de tela colaboraron en ese deseado propósito y se convirtieron en los tentáculos de un gigantesco pulpo que les entrelazaba con cada estirón con el que pretendían dejar la cama bien hecha. Aquellas sábanas les hicieron caer sobre el mullido colchón, cubriendo bajo ellas su deseo y atrapándoles en una maraña de la que no podían escapar, de la que no querían escapar.

El sol de la mañana lo saludó cuando miraba la ciudad con una café en la mano, a través del enorme ventanal. Sus débiles rayos se posaron sobre la cama donde Claudia dormía desnuda e inundaron su piel de luz.

Se sentó a mirarla. Acarició la fruta cuyo jugo había embriagado su mente y sintió el despertar de una piel suave que se erizaba y cobraba vida.

Los ojos de Claudia se abrieron. Perezosa, su mano fue al encuentro de aquel que la había hecho volver a sentirse persona, sin que sus largos brazos pudieran hacerla llegar a él, conformándose agradecida con su presencia. Su boca empezó a dibujar una sonrisa y el sol pareció corresponderle con una bocanada de luz más intensa, inundando la casa y bendiciendo sus deseos.

Claudia se incorporó ligeramente. Algunas de las marañas que les enredaron la noche anterior y que todavía cubrían su cuerpo, se deslizaron por su piel con la misma suavidad que la mano de su amante. Martín sonrió y de nuevo la atrapó bajo las sábanas.

Ese juego de amantes complacidos duró tres cortos días y cuatro noches aún más cortas, en las que se dedicaron a recorrer el cuerpo de su amante hasta reconocerlo como propio, a contemplarse cuando el otro no miraba, a soñar con esa relación que empezaba a tomar forma y a crecer como una hermosa flor que se abre majestuosa ante todos y, por qué no decirlo, a temer que la magia que les envolvía se deshiciera como se fueron deshaciendo las nubes a lo largo de ese soleado y largo fin de semana.

Poco tiempo para permitirles apurar los últimos sorbos de deseo. Demasiado para evitar que se abriera en ellos un infinito anhelo que no serían capaces de saciar por muchos otros encuentros que hubiera.

El cuatro de noviembre, cuando llegó a la oficina, Alejandro entró en el despacho con un montón de informes entre las manos. Era la información que esperaba sobre el destino de las personas que habían ido dejando la compañía durante el mandato de su predecesor.

—Perdóneme, don Martín, no he podido conseguir todos los historiales, pero sí una buena muestra.

Empezó a estudiar ese ir y venir de gente.

Llamó a Erika para que le trajera el papel donde había pegado el trabajo realizado en la pared.

Sin duda aquella mujer era alemana. Tanto como era capaz de recordar, pegaba en ese rollo de papel, convertido en improvisado escenario de sus investigaciones, cada organigrama, cada informe y cada pósit con la misma disposición y distancia entre ellos con la que él lo había creado en la pared.

—¿Está bien así? —preguntó Erika.

De nuevo la misma precisión. Cada cosa quedaba en el mismo lugar donde estuvo inicialmente. Miró a Erika con admiración y recordó a Conchita.

Mirando ese puzle se dispuso a tratar de establecer relaciones entre los que habían salido de la firma colombiana y a hacer diferentes agrupaciones con ellos.

Elaboró un primer grupo con las personas que habían acabado en las subcontratas. Eran la mayoría. Pidió un taco de pósit a su secretaria y escribió el número de estas al lado de cada una de esas organizaciones.

Hizo un segundo grupo con todas las que habían acabado en

diferentes compañías sin relación aparente entre ellas. Creyó identificar perfiles menos cualificados que las del grupo anterior. Se dirigió a su panel de control improvisado, trazó un círculo alejado del resto de líneas y datos, puso encima de este "AJENAS" y colocó el pósit con el número de sujetos de este grupo.

Estudiando el resto de los historiales observó que muchas de las personas habían acabado en una misma sociedad; COLSISE, que aparentemente no estaba relacionada con SERAVTEL. Se dirigió al panel e hizo un nuevo círculo, poniendo sobre él el nombre de esta nueva firma y en el interior el pósit con el número de personas. Llamó a Erika y le pidió que obtuviera los mismos informes de esta empresa que los que había conseguido del resto de las sociedades.

Los demás historiales, todos con un perfil similar, se podían dividir en dos grupos: los que habían vuelto a trabajar incorporándose a otra organización y los que aparentemente habían dejado de hacerlo. Trazó un gran círculo, lo nombró "OTROS" e hizo dos círculos en su interior, uno al que llamó "INDEPENDIENTES" y otro bajo el título "OTRAS COMPAÑÍAS". Chicha había quedado enmarcado en el grupo de los "INDEPENDIENTES".

Desde que descubrió que el departamento de Redes hacía seguimiento de cuanto pasaba en la organización y aunque deseaba erradicar esa práctica cuanto antes, había decidido hacer uso de su supuesto desconocimiento, por lo que filtraba cuidadosa e intencionadamente la información que quería fuera conocida y evitaba el uso de cualquier tipo de comunicación en soporte informático para la que prefería reservar para él o para quien él decidía que debía conocerla.

Había cogido la costumbre de dejar el teléfono móvil en manos de Erika, evitar el uso del teléfono fijo y no mandar mensajes a través del ordenador, por lo que empezaba a ser conocido por los continuos paseos que hacía dar a sus empleados cuando los necesitaba.

—Erika, por favor, pregunte a Alejandro cómo lleva la contratación del personal del departamento de Redes.

—Ahora mismo. Ya tengo los informes que me pidió —dijo refiriéndose a los datos que le había solicitado sobre COLSISE, mientras pasaba al despacho y los dejaba sobre su mesa.

—Gracias.

Aquello estaba empezando a complicarse. COLSISE, sociedad que prestaba servicios avanzados de seguridad en el mercado, al igual que las cinco corporaciones de las que dependían las subcontratas, pertenecía a los mismos grupos inversores que las demás.

Trazó una línea desde donde había ubicado en el mapa a COLSISE

hasta la nube que había construido con los grupos de inversión y donde acaban muriendo todas las líneas.

—¡Somos un centro de selección para quienes quiera que sean estos tipos! —dijo en voz alta.

—Martín —dijo Erika asomándose a la puerta del despacho—. Don Alejandro dice que mañana convocará una reunión con usted y Andrés Felipe para estudiar los perfiles seleccionados.

—Gracias. Por favor, recoja de nuevo el mural y localice dónde está ubicada COLSISE.

Al día siguiente pudo comprobar el buen trabajo realizado por Alejandro. Había identificado cada requisito que Andrés Felipe le solicitó para el nuevo puesto y había evaluado, basándose en ellos, a todas las personas con las que había contactado. Les presentó un paquete de individuos no seleccionados con una valoración de cada uno, explicando los motivos de su rechazo. Posteriormente les presentó los que él consideraba que eran los candidatos adecuados, entre los que habría que elegir.

Martín, a la vez que estudiaba aquellos currículos, permanecía atento a las reacciones de Andrés Felipe y observaba con atención a Alejandro. Entre los seleccionados, como esperaba, estaba Chicha.

—Esta persona se marchó de la empresa —comentó airado Andrés Felipe.

—Ha vuelto a presentar su candidatura. Cumple con los requisitos y cuenta con mayor experiencia que el resto —indicó Alejandro.

Andrés Felipe estudió con detalle los otros perfiles.

—Cualquiera de estos serían una buena elección —dijo mientras dejaba sobre la mesa dos de las valoraciones que había hecho Alejandro.

Martín repasó los tres informes.

—Si queremos que lo que pretendo se implante con rapidez, creo que la experiencia de Chicha es muy conveniente, ¿qué le parece, Alejandro? —comentó.

—Estoy de acuerdo con usted.

Andrés Felipe se echó hacia atrás en la silla, había dado por perdida aquella batalla desde que su jefe solicitó la incorporación para su departamento de una nueva persona.

—¿Qué hacemos con el sueldo, Alejandro? —preguntó.

—Estos puestos están valorados en el mercado muy por encima de los salarios que nosotros pagamos a los empleados del departamento de Redes, estas funciones se han convertido en un aspecto clave, están muy solicitados. Ninguno de los tres candidatos que tenemos sobre la mesa aceptaría menos del doble del sueldo de lo que cobran nuestros

actuales trabajadores —explicó Alejandro.

—¿Tú qué opinas? —dijo dirigiéndose a Andrés Felipe.

—Como sabes, Martín, creo que nos estamos precipitando con este tema, pero si lo que te preocupa es lo que pueda pensar cualquiera de mis colaboradores o yo mismo sobre el salario, olvídalo, tanto ellos como yo nos sentimos bien pagados —contestó con la misma resignación que había observado en su entrevista con esas dos personas.

—Bueno, pues adelante. Don Alejandro, si estamos de acuerdo, traigamos a Chicha cuanto antes.

Cuando se quedó solo llamó a Chicha. Nunca tuvo dudas de que sería él quien se incorporaría, pero ahora estaba más tranquilo, todo había sucedido según lo había previsto.

Hizo la llamada con el móvil de prepago. Quería pedirle que fuera a Bogotá lo antes posible y empezar a preparar con él la estrategia para conseguir descubrir la maraña creada por Santiago.

—Tendrás que trabajar duro, Chicha. Sé que no te preocupa, pero quiero advertirte de ello. Atenderás dos trabajos, el que te encargue Andrés Felipe y el que yo te voy a encomendar. Ten por seguro que solo el mío te ocupará el día entero y parte de la noche e imagino que Andrés Felipe tratará de marearte, entreteniéndote con actividades rutinarias y simples.

—No te preocupes, haré lo que me indiques.

—Tienes que entrar en los sistemas de la empresa sin ser detectado y averiguar lo que se esté haciendo en ese departamento. Tenemos que entender las relaciones que mantenemos con las subcontratas con las que colaboramos.

—Eso será difícil, nuestra firma es líder en temas de seguridad y detectarán mi incursión.

—Por algo me llamas *Sadigua,* yo te ayudaré —dijo orgulloso y convencido de lo que acababa de afirmar.

Había hecho de la seguridad de los sistemas su pasión. De alguna forma, este conocimiento era la base del resto de los servicios que con tanto éxito había desarrollado y hecho desarrollar a lo largo de su carrera profesional.

Desde ese mismo día se dedicó a equipar una de las habitaciones del apartamento con toda clase de equipos. Estos les permitirían llevar a cabo aquella compleja tarea, dejando intencionadamente fuera del alcance de los sistemas de SERAVTEL lo que a partir de ese momento iban a hacer.

Chicha, como le había asegurado semanas antes, llegó a Bogotá el doce de noviembre, una semana más tarde de que le llamara. Martín

dedicó las siguientes dos semanas a poner al día a su buen amigo y a revisar la estructura de redes de la organización que dirigía: tecnología, medios y cualquier detalle que fuera preciso conocer para lograr su propósito.

Entre esos dos *hackers* siguieron adecuando el ya importante laboratorio para hacer frente a cualquier incidencia que pudiera producirse, especialmente protegiéndose de cualquier intrusión de la que pudieran ser objeto.

Las maratonianas jornadas de trabajo empezaron antes de que Chicha se incorporara oficialmente, hecho que sucedió el dos de diciembre. A partir de entonces, cuando salían del trabajo, se juntaban en sesiones que solían extenderse hasta altas horas de la madrugada, normalmente hasta que el pobre Chicha, exhausto, pedía una tregua a su incansable jefe.

—Podríamos contratar a un *hacker* —dijo una de las noches en las que mandaba señales de cansancio a su inagotable mentor.

—Precisamente eso es lo que vas a hacer, convertirte en un *hacker,* te daré el título de sombrero gris —dijo bromeando—. Tendrás que ir actuando allá donde sea necesario sin importarte las consecuencias. ¡Ya arreglaremos los destrozos que ocasiones! Recuerda siempre que yo soy el responsable de cuanto tú hagas, limítate a divertirte y a jugar.

—Suena bien: el sombrero gris del *muisca* Chicha. ¡Me gusta! El sombrero gris del *muisca* Chicha —repitió en voz baja.

—Tienes que analizar las rutinas que se ejecutan diariamente. En una de las menos importantes dejarás nuestro "regalo". Sacaremos los datos que necesitemos por otra rutina que suponga la transmisión de grandes cantidades de datos, entre los que los nuestros puedan perderse con facilidad, símbolos aislados que no alteren la información enviada, siguiendo la codificación que establezcamos. ¿Estás preparado?

—Preparado, *Sadigua*.

—Empezamos el lunes. Tenemos que averiguar cómo, cuándo, qué y quién entra y sale de nuestra empresa. Durante la semana elegiremos el mejor día para instalar nuestro regalo.

Ambos habían diseñado cuidadosamente un gran ataque informático. El objetivo: destruir los sistemas, todos, tanto los de la propia SERAVTEL como los de los clientes y subcontratas. Un ataque digno del mejor de los *hackers*.

Sería un verdadero espectáculo de fuegos artificiales, cohetes de colores y estruendoso ruido, con el único objetivo de esconder su pequeño troyano[36] en la rutina elegida por Chicha. Este liberaría,

cuando ellos lo creyeran oportuno, un *sniffer*[37] que les permitiría analizar los paquetes y datos que se gestionaran, tanto dentro de la compañía como a través de ella, obteniendo así la información de lo que se estuviera moviendo por ella; remitentes y destinatarios de cuanto se procesase, servidores involucrados y tipos de paquetes de datos que se estuvieran transmitiendo.

Por un momento, Martín dudó de su plan. Andrés Felipe y sus dos pusilánimes colaboradores escondían más conocimiento del que aparentaban, pero su pasividad le hacía dudar de si serían capaces de solventar el ataque por sí solos.

Sólo en caso de necesidad Chicha intervendría para pararlo.

Sin embargo, esto supondría dejar al descubierto su plan.

Capítulo XIII

Laura

Había nacido en Madrid y desde muy pequeña la llamaron “la defensora de causas perdidas”. Si fuera posible describir en términos humanos a un ángel, los que la conocían hubieran descrito a Laura.

Vivía para los demás. Primero fueron sus padres y familia, después sus amigos, hasta ir poco a poco ganando terreno al mundo y conquistar a todo aquel que se cruzaba en su camino.

Desde que le fue posible, trabajó en diversos voluntariados con múltiples propósitos y muchas clases de afectados: niños, enfermos mentales, atención a enfermos en hospitales. Cualquiera que necesitara su ayuda podía contar con ella.

Al cumplir los veintidós, en uno de los hospitales donde solía pasar los fines de semana conoció a Jimena, una prostituta que ejercía el oficio en el barrio más céntrico de España, geográficamente hablando, el polígono Marconi. Un barrio industrial al sur de Madrid en el que un descerebrado le partió la cara y casi le revienta un ojo. Jimena tenía tres niños, a los que dejaba con su madre mientras soñaba con encontrar a alguien que la sacara de las calles.

Aprendió al lado de Jimena las miserias más crueles del ser humano. Las vejaciones sexuales eran solo una pequeña demostración de la barbarie que sufría, una pequeña muestra de lo que los hombres y las mujeres que buscaban a Jimena eran capaces de acabar haciendo.

Ella no se resignaba a considerar aquello como el oficio más viejo del mundo, simplemente pensaba que no debía existir. “Si alguien está enfermo debería ir al médico, no al encuentro de una prostituta. Si alguien necesita amor o sexo, debería buscarlo, no comprarlo ni mercadear con una persona para obtenerlo”, solía decir.

Después de esa experiencia comenzó a trabajar con asociaciones en defensa de esas maltratadas mujeres. Gente que, como ella, no luchaban por la mejora de las condiciones laborales de esas esclavas, sino por la erradicación de la prostitución.

A su corta edad pudo comprobar cómo algunos de los destinatarios de sus mensajes no solo no escuchaban ni querían escucharlos, sino que incluso se excitaban sexualmente por el hecho de que una joven y bella mujer les estuviera hablando de prostitución.

En el rostro de alguno de los individuos que deberían haberla ayudado pudo ver con exactitud la descripción perfecta de lo que le había contado Jimena.

Los organismos oficiales que la quisieron recibir simplemente se enredaban en un ir y venir de pronunciaciones de derechos humanos y leyes contrapuestas, optando por la solución más cómoda: mirar hacia otro lado.

Laura podía soportar ese descalabro oficial con bastante entereza hasta que a alguien se le ocurría pronunciar la frase que más odiaba: "Es el oficio más antiguo del mundo". Era entonces cuando recordaba con vehemencia, a quien estuviera con ella, las miles de brutalidades cometidas por la humanidad y consentidas como parte de la tradición, hasta que felizmente se habían acabado erradicando. Era entonces cuando por primera vez muchos de sus interlocutores dejaban de mirarle sus preciosas tetas para mirarla a la cara y escuchar con asombro y vergüenza lo que decía.

Laura conoció a Daniela en el hospital. Se debatía entre la vida y la muerte. Por las heridas que presentaba, los doctores creían que la habían arrojado desde un coche en marcha. Antes de tirarla le habían inyectado droga adulterada en cantidad suficiente como para haberla matado.

Gracias a aquel yonqui temeroso de haberse convertido en asesino, la Policía pudo encontrarla. En el hospital dieron por imposible la recuperación de esa desnutrida mujer.

Fue la primera persona a la que vio Daniela cuando abrió los ojos aquel cuatro de diciembre. Al verla creyó, al igual que los demás, que era un ángel y se imaginó en el cielo.

Por algún motivo que no conocían o simplemente por la impronta grabada a fuego en aquellas dos almas, quedaron atrapadas la una en la otra desde el primer momento. Laura se encargó de darle de comer, de atenderla y de cuidarla como antes hubiera hecho Leonor. Ella, simplemente, cayó en Laura como si hubiera sido desde siempre su destino.

Pasaron varias semanas en el hospital. Daniela narró los detalles que fue capaz de recordar de cada segundo que pasó entre la oscura y vacía calle de su pueblo hasta la sórdida cama del hotel, explicando tanto la pérdida de Paola en Colombia como la de Pablo en España.

Laura, ajena a aquella última mirada de Martín en la cafetería a punto de dejar España y viendo las dificultades que la Policía encontraba para resolver una trama que extendía sus tentáculos muy lejos de España, recordó lo mucho que le habían hablado de esa

leyenda que ahora estaba en Colombia, la tierra de Daniela.

No sabía si podría llamarle, pero el héroe que le habían descrito seguro que era capaz de encontrar la solución a los problemas de una mujer perdida en Madrid, sin pasaporte y con una hija igualmente perdida en Colombia.

—Hola, Conchita, ¿crees que podría llamar a Martín? No quiero molestarle, pero hay una persona, una chica colombiana, a la que quizás podría ayudar —preguntó.

—Debe estar muy liado, según me cuentan está en plena vorágine de trasformación de la compañía. ¿Crees que merece la pena, Laura?

—Si no la mereciera no te lo hubiera pedido. Creo que es importante. Por supuesto, no es asunto suyo, pero me han hablado tanto de él que quizás me he creado una imagen que no es real y estoy deseando que pueda ayudarme. Desde aquí la Policía puede hacer poco, la chica no tiene pasaporte. Hemos pedido información a Colombia, pero eso puede tardar una eternidad. —Laura se quedó reflexionando—. No sé, quizás estoy pidiendo demasiado, tal vez lo único que voy a conseguir es molestarle para nada. Al fin y al cabo, la Policía ya está en ello. Seguro que él puede hacer poco, perdóname por haberte molestado.

—Dime de qué se trata, puedo hablar con su secretaria, hablo a menudo con ella.

—Es una mujer que han encontrado casi muerta en una cuneta. No tiene pasaporte. Creo que es un tema de tráfico de personas, niños y mujeres que son traídos a España.

—¡Vaya! ¿En qué círculos te mueves? Pareces muy joven para andar metida en esas historias.

—Soy voluntaria en una asociación de ayuda a la prostitución. Cuando recogieron a Daniela, así se llama, nos llamaron y me tocó ir a mí al hospital. Cuando se despertó por primera vez estaba allí y, por alguna razón que no soy capaz de explicarte, estoy enganchada a ella de una forma que jamás me había pasado y creo que a ella le pasa algo parecido conmigo.

—Me dejas de piedra, Laura, sería incapaz de hacer frente a esas situaciones y tú ahí, metida hasta las cejas. Te admiro.

—Gracias, de verdad, no lo molestes.

—No te preocupes, conozco a ese hombre y sé cómo decirle lo que sea necesario. ¿Tienes algún dato adicional?

—He apuntado en este folio todo lo que me ha ido contando Daniela —dijo sacando del bolsillo un folio doblado—. Si quieres quédate con él, pero por favor, si crees que no debemos, no lo molestes.

Conchita vio en los ojos de Laura el respeto que ella misma tenía por aquel carismático líder y el valor que nunca fue capaz de encontrar para dedicarse a tan noble tipo de tareas. Le pareció admirable el trabajo de esa preciosa jovencita de la que todos hablaban.

—Hola, Erika, ¿cómo estás?

—Bien por acá, Conchita, y tú.

—Bien, aún sin jefe, echando de menos al antiguo, ¿cómo le va?

—Ya empezó como me contaste, metódico, preciso, analizando hasta el último detalle. La gente está temiendo y deseando a la vez que haga estallar lo que tenemos y nos pongamos en marcha de nuevo. Como te dije, llevamos demasiado tiempo a la deriva. ¿Qué se te ofrece?, ¿te puedo ayudar en algo?

—No lo sé, no quiero molestarlo. Como te he contado, aquí es toda una institución y una muchacha valiente se ha encontrado con una chica colombiana y me pedía que viéramos si él la puede ayudar.

—Dime e intento en lo que pueda antes de decirle nada.

Conchita empezó a dar detalles de la historia que Laura le había contado.

—¡Una mujer brava! Mándala para acá, necesitamos muchas como ella — interrumpió emocionada por la historia de Laura.

—La verdad es que se necesitan muchas como ella en todas partes — afirmó—. Me ha entregado en un folio toda la información que tiene, te la paso en un correo electrónico.

—De acuerdo. Cuando la reciba busco el momento para hablar con él y te digo algo.

—Gracias, a ver si tenemos la suerte de conocernos. Disfruta del jefe.

Cuando ese miércoles, once de diciembre, Erika recibió el archivo con la copia del folio de Laura, no tuvo por menos que llamar de nuevo a Conchita.

—¡No salgo de mi asombro! ¿Sabes que cuando le preparamos el despacho, mirando el cuadro que le puse mientras conseguía una copia del Endurance, me dijo que si me sonaba el nombre de Paola Fernández Castro?, el mismo nombre de la niña de Daniela. Me he quedado de piedra. No sé qué hacer.

—No me lo puedo explicar, pero coméntalo directamente con él. Ahora es cuando estoy segura de que tenemos que hablarlo con él sin rodeos. Háblale de Laura, de esta conversación y de tu descubrimiento, habla con claridad y no temas nada, es una persona íntegra de los pies a la cabeza, ya descubriremos el porqué de esa

casualidad.

—Ya te cuento.

Erika, alemana y previsora, no había podido imaginar que la estancia de Martín en Colombia estuviera evolucionando de esa manera. Lo que acababa de suceder daba continuidad a su propia historia, oculta a todos, y no podría haberlo esperado ni en el mejor de sus sueños.

La confianza de Conchita con su jefe hacía que aquel despropósito quedara relegado a una mera casualidad. Pero ella, como su nuevo director general, no creía en las casualidades. Sin estar convencida de la conexión de la historia que acababa de conocer con lo que a ella le había llevado a Colombia, sabía que era un nuevo estímulo para que ese hombre se interesara aún más por el trabajo que, sin saber, ya realizaba para ella.

Capítulo XIV

El ataque

El viernes trece de diciembre de dos mil trece estaban listos para lanzar el ataque a su propia empresa. Martín, como de costumbre, llegó temprano.

El ataque se produciría a plena luz del día. En un toque poético, los dos sombreros grises habían decidido que el castillo de fuegos de artificio preparado para hacer saltar todas las alarmas lo prenderían a las trece y trece de ese día trece. Sería uno más de los miles de ataques que se producirían, por el simple hecho de ser viernes trece.

Ambos pasaron la mañana asegurándose de cumplir con sus rutinas y no levantar la mínima sospecha. Martín visitó, como de costumbre, varios departamentos, comprobando la monótona normalidad que tanto anhelaba romper.

Esperaba con ansiedad algún tipo de información sobre lo que sin duda debería ser un acontecimiento único para esa organización, pero para su sorpresa la mañana pasó sin sobresaltos. Lo único que llegó a recibir, referente al terrible ataque que habían lanzado, estaba incluido en el informe diario de situación de redes. Lo vio al regresar a su despacho sobre las tres de la tarde, cuando impaciente buscaba alguna señal que le confirmase el éxito de la operación en la que tanto había trabajado. En el informe se hacía mención del ataque sin darle más importancia que a cualquiera de las anomalías técnicas que a diario se producían.

Había quedado con Chicha en verse esa tarde en su apartamento para analizar los detalles de cuanto hubiera sucedido y estaba deseando conocer las razones del fracaso.

—Un fiasco, ¿no? —preguntó según le abría la puerta a Chicha.

—Nada de eso, *Sadigua*. Todo según lo previsto. Nuestro troyano está donde queríamos y empezaremos a recibir datos en cuanto lo despertemos.

—Pero el ataque ha sido un desastre, ni se han despeinado para contrarrestarlo.

—Como tú sueles decir, el tiempo lo dirá —contestó mientras se acomodaba en el sofá—. Tenías que haberles visto. Cuando detectaron la anomalía en los sistemas los tres se pusieron extremadamente nerviosos. Me ofrecí a ayudarles, pero me dijeron que no interviniera.

Luego, Andrés Felipe hizo una llamada. Se quedaron mirando las pantallas y, como por arte de magia, el peligro se desvaneció en segundos.

—¿A quién han llamado?

—No lo sé, pero la próxima vez lo sabremos. Brindemos por nuestro éxito, *Sadigua*.

—Brindemos por ello y disfrutémoslo durante el fin de semana. Nos esperan semanas intensas.

Ambos celebraron aquella escaramuza con aparente final feliz. Tomaron un par de copas sin dejar de hablar de lo sucedido y dejaron dormir al troyano.

Como todas las tardes, se acercó al hogar de acogida tras dejar a Chicha en su apartamento.

Ese día el tiempo había ido mejorando poco a poco. Las nubes de la mañana habían dejado entrar débilmente los rayos de sol al mediodía y estos fueron conquistando la ciudad por la tarde.

Solía dejar el coche fuera del recinto, en el mismo lugar desde el que vio a Claudia por primera vez.

Pasó al despacho de su bella hechicera. No quedaba nadie en las oficinas, al menos no en la primera planta. Dejó ver a Claudia cómo intencionadamente cerraba la puerta, preparando ese momento mágico de su reencuentro diario. Se puso tras ella, le recogió suavemente el pelo y se agachó para besarle el cuello.

Claudia giró la cabeza para mostrarse rendida y dejarse atrapar. Pasaba el día soñando con sentir ese apasionado beso que erizaba cada vello de su piel mientras un intenso y agradable escalofrío recorría su cuerpo de pies a cabeza. Para su sorpresa, el rutinario encuentro con esos labios era cada día más placentero y mejor que lo soñado, como si ese hombre descubriera de forma continua nuevos resortes en su cuerpo para hacerla temblar.

Su cabeza, sumisa, acababa dejándose caer lentamente hacia atrás en las grandes manos de su enamorado. Mirando hacia arriba, su boca entreabierta reclamaba la misma atención, preparando los labios para amortiguar la llegada del esperado impacto, capaz de provocar un cataclismo en su corazón y en su cerebro.

—Recoge, nos vamos —le dijo tras la singular rutina, siempre repetida, siempre diferente.

Un último beso en la frente y una caricia en la cara eran la señal de partida para dirigirse corriendo a la gran sala donde Carolina lo esperaba.

—No te encapriches de esa niña, un día de estos desaparecerá de

aquí —dijo sin fuerzas, con los ojos todavía anclados al techo mientras él volaba al encuentro de la pequeña.

Carolina, como si intuyera su llegada, esperaba agarrada a los barrotes de la cuna. Al verle se echaba feliz en sus brazos.

—¡Ven acá, pequeña! —gritó eufórico al ver su vida llena de esos pequeños detalles que tan feliz le hacían.

Cogió por debajo de los brazos a la niña con sus grandes manos y la elevó, dándole vueltas en el aire. Luego la llevó en volandas hasta el despacho de Claudia.

—¿No es una preciosidad?

—No te encapriches de la niña.

—Tendríamos que llevárnosla una tarde de estas, las voluntarias siguen sin cogerla nunca.

—Ya te he dicho que no para de llorar. ¡Contigo se calla, diablo! No sé qué nos darás a esa niña y a mí, pero con el resto no hace más que llorar.

Casi inconscientemente Carolina buscaba los dedos de aquella mano grande y se aferraba al primero que era capaz de coger.

—Angelito, ¿quieres a Martín? —preguntó ya en el despacho de Claudia, con la niña sentada a caballo sobre las rodillas, mientras le hundía los gruesos dedos entre las costillas para regocijo de la pequeña, que se doblaba sobre sí misma riendo.

—¡Ahora veremos quién la duerme!, ¡la dejarás llorando en su cuna! —recriminó Claudia.

—A veces me pregunto qué haces aquí, fría e insensible mujer. Tendré que darte más besos y llenar tu alma del amor que te transforme en un bello ser humano capaz de amar a estos pequeños seres.

—¿Fría yo? —le preguntó irónicamente—. Es la única forma, no sentir nada por ellos, si no me moriría —respondió inconscientemente.

—¡Vamos, pequeña! Iremos volando a tu cuna.

La niña ya había aprendido a estirar los brazos en cruz, como si sus brazos fueran las alas de un avión, mientras él la sujetaba en alto. Seguramente ese improvisado vuelo, que tarde tras tarde e inevitablemente acababa en un aparatoso y cómico aterrizaje forzado sobre el colchón de la cuna, era el mejor momento que Carolina disfrutaba en el día.

Se incorporaba tras el indeseado aterrizaje, se ponía de pie con las manitas apoyadas en la barandilla, veía, sin soltar una sola lágrima, la partida de aquel que la hacía volar y abría y cerraba su puño para decirle adiós, deseando simplemente el encuentro del siguiente día.

Después se daba la vuelta y se tumbaba en la cuna boca abajo

para no ver nada. Seguramente soñaba con el efímero vuelo en brazos de la única persona que le había mostrado cariño desde que estaba allí.

Él, como cada tarde, volvía la cabeza para mirarla. Seguía tumbada, con la cabeza apoyada sobre las manos. Hubiera deseado su llanto para verse forzado a volver en su socorro, pero aquel bebé, por mucho que dijeran los demás, jamás lloraba, no al menos como lloran los niños. La pequeña tan solo dejaba escapar, entre sollozo y sollozo, parte del inmenso manantial de tristeza que llevaba dentro.

—No es verdad que la niña llore. El problema es que esa niña está triste y es capaz de entristecer a cualquiera. Por eso no la llevan de paseo —dijo cabizbajo.

—No sigas con esa jodienda. ¿Pregunto yo por los problemas de tu trabajo?

—Yo trabajo con datos y dinero. ¡Hablamos de una niña, por Dios!

—¿Vienes a por mí o a por la niña? —dijo visiblemente contrariada por la conversación.

—Por ti, mi amor, no te pongas celosa. ¡Es que es tan linda!

—¡Sacramento! — gritó airada mientras se disponía a salir.

Se oyó una voz que venía de la planta baja.

—¿Sí, señora Claudia?

—¡Hágase cargo!, ya me voy.

—No se preocupe, ya subo.

Al salir se dio cuenta de que era la primera vez que la veía enfadada. Le echó el brazo por encima de los hombros y la apretó contra su cuerpo. Claudia hizo un ligero ademán de disconformidad, como queriendo escapar de ese gesto de cariño, tan débil y poco intencionado que más bien pareció que se acurrucaba todavía más bajo su brazo.

Ese fin de semana hizo un tiempo espléndido para el gusto de Martín: soleado, seco, unos agradables diecinueve grados y con una vista impresionante de los verdes Cerros del Oriente.

La pareja recorrió la ciudad agarrada de la mano bajo la cálida luz de mediados de diciembre y los dos vivieron las noches bañados por los miles de bombillas de colores que adornaban la urbe para celebrar la llegada de la Navidad. El intenso murmullo de los locales, donde se dejaron ver exhibiendo su amor, arropó sus noches hasta que, exhaustos, acababan atrapados entre las sábanas, muriendo de placer.

A diferencia de cuando trabajaba en Madrid y gracias a esa mujer

colombiana, empezaba a distinguir los días laborables de los del fin de semana. No era capaz de comprender si eso era bueno o no, pero ese lunes dieciséis de diciembre de dos mil trece, por primera vez en su vida fue consciente de la obligación de volver a la empresa y de la posibilidad de que hubiera algo mejor que hacer que seguir la rutinaria costumbre que, hasta entonces, jamás había cuestionado.

Colombia, sus gentes de colores, la ilusión por la vida reflejada en los ojos de los que se cruzaban con él por la calle, la alegría de ese pueblo, su riqueza cultural y principalmente aquella hechicera colombiana, lo transportaban a los mercados de ganado, a recordar la belleza de sus botas llenas de barro, a percibir los olores intensos a tabaco y a estiércol, a sentir el frescor y la belleza del patio de su abuela Josefina y, de alguna forma, le hacían pensar en un necesario equilibrio que le llevara a disfrutar de una forma diferente y más intensa sus días.

"Venimos sin nada y sin nada nos iremos", le decía su viejo maestro. Por primera vez se preguntó si realmente había entendido a ese amante empedernido de la vida. Sabía que el máximo empeño del doctor había sido sacarle de aquella tierra embarrada, pero quizás se equivocó al elegir el destino.

Aquel lunes fue andando a la oficina, necesitaba sentir la humedad y el frío de la mañana en su cuerpo y, de forma más intensa, en su alma.

La niebla que envolvía la ciudad fue limpiando de su cabeza los recuerdos placenteros del fin de semana, dejándole recuperar su otra vida, aquella que unos días atrás lo ocupaba todo por completo.

—Hoy es el gran día, Chicha. Nos juntamos esta tarde para analizar los datos que vayamos teniendo —dijo desde el teléfono móvil que había comprado para hablar con su amigo.

—De acuerdo, *Sadigua.* ¿Cómo te fue el fin de semana?

—Glorioso, Chicha, glorioso. Estoy enamorado de tu pueblo.

—¿De mi pueblo? Creo que eso no es del todo cierto —dijo riendo.

—De tu pueblo, Chicha. De tu pueblo y de sus gentes, cierto.

Al entrar en la oficina su secretaria le saludó ofreciéndole una nota escrita en un folio.

—Te dejo la dirección que me solicitaste de COLSISE.

—Gracias, Erika —dijo mientras echaba un vistazo a la dirección y la guardaba en uno de los cajones de escritorio.

Su mesa redonda empezó a recordarle aquella otra a ocho mil kilómetros de allí. Los rumores extendidos de las costumbres de ese

frenético trabajador comenzaron a tomar forma.

Descubrió que, a diferencia de lo que ocurría en España, esas gentes estaban deseosas de ser elegidas y que los otros dos invitados, esos personajes necesarios para hacer posible el éxito de los proyectos encomendados, en lugar de ver con recelo las escenas de esas reuniones, observaban con envidia los encargos que la mente creativa de Martín confiaba a su "víctima" e, incluso, empezaban a trabajar con esta desde un principio.

Según se sucedían las reuniones, aprendió que una de esas dos personas que acompañaban a los elegidos en el proyecto debía ser el jefe del sujeto elegido. Ese pequeño giro, casi imperceptible, casi involuntario, cambió de forma radical lo que se vivía en el despacho de la planta sexta de la noventa y dos y vino acompañado de excelentes resultados.

Lo que iba a descubrir ese martes diecisiete de diciembre le haría volver a recordar los primeros días de septiembre y alguna misión olvidada.

—Buenos días, Erika — saludó al entrar.

—¿Tiene un momento? —preguntó la secretaria.

—Claro, pase.

—Me ha llamado Conchita… —empezó a contar ansiosa.

Erika, tal y como le había indicado Conchita, le contó la historia de Laura, ofreciéndole los detalles que creía necesarios y extendiendo su explicación cuando él se lo pedía.

Martín, que guardaba un bello recuerdo de Laura, quedó impresionado por su carácter y ese componente social de la joven y empezó a trazar cierto paralelismo entre las dos mujeres que habían llegado fortuitamente a su vida. Dos bellas mujeres dedicadas a nobles causas.

—Nunca he creído en las casualidades, Erika. Empiezo a preocuparme, son demasiadas en tan poco espacio de tiempo —dijo mientras echaba mano a su cartera y sacaba el papel doblado que guardaba en ella—. La tira de papel escondida en el asiento del avión en el que vine a Colombia, el nombre de Paola, la hija de la mujer a la que se refiere Laura, el nombre del pintor del cuadro que pusiste en el despacho. ¡Demasiadas casualidades! —dijo mientras se quedaba perdido en la tira de papel que le había hecho olvidar por un momento sus juegos de guerra contra el departamento de Redes. Se sintió mal por no haber averiguado nada del autor de aquel lienzo, más ahora, que conocía la historia de una bella joven que combinaba su vida entre el trabajo y la defensa de una generosa y dura causa—.

¿Hemos podido localizar al pintor Benzán?

—No, aún no. Como le dije, esta fuera del país, pero vuelvo a intentarlo.

—Gracias, hágalo, hemos perdido demasiado tiempo, esa mujer debe estar sufriendo lo inimaginable. Asegúrese de fijar una cita con él donde y cuando pueda atenderme.

—Hoy mismo insisto.

—Consiga toda la información que pueda, tenemos que ayudar a Daniela y a Laura.

—Llamo a Conchita y nos ponemos con ello.

—Gracias. Hoy sí le agradecería un café con leche, creo que lo necesito.

—Enseguida.

Recordaba a la bella pelirroja de la cafetería, a la que veía ahora convertida en heroína tras aquella historia.

De nuevo recordó a su maestro, don Fernando, que de forma constante le animaba a salir para siempre de los mercados de ganado y él, conforme con ello, se había comprometido a no volver a pisar el pegajoso barro de los días de lluvia.

«Quizás me he alejado demasiado», pensó.

Se levantó con el café en la mano y se dirigió al gran ventanal del despacho. Se miró en el cristal. Sus lustrosos zapatos brillaban, su traje lucía impecable, se miró a la cara y se sintió sucio, enredado en una vida demasiado alejada de la realidad, aislado del resto de la humanidad por otro cristal invisible construido con dinero, que le protegía y le mantenía descontaminado de cuanto pudiera suceder fuera de él, viviendo una vida ficticia, como el ataque que había lanzado contra el departamento de Redes y los fantasmas que veía tras la sombra de Santiago Álvarez.

Recordó a su madre trabajando a diario entre animales de dos y cuatro patas y pensó, «¡qué leches hago aquí!, jugando batallas ajenas». Como decía su maestro, “por el simple propósito de sobrevivir”.

Estuvo el resto del día trabajando duro, empujando con pasión a una organización que respondía cada día mejor a sus envites. Las fuerzas cogidas durante el fin de semana con Claudia le daban la energía suficiente para ello, a pesar de la noticia recibida. Quería transformar la organización y convertirla en lo que ya había soñado y quería hacerlo cuanto antes.

A la hora acordada, aquellos dos sombreros grises estaban dirigiéndose al apartamento de Refugio Chapinero.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó impaciente Martín.

—Como sabes, Andrés Felipe me encargó hacer el reporte diario de incidencias en las redes con los datos que ellos me facilitan. Como imaginábamos y aunque es pronto para sacar conclusiones, a diferencia de lo que indican sus registros, alguien extrae una ingente cantidad de datos de forma continua de todas las subcontratas. Como te digo, esa actividad no se refleja en los datos de hoy y nadie en el departamento parece haber percibido nada extraño, por lo que: o nuestro troyano está trabajando de forma más eficiente que nuestros sistemas de seguridad o es algo habitual, que ven a diario y no hace saltar ninguna alarma ni queda reflejado en ningún informe.

—¡Pero debería quedar reflejado!, aunque sea algo normal debería contemplarse en nuestros reportes diarios —dijo extrañado.

—Sí, así debería ser. Veamos qué pasa mañana.

—Sí. Vayamos paso a paso, no saquemos conclusiones, dejémonos llevar por los hechos y datos que obtengamos. ¿Has detectado algo adicional, Chicha?

—No, nada más.

—Mañana volvemos a juntarnos.

—Ok, *Sadigua*.

Aún quedaban saldos pendientes de un fin de semana intenso en el que, por más que lo intentaron, esos amantes dejaron rincones perdidos por recorrer en sus cuerpos y besos y caricias pendientes.

Claudia llegó a las siete de la tarde. Él había abierto una botella de Vega Sicilia que encontró en una de las tiendas de los anuncios que le llegaban al móvil. La recibió ofreciéndole una copa, la dejó beber un primer sorbo y ambos cayeron al blanco sofá, primera etapa de todos los encuentros.

Se sentía más vivo que nunca. Sus días hervían de actividad, desperezando a golpes de creatividad una organización adormecida. Los pasillos del bello edificio de cristal se llenaron de vida, las salas de reuniones, de personas deseosas de alcanzar los objetivos marcados por su nuevo jefe. Su despacho empezó a ser el destino habitual de cuantos allí trabajaban y a recordar aquel otro de la séptima planta, pero con otro sabor, con otro color, con mucha más alegría.

Ahora sí, aquello empezaba a parecerse a lo que había deseado.

Todo menos el siniestro rincón de la cuarta planta donde estaba ubicado el departamento de Redes y que, para desasosiego de su responsable, Andrés Felipe, vio multiplicada su labor para controlar los cientos de correos electrónicos que fluían sin cesar de un lado a otro y las decenas de llamadas que habían devuelto la vida a la empresa.

Sus noches, al igual que sus días, le hacían bullir en la cama, atrapado en la maraña de sábanas, abrazos y besos que robaba descarado sus horas de sueño y le inoculaban en la sangre un extraño veneno, un veneno que recorría sus venas hasta llegar al cerebro y deshacerlo por completo, para convertir su vida en pura obsesión.

Cuando estaba solo y con más frecuencia de la que se permitía reconocer, escondía su labio inferior en la boca, mordiéndolo ligeramente, saboreando el recuerdo de los más ínfimos detalles de cada uno de los días y las noches de esos dos meses de aventura.

Ella, mientras tanto, cuando regresaba a su casa de la carrera ochenta y siete D, se apresuraba a hacer un círculo en el calendario colgado en la cocina, sobre cada uno de los días que había pasado con Martín. Luego, sentada en una de sus viejas sillas de madera, se limitaba a mirarlos y recordar cada momento vivido mientras, de reojo, observaba la estancia que con tanto celo había ocultado a su enamorado, empeñado continuamente en conocer a fondo su vida.

Siguiendo un ritual que al mismo tiempo la hacía feliz y la torturaba, pasaba hacia adelante y hacia atrás las tres hojas del calendario repletas de círculos y recuerdos. Sus ojos se humedecían, cerraba el puño con fuerza, clavándose las uñas en la palma de la mano con la intención de dejarlas marcadas, como si con esas marcas quisiera dejar grabado para siempre lo que estaba viviendo y, de ese modo, lograr que nunca acabara.

No le había invitado a visitar su casa y no tenía intención de hacerlo. Miraba a su alrededor y sentía miedo de que esa persona, que la había devuelto a la vida, saliera corriendo al ver la verdad escrita entre esas cuatro paredes. Una verdad visible para cualquiera que entrara.

Las dos siguientes semanas pasaron mucho más rápido de lo que los dos amantes hubieran deseado. La Navidad fue la encargada de arrastrarles volando hasta el final del año en un ejercicio de celebración continua por la vida y la pasión por sus cuerpos.

Claudia disfrutó comprando lo necesario para montar el árbol y el pesebre[38], mientras lucía orgullosa a Martín por la ciudad. Al atardecer lo sacaba a pasear en las chivas que mostraban el alumbrado navideño de Bogotá y a cenar en los mejores restaurantes para probar los platos navideños de su tierra: la lechona[39], los tamales[40] o el ajiaco[41]. Él lo celebraba todo con pasión y se agarraba a ello como Carolina a su dedo, confiado y esperando que nunca acabara.

El veinticinco de diciembre, cuando le traía el primer café a la cama, se la encontró desnuda, sentada de rodillas sobre las suaves sábanas color arena. Sujetaba con las dos manos una hermosa maceta

de *Cattleyas*[42], que apoyaba entre sus piernas. Las flores parecían más bellas custodiadas por los tersos pechos entre los que coquetamente Claudia quería esconderlas. Su negro y liso pelo caía firme flanqueando su cara, que lucía una hermosa sonrisa adornada con hoyuelos en las mejillas.

Se sintió nervioso al ver cómo las tazas de café celebraban castañeando el encuentro, bailando jubilosas sobre los pequeños platos en los que las llevaba. Creyó morir al ver aquella escena y pensó que jamás sería capaz de no temblar ante la belleza de ese cuerpo desnudo.

Ella bajó la cabeza, dejó caer un largo beso sobre una de las flores para después, despacio, extender los brazos y ofrecérselas.

—Cuídalas tanto como a mí —le susurró al oído a la vez que le daba un sensual mordisco en el lóbulo de la oreja.

Una de las mesillas fue el destino de las tazas de café y de la maceta, mientras los amantes sellaban con pasión la ofrenda navideña.

Hasta entonces ninguno de los dos había disfrutado demasiado de ese periodo del año esperado por todos, pero la Navidad de aquel dos mil trece fue muy especial para ellos.

Martín, que vivía los días analizando con intensidad, junto a su buen amigo Chicha, los datos que alguien extraía sin pudor a través de SERAVTEL, pasaba las noches sumido en una especie de borrachera que mantenía aletargado su cerebro, incapaz de ver ni oír si no era a través de los ojos y los oídos de Claudia, incapaz de sentir si no era junto a ella.

El ocho de enero del recién estrenado dos mil catorce la vida, tirana dictadora colmada de infortunios, quiso regalar a los amantes uno de esos desenlaces que nadie espera ni desea y que son capaces de aniquilar cualquier relación por apasionada que sea.

—Le he preparado lo que Conchita ha sido capaz de conseguir sobre el asunto de Laura —dijo Erika.

—Volvamos con nuestra bella Laura —dijo sin saber que hubiera deseado no abrir jamás esa carpeta.

Nombres, fechas, lugares. Una pequeña descripción de la historia y al final un montón de fotografías sacadas de las redes sociales de Daniela.

Fue pasándolas una a una, sorprendido de la belleza de aquella joven secuestrada y abandonada en una cuneta. Una cara joven, hermosa y feliz, que en cualquier circunstancia mostraba su belleza. Un cuerpo del que cualquiera podría enamorarse, como el de Claudia, como el de Awa, como el de muchas de las diosas colombianas que

recorrían anónimas las calles de Bogotá.

La cuarta fotografía le dejó petrificado.

Como pudo, sin fuerzas, fue levantándola poco a poco para verla más de cerca o tal vez para no verla. Echándose hacia atrás, hincando los codos en los reposabrazos del sillón para no dejar caer los brazos desplomados al suelo, hundiendo la espalda en el respaldo, tratando de refugiarse y esconderse en él, como si temiera salir catapultado por alguna fuerza extraña.

Echó para atrás la cabeza, dejó que la vista se perdiera por la ventana, reposándola abandonada en el horizonte, mientras, sus manos empezaron a sudar y a temblar, haciendo que el papel cobrara vida con ese movimiento y sus personajes trataran de escapar de él para reprocharle su torpeza.

Una vez más se dio cuenta, a pesar de todas las enseñanzas de su maestro, de su incapacidad para entender lo frágil que es la vida.

En un momento renegó de haber conocido a Laura. En otro de tener por compañeras a Conchita y a Erika, esas alcahuetas que cruelmente le estaban destrozando. Para, por fin, no tener más remedio que ir liberándolas a todas y ser consciente de que, efectivamente, de forma cruel e inesperada, su vida se resquebrajaba, como si los miles de bombillas de colores que habían adornado su Navidad en Bogotá cayeran sobre él, haciéndose añicos y atravesando con miles de cristales su alma.

El duro ser forjado entre tratantes de ganado y estiércol de animales, por encima de todo un ser racional acostumbrado a vivir de hechos y a eliminar las emociones, dejaba caer desconocidos ríos de lágrimas mientras su piel se tornaba blanca y su cuerpo quería morir.

Por primera vez sintió miedo. «Venimos sin nada y sin nada nos iremos», recordó. Pero él ahora tenía a Claudia y se resistía a perder a quien le había llenado de vida.

Por un momento quiso romper ese papel y hacer como si nunca hubiera existido, solo él sabía lo que había visto, nadie más lo sabría. Esa fotografía podría dormir oculta en uno de los cajones de su mesa o, mejor, perderse triturada en la basura. Pero él no podría olvidarlo.

Resignado, rescató su vista perdida, dejó caer de nuevo las manos sobre la mesa y se levantó bruscamente. Cerró la puerta del despacho. No podía permitir que nadie lo viera así. No llorando, eso podría haberlo soportado, sino tratando de negar una verdad.

Volvió a la mesa, clavó los codos de nuevo en la criatura de la fotografía. Como el más perseverante opositor, volvió una y otra vez a analizar cada detalle, queriendo no ver lo que veía, queriendo transformarlo en otra cosa, en otra cara, en otra niña.

Erika trató de pasarle un par de llamadas hasta que entendió que no era el momento.

El teléfono que tenía para hablar con Chicha zumbó, ajeno a la escena, en varias ocasiones, sin que él ni siquiera lo oyera.

—Erika, voy a salir. Le dejo el celular, coja las llamadas que entren.

—Sí, por supuesto, ¿necesitas algo? —dijo preocupada al ser consciente de no haber visto salir del despacho a su jefe, sino a alguien que se le parecía.

—No, gracias.

Se dirigió a la casa de acogida. El camino se le hizo interminable. No le importó demasiado, hubiera deseado que fuese eterno y no haber llegado jamás.

Claudia no estaba en su despacho.

—¿Qué deseaba? —dijo uno de los auxiliares.

—Busco a doña Claudia.

—¿Quién le digo que la busca?

—Un amigo —digo inconscientemente, dándose cuenta de que con esa respuesta estaba tratando de esconderse.

—Espere aquí, voy a buscarla.

Se sentó. Por primera vez recorrió con detalle cada rincón de ese despacho, buscaba los indicios que le recordaran a ella y aquellos otros que debían haberle advertido de lo que entonces venía a encontrar.

Cuando la vio siguió sentado, inmóvil, no se levantó para besarla.

De repente no era ella. Su cara no era la misma cara de todas las tardes, la misma de los fines de semana y de cada noche.

—¿Qué vainas andas haciendo aquí? —dijo al ver la quietud de las manos, que no buscaban desesperadas su cuerpo, la rigidez de ese ser que por primera vez no vibraba de pasión al estar junto a ella y esa desconocida mirada que lanzaba duros reproches.

Claudia se fue descomponiendo en miles de piezas de un puzle que jamás podría ser montado de nuevo, al menos no por aquellas manos. Sus ojos se hundían tratando de huir, sus bellos labios perdían el mágico brillo, mientras quedaban sellados para evitar dar la respuesta a las preguntas que la mirada de Martín le lanzaba.

—¿De dónde viene la pequeña?

—¿Qué pequeña? —preguntó tratando de encontrar tiempo, de esquivar la pregunta o, tal vez, esperando que el cielo se partiera en dos, obligándoles a salir de allí, corriendo agarrados de la mano.

—Carolina.

—¡Vete tú a saber!, su madre la abandonaría —dijo temblando y claramente contrariada—. No quiero que vengas por las mañanas y quiero que te olvides de esa niña para siempre.

Inmóvil en mitad del despacho, no encontró las fuerzas para llevar su cuerpo donde en esos momentos hubiera querido refugiarse, a los brazos de la persona a la que amaba y a la que tenía a tan solo unos centímetros. Resignada, se dirigió a su sillón, consciente de que sus piernas eran incapaces de seguir manteniéndola en pie por más tiempo.

— La pequeña no se llama Carolina. Su nombre es Paola, Paola Fernández Castro —dijo tirando sobre la mesa la fotografía que llevaba en la mano.

Él, que era un maestro en leer el lenguaje corporal de las personas, en analizar los detalles cuando les lanzaba alguna de las frases con las que pretendía obtener lo que quería, pudo comprobar cómo la fotografía hizo una profunda mella en Claudia. Palidecía por momentos y observó cómo algunas gotas de sudor recorrían su frente y su voz temblaba al contestar.

—Voy al registro y le cambio el nombre. Le pongo el nombre que tú quieras, pero no me molestes a estas horas —dijo sin levantar la vista de la fotografía, en un intento desesperado por olvidar lo que estaba pasando.

Claudia quedó atrapada en el pequeño folio impreso, que se iba transformando en una mágica bola de cristal donde veía un futuro que no deseaba. No imaginaba cómo habría llegado hasta las manos del único hombre que la había amado y tratado con respeto.

Sintió un vacío en el estómago y creyó que iba a desmayarse. En su cabeza, su corazón y su cuerpo se desataban torbellinos que nublaban su vista y su alma. Quería vomitar.

Lo miró, los ojos de color miel parecían de fuego, eran los ojos de un felino que escudriñaba atento a su presa.

Sintió morirse al ver cómo, sentado en el despacho, empezaba a alejarse sin moverse de allí. Se recordó paseando de su brazo bajo un manto de luces de colores, riéndose feliz en las decenas de locales donde celebraron su amor para, de repente, verse volviendo a caer en la miseria de algo que empezó a hacer sin darse cuenta y con lo que aprendió a convivir olvidándose de ella misma, para salir adelante sin tener que ser una de las muchas que pasaban por allí.

Él no quería creer lo que veía en esa por la que hasta solo unos instantes antes suspiraba. Claudia ocultaba lo que suponía y aún más. Era como si al mirarla estuvieran saliendo a la luz los misterios ocultos que no supo ver. Recordó las largas tardes de invierno

revelando negativos, encerrado en el cuarto oscuro del colegio mayor donde estudiaba, sorprendido por la magia que hacía posible la claridad de unas imágenes que surgían de la nada.

—Voy a ver a Paola —dijo incorporándose para dirigirse a la sala donde dormían los niños.

—Ni se te ocurra —dijo Claudia sin levantar la mirada de la mesa —. ¡Vete de aquí, no vuelvas más! —gritó mientras sentía cómo el corazón se le desgarraba.

Martín se levantó de la silla y dio media vuelta.

Como aquel tres de septiembre, al salir por la puerta del edificio de la calle del Cerro de la Plata, sintió la tentación de volverse para echar un último vistazo a esa mujer y al despacho, destino soñado de todas las tardes de su vida. A diferencia de aquella mañana, esta vez no pudo evitarlo y se volvió a mirar.

Los ojos de esos amantes lanzaban desesperadamente amarras para seguir juntos. Sus cuerpos seguían atrapados el uno en el otro por alguna cadena invisible, que ninguno de los dos quería romper. Ambos sintieron un dolor intenso y agudo en el pecho. En aquellos pocos segundos recorrieron cada instante vivido, cada caricia, cada beso, cada sueño y vieron como, todos y a la vez, caían al suelo en un tremendo impacto, que sonó a miles de cristales rotos y les forzó a agachar sus cabezas para dejarse marchar.

Estuvo conduciendo inconscientemente hasta darse cuenta del peligro de ello cuando alguien casi le arrolla por no haber parado en un cruce.

Paró en la calle setenta y siete, esquina travesía ciento veinte, allá donde se miran dos de los distintos mundos que conviven en Bogotá. Desconectó el motor y se puso a llorar como no recordaba haberlo hecho nunca.

Claudia recogió rápidamente las cosas personales de su despacho. Sabía que no podía ir a ninguna parte, pero sintió la necesidad de huir.

No dijo nada a nadie, no había nadie a quien decirle nada. Se dirigió a su casa y metió en las maletas toda la ropa que pudo.

Volver a su tierra era imposible. Se marchó al aeropuerto, miró la pantalla con los vuelos que salían ese día y eligió el destino que se le antojó más extraño de cuantos se anunciaban. Compró un billete y se dispuso a olvidar su vida y empezar de nuevo. Sabía que aquella persona, a la que creía conocer bien, no se marcharía sin más y acabaría por descubrir la cara oscura de su vida. No le importaba acabar entre rejas, pero no soportaba la idea de no volverle a ver estremecerse de pasión cada vez que estuviera junto a ella.

Martín hubiera querido olvidarse de cuanto había pasado, pero una Carolina o una Paola agarrada a los barrotes de su cuna parecía llamarlo a gritos. Se dirigió al consulado español. Allí contó su historia. Llamaron a la Policía. El inspector Samuel David Rodríguez y su ayudante, el subinspector Maximiliano Rodríguez, lo acompañaron hasta el hogar de acogida. Aparentemente no había cambiado nada. Las jóvenes voluntarias llegaban como cada tarde a recoger a los niños. Por un momento tembló ante la posibilidad de volver a encontrarse con Claudia.

Los dos policías entraron en la casa de acogida.

Desde el coche pudo observar cómo las voluntarias que estaban llegando. Al ver a la policía se daban la vuelta para marcharse corriendo y las que estaban saliendo regresaban para dejar a los niños y hacer lo mismo.

—La señora Claudia salió hará hora y media y no la han vuelto a ver —indicó el inspector Samuel David al regresar al coche.

—¿Se han dado cuenta de cómo desaparecían las voluntarias cuando los han visto? —señaló queriendo llamar la atención sobre aquel hecho a los dos policías.

—No, no he visto nada —dijo el inspector refunfuñando—. Por favor, déjenos esto a nosotros.

—¿Podríamos recoger a la niña de la que les he hablado?

—No intervenga, por favor, no está usted en España.

Los dos policías lo dejaron de nuevo en el consulado. Samuel David le dispensó un frío saludo. Creyó ver una mirada muy distinta en el otro policía.

Recogió el coche. El zumbido del teléfono que tenía para llamar y recibir llamadas de Chicha volvió a sonar y le devolvió de nuevo a la vida y a sus otros problemas. Tenía quince mensajes, los leyó y se marchó al apartamento.

Chicha esperaba sentado en las escaleras del edificio. Al ver el coche de Martín se dirigió rápidamente hacia él y se subió para entrar con él en el aparcamiento.

—¿Por qué no has subido al apartamento?, tienes llaves.

—No es que estén sacando algunos datos aislados, *Sadigua,* es que tienen una conexión directa y sé qué es lo que están haciendo —dijo Chicha asustado—, puede ser un asunto bastante feo.

Capítulo XV

Claudia

Como todos los colaboradores de Ramón Dorado, Claudia era uno de esos pequeños puntos de la sala de Comuna Chapinero. Como cualquiera de los que pertenecían a su organización, era de color morado.

Los puntos color morado eran miembros directos o indirectos de la red de Ramón. No se hacía de ellos un seguimiento de sus actividades si no había sospecha de su necesidad y ella era un miembro de confianza de la red, pero al mismo tiempo y, de forma automática, estaban sujetos a un control posicional, que generaba una alerta cuando estaban donde no debían estar o hacían lo que no debían.

Las alarmas se habían encendido cuando Claudia pisó el aeropuerto internacional de El Dorado. El pago realizado con la tarjeta de crédito para el vuelo a Toronto de las once de la noche dio la señal de salida al equipo de seguridad.

La fuga de cualquier información vulneraría las condiciones pactadas con los clientes de ese turbulento negocio y sería una muesca en la credibilidad del imperio de Ramón Dorado.

Estaba sentada en un banco del aeropuerto. Había comido algo en una cafetería y esperaba nerviosa la hora para poder obtener su tarjeta de embarque y facturar la maleta, anhelaba pasar cuanto antes la zona de control para esperar en la puerta del avión. Creía que allí estaría más segura.

Al ver venir hacia ella a dos corpulentos “gorilas” con gafas oscuras quiso echar a correr, pero ni sus piernas ni el resto de su cuerpo la ayudaron en aquel propósito.

Uno de ellos la agarró por el brazo y la levantó, el otro cogió la maleta.

No hubo palabras, no hubo preguntas. El claqueteo de sus tacones, en la carrera por seguir los pasos de aquellos matones, fueron la banda sonora de su despedida del aeropuerto.

No ejerció la más mínima resistencia. Desde que había tomado la decisión de huir estaba preparada para ese momento. Lo que nunca imaginó es que lo que esperaba llegaría tan pronto.

La metieron en uno de eso coches negros con los cristales tintados que no presagiaban nada bueno y la llevaron al centro de acogida. Al llegar, uno de los auxiliares se acercó a la ventana del coche.

—Han venido dos policías preguntando por doña Claudia.

El conductor dio media vuelta.

Claudia, que permanecía inmóvil y con la vista perdida a través de los cristales, despertó al pasar por el lugar en el que cada tarde venía a recogerla el viejo escarabajo. Sus ojos se quedaron enganchados a aquel punto de la calle haciéndola girar la cabeza, buscando en cada sombra a quien nunca volvería a esperarla.

Ese era un viaje diferente. Pudo reconocer cada calle, carrera, avenida y travesía de la ciudad en la que llevaba viviendo más de treinta años. Desde el asiento de atrás observaba detalles hasta entonces no vistos. Todos le llamaban la atención, como si fuera a verlos por última vez y ella, ajena a su viaje, se entregaba a observar como había aprendido a hacer de la mano de Martín.

Un niño corrió tras una pelota en el parque Araña para evitar que saliera a la calle, otros gritaron celebrándolo cuando consiguió atraparla. Cuatro mujeres hablaban tranquilas en la esquina, ajenas a la infantil algarabía.

Giró lentamente la cabeza siguiendo el grafiti de una mujer con un hermoso pelo largo que le tapaba un ojo y a cuyos pies había una gran rosa de color naranja y amarilla. Al sobrepasarla cerró los ojos y pudo oler el perfume de cada rosa amarilla que él le había regalado, una cada miércoles, el día que se conocieron.

En su cabeza le oía decir, como cada semana: “Una docena de rosas se regalan a cualquiera, una única rosa, solo a tu amante”. Las lágrimas inundaron sus ojos al pensar que ese miércoles no había recibido la undécima rosa. Recordó la promesa que le había hecho a Martín de enseñarle las infinitas variedades de flores de Colombia.

Un gran rascacielos a su izquierda y un terreno vacío frente a él, también lleno de grafitis en los muros, la hizo recordar a un perplejo Martín, sorprendido por esa mezcla incesante de mundos diferentes en una Bogotá que crecía sin parar.

No llevaba capucha que ocultara el viaje, lo hubiera preferido. Imaginó que ya no era necesaria y sintió escalofríos.

Las nubes la ayudaron a teñir de negro sus pensamientos, ensombreciendo la ciudad. Comenzó a llover.

El coche paró frente a un gran portalón. El conductor hizo una ráfaga con las luces para indicar que las abrieran. Entraron en un enorme garaje vacío, la sacaron del coche y la metieron en una habitación sin ventanas, el mismo tipo de habitación que las de la planta baja, donde escondían a las mujeres que llegaban tras lo que llamaban “la extracción”.

Por primera vez pensó en aquella cotidiana escena. No sintió miedo, quizás saber lo que la esperaba la libraba de la incertidumbre innecesaria que las otras mujeres sí sufrirían. Se acurrucó en el

camastro, envolviendo sus piernas con los brazos.

Sin saber por qué, ya que no pisaba una iglesia desde su más tierna infancia, se puso a rezar, a sabiendas de que nadie querría oír sus oraciones.

A su cabeza vinieron imágenes olvidadas, palizas interminables en las que sus progenitores trataban de saciar la desdicha de un padre atormentado por la pobreza y las deudas, y las de una madre insatisfecha y cansada de la vida.

Habían pasado tan solo doce semanas desde aquel mágico veintitrés de octubre, dos meses y medio con los mejores días de su vida.

El recuerdo de su cuerpo desnudo enredado entre las sábanas de seda, esquivando la inmensa mano de un Martín enamorado, inundó su mente y la hizo esbozar una sonrisa. Ajena a la realidad, sumida en la locura de la desesperación, se entregó a sus sueños y estos trataban de sacarla desesperadamente de allí. Cerró los ojos y se dejó llevar por un aluvión de recuerdos, que amortiguaban el miedo de un final predecible.

Él, tumbado sobre ella, le regalaba palabras de amor, no tenía prisa, nunca la tuvo, la disfrutó lenta e intensamente, como se disfruta algo exquisito, saboreando cada instante como si fuera el último y ella gozó con ello.

Dejó caer su cabeza hacia atrás, flotando en el aire para posarse como una ligera pluma sobre los brazos de su amado.

Hasta entonces los hombres y alguna que otra mujer le habían regalado miradas lascivas, que ella esquivaba con soltura y con algún que otro arrebato de furia, guardado desde pequeña en lo más profundo de su alma. Pero con él había sido diferente.

¡Si pudiera cambiar la historia! Pero su historia estaba llena de decisiones equivocadas para escapar de malas situaciones, que la habían llevado siempre a otra peor.

El miedo y el frío seguían apoderándose de una Claudia anestesiada. Apuraba los instantes de cordura con pasión, como si ya quedaran pocos, agarrándose a este mundo como esa niña de la cuna se agarraba al dedo de Martín, sintiéndose viva con el sabor del recuerdo de cada beso que, como la primera vez, llegaban ahora despacio, como llegan a la playa las olas del mar, a miles, dejando en sus labios el sabor de ese hombre enamorado, sintiéndolos como si fueran reales.

Estuvo encerrada mucho tiempo, quizás mucho más del que imaginó. Perdió la noción de cuándo era de día o de noche. Nadie vino nunca a verla, era como si la hubieran dejado allí hasta que se

pudriera.

Su cuerpo empezó a gritarle la necesidad de comer y de beber, su boca se volvió de estropajo. Vomitaba nada y al hacerlo creía morir. El vacío del estómago se fue llenando de un inmenso dolor. Su cuerpo desfallecía mientras incomprensiblemente su mente era cada vez más libre. Pensó que toda la vida había estado predestinada para vivir con intensidad aquellos dos meses y medio como lo había hecho. Dos meses y medio llenos de días, de horas y minutos que daban sentido a una vida.

No podía ver con claridad, sus ojos estaban hinchados, ya no lloraba, no le quedaban lágrimas. En lo alto del techo de la oscura habitación creyó ver un destello de luz, le recordó los faros del coche de Martín llegando a recogerla y ella, como cada tarde, se dispuso a marcharse con él, esta vez para siempre.

—La bataclana[43] ha muerto —informó alguien por teléfono.

—Deshazte de esa zorra —respondió el interlocutor.

El inspector Samuel David tomaba café en el centro de Bogotá, en el despacho de Juan Diego López, hombre de enorme bigote y una indecente barriga, que lucía a pesar de su interés en ocultarla.

Juan Diego era considerado uno de los personajes de más peso en la ciudad, por su tamaño y por el control de las actividades de los negocios más turbios. Samuel David estaba en la nómina de Juan Diego desde hacía más de diez años.

—¿Cómo llevas mis negocios, Samuelito?

—Todo controlado, don Diego.

—Hemos tenido un pequeño incidente en el refugio del oeste, ¿qué sabes?

—Nada de qué preocuparse, don Diego. Un chapetón que gallineaba[44] con la Claudia. Ya lo mandé a su casa. Ese no tiene ganas de mancharse la mecha[45].

—¿Tienes controlado al Maximiliano?

—Ese es un pendejo a mi sombra —contestó seguro el inspector.

—Ese pendejo ha estado merodeando por el refugio y siguiendo a algunas de las niñeras. ¡Dale una cantaleta[46] y asegúrate de que en verdad lo tienes controlado!

—Yo me encargo —dijo un perplejo Samuel David, siempre asombrado por el nivel de información que tenía ese individuo, al que temía.

Samuel David, como habitualmente le sucedía en esos encuentros, salió contrariado y con la sensación de parecer un estúpido.

Al llegar a la comisaría se apresuró a buscar a su subalterno.

—¿Has estado por el refugio, Maximiliano? —preguntó a su ayudante.

—Sí. He ido para asegurarme de que no se le ocurría pasarse por allí al Martín ese —dijo con resolución.

Samuel David quedó inmensamente complacido con esa respuesta, que ninguneaba las afirmaciones de Juan Diego y le hizo sentirse mejor. Golpeó la espalda de su compañero y salió de nuevo a tomar un café.

Maximiliano había vuelto la misma noche de la denuncia al refugio. Observó cómo las jóvenes sacaban a los niños de paseo. Al ver a la primera de ellas le sorprendió que llevara tal cantidad de pañales consigo para apenas un paseo, pero no fue hasta que vio que todas salían con la misma desproporcionada cantidad de pañales cuando ese hecho le llamó la atención y decidió seguir a una de ellas.

La joven cogió un autobús y se dirigió a una elegante zona del centro. Entraba en locales frecuentados por señoras de clase alta y hombres de negocios y otros repletos de estudiantes universitarios, ambientes en los que esa chica no encajaba.

No había abrazos ni saludos, se limitaba a deambular entre esa gente como una florista vendiendo flores. Con algunos permanecía más tiempo, con otros acababa yendo al baño con el niño en brazos y alguno de los miembros del grupo, con la intención de cambiar los pañales al pequeño.

Aquello resultaba normal, a excepción de la rapidez con la que se producía esa maniobra, que a Maximiliano se le antojaba algo más compleja, y a la indiferencia de un bebé que apenas cambiaba su expresión ni antes ni durante ni después de ese acto, lo que de nuevo sorprendía al subinspector, al que de alguna forma se le hacía necesario ver reflejado en el rostro de la criatura, para bien o para mal, la delicada maniobra.

Seguramente en ese momento entristeció por la imposibilidad de tener hijos y no poder haber aprendido más sobre ello y sobre otras muchas experiencias que añoraba no haber vivido.

Local tras local se repetía la misma historia. Visita tras visita al cuarto de baño, se repetía el patrón, los pañales se iban consumiendo hasta cuando ya no quedó ninguno. En ese momento la joven se dirigió de vuelta al refugio.

—¡Demasiados pañales para un solo niño! — pensó.

Cuando llegaron al edificio de la diagonal setenta y seis B aún era pronto y la joven repitió el proceso. Tras reponer su cesto con aquel

producto, que a Maximiliano se le antojaba que iba repartiendo por la ciudad ajena a las necesidades del pequeño, repitió la misma rutina.

Una nueva zona, un nuevo local, un nuevo cambio de pañales y, al igual que la vez anterior, las existencias recién repuestas se fueron consumiendo.

Cuando el subinspector vio que se iban agotando, abordó a la joven y de un tirón se llevó la bolsa ya casi vacía. La joven no daba abasto para proteger al mismo tiempo el bolso, el niño y evitar el hurto.

La facilidad de la operación hizo que dudara por un momento. Tal vez se estaba equivocando y simplemente saldría de allí con unos pañales limpios. Aun así, se aferró a ellos como único botín del esperpéntico robo y salió corriendo.

Se dirigió a su casa y, como de costumbre, lo primero que hizo fue apagar su teléfono móvil y guardarlo en el cajón de la mesilla de noche, como le habían ordenado hacer. Lo sustituyó por aquel otro, que permanecía apagado en el mismo cajón y que solo conectaba cuando volvía a salir y estaba lejos de su casa.

Con la ayuda de su mujer examinó su preciado botín. Aquellos picos modernos, como los llamaba su señora, eran ostensiblemente más pesados y rígidos que los normales, según la experta opinión de Fernanda.

Salió a la calle, las instrucciones eran claras: no repetir el camino y conectar el teléfono cada vez en un lugar diferente. Marcó un número, cuando le contestaron esperó hasta tres veces a que le preguntasen quién era y colgó.

Había salido a la calle con los pañales en una bolsa de plástico. En la esquina de la calle cuarenta y nueve con carrera veintidós había un coche negro aparcado, al pasar a su lado se abrió la ventanilla trasera, saludó y entregó la bolsa.

Podía predecir fácilmente los siguientes pasos de su jefe, el inspector Samuel David, y entendió que debía eliminar de la historia a Martín, al menos ante los ojos del inspector, por su propio bien y el de los niños.

Después de dejar el fruto de su hurto en el vehículo e intercambiar algunas palabras con el ocupante del asiento trasero, se dirigió al apartamento del español.

—Sí, ¿quién es? —preguntó al oír el timbre del portero automático.

—El subinspector Maximiliano.

—Subinspector, ¿qué lo trae a estas horas por mi casa?

—¿Podemos hablar? —preguntó al ver a Chicha.

—Con toda confianza. Le presento a Chicha, considérele, mi hermano, puede hablar delante de él cualquier cosa que quiera hablar conmigo.

Se saludaron. Maximiliano pudo reconocer el origen *Muisca* de Chicha y este su origen caribeño.

—Me he pasado esta noche por la casa de acogida. Como imaginaba, el asunto es más feo que un carro visto por debajo. Me gustaría pedirle que no muestre ningún interés por el mismo ni por nadie que haya podido conocer allí. No vuelva a preguntar por ello y si alguien le pregunta, muestre el máximo desprecio por cuanto quieran contarle.

—Pero usted sabe que eso no es cierto —contestó.

—No lo sé y no debería saberlo. Lo que le pido es que no lo sepa nadie más y que usted mismo se olvide de ello —contestó Maximiliano —. Me gustaría advertirle de que no lleve con usted, a partir de ahora, ningún celular encima y que sea discreto en sus salidas —añadió el subinspector.

—¿Tengo que preocuparme por algo?

—No de momento. Sólo le pediría que no confíe en nadie. —Por un instante se quedó pensando—. Le diría que solamente confíe en mí, pero creo que ni tan siquiera debo decirle esto, si con ello le hago dudar y acaba confiando en alguno de mis compañeros.

—¿Por qué me decía que no llevara conmigo ningún teléfono móvil?, perdón, celular —preguntó mientras miraba de reojo a Chicha.

—Sabemos que se está haciendo un seguimiento de algunos celulares, al menos estoy seguro de que lo hacen del mío y de otros cuantos. Me temo que a partir de ahora puedan hacerlo del suyo para ver la vinculación que tenga con el asunto. —Dirigiéndose hacía Chicha añadió—: lo mismo le recomendaría a usted si quiere proteger a su amigo.

Martín se echó hacia atrás en el gran sofá blanco y se quedó mirando al techo. Chicha lo observaba y pudo intuir lo que estaba pensando.

—¿Tiene usted idea de cómo están haciendo el seguimiento de los celulares, don Maximiliano? —preguntó Chicha, que trataba de dar tiempo a su jefe para tomar la decisión que rondaba en su cabeza.

—No. No lo sabemos. Somos un grupo muy reducido de gente los que estamos investigando el caso. Entre nosotros mismos no nos conocemos. Por lo que sé, cada uno de nosotros solo tenemos un contacto dentro de la organización, con el que intercambiamos información cuanto lo necesitamos, pero yo mismo no sé si alguno de mis compañeros pudiera ser parte de este grupo o no. Para serles

sinceros, he dudado de que incluso exista esta organización a la que digo pertenecer y no estar al servicio de cualquier desalmado. Quien quiera que la esté coordinando se cuida muy mucho de mantener el anonimato de los que participamos en la misma. Mi contacto es una persona en la que confío y ello me da seguridad. Dudo si es correcto que yo esté aquí con ustedes, pero ha destapado algo gordo sin querer.

—¿Corren algún peligro los niños o la señorita Claudia? —preguntó incorporándose de nuevo.

—No lo sé, don Martín, y perdóneme que no le cuente nada más.

—¿Y si nosotros le contáramos algo?, ¿compartiría usted su información?

—No puedo contestarle, déjeme echarle mente[47]. Únicamente vine a advertirle, porque creo que está en peligro. La próxima vez que reciba instrucciones o me ponga en contacto con mi organización puedo preguntar. Me gustaría pedirle que me contara todo lo que sepa, pero de nuevo y por su seguridad, lo dejo a su criterio para cuando usted crea que puede confiar en mí.

—Me gustaría ayudar a los niños que hay en ese albergue, pero hay una niña en especial… Me hicieron creer que su nombre era Carolina, pero averigüé que su nombre es Paola. Tenemos que sacar a esa niña de allí, subinspector.

Maximiliano, no queriendo escuchar lo que le decía, ante la imposibilidad de poder hacer nada, se levantó y se dirigió a la puerta.

—Olvide de momento a esa niña si quiere protegerla. Le dejo mi número de celular para lo que pueda necesitar, pero recuerde no decirme nada al llamarme, absolutamente nada. Llame desde un teléfono público, una cafetería o cualquier local concurrido desde donde pueda hacerlo sin llamar la atención. Deje que le conteste y corte cuando yo acabe de preguntarle por tercera vez “quién es”. Vendré a su casa en cuanto me sea posible.

El subinspector, aparentemente, no quería nada y no le presionó en ningún momento para que le contara lo que él pudiera saber. Eso le hizo empezar a confiar en él.

Al cerrar la puerta los dos amigos se miraron, no hicieron falta palabras para adivinar lo que pensaban. Llevaban toda la tarde, desde que Martín volvió al apartamento, hablando de lo mismo.

—Te había dicho que el asunto es feo, como dice el subinspector, “más feo que un carro visto por debajo” —comentó Chicha.

Todavía con muchos datos por analizar, Chicha había descubierto que lo que se extraía, entre otras cosas y a través de varias subcontratas, era la geolocalización de los usuarios de los teléfonos móviles.

Era pronto para casar lo que sucedía en SERAVTEL con lo que acababan de oír del subinspector Maximiliano, pero era demasiado coincidente para no dejar de pensar que pudiera estar relacionado.

—¿Y si utilizamos los datos que se llevan para meterles un regalito a quien quiera que sea? —dijo.

—*Sadigua*, ¿está seguro de lo que hacemos?

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco, maestro.

—¿Quieres quedarte de brazos cruzados o le hacemos caso a mi maestro el médico? "Venimos sin nada y sin nada nos iremos". ¿Se te ocurre una causa mejor por la que luchar y, si es necesario, perderlo todo? Tenemos a un centenar de niños atrapados en los feos bajos de un coche, como ha dicho el subinspector, y quién sabe si no tenemos también a todas sus madres metidas en el mismo feo asunto. ¿Te animas, *nyquy*?

—¡Cómo me gusta trabajar contigo!

—Tienes que seguir analizando los datos que salen de la empresa, revisar los detalles de nuestra última operación y comprobar que nadie ha detectado nada. Por mi parte iré preparando el siguiente regalito para quien está robando los datos. Tenemos que ver con detalle qué es lo que están haciendo.

Capítulo XVI

Benzán

El tiempo pasaba más lento desde que dejó a Claudia. Las sábanas de seda echaban en falta los nudos de pasión que las hacían caer al suelo. Su baño ya no olía a fragancia de rosas. Cada mueble y cada rincón guardaban con celo algún recuerdo de aquellas semanas de pasión.

Cuando miraba por el gran ventanal solía volverse para encontrarla. El sofá parecía más blanco y vacío desde que ella no estaba.

Decir que estaba atravesando por una profunda depresión sería demasiado atrevido conociendo a Martín, pero lo que sí se podía afirmar es que se sentía absolutamente vacío y únicamente encontraba salidas a ese difícil momento en la historia que le había llegado desde España.

—¡Buenos días! —saludó con preocupación la secretaria aquel quince de enero, consciente de que el que entraba por la puerta no era la misma persona de tan solo una semana atrás—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—He encontrado al Sr. Benzán. Te puede recibir pasado mañana en su casa, ¿te viene bien?, ¿te paso la dirección? —dijo convencida de que la noticia le alegraría.

—Sí, por supuesto, escríbemelo en un papel y pásamelo —contestó con interés.

—¿No prefieres que te lo apunte en la agenda?

—No, gracias. En un papel.

Erika, que había recibido toda clase de instrucciones de Conchita sobre un sujeto que basaba su vida en torno a la tecnología, veía en ese cambio de hábitos lo que ella esperaba de él; pedía la información en papel y su teléfono móvil llevaba en la mesa desde hacía semanas.

Sin duda Martín estaba recorriendo el camino para el que había venido a Colombia.

A pesar del notorio esfuerzo de su nueva secretaria por agradarle, echaba en falta la confianza que tenía con Conchita. Además, desde la tarde en la que la alemana diseccionó con tanto interés el collage de la

pared, había empezado a desconfiar de esa discreción y a pensar que esa mujer alemana escondía más de lo que él era capaz de ver. Le hubiera gustado tener cerca a su fiel compañera de Madrid y compartir con ella alguno de los escabrosos detalles del asunto de Laura.

Ansioso de rehacer su vida, pasaba los días trabajando en la mejora de la organización de todos los departamentos, excepto el de Redes, y en la preparación de su nuevo troyano para dar con quien se conectaba a diario y tan impunemente sacaba información a través de sus servidores.

Esa tarde al salir del trabajo recordó a Laura, la valiente joven que, según Javier, traía de cabeza a la organización española por su belleza mientras ella libraba, en su tiempo libre, batallas imposibles por mejorar la sociedad.

Decidió llamarla a la mañana siguiente y dejarse inundar por la historia de Daniela.

—¡Hola!, Conchita. ¿Cómo estás?

—Qué alegría oírte. Estoy bien, ¿cómo estás tú?

—Bien, poniendo orden, ¡ya sabes! ¿Tienes ya jefe?

—Estamos en hibernación desde que te fuiste. Rumores, algunos movimientos, pero en realidad solo nos rodea una gran incertidumbre. Creo que fue un golpe demasiado duro para Germán, no levanta cabeza.

—Seguro que acabará encontrando la solución.

—Cuéntame.

—Por aquí bien, como te digo, poniendo orden y, en mis ratos libres, desenredando el lío de Laura.

—Perdóname, ¿te molestó que te lo pasara?, fue cosa mía, no de Erika.

—No te preocupes, por primera vez me he encontrado con una casualidad de este calibre. En el sillón del avión había encontrado el mensaje de Daniela y cuando vi en la información que me mandasteis el nombre de la niña, no podía creerlo.

—¿Has podido hacer algo?

—He hecho más de lo que hubiera querido. ¡Ya te contaré cuando esto acabe! Me hubiera gustado tenerte conmigo, estoy seguro de que podrías haberme ayudado y, tal vez, me hubieras librado de algún tropezón innecesario.

—¿Tú, tropezando?

—Sí, ya te contaré, todo a su tiempo. ¿Me puedes pasar con Laura?, querría que me contara cosas de nuestra joven colombiana.

—Sí, por supuesto, espera un momento.

No tenía claro cuál era el motivo de su llamada, no sabía tan siquiera qué es lo que pretendía averiguar y, por supuesto, no sabía lo que le iba a decir a Laura, pero tenía la necesidad de hablar con ella, quizás para acallar esa voz que, desde su conciencia, le recordaba el tiempo transcurrido sin haber hecho nada desde que encontró aquel papel en el avión.

—¿Don Martín? —dijo con voz temblorosa.

—Hola, Laura, llámame Martín. No sabía que contratásemos a gente tan valiente.

—Yo no hago nada. Me limito a echar una mano si con ello puedo ayudar a alguien.

—¡Por supuesto que haces! Mucho más que la mayoría de nosotros, que nos limitamos a observar en silencio.

—Bueno, según me han dicho, tú no te estás quieto que se diga.

—Sí, me muevo, pero quizás no por causas tan nobles como tú.

—Bueno, ya te he metido en mis líos, te ruego que me perdones, me habían hablado tanto de ti... —dijo con un tono de admiración que hizo que aquel hombre se sintiera mal, al ser él quien veía en ella a una heroína que tenía por héroe a un farsante.

—Tendríamos que habernos conocido mucho antes y mucho antes tendrías que haberme metido en tus líos.

—Gracias.

—Cuéntame más cosas de Daniela.

—¿Has visto las fotos? Es una preciosidad. Un ángel caído del cielo. Una luchadora nata, que ha perdido a su niña y, con ella, sus alas. Al mirarla puedes intuir su belleza escondida tras una gruesa capa de dolor. Su vida entera ha sido lucha. ¡Tendrías que haberla visto cuando le hablé de ti y de que quizás pudieras ayudarla!, por un momento sus ojos brillaron y la habitación del hospital se llenó de luz. —Laura hizo un pequeño silencio que él acompañó sin molestar—. Perdona soy una romántica empedernida, una defensora de causas perdidas, como me decían de pequeña. Nunca tuve que molestarte, perdóname —dijo mientras él pudo intuir que algunas lágrimas acompañaban silenciosas la conversación.

—Con tus problemas me has regalado vida. He perdido otras cosas que quizás nunca debí tener, aunque no me arrepiento de ello, pero me has regalado vida. No te avergüences de reconocer la belleza en lo que haces, un buen amigo trató de enseñarme la necesidad de encontrar la belleza en cada instante y se podría decir que me he esforzado por conseguirlo, pero tú, sin duda, me llevas ventaja.

—¿Has averiguado algo?

—Estoy trabajando en ello —dijo mientras se reconocía el mismo

tono de voz que utilizaba cuando no estaba diciendo toda la verdad, lo que casi le obliga a contarle a Laura al menos una parte de esa verdad que tanto le costaba reconocer y recordar.

—Mil gracias, cuando vengas…

Una exaltada Laura hizo un silencio tras esa frase que dejó a medias, un silencio que a él le supo a gloria, pues pudo completar la frase con todos los finales deseados que su imaginación fue capaz de generar.

—Te llamo cuando te pueda contar algo, Laura.

—Gracias.

—Llámame cuando quieras.

—No quiero molestarte.

—Regalas vida y todos estamos faltos de ese tipo de regalos.

Al acabar de hablar sintió a Claudia colgada de su brazo paseando por la ciudad, aquel recuerdo se le reveló más real que nunca desde que la perdiera. Había amado a esa mujer más de lo que nunca se creyó capaz de amar y temió que el inoportuno final, sin despedidas, abrazos y besos, transformara lo vivido en algo eterno, incapaz de ser sustituido por nadie ni por nada.

Por un instante, solo por un instante, se sintió perdido y trató de encontrase escondiéndose tras una nueva jornada de trabajo.

Por la tarde, al llegar a su apartamento, los muebles, el sofá, las sábanas, el baño y cada rincón le seguían gritando a la cara, recordándole su soledad. La única diferencia es que ahora ya no había un nombre detrás de esos gritos y, como siempre había sido, simplemente volvió a quedarse solo.

Él, un tipo frío, se vio negando con la cabeza. Apoyado en el lavabo, no entendía lo que estaba pasando en su cerebro. Había estado sin una mujer, que no fuera su madre o el amor platónico de Awa, durante treinta y siete años y ahora, enredado en mil temas importantes, solamente pensaba en Claudia, quien le había dejado una huella más profunda de la que quería aceptar y un vacío que se veía incapaz de llenar.

Se sirvió una copa de güisqui que no llegó a probar y puso música de jazz. Durante algunas horas confundió a su atormentado cerebro con algunos recuerdos. Cuando estos ya no fueron capaces de silenciar los gritos de su alma, se entretuvo imaginando cómo seguir la batalla que libraba junto a Chicha para descubrir lo que escondía el flujo de información que habían descubierto.

Al irse a acostar se miró en el espejo, seguía negando con la cabeza y se llamó tonto a la cara. El otro, el que estaba reflejado, se le

quedó mirando impasible, sacó una sonrisa de cañones recortados y le contestó: “Y tú, gilipollas”.

Los dos guardaron el cepillo de dientes, sonrieron juntos y al unísono se fueron a dormir aquella embriaguez exenta de alcohol y llena de recuerdos y dolor.

Un fresco Martín llegó temprano a la oficina, su paseo matinal recorriendo las diferentes dependencias de la empresa le llevó por el pasillo con cristaleras que daban al departamento de Redes. Al ver solo a Chicha tamborileó con los dedos en los cristales sin pararse a saludar.

Se encontraron en la carrera quince, el lugar habitual de sus encuentros.

—¿Estás listo?

—Siempre, *Sadigua*.

—Hoy es el día. Tienes que meter el troyano. Le dejaremos dormir dos semanas, el tiempo suficiente para estar seguros de que nadie lo ha detectado. Catorce días y comprobaremos nuestro éxito o nuestro fracaso.

—Por supuesto. ¿Quieres que nos veamos esta tarde para contarte cómo ha ido? — preguntó Chicha.

—No, hoy no, perdóname, tengo que ir a ver a Benzán, el pintor.

—El lunes nos vemos a las doce y media en el aparcamiento y nos vamos a comer.

La mañana pasó tranquila. Erika le recordó su cita cuando se marchaba.

—¿Sí? —Contestó la voz de una señora cuando llamó al timbre de la gran puerta de madera, empotrada entre enormes paredes de piedra.

—Soy Martín Barroso, había quedado con don Benzán.

—Pase, le está esperando.

La puerta, al abrirse, descubrió un inmenso jardín lleno de plantas y flores. Aquella ciudad de contrastes extremos no dejaba de sorprenderle.

Un viejo apoyado en un bastón le esperaba en unas amplias escaleras. Creyó estar viendo a su viejo doctor.

—¿Cómo está?, perdone que le moleste —saludó.

—A mi edad casi hay que pagar para que alguien venga a visitarte. Es un placer, pase, pase —dijo un simpático viejecillo encorvado.

Al pasar empezó a descubrir numerosas pinturas colgadas en las

paredes, que las cubrían casi por completo. Demasiadas para su gusto, pero seguramente necesarias para Benzán, pensó.

—¿Son todas suyas? —preguntó por educación.

—¡No, qué va! Son el necesario pago por una vida demasiado larga rodeado de gentes, artistas unos y aprendices la mayoría. No conservo casi ninguna mía, necesitaba venderlas para vivir y para pagar estas otras. ¡Ya ve cómo es la vida!, inviertes tu tiempo en crear y gastas el beneficio de tu creación en la de otros, pero imagino que debe ser así, al menos yo estoy conforme. Siéntese, por favor. ¿quiere tomar un tinto?

—No, gracias, no a estas horas de la tarde, si lo tomo no dormiré.

—¿Le remuerde la conciencia?

—Todavía no, pero siempre estamos a tiempo.

El viejo dejó escapar una carcajada mezclada con algunas toses propias de la edad.

Calculaba que debía tener unos noventa años. «¡Muy bien llevados, por cierto!», pensó. Su cuerpo se movía de forma aceptable y su mente, al menos hasta el momento, parecía estar en perfectas condiciones.

—Creo que voy a pasar un buen rato, espero que usted no pierda el tiempo con este viejo —dijo mientras hacía sonar una pequeña campana.

—¿Señor? —preguntó una criada casi tan vieja como el pintor y en la que él reconoció la voz que le abrió la puerta.

—Regálele al caballero un buen vino español, creo que le hará falta para sobrellevar con paciencia nuestro encuentro.

—Gracias, señor Benzán.

—Llámeme Augusto, si no le recuerda a nadie que le haya ofendido.

—Gracias, don Augusto.

—Augusto a secas, por favor. ¿Le interesa mi obra?

—Para serle honesto, no le conocía. Fue en el avión, casi llegando a Colombia, cuando vi por primera vez su nombre, sin que en ese momento supiera quién era usted. Después, un sinfín de casualidades me han traído hasta aquí.

—A veces yo tampoco sé quién soy, no me sorprende que le ocurriera lo mismo, ¡pero vaya!, mi obra por los aires. ¿Algún artículo con una lista de artistas que jamás debieron serlo?

Se le hacía difícil encajar el estado de lucidez y rapidez mental de ese hombre con la edad que aparentaba tener. Tal vez estaba sorprendido por el contraste entre esas vivas palabras y el enjuto cuerpo, pero lo cierto es que el viejo reaccionaba de forma ágil e

inteligente a sus comentarios. Le pareció sorprendente y se preguntó cómo llegaría él a sus años.

Su madre había muerto demasiado joven, a los sesenta y nueve. Quiso creer que, con algo de suerte, su padre sería más longevo y podría haber heredado de él los genes adecuados. Nunca se interesó por saber quién era su padre, jamás habló de ello con su madre. No tener padre era algo que simplemente aceptó como una condición natural en su vida y que nunca echó en falta, tal vez por la continua presencia de su maestro.

—Más enigmático, Augusto —dijo.

—Alguna vez pinté algún cuadro abstracto o al menos lo intenté, pero no pensé que pudiera tener consecuencias tan graves —contestó sonriendo el viejo.

—Su nombre estaba escrito en un papel con una fecha, "Benzán, 1957".

—¡El año del plebiscito! —dijo exaltado Benzán.

—¿Cómo? —comentó desconocedor de lo que el pintor le hablaba.

—Usted no es de acá —dijo al entender la pregunta—. En mil novecientos cincuenta y siete hubo una consulta popular para aprobar una reforma constitucional. Se firmó un acuerdo de paz entre los partidos Conservador y Liberal tras años de guerra encubierta, fue un momento histórico para nosotros, participó todo el pueblo de Colombia. Yo soy colombiano, aunque nací en Cuba. Entre los artículos que se aprobaban estaba el reconocimiento de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. El plebiscito marcó un antes y un después en la democracia de nuestro país y yo diría que un antes y un después en la vida de todas las familias colombianas. Las mujeres se acercaron por primera vez a las urnas para ejercer su derecho al voto. ¡Siempre mandaron!, no se crea que acá fue diferente, pero fue entonces cuando empezaron a votar.

—Un momento histórico —reconoció avergonzado por desconocer ese dato del país que le acogía.

—Ese plebiscito se engendró en su tierra, en el llamado pacto de Sitges.

La vergüenza que intuyó para sí mismo se iba consolidando, abrumado por el conocimiento de ese pintor, que cada vez le recordaba más a su doctor Fernando López.

—Sí, el Gobierno se comprometió a invertir no menos del diez por ciento del presupuesto en la educación, quizás nos quedamos algo cortos, creo que debiéramos haber pedido más. La educación es la base de un pueblo. ¡Pero seguro que usted lo sabe!, parece una

persona culta. ¿A qué se dedica?

—Soy ingeniero, dirijo una compañía.

—Un hombre importante —dijo Augusto levantando su copa de vino para brindar por la destacada posición de su visitante.

—Tengo mis momentos, sí, como seguro que usted tiene los suyos —contestó correspondiendo a la propuesta de aquel personaje con el que estaba dispuesto a pasar esa tarde y las que fueran necesarias.

De pequeño soñaba con los días uno y quince de cada mes y encontrarse con su maestro. «Nunca es tarde para aprender», pensó, y aquel pintor tenía mucho que enseñar.

—He tenido mis momentos, los he tenido. Los que tengo ahora no se los deseo, pero no se preocupe, los tendrá quiera o no quiera —dijo para acabar saboreando el vino entre sus labios.

—Espero tener su edad para vivirlos, imagino que entonces añoraré esta tarde.

—Para ello debe ser un poco menos ingeniero y más artista, como yo. Si no, no llegará a vivirlos, pero no se preocupe, pásese por aquí alguna que otra tarde, yo le doy las claves de su futuro y usted me asegura el mío, ¡sale usted ganando!, me conformo con poco y en cualquier caso le llevará menos tiempo. Poco puede faltar para que me reencuentre con quien quiera que me esté esperando.

Martín no solía pensar en la muerte, la veía lejana. «¿Cómo se enfrenta uno a la realidad de estar cerca de ella?», pensó. Aquel artista parecía llevarlo bien. Imaginaba que, como siempre en la vida, la lenta pero imparable transformación del ser humano hace posible ese encuentro, como estaba siendo posible para él olvidarse de Claudia, como con algo más de suerte acabaría encontrando cómo llenar su vacío.

Imaginó una gran playa y a todos los seres humanos frente a ella. Los más viejos delante, muchos de ellos con el agua hasta la cintura. Otros más jóvenes detrás. Tuvo que girar la cabeza para ver a los niños sentados jugando en la arena. De vez en cuando algún pequeño salía corriendo y acababa en el agua. Otras veces algún otro, no tan joven como los niños ni tan viejo como los ancianos, de un salto iba más allá que cualquiera para zambullirse precipitadamente y no volver a salir.

Sintió sus pies fríos, las olas estaban lejos, pero sentía la humedad de la playa e imaginó que tal vez fuera así, simplemente siendo consciente poco a poco de una evidencia inevitable, como llegará uno a enfrentarse a ese último baño en el mar.

Los ojos del pintor brillaban. Se quedó mirándole con la copa de vino en la mano y dejó reposar su espalda en el gran sofá. «Vivamos el

momento», pensó. De nuevo levantó la copa para agradecer a su anfitrión, no solo el buen rato disfrutado hasta entonces, sino lo que con seguridad aún no había visto ni oído.

Ambos disfrutaban de la compañía del otro desde el primer momento, era como si se conocieran desde siempre.

—¿Me decía de mi nombre? —recordó Augusto.

—Estaba escrito en un papel, "Benzán, 1957" —se apresuró a contestar.

—Ah sí, el año del plebiscito.

Por un momento tembló al pensar que su anfitrión caería en un bucle sin fin y despegó su espalda del sofá para acercarse a él y tratar de conseguir las respuestas que buscaba, pero aquel hombre era más lúcido de lo que pensaba.

—Fue un buen año, pasé casi toda la primavera y parte del verano en Armenia. Entonces tenía treinta y cuatro años, un chaval, como dicen ustedes. Ya había hecho algunas exposiciones, me había labrado un nombre y una temprana fama me empujó a buscar la perfección tratando de encontrarme a mí mismo en un lugar aislado, con la ilusión de quien quiere alcanzar la gloria y se recrea sin prisas en su obra.

—¿Y qué pintó?

—Pintar, pinté decenas de cuadros ese año. Me gustaba aprender y experimentar nuevas técnicas y la mejor forma de aprender en mi oficio es trabajar manchándote los dedos y el alma de colores.

—Bonita frase, Augusto.

—Cierta, tan solo cierta.

—¿Qué pintaba?, ¿retratos, paisajes…?

—De todo. La finca de mi mentor, don Santiago Álvarez Usía, era preciosa. Un inmenso y exuberante cafetal, escondido en uno de los más bellos rincones del país. Una hacienda llena de flores y mi imaginación tendrían que haber sido suficientes para realizar una obra maestra y plasmarla en un lienzo. ¡Pero ya ve!, hay veces que teniendo lo que necesitas no eres capaz de sacar nada en claro y ese fue el caso ese año. ¡Los ha habido mejores! Algunos donde no tuve nada y me salió la obra más bella.

Martín quería volver a aquel año de mil novecientos cincuenta y siete y a pesar de que creyó que podía ser algo descortés, puso por delante el objetivo de su visita a la educación.

—Conozco a Santiago Álvarez, el hijo de Santiago Álvarez Usía, ingeniero como yo. Es otra de las casualidades que me han traído hasta aquí.

—Su hijo Santiaguito, el azote de su padre. Le sacaba los dineros

sin que el pobre padre pudiera lograr su propósito de hacerlo volver a la hacienda. Se marchó a estudiar a los Estados Unidos y luego regresó a Bogotá. Dirigía una compañía hasta hace unos meses. Leí que le cosieron a tiros. ¿Lo conocía?

—Como le digo, gracias a él se produjo mi segundo encuentro con usted. Cuando llegué a la firma en la que trabajo, la misma que dirigía Santiaguito, como usted le llama, me topé con uno de sus cuadros. Mi secretaria me habló de su relación con el padre de Santiago.

—Estoy empezando a preocuparme —dijo el anciano cambiando su tono de voz—. ¿Qué más tiene que contarme?

—La última de las casualidades, difícil de creer para mí e imagino que imposible para usted, es que me llamaron desde España. Una persona que trabaja en la misma firma en Madrid había dado con la autora del papel que encontré en el avión con su nombre. ¡Ya le contaré la historia! El caso es que ella le explicó que había sido secuestrada, que la obligaron a llevar a un niño que no era suyo a Madrid y que se habían quedado con su niña aquí en Colombia, como garantía para que llevara a cabo su trabajo sin llamar la atención y sin alertar a las autoridades.

De repente pensó que debería haber iniciado la conversación de otra forma, revelando cuánto sabía desde el principio. Identificó en Augusto la misma mirada que él usaba cuando quería oír y ver más allá de lo que la realidad le mostraba. Se sintió observado como imaginaba se sentían observadas las víctimas que elegía para sus proyectos.

Alzó ligeramente la copa de vino.

—No quiero molestarle con mis líos, Augusto, seguro que tiene cosas más importantes que hacer —dijo recordando las mismas palabras y el mismo tono de voz que había utilizado Laura en su conversación.

Se sintió tan inexperto ante ese hombre como Laura ante él y tuvo la extraña sensación de ruborizarse, situación en la que no recordaba encontrarse desde que era muy joven.

Augusto correspondió al brindis, él hizo un ademán de levantarse del sillón. Observó cómo su interlocutor seguía estudiando cada uno de sus movimientos. Se quedó parado apenas unos segundos, que le parecieron minutos.

—¿Me va a dejar usted así? —dijo Augusto relajando la expresión de la cara.

—No quiero molestarle.

—Habrá que llegar al fondo de esa historia. ¡No pensé que usted sería de los que se rinden pronto!

—Don Augusto, no quiero enredarle en algo que le haga sentir incómodo.

—¿No me piensa invitar a comer por servirle de ayuda?

—Está usted invitado cuando quiera.

—Déjeme entonces que me lo gane. ¿Qué más sabe de ese "Benzán, 1957"? Cuénteme la historia.

Le contó los detalles del viaje de Daniela, desde esa noche de calles desiertas hasta su aventura de lanzar su imaginaria botella al mar para ser rescatada. De todos ellos le interesaba destacar su estancia en esa cárcel oculta en la selva hasta dar con el cuadro de Benzán.

—Estaba en una gran casa rodeada de selva o algo similar. Era un pequeño cuadro con el retrato de una señora, una mujer criolla —explicó mientras se acomodaba de nuevo en el sillón.

—Doña Beatriz, la mujer de don Santiago, la madre de Santiaguito. Le hice un retrato aquel año —respondió el pintor.

—¿En una casa donde secuestran a una mujer? —preguntó.

—No tiene sentido. Esa familia siempre ha sido una familia de bien. Don Santiago se cuidaba muy mucho de ello. Un hombre inflexible con los que le rodeaban, ninguno de los que estaban a su alrededor se hubiera atrevido a hacer algo que disgustara a ese hombre. Se podría decir que su hijo le salió rana, pero en un aspecto muy diferente, cursó unos estudios distintos a los que quería su padre, pero el máster que hizo en los Estados Unidos lo eligió don Santiago y para él fue la compensación a una vida llena de sacrificios y anhelos por su hijo.

—¿Sabe usted si tenían una casa en algún lugar que se pudiera describir como un tupido bosque o una selva?

—Tenían tierras por toda Colombia, acá incluso, en la capital. Fui amigo de don Santiago. Encerrado como estaba en su hacienda, le gustaba frecuentar de vez en cuando los lugares de los que gustamos los artistas y todos, artistas, aspirantes y otros, le dejábamos compartir su generoso dinero con nosotros mientras él disfrutaba con nuestra complicidad y discreción.

Augusto se levantó, se dirigió a una de las paredes del salón y señaló una de las pinturas.

—Esta pintura me la regaló él. Al menos, suyo era el dinero con el que la compré. Una de las muchas que nos hizo comprar, tanto a mí como a sus amigos, a su amante, una joven preciosa de la que se encaprichó y a la que hizo soñar con ser una gran artista, adquiriendo a través de otros cuantos cuadros pintaba. Esa aventura acabó tras montarle una exposición en Buenos Aires. A doña Beatriz le gustaba

viajar por el mundo. Aprovechó uno de esos viajes para irse con Liliana a la Argentina. Liliana, que como siempre y de la misma forma vendió todas sus obras, fue aplastada por una crítica ignorante, incapaz de entender que el arte que encerraba la lujosa galería del barrio de Recoletos era una manifestación del amor de un hombre entrado en años por una preciosa joven. Liliana nunca superó aquello. No sé si llegó a conocer el destino de sus obras, solo sé que se alejó de Santiago y de los que hasta ese momento habíamos tenido relación con ella. No volvimos a verla.

Augusto volvió de forma algo más torpe al sillón y se dejó caer con cierta brusquedad.

—No recuerdo ninguna otra casa. Lo sabría. Tenía un apartamento alquilado aquí en Bogotá, pero nunca quiso comprar nada por si tarde o temprano esa compra hacía que doña Beatriz sospechase lo más mínimo de sus aventuras. ¿Sabe?, a pesar de ese breve escarceo amoroso, estaba locamente enamorado de su mujer. Yo pinté ese cuadro en mil novecientos cincuenta y siete, pero Santiago, por su parte, hizo algo más grande, él estuvo dibujando y creando con paciencia durante toda la vida el retrato de su esposa, lo materializó en la propia hacienda. Cuanto hay allí está hecho por y para ella, la obra de amor más impresionante que nunca he visto —hizo un largo silencio, tomó algo de vino y continuó bromeando—. ¡Es cierto que nunca fui a ver el Taj Mahal!, dicen que es bonito —dijo sonriendo burlón por la absurda comparación que acababa de hacer.

—¿Cómo ha podido acabar su retrato en la casa de un secuestrador? —volvió a preguntar.

—Se me hace imposible de imaginar. Santiaguito siempre se dedicó a sus estudios, no le conozco ni un solo detalle que hubiera hecho enojar a su padre. Cuando estuvo en Bogotá su padre lo puso a mi cuidado. Yo, sin querer meterle en nada de lo que no pudiera salir, le quise introducir en mis círculos, pero él nunca quiso, siempre estaba estudiando. Su amigo, su amigo…, ¿cómo se llamaba? —el viejo buscaba desesperadamente, con los ojos entornados, el nombre del amigo de Santiago en el techo del salón— ¡Alfonso!, Alfonsito. A ese sí le gustaba venir conmigo hasta perderse de mi vista con cualquiera que le hubiera presentado, pero a Santiaguito no. Él siempre tenía que estudiar.

—Pero el cuadro, ¿lo vendió?

—No, claro que no. Se lo regalé a doña Beatriz por los meses que pasé con ellos. Se quedó allí en la hacienda, todavía puedo recordar dónde lo colgamos. No creo que lo hayan vendido, significaba

demasiado para don Santiago. Aquel cuadro y lo que Santiago me pagó por él era parte del contrato que me comprometía a guardar el oportuno silencio por sus aventuras.

—Tendremos que ir a verlo y asegurarnos de que sigue allí —dijo decepcionado, pero bromeando.

—Estoy de acuerdo. Y nos comemos unas solteritas —dijo ilusionado Augusto.

—¡Don Augusto! —respondió sorprendido.

—Usted también pecará cuando las pruebe —dijo riendo Augusto —, unas deliciosas galletas bañadas en crema de naranja, que me encantaba bañar de canela y acompañarlas con un buen licor de café. Pecará, tiene que pecar si quiere llegar a ser tan viejo como yo.

—¿Se animaría a venir, Augusto?

—Si le deja su novia, me voy de su brazo.

—No me hable de novias y centrémonos en las solteritas.

—Déjeme que me prepare para el viaje y le digo cuándo vamos. ¿Vendrá a verme de nuevo o ya me sacó lo que necesitaba?

—Tendré que pedir maquinaria pesada si quiero llevarme de aquí lo que usted me puede dar, don Augusto. Volveré a verle, ya tengo su teléfono —dijo agradecido.

Ambos se abrazaron para despedirse en las escaleras donde vio por primera vez a Augusto.

Se sintió aliviado, por un momento había creído que ese hombre podría haberse sentido engañado durante la conversación. Por prudencia, por lo complicado de la historia, le había llevado por un camino por el que, sin darse cuenta, había caído en los límites de lo que más rechazaba, las verdades a medias, las historias no totalmente contadas, esas mentiras que lo son por no decir la verdad.

Cuando estaba llegando a la puerta del jardín, la señora que le sirvió el vino le llamó y le hizo volver.

—Alfonso, el amigo de Santiaguito —recordó Augusto— pasaba algunos fines de semana en una pequeña casa en la zona del Capo.

—¿Recuerda el nombre completo de Alfonso?

—Alfonso… no recuerdo.

—¿Su apellido?

—No, no sé siquiera si alguna vez lo supe, lo siento.

Capítulo XVII

Maximiliano

El lunes siguiente, el veinte de enero, estaba deseando entrar a la oficina para tratar de averiguar lo que Erika pudiera saber del amigo de Santiago y de la casa en la zona del Capo.

—Erika, ¿sabe si don Santiago tenía alguna casa cerca de Bogotá, a unas cuatro horas de viaje?

—Que yo sepa, no. Nunca me comentó nada. Don Santiago era muy reservado para sus asuntos.

—Gracias —dijo contrariado.

Erika salía del despacho cuando Martín la volvió a llamar.

—Perdone que la moleste de nuevo, ¿conoció a un amigo de don Santiago llamado Alfonso?

—Sí claro, ser mujer en esta empresa y no conocer a don Alfonso es algo imposible. Un embaucador de los pies a la cabeza. Venía una vez al trimestre, llevaba la gestión de la hacienda de don Santiago y en sus visitas le reportaba las cuentas, al menos era lo que me decía don Santiago, aunque siempre creí que el verdadero objetivo de don Alfonso era reencontrarse con Bogotá.

—¿Sabe cómo se llama?, me refiero al nombre completo —preguntó.

—Debo tenerlo apuntado. Don Santiago me pedía, cada vez que iba a venir, que reservara los hoteles para él. Se lo busco.

—¿Y él?, ¿tenía alguna casa cerca de Bogotá?

—Nunca lo mencionó. Le gustaba alojarse en hoteles caros y céntricos. Como le digo, creo que echaba de menos la ciudad. ¡Le gustaban los lujos! Cuando venía todo era una fiesta. Se sentaba en la silla de don Santiago y le hacía sentarse a él enfrente, jugaba a ser don Santiago, le gustaba llamarme. —La secretaria carraspeó para preparar su voz y simular la de un hombre—: “Erika, tráiganos unos tintos. El mío como de costumbre, a mi amigo pregúntele como lo quiere” —dijo para a continuación no poder parar de reír por la improvisada escena—. A don Santiago no le importaban esas bromas, incluso disfrutaba con ellas. Alfonso era la única persona con la que le he visto estar a gusto. Cuando estaba don Alfonso vivíamos algo más tranquilos. Perdone, a lo mejor estoy diciendo cosas que no debo —

dijo avergonzada—, pero sin duda era feliz cuando venía su amigo y nosotros se lo agradecíamos. Todos éramos felices los pocos días que él estaba en Bogotá.

—Gracias, Erika, no se preocupe, yo también hago preguntas que no debería hacer en el trabajo —dijo con honestidad.

La eficiente secretaria se dirigió a su mesa, buscó en el ordenador y volvió de inmediato al despacho.

—Don Alfonso Valencia Ramírez. ¿Le paso una nota?

—Gracias. Voy a dar una vuelta. ¡Ya sabe!, "*management by walking around*" o, como decía mi madre, "el ojo del amo engorda a la vaca".

Erika sonrió.

—"*Das Auge des Herrn macht das Pferd fett*". Pintura de Jacob Jordaens, mil seiscientos cuarenta y cinco, el ojo del amo engorda el caballo.

—¡Vaya!, y yo creyendo que la expresión era de mi madre —bromeó.

Los días pasaban lentos para aquellos dos sombreros grises, la estrategia de esperar dos semanas se volvía contra ellos, sumiéndolos en un mar de nervios. Únicamente tenían que activar un pequeño símbolo en el programa que habían desarrollado y a esas alturas ambos se preguntaban por qué habían decidido esperar tanto tiempo para lanzar su plan, en un mundo como el suyo, donde un milisegundo era una eternidad capaz de mover una ingente cantidad de datos o de destrozar una corporación.

El treinta de enero, después de salir del trabajo, paró a cenar en la terraza de uno de sus restaurantes favoritos, en el sector de Rosales. Pidió el teléfono al camarero y llamó a Maximiliano, el subinspector.

Silencio, primera pregunta. "¿Quién es?" Silencio de nuevo. Segunda pregunta. Silencio. Tercera pregunta. Colgó y devolvió el teléfono al camarero.

Esa noche el inspector, tal y como le había asegurado, se pasó por el apartamento.

Le ofreció algo de beber. Maximiliano se sentó en el sofá, él en uno de los sillones. Se acomodó, tenía una larga historia que contar.

El subinspector escuchaba con atención mientras él hablaba de Daniela, de Paola, encerrada en la casa de acogida, de las mujeres y niños que escondía la planta baja del edificio, del cuadro de Benzán, de la casa que tal vez estaba en la zona del Capo, del tráfico de niños, al menos el de Pablito, y quién sabe si de aquellos otros atrapados en la gran sala, donde cada tarde encontraba sola a aquella niña a la que bautizó como "Carolina llorona".

—¿Por qué ha decidido contarme esto? —preguntó intrigado Maximiliano.

—Me dijo que no confiara en nadie, ¿a quién se lo iba a contar sino a usted? —declaró entregado a su confidente—. Necesito ayuda y sobre todo quiero a la niña fuera de ese edificio, quiero llevarla con su madre.

—Imaginará que no es tan fácil —contestó con tristeza el subinspector.

—No será fácil, pero seguro que podemos hacer algo —afirmó decidido.

—¿Sabe dónde se está metiendo?

—No lo sé y no me importa. Otros con mucho menos que yo se meten en líos más grandes con el único propósito de ayudar desinteresadamente a los demás. ¿No es cierto? —dijo empujado por el recuerdo de Laura.

—Hay otros que, por mucho menos de lo que usted está dispuesto a hacer, serían capaces de matarle. ¿Lo sabe? —quiso advertirle el policía.

—Estaría muerto en cualquier caso si no lo hiciera —hizo una pausa, se incorporó—, aunque mi corazón siguiera latiendo. ¿No está de acuerdo?

—Claudia… —el subinspector agachó la cabeza e hizo un largo silencio del que no sabía o no quería salir. La oportuna llamada de Martín le había evitado tener que aparecer en el apartamento sin una razón que justificara la visita para comunicarle la noticia que ahora era incapaz de contar. Quedó atrapado en aquel callejón sin salida hasta que la pregunta de Martín interesándose por Claudia le hizo recobrar el aliento.

—¿Sabe algo de ella? —preguntó siendo consciente de que todavía le importaba lo que le hubiera sucedido.

—El mismo día de su denuncia fue al aeropuerto —siguió diciendo el subinspector—. Sabemos que compró un billete para Toronto, desde entonces intentamos localizarla, pero desapareció —tragó saliva para emprender el resto de la frase—. Esta mañana hemos encontrado su cuerpo.

Al oír la noticia sintió cómo pedazos de su alma se le escapaban en cada exhalación, agachó la cabeza y deslizó las manos desde la frente hasta el cuello estirando el pelo, cerró los ojos y se dejó caer sobre sí mismo, apoyando los codos en las rodillas, tratando de sostener sobre ellos su cuerpo y evitar que se precipitara al suelo.

Maximiliano agarró con los dedos la boca del vaso del que bebía y se entretuvo en darle vueltas, tratando de no molestar con su

presencia y dejar que Martín encajara lo que acababa de escuchar.

Él se levantó del sillón, metió las manos en los bolsillos y miró por el gran ventanal. Sus ojos buscaban en el mismo lugar por donde veía llegar a esa hechicera colombiana.

Su cuerpo vacío ardió como un carbón encendido con el siguiente trago de güisqui, que entró abrasándole el esófago y se quedó devorando su estómago como si fuera un ascua en llamas.

Intuía la implicación de Claudia en toda aquella historia cruel de mujeres y niños. Sí, era la misma Claudia de la que hablaba Daniela, la misma persona que le hizo creer tener en sus brazos a una niña abandonada llamada Carolina. Pero él había conocido a otra Claudia, no a la que ahora vinculaba a las siniestras tareas que realizaba por la mañana, sino a la que salía con él cada noche.

Sí, era la misma, pero su traicionera mente imaginó que algunos de los tiranos más crueles de todas las épocas quizás estuvieron felizmente casados, quizás tuvieron parejas e incluso pudieron ser buenos esposos, esposas, padres y madres. Sintió asco de aquel pensamiento exculpatorio y lo expulsó bruscamente. «Cuántas mentiras y tramas falsas puede crear nuestra mente para justificar nuestros deseos», pensó.

—Quiero llegar al fondo de esto, quiero sacar a esa niña de allí cuanto antes. Dígame, ¿cómo puedo ayudar? —dijo girándose hacia el subinspector.

Maximiliano apuró el trago de güisqui.

—Veré lo que puedo hacer —dijo mientras se despedía.

Cuando ya iba a salir se dio la vuelta.

—En aquel sitio puede que haya lo que usted me ha contado y mucho más. Seguí a una de las jóvenes que sacan a pasear a los niños por las tardes. Están traficando con cocaína, esconden la droga en los pañales de las criaturas y una legión de mujeres jóvenes van vendiéndola por toda la ciudad. Como le dije, el asunto es feo y no sabemos hasta dónde puede llegar ni a quién puede implicar. ¡Tenga cuidado!, el tema de la cocaína puede ser el más liviano de los delitos que esté cometiendo esa gente.

El apartamento, tras marcharse el subinspector, parecía más inmenso y vacío que nunca, ahora que el recuerdo de Claudia empezaba a desvanecerse. «Esta vez sí, esta vez sí», se repetía una y otra vez, «esta vez la sacaré de mi cabeza para siempre».

Se sentó, cogió el vaso de güisqui, tomó otro sorbo y se descubrió acariciando la piel de Claudia en el brazo del sofá, lo golpeó con fuerza al darse cuenta de lo efímero de su propósito y volvió a dejar escapar algunas lágrimas de dolor.

Esa noche fue difícil dormir.

Se colocó en el centro del colchón y extendió los brazos, tratando de ocupar con ellos el ancho completo de la cama y asegurarse de que no cabía en ella ni el más mínimo recuerdo. Abrió igualmente las piernas, tratando de verificar que, por allá abajo, tampoco hubiera sitio para nada. El simple roce de las sábanas le hizo recordarla y las tiró al suelo.

Permaneció inmóvil, con los brazos y las piernas en cruz, hasta que su cuerpo, cansado de la incómoda posición, dijo basta y tuvo que encontrar otra postura. Pasó la noche dando vueltas, con los ojos clavados en el ventilador que colgaba del techo.

Al día siguiente fue a ver al director de recursos humanos, Alejandro Ramírez, pletórico desde su llegada, ejerciendo con criterio las nuevas atribuciones que le había encomendado. Siguió su recorrido habitual, dejándose ver y observándolo todo. Pasó por el departamento de Redes un poco antes de las doce y media. Tamborileó en los cristales haciendo la señal acordada y se asomó a saludar e interesarse por las actividades del departamento, tratando de disimular la contraseña que le haría reunirse con su amigo.

Bajó al garaje. Chicha llegó unos minutos después.

—Vamos a comer —dijo Chicha mientras subía al coche.

Cuando salieron del aparcamiento y habían recorrido algunas calles, no queriendo hablar antes, obsesionados como estaban por la intriga del departamento de Redes, comenzaron a hablar.

—¿Cómo ha ido nuestra entrega? —preguntó impaciente.

—De momento, perfecta, tengo el control de la situación y aparentemente nadie ha detectado nada. La verdad es que deben llevar tanto tiempo haciendo lo que quiera que hagan y es tal la cantidad de datos que se mueve, que el pequeño regalo que les hemos colocado va a ser difícil que lo encuentren —dijo confiado Chicha.

—No te fíes. Ahora, por unos días, limítate a observar. Ya actuaremos cuando estemos seguros de que nadie conoce que estamos dentro.

—Lo haremos como la otra vez.

—Gracias. Tienes que ejercer de sombrero gris, hay que averiguar las propiedades de esta persona —le dijo mientras le pasaba el papel con el nombre completo de Alfonso que Erika le había anotado.

—¿Cómo vamos, *Sadigua*?

—He hablado con el subinspector Maximiliano, le he contado todo —estaba diciendo cuando Chicha le interrumpió.

—¿Todo? —dijo con cierto tono de desaprobación.

—La historia de Daniela y Paola, lo nuestro no, eso es cosa nuestra —bajó la cabeza, hizo un largo silencio—. ¿Sabes que encontraron el cuerpo de Claudia?

Chicha le puso la mano en el hombro en señal de apoyo.

—Sé que era una bruja, pero lo siento, maestro.

Martín hizo una mueca con la boca a la vez que cerraba resignadamente los ojos y levantaba las cejas, lo que Chicha leyó como un "ya pasó, qué le vamos a hacer, hay que seguir adelante".

—Si tienes algo sobre nuestro juego, ven al apartamento por la tarde y tomamos un vino. Estaré allí, estoy cansado.

Tomaron un sándwich y regresaron pronto a la oficina.

Al llegar al apartamento se quedó dormido en el sofá hasta que le despertó el sonido del portero automático. Se levantó a abrir, creyó que sería Chicha, incapaz de utilizar las llaves si creía que él estaba en el apartamento. «No quiero molestar», pensó que le diría.

—¿Sí?

—Maximiliano. Abra, por favor.

Se apresuró a abrir desde el telefonillo del portero automático y fue al baño a refrescarse la cara. Estaba adormecido tras una buena siesta.

Cuando abrió la puerta descubrió a Maximiliano acompañado de un hombre alto, vestido con un elegante traje azul, muy moreno de piel, pelo negro y unos profundos ojos tan negros como el pelo.

—Don Martín, le presento a don Raúl.

—Encantado, ¿y usted es? —preguntó.

—El superior de Maximiliano. Dejémoslo ahí. Llámeme Raúl, si no tiene inconveniente.

—¡Siempre y cuando Maximiliano responda por usted! —dijo con resignación—. Mi vida está en sus manos, si él la pone en las suyas será porque nos conviene a los dos. Pasen, siéntense, ¿Qué quieren tomar?

—Güisqui —contestó Maximiliano complacido con el licor que ya había probado.

—¿Y para usted?

—Lo mismo, por favor. Con hielo si puede ser.

—Por supuesto —dijo a la vez que se levantaba para ir a la cocina a coger el hielo, echando en su camino una mirada atrás para ver qué hacían en su ausencia.

—Me he permitido poner a don Raúl al corriente de lo que me contó. Es mi jefe y mi contacto en la organización de la que le he hablado —dijo a modo de introducción Maximiliano.

—Mire, llevamos una operación en secreto por espacio de tres

años —continuó explicando Raúl—. Tenemos identificada una trama de drogas y trata de mujeres y niños. El centro de acogida, como usted lo llama, no es más que una de las bases de operaciones de este entramado. Allí llegan mujeres secuestradas de cualquier parte del país, algunas incluso de países vecinos, casi todas con niños. Creemos que, como en la historia que usted le ha contado a Maximiliano, las mujeres secuestradas son las encargadas de sacar del país a los pequeños. Lo que hacen estos maleantes es obligar a estas mujeres a sacar del país a niños que no son suyos con la amenaza de hacer lo mismo con sus propios hijos si no llevan a cabo el encargo adecuadamente. Al final es una trampa. Ellas transportan a los niños a otros países y acaban siendo obligadas a ejercer la prostitución allá donde van. Mire —dijo incorporándose a la mesa y dejando unos documentos sobre ella—. La hija de Daniela se llama Paola, ahora vea estos documentos extraídos del Registro Civil. Han cambiado el nombre de Paola Fernández Castro por el de Pablo Fernández Castro. Sencillo, ¿verdad? Esa mujer salió del país oficialmente con su hijo, cuando lo que en realidad tiene es una niña.

—¿Los padres de los niños no pueden hacer nada?, ¿no hay denuncias? —preguntó extrañado.

—Mire, casi todas las madres son madres solteras y otras están en situación de desarraigo. Quien quiera que las elije tiene un patrón: chicas jóvenes, bonitas, madres solteras y, algo que nos puso sobre la pista de lo que investigamos, muchas de ellas han participado en algún tipo de concurso de belleza.

—¿Por qué no han intervenido el centro? —preguntó contrariado.

—¿Qué ganaríamos con ello? La red es mucho más amplia que su centro de acogida. Mire —dijo de nuevo, repitiendo esa palabra con la que comenzaba todas sus frases y volteando el papel con la partida de nacimiento de Pablo—. En internet hay un amplio mercado de mujeres y niños. Si usted recibe las claves de acceso a estas páginas web puede ver cientos de ellos. Los puede comprar a la carta. Mire, mire —repetía una y otra vez mostrándole el folio impreso con la copia de una de esas páginas.

Se quedó asombrado al ver las fotografías de mujeres y niños con sus precios, procedencia y edad, como si se tratase de animales en venta.

—Mire. Si pulsa sobre cualquiera de estos perfiles puede obtener una descripción más completa y un sinfín de fotografías hechas por la propia organización o subidas directamente de las redes sociales de cada una de las chicas.

—Increíble. ¿Cómo se entra en estas redes?

—Debe conseguir una recomendación de uno de los socios y hacer una entrega de cien mil dólares —contestó Maximiliano.

—Son miles. ¿Sigue queriendo que clausuremos el centro de acogida o cree que deberíamos acabar con toda la red? —preguntó Raúl.

—Afortunadamente soy ingeniero y no soy yo quien tiene que contestar a esa pregunta ni tomar esa difícil decisión, solo quiero recuperar a Paola, pero por supuesto entiendo su trabajo —dijo aturdido al descubrir aquel turbio negocio.

—¿Sabe lo peor? —preguntó Raúl.

—¿Hay algo peor?

—Sí. La mayoría de ellas están actualmente en sus casas, ajenas a este comercio.

—¿Cómo? —dijo incrédulo.

—Como lo oye. Cuando alguien se interesa por una de las mujeres o por uno de los niños es cuando actúan, hasta entonces las jóvenes y sus hijos viven ajenos a su destino.

Raúl clavó los ojos en Martín como si ese fuera el momento donde él debería asumir el protagonismo que aún no imaginaba. Él sintió esa inquisitiva mirada e igualmente clavó los ojos en el enigmático personaje que tenía enfrente.

—¿Cómo son capaces de hacer eso y qué están haciendo ustedes para evitarlo?

—Tenemos bajo seguimiento a unas cuantas, pero es imposible seguir a todas y es aquí donde entra usted en el juego.

—¿Yo? —dijo confundido.

El timbre del portal volvió a sonar, él miró hacia el portero automático queriendo callarlo, pero sonó de nuevo.

—Debe ser mi amigo Chicha —dijo.

—Hágale pasar, estaba aquí el primer día que nos vimos y es mejor que lo tengamos controlado. ¿Tiene inconveniente? —dijo Maximiliano.

—No, por supuesto que no, y sé que él tampoco lo tendrá. Estamos juntos en esto… y en todo —dijo mientras se levantaba a abrir.

Martín presentó a Chicha y a Raúl.

—¿Puedo ponerle al día?

—Sí claro. Mientras tanto… ¿puede indicarme dónde está el baño? —preguntó Raúl.

Mientras Raúl se ausentó, puso al día a Chicha con alguna aportación adicional de Maximiliano, que completaba la narración que Raúl acababa de hacer.

Chicha quedó enmudecido, sus ojos le gritaban la necesidad de hablar con él a solas, cosa que, aun entendiendo, él rechazaba con los suyos.

Raúl se incorporó de nuevo a la conversación.

—¿Cómo lo haría usted? —preguntó Raúl mientras se sentaba.

—¿Hacer qué? —dijo sorprendido.

—Montar la operativa para saber dónde y cuándo secuestrar a estas mujeres.

—Habría que hacerles un seguimiento, saber sus costumbres, los lugares por donde andan y, a ser posible, la hora más apropiada para planificar esa acción. Al fin y al cabo, el hombre es un ser de costumbres y seguro que acabarían por encontrarse patrones que indicasen cómo hacerlo con garantía. Pero seguro que ustedes saben mucho más que yo de eso, ¿por qué me pregunta?

—Mire, hágalo, hágalo y salve a su niña y a otros miles —por primera vez el individuo del traje azul había suavizado la voz y esa petición era un grito desesperado de ayuda.

—Pero si ustedes no tienen recursos para hacerlo, ¿cómo voy a tenerlos yo? —exclamó confundido.

—Su fama le precede. Usted tiene lo que nosotros no tenemos, entiende mejor que nadie cómo se gestionan las redes, cómo se procesan los datos, por dónde se mueven y cómo rastrearlos, usted es el especialista —dijo Raúl, que cerró la frase apurando el güisqui, a la vez que levantaba el vaso y decía—: muy bueno, ¿qué marca es?

—Chicha y yo podemos hacerlo, pero quiero poner una condición para seguir adelante.

—¿Cree que está en condiciones de ponerla? —contestó Raúl.

—Hoy sí, mañana sería tarde —dijo convencido.

—Veamos de qué se trata.

—Pase lo que pase, mi firma no debe verse involucrada en esto por ningún motivo. Su nombre no se verá mezclado con nada de lo que descubramos.

—¿Y si está involucrada? —preguntó Raúl, quien en ese momento parecía saber más de lo que decía.

—Si hay alguna relación con la casa matriz seré el primero en denunciarlo, pero no dejaré que su nombre se vea manchado por la implicación de alguna persona de la organización colombiana. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Raúl sonriendo y seguro de poder cumplir el compromiso que acababa de aceptar.

Martín alargó su brazo para pasar la botella a Raúl y que él mismo identificara la marca del güisqui. Se quedó callado, pensando y

recordando el grito desesperado de los ojos de Chicha. Ambos sabían cómo hacerlo, lo que ninguno de los dos intuía era dónde los llevaría esa aventura. Él estaba dispuesto a seguir adelante, pero meter a su empresa y a su amigo en el descubrimiento de ese turbio negocio con el conocimiento de aquellos dos policías o lo que fueran, era una decisión más compleja de tomar. Como decía Raúl, "estaban en el sitio adecuado para hacerlo".

En ese momento entendió la mirada de Chicha y giró su cabeza. Esa mirada quería decirle algo más, de repente tuvo ganas de quedarse a solas con él, quien sin decir nada le devolvió la misma mueca que él había hecho por la mañana al hablar de Claudia: "Ya pasó, qué le vamos a hacer, hay que seguir adelante".

Raúl y el subinspector se levantaron del sofá.

—Mi Gobierno tiene razones para creer que esta operación es mucho más compleja de lo que a simple vista parece. Usted decidió confiar en Maximiliano, mi Gobierno ha decidido confiar en usted —dijo mientras se estrechaban la mano—. Estamos en contacto.

No sabía cómo interpretar esa última frase, no estaba seguro si le animaba a seguir adelante o, por el contrario, a abandonar.

Los acompañaron a la puerta y sin decir nada se asomaron al ventanal del salón. Esperaron a verlos salir del portal.

Un coche oscuro rodeado por tres "gorilas uniformados" los esperaba a la luz de las farolas. Uno de ellos, seguramente el chófer, se apresuró a abrir la puerta trasera del coche a Raúl. Maximiliano se despidió de él y se dirigió andando a su vehículo, aparcado al fondo de la calle.

Chicha fue a hablar cuando Martín le indicó, poniendo el dedo sobre los labios, que permaneciera callado. Se dirigió al cuarto de baño y revisó cuanto había, por si aquel hombre pudiera haber escondido cualquier aparato con la intención de espiarles.

—Esto es de locos, Chicha. ¿Han hablado en nombre del Gobierno?

—Eso parece, estamos en el ojo del huracán. Como te dije, lo que están sacando de nuestra empresa es precisamente eso, dónde está cada persona en nuestro país. Lo que no sabemos es cómo son capaces de procesarlo y el uso que hacen de ello. ¿Les vamos a contar esto?

—No. No sabemos si está relacionado. Podríamos entorpecer innecesariamente la investigación —dijo.

—Creo que hay poca gente, más que nosotros mismos y quien está robando esos datos, que pueda disponer y gestionar esa información —contestó Chicha.

—Sabiendo el número de teléfono de las chicas las tienen

localizadas. Me parecería un despropósito hacer un seguimiento de los cientos de chicas que dicen tener fichadas, a menos que alguien tuviera un centro de cálculo gigante.

—Eso consumiría un sinfín de recursos —puntualizó Chicha.

—Sí, sombrero gris, ya estás investigando. ¿Sabemos algo de quienes están sacando los datos?

—Tal y como quedamos, hoy únicamente me he cerciorado de que "nuestro regalo" sigue sin ser visto. Mañana lo haré trabajar.

—¿Un güisqui?

—Me tomo uno y me voy.

—Por cierto, ¿por qué no has utilizado tu llave para entrar? —preguntó.

—He estado a punto de no entrar. Cuando he llegado he visto a los guardaespaldas que esperaban a Raúl en la puerta, no me he ido porque uno de ellos me ha visto y me he sentido forzado a seguir adelante y llamar. No sabía si tenían algo que ver contigo, pero tu vida se está complicando tanto que he imaginado que estarían aquí por ti.

—Los gorilas de Raúl. ¿Quién será ese tipo? —dijo preocupado.

—Algún pez gordo— contestó un no menos atemorizado Chicha.

—¿Has averiguado algo de las propiedades de Alfonso?

—Sí, lo había olvidado, toma la lista —dijo sacando un papel del bolsillo—. Un par de propiedades en Armenia, una casa y un terreno, pero ninguna cerca de Bogotá.

—¿Y si estuvieran a nombre de don Santiago?, ¿puedes buscarlo mañana?

—Sí, claro.

Estuvieron charlando un buen rato, tratando de imaginar la diabólica mente que habría preparado el negocio del que les había hablado Maximiliano, si es que esa mente existía y no era una fantasía de la Policía o de quien estuviera investigando.

Quedaron para la siguiente semana. Como hacían habitualmente, se emplazaron para comer a las doce y media si había tamborileo en las cristaleras, o en el apartamento, como cada tarde, si había alguna noticia relevante por parte de Chicha en sus investigaciones.

Capítulo XVIII

El regalo

Al entrar en la oficina Erika le informó de que Alejandro y Andrés Felipe querían verle.

—¿Los dos juntos? —preguntó sorprendido.

—No, perdón, cada uno por separado —precisó la secretaria.

Pensó que Andrés Felipe podía haber descubierto algo referente a sus planes con Chicha. Intencionadamente decidió hacerle esperar.

—Llame a don Alejandro.

Alejandro venía acompañado de un joven ayudante, creyó recordar que se llamaba Pedro, sabía que, en caso de acertar con el nombre, el joven se sentiría alagado.

—Hola, Pedro, Alejandro, ¿en qué puedo ayudarlos?

La cara del joven, tal y como esperaba, se iluminó. Pensó en ese momento lo poco que costaba hacer que las personas se sintieran a gusto en las empresas cuando realmente se está convencido del valor de estas. Sin embargo, su contestatario carácter le hizo recordar la poca atención que él mismo prestaba a las personas en Madrid, orientado como estaba siempre al resultado.

Recordó las lecciones de su maestro Fernando y se perdonó pensando que, ahora sí, era cosa suya y solo suya prestar atención a la gente.

—Adelante, Pedro —dijo orgulloso Alejandro.

—Don Alejandro nos refería que para usted es importante el clima de las personas en la organización —dijo un espabilado Pedro.

—Sí, claro, las personas son la esencia de una compañía —asintió.

—Habíamos pensado en organizar una fiesta y que se convirtiera en un hito que marcara un antes y un después —decía mientras miraba por igual a sus dos interlocutores—. Celebraríamos un campeonato de tejo.

—¿De tejo? —preguntó el español desconociendo lo que era.

—El tejo es nuestro deporte nacional. Se juega acá, que se sepa, desde hace más de quinientos años, proviene de los *Muiscas*, consiste en lanzar un disco de unos seiscientos ochenta gramos de peso…

Pedro seguía hablando cuando Alejandro le interrumpió.

—El concepto, Pedro. No se enrolle.

—Sí, perdón. La idea consiste en consolidar un campeonato anual de tejo. Con ello tendríamos una magnífica oportunidad para que la gente se juntara para algo más que trabajar. Sería una buena ocasión para que usted nos hablara de sus planes de futuro, de lo que espera de nosotros, también para que animara a todos a disfrutar ese día. Además, con algo de suerte, podríamos provocar que se crearan equipos que practiquen durante todo el año para intentar ganar el trofeo. Estaríamos haciendo equipo de forma continua.

—Perdonen mi ignorancia, ¿ese juego es difícil?

—No. Se trata de lanzar un disco a una embocinada.

—¿Embocinada? —preguntó confundido.

—Se trata de meter el disco en una especie de caja. En el centro se coloca un tubo. El juego consiste en dejar ese disco lo más cerca del tubo y, si es posible, hacer explotar unas mechas de papel que se ponen en sus bordes —aclaró Alejandro.

—Parecido a la petanca, pero con pólvora, ¡supongo! —comentó —. Me gusta la idea, ¿qué necesitáis?

—Su aprobación —dijo Alejandro.

—Bueno, y algo de plata para preparar la fiesta y un regalo que sea atractivo para animar a la gente a entrenar para conseguirlo —completó ilusionado Pedro.

—¿Y la gente que no quiera participar o que sienta que no tiene el nivel para jugar? —preguntó.

—Haremos distintos niveles para que todos puedan participar e incluso, si algunos no participasen en el torneo, les encargaríamos la preparación de la fiesta y del propio torneo. ¡Buscaremos un papel para cada uno! —dijo entusiasmado el joven.

—Adelante y muchas gracias por la iniciativa —ratificó— ¿Cuándo lo haríamos?

—Cuanto antes —dijo Pedro.

—Lo antes posible, pero preparándolo bien —puntualizó satisfecho Alejandro.

Alejandro sabía que ese tipo de iniciativas eran del agrado de su nuevo director general.

«Conceptos abstractos», pensó.

Pedro había utilizado el tejo para construir un concepto abstracto que trataba de unir al personal de la empresa.

Al acompañarlos a la puerta del despacho y darse la vuelta para regresar al sillón, su mirada se quedó enganchada en aquel lugar donde Erika desplegaba el collage que había construido con sociedades, subcontratas, número de personas y cuantos datos había podido ir obteniendo.

—Conceptos abstractos —susurró sin dejar de mirar a la pared, en la que recordaba cada uno de los informes, cada uno de los pósits—, conceptos abstractos —repitió.

Pedro quería que sus compañeros se pasasen el año entrenando para ganar el premio del concurso de tejo. ¿Qué querría Santiago con todas esas subcontratas? ¿Qué querría sacando de una multinacional como SERAVTEL el conocimiento que era su razón de ser?

Pedro no quería únicamente celebrar una fiesta, su objetivo era mantener a los empleados involucrados con la empresa durante todo el año, sin la necesidad de tener que influir en ellos diariamente, y pretendía conseguirlo con aquel simple juego. Un concepto abstracto que les ofrecía el estímulo para soñar con un gran premio y principalmente con la reputación y el reconocimiento a alcanzar ante sus compañeros en un solo día.

No hacía falta ganar, la lucha en sí misma era importante, la

exhibición de sus habilidades, el sentido de pertenencia y la defensa de su equipo, su equipamiento, sus risas, cualquier pequeño detalle sería recordado, al menos por un año, para gloria de sus protagonistas.

Chicha había detectado una conexión directa a través de la cual salían ingentes cantidades de datos. Datos que provenían de todas las sociedades relacionadas con SERAVTEL.

«¿Y ni Andrés Felipe ni ninguna de esas sociedades han detectado esto?, no es posible», pensó.

Estaba seguro de que todo estaba orquestado y el director de orquesta, sin duda, era Santiago o quien quiera que le hubiera tenido a sus órdenes, que por supuesto nunca había sido SERAVTEL.

—Erika, llame a Andrés Felipe.

—Enseguida.

Martín seguía mirando la pared, imaginando con detalle el collage que recordaba cuando llegó Andrés Felipe.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Cómo puedo ayudarte? —le dijo mientras se dirigía a la mesa redonda para sentarse de nuevo.

—No, en nada. Venía a preguntarle lo mismo. Hacemos un control de los gastos de los celulares y he visto que no tiene ni un solo gasto en su celular. Me preocupa que pueda tener algún problema con el modelo que tiene o que desee otro, tal vez el suyo se le ha quedado anticuado. Llamé a Erika el otro día para preguntarle y me comentó que lo deja siempre en la oficina. Le he traído el último modelo que ha llegado al país, ¡creo que le gustará!, está completo de tecnología, es una maravilla de aparato, le servirá de ayuda para gestionar la compañía.

—Gracias, lo utilizaré. ¿Puedo ayudarle de alguna otra forma?

—No de momento —contestó.

—¿Qué tal con Chicha?, ¿se van liberando de trabajo?, ¿podremos empezar a desarrollar lo que hemos hablado? —sabía que debía mantenerle contra las cuerdas, presionarle continuamente para impedirle moverse del lugar donde estuviera y que, para él, aún era un enigma.

—Sin duda, sin duda. Chicha es un excelente trabajador, le estamos pasando tareas poco a poco y en breve podremos empezar a trabajar con lo que desee —dijo, aun cuando la respuesta le sonó descaradamente falsa.

—Gracias.

—Gracias, ¿se le ofrece algo más?

—Nada, muchas gracias, ¿puede decirle a Chicha que suba?

—Por supuesto —acabó diciendo antes de marcharse algo

cabizbajo al no haber visto a su jefe ni tan siquiera abrir la caja del teléfono que le había entregado.

Sonrió al verle marchar. Pensó que la imposibilidad de que pudieran controlarle estaba dando sus frutos y alterando la paciencia de Andrés Felipe. Llamó a Erika.

—Erika, por favor, puede volver a colocar el mural en el que trabajo en su sitio.

Erika, con la misma precisión que las veces anteriores, empezó a colocar el panel en la misma posición que él lo recordaba. No había terminado cuando apareció Chicha.

La secretaria, que estaba pegando una de las esquinas inferiores del rollo de papel, se sorprendió al ver que alguien diferente a ella o a Martín pudiera verlo. Miró a su jefe, tratando de intuir lo que debía hacer. Él, que había visto la cara de sorpresa de su colaboradora, se dirigió a ella.

—¿Le ayudo?

—No gracias, ya acabo.

—Cierre la puerta al salir, por favor.

—¿Les puedo ayudar en algo?

La pregunta le sorprendió. No era la Erika servicial que siempre trataba de ayudar, pudo intuir interés, ganas por involucrarse e incluso cierta implicación por lo que estaba reflejado en el rollo de papel que él completaba día tras día.

Inconscientemente observó el collage con más atención que nunca. Esta vez no trataba de sacar conclusiones, simplemente buscaba algo que no reconociera como suyo. Sin saber por qué, le recordó a la revisión que la noche anterior había hecho en el baño de su casa tras permitir el paso a Raúl.

Lo único que no era suyo en ese collage eran las arrugas del papel, enrollado y desenrollado una y otra vez y estas, sin haberse fijado antes en ellas, no podían darle ninguna información adicional.

Se dirigió al borde del despacho y se quedó mirando a través de los cristales mientras daba tiempo a Chicha a observar el mural.

—¿Qué se nos pasa por alto, Chicha?

—Parece que esto es un entramado societario para ocultar al verdadero propietario, eso es evidente —dijo Chicha, que entendió desde el primer momento lo que su compañero de aventuras había tratado de dibujar.

—El propietario debería ser Santiago u otra persona u organización que lo tuviera controlado —respondió—. Santiago está muerto y esto sigue funcionando, luego la persona u organización que montara este entramado sigue ahí fuera. ¿Sabes jugar al tejo?

—*Sadigua*, el tejo es un deporte sagrado *Muisca. S*e jugaba con discos de oro, "*zepguagoscua*", lo usábamos en rituales sagrados para dirimir conflictos o por simple diversión.

—¿Qué es lo que no habréis inventado vosotros? —dijo riendo.

—Los españoles casi os lo cargáis, pero como tantas otras cosas lo supimos esconder y mantener vivo, al igual que El Dorado.

—¿Ahora me vas a decir que El Dorado existe y que el viaje que me hiciste hacer a la Laguna Guatavita era únicamente para tomarme el pelo? —dijo tratando de devolver la conversación a su origen mientras ambos reían cómplices de una conversación siempre pendiente.

—¿Por qué me preguntas si juego al tejo? —dijo Chicha quitando la vista del collage.

—Pedro, un chico de personal, no sé cómo se llama de apellido… —empezó a decir cuando el de Tunja precisó.

—Sé quién es, uno chato —comentó Chicha.

—Quiere que hagamos un campeonato de tejo, pero lo que me ha llamado la atención es que, a través de eso, quiere que se formen equipos que entrenen de forma regular durante todo el año para intentar ganar el campeonato, inteligente, ¿verdad?

—Ese chato parece un tipo listo.

—¿Por qué no hacemos que estos jueguen para nosotros? —dijo señalando el collage.

—¿Cómo? —preguntó interesado Chicha.

—Raúl y Maximiliano nos pedían que viéramos la manera en la que se podría controlar a las jóvenes de la página web y planificar su secuestro ¿y si hacemos lo mismo con estos?

—¡Pero eso es lo que están sacando los que tratamos de localizar! Podemos simplemente copiarlo —dijo Chicha.

—Correcto —contestó mientras se dirigía a la puerta—. Erika, ¿me puede preparar la relación de los gerentes de las subcontratas y sus números de teléfono?

—Enseguida.

—Si los tenemos localizados podremos ver qué tipo de relación tienen entre ellos y dónde nos llevan, ¿no te parece, Chicha?

—Podríamos interceptar las llamadas.

—¿Es necesario? —preguntó dubitativo—. Es ilegal, acuérdate de que nosotros lo vamos a poner en marcha para hacer el seguimiento de las mujeres de la página web que nos mostró Raúl y, de alguna forma, estaremos protegidos en caso de tener problemas.

—Sombrero gris, no negro, solo gris —se repitió Chicha.

—Correcto, gris, aunque si he de serte sincero, empiezo a

confundir los colores.

Contemplaban ensimismados el trabajo expuesto en la pared. Martín se pellizcaba con la mano izquierda el mentón, Chicha se tocaba el lóbulo de la oreja derecha.

En silencio trataban de ver lo que todavía no estaba escrito, de entender el porqué de ese flujo de servicios y personas, de la repentina creación de nuevas sociedades para hacer lo que SERAVTEL ya hacía con éxito.

—¡Mira este entramado de sociedades! Todas acaban en esos dos grupos inversores —dijo apuntando a las compañías que había dibujado en la parte más alta, como si estuvieran dentro de una nube —. Si Santiago o quien sea se ha molestado en esconder su identidad, no creo que tengan nada a su nombre. Deja de buscar las propiedades de Santiago y busca las propiedades en Colombia de estos grupos inversores.

Se volvió a apartar para mirarlo con perspectiva. Señaló a Chicha el folio donde había escrito:

No es subcontratación, es delegación.
El detalle está en las personas.
Se busca tiempo.
La delegación no implica la pérdida de control.

Cogió un papel y empezó a escribir hablando en voz alta.

—Enredo, confusión. ¿Para qué?, para buscar el anonimato —escribió—. Delegación de funciones. —De nuevo se paró a pensar—. ¿Para?, quizás para que nadie tenga todo el conocimiento —siguió escribiendo.

—Y para tener tiempo —apuntó Chicha señalando el tercer punto del folio.

—Delegación y tiempo, es decir, cada parte de esta cadena controla y gestiona una porción de los datos. Los nuestros, Andrés Felipe y su gente, dejan que eso pase por sus manos sin enterarse de nada e imagino que finalmente alguien los consolida y obtiene cuanto necesite. Vamos a dibujarlo —dijo Martín.

Cogió otro folio, lo pegó en el mural, pintó una serie de círculos, uno para cada subcontrata, y debajo de estos un rectángulo donde escribió “SERAVTEL”. Más abajo otro círculo, en el centro del cuál marcó una gran “X”.

—¡Ese es el negocio, Martín!, todos trabajan mientras la empresa o aquellos que buscamos controlan y gestionan los datos para seguir a las chicas y Andrés Felipe y los suyos simplemente garantizan que la

información fluye correctamente de un lado a otro —dijo un exaltado Chicha.

—No mezcles historias —dijo en voz baja—. Vayamos una a una. Ya llegaremos a saber si son la misma.

—Parece evidente que, si no lo son, deben estar haciendo algo similar. ¿No me acabas de decir que deje de buscar propiedades de Santiago y busque las propiedades de los grupos inversores?

—Puñetero subconsciente, trabaja por nosotros mucho más de lo que creemos. Sí, Chicha, te lo acabo de decir. He sido el primero en mezclarlas. Mira a ver qué propiedades encuentras en Bogotá de los grupos de inversión, yo veré la forma en la que podríamos controlar a estas personas al mismo tiempo que les damos lo que esperan a Maximiliano y a Raúl con la localización de las chicas. Esta tarde nos vemos en el apartamento, ¿puedes?

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Chicha emocionado.

Al bajar al departamento de Redes, Andrés Felipe sometió a Chicha a un extenso interrogatorio sobre lo que había estado hablando con el director general.

Salir airoso de ese trance no le resultó demasiado complejo a un astuto Chicha. El nuevo director general tenía acostumbrados a jefes y empleados a pasar por el despacho e interesarse por cómo les iba, expectativas que tenían para el futuro y necesidades e ideas que tuvieran para mejorar. Con esa excusa Andrés Felipe se dio por satisfecho.

Martín había ido completando poco a poco el pequeño centro de seguridad cibernético en su apartamento. Equipos preparados para gestionar la defensa de todas las operaciones que allí realizaban, sistemas para detección de intrusiones, equipos y software de seguridad.

Había modificado incluso el *firmware*[48] de algunos de los equipos para personalizarlos y hacerlos suyos e impenetrables. Una serie de grandes pantallas le ayudaban en el monitoreo y control del pequeño centro de cálculo.

Esa tarde, mientras desarrollaba alguna solución para el control de los gerentes de las subcontratas y de paso, de las jóvenes expuestas en subasta en la red, Chicha entró corriendo.

—*Sadigua,* ¡lo tenemos! Tenías razón. Uno de los grupos inversores tiene propiedades acá, el grupo inversor colombiano tiene una sede cerca de nosotros, en Comuna Chapinero, he comprobado el consumo de energía y ¡chepa![49], allí estaba, en un edificio de apartamentos he localizado el consumo de lo que puede ser un centro

de cálculo de tamaño medio —dijo eufórico Chicha.

—¿Alguna otra propiedad? —preguntó haciendo girar su silla para ver a su amigo.

—Sí, toma.

Se puso a repasar la lista hasta descubrir que el repaso era inútil. Sus escasos conocimientos de la geografía colombiana y la complejidad de algunos de los nombres le impedían reconocer dónde se ubicaban cada una de esas propiedades. Estaba buscando alguna en la zona del Capo que le conectara con lo que le había comentado Benzán al despedirse.

—¿En qué zona está cada una de las propiedades? —preguntó devolviéndole la lista a Chicha.

Chicha empezó a leer el nombre de los pueblos y ciudades de cada propiedad.

Tres estaban localizadas en Bogotá, esto no le sorprendió, había identificado dos de ellas. Dos estaban en la zona del eje cafetero, cerca de Armenia. Esos pueblos no los conocía. Otra, en el Caribe colombiano, otras cuantas repartidas por diversos puntos de la geografía colombiana y la última, la de Viotá, se ubicaba en la zona del Capo.

—¡Lo tenemos! Allí puede ser donde llevaron a Daniela —dijo eufórico—. Tenías razón, Chicha, las historias, si no son la misma, al menos se cruzan. Acabemos esto, ayúdame.

Ambos se pasaron la noche desarrollando un sistema básico de control para hacer seguimiento de un grupo de teléfonos a través de su posicionamiento. Tomarían datos de la posición tanto de la red como de la posición GPS del teléfono si lo tenía activado.

La noche fue larga. Martín sacó un par de copas, una botella de vino y un buen plato de jamón, al que Chicha nunca renunciaba y celebraba cada vez con más entusiasmo, elogiando la transformación mágica de esa cecina de cerdo en algo tan delicioso que le parecía una obra de arte, más aún viniendo de los bárbaros conquistadores.

Eran las cuatro de la mañana cuando se dio cuenta de que Chicha se había quedado dormido en el sofá. Lo tapó con una manta y se echó en la cama a descansar.

—Vamos, perezoso, te llevo a tu casa para que te cambies —dijo zarandeándole a eso de las seis y media.

—¿Qué hora es? Perdona. ¿Has dormido?

—Sí, he dormido, vamos. Hoy tienes que tratar de obtener una copia, un pantallazo, la mínima expresión de lo que sea que hagan con los datos que salen de SERAVTEL Por otra parte, tienes que duplicar la salida de los mismos, he preparado algo para ello en el servidor del

apartamento. Dirige una copia hacia aquí. Toma —le dijo pasándole un pendrive—, conecta este *software* al troyano que instalamos y él hará la función. Creo que nadie lo detectará. ¡Crucemos los dedos!

—De acuerdo, maestro.

Tras dejar a Chicha en su casa aparcó en un centro comercial, buscó el local más concurrido, pidió el teléfono. Llamó a Maximiliano, el subinspector, y siguió las pautas marcadas: silencio, primera pregunta, "¿quién es?", silencio, segunda pregunta, "¿quién es?", silencio de nuevo, tercera pregunta, "¿quién es?", colgó y devolvió el teléfono.

Ya en la oficina se interesó por la iniciativa de Pedro, revisó los resultados de la compañía y pasó un gran rato hablando con Erika. Había hablado sobre el trabajo y las aspiraciones con cada empleado de la organización menos con ella. Le recordaba a Conchita y eso le había hecho bajar la guardia, al creerla igual que ella.

Descubrió que ese había sido su primer trabajo en Colombia. Se interesó por saber si estaba allí cuando él la había visitado unos años antes, comprobando que no. Conocía bien cómo desempeñar sus tareas y se movía de forma astuta entre los entresijos de la empresa, aun a pesar de no llevar demasiado tiempo en esa posición. «Muy inteligente, la alemana», pensó.

Le resultó difícil seguir su trayectoria laboral en Europa. Un carrusel de subidas y bajadas de posiciones no muy relacionadas entre sí para acabar como secretaria de dirección.

Su último trabajo había sido en la casa matriz de SERAVTEL en Milán y desde allí la trasladaron a Bogotá. A Martín no le quedaron claras las razones del cambio, ni las personales ni las profesionales. Aquel entramado de sociedades por las que había pasado no le parecieron más que una burda tapadera para ocultar lo que escondiera la bella alemana, pero por alguna extraña razón, no quiso seguir preguntando. Creyó que, fuera cual fuera el trabajo que realizara, le convenía que no sospechase de que él intuía algo.

Estaba deseando volverse a encontrar con su compañero en aquella batalla contra el mal. Recordaba a Laura y se crecía al pensar que ella aprobaría lo que estaba haciendo. «Ciberayuda humanitaria», pensó que le diría. Sonrió al darse cuenta de la estupidez que acaba de pensar y fue consciente de que por momentos era capaz de olvidar a Claudia. Se sintió feliz al imaginar que le contaría a Laura toda esa aventura cuando estuviera de regreso en España con Paola en brazos. Aquello sí era una razón suficiente para no dormir y seguir jugándose el tipo.

Se quedó pálido cuando, recordando a Laura, su cara se mezcló

con la de Claudia en un fundido macabro que no quería aceptar. Echó de su cabeza a ambas con una fuerte sacudida de lado a lado que le hizo estremecer.

Ese día era él quien llegaba el último al apartamento. Un excitado Chicha, con una gran taza de café en la mano, le reclamó al entrar.

—*Sadigua* —dijo en voz más alta de la que solían utilizar en aquel discreto apartamento—, *Sadigua* —repitió impaciente.

—¿Qué tienes, hermano?

—Mira —dijo orgulloso.

En una de las pantallas, la más grande, Chicha mostraba una vista satélite de Bogotá. La misma estaba repleta de puntos de diferentes colores, algunos llevaban tras de sí una pequeña viñeta.

—¿Has acabado el programa que empezamos anoche?, ¡impresionante, *nyquy*!, eres grande —exclamó.

—No, maestro. Lo que estás viendo es una captura de lo que ven quienes se llevan la información—dijo Chicha.

—Si hubiéramos tenido tiempo, tú y yo lo hubiéramos diseñado así, pero esto es el trabajo de años. ¿Qué has averiguado?

—Mira los puntos rojos, creo que son policías. Hay una gran concentración de ellos en todas las comisarías de la ciudad —dijo señalando uno de los grupos y haciendo un zum sobre ellos para que reconociera las diferentes comisarías debajo de cada grupo de puntos de ese color—. Como ves, algunos tienen datos anclados para identificarlos. Mira —dijo de nuevo ampliando la imagen sobre una de las agrupaciones de puntos rojos—, aquí está nuestro amigo Maximiliano, ¿lo ves? Era cierto, lo están controlando.

—Subinspector Maximiliano Rodríguez Díaz, eso me lo imagino, pero no puedo leer el resto. ¿Qué pone?, ¿son números?

—Es la copia de un pantallazo, no podemos tener una resolución mejor.

—¿Y nuestro inspector Samuel David? —preguntó mientras miraba alrededor del punto de Maximiliano.

—No lo he encontrado —respondió Chicha.

—¿Has visto? Los puntos grises se reparten por toda la ciudad. ¡Fíjate! —dijo. Luego, señalando de nuevo hacia los puntos rojos— siempre hay algún punto morado o un par de ellos en las comisarías. ¿Quiénes serán esos? Hay pocos, pero extendidos por muchas partes. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó Chicha.

—Aquí —dijo señalando con el dedo una zona del mapa al oeste de la ciudad.

—Eso es el Capitolio.

—¿Te has dado cuenta?, ahí todos los puntos son de colores: rojos, morados, azules, verdes, negros, pero no hay grises.

—De alguna forma deben tener clasificada a la gente en grupos. ¿Crees que puede ser eso?

—Un número de teléfono, una persona ubicada. ¿De qué color serán las mujeres que están en las páginas web? —dijo mientras se quedaba pensando— ¡Vete a la casa de acogida! —gritó emocionado al imaginar que allí habría puntos de colores y estos les indicarían el color de las mujeres secuestradas.

—Morados y rosas —contestó Chicha.

—¿Hay rosas en las comisarías? —preguntó.

—No veo. Veo rojos, morados, grises y algunos blancos, pero no veo rosas.

—Pudiera ser que los rosas sean las chicas. No hay rosas en las comisarías, pero entonces, ¡los morados son parte de la red de la trata de mujeres! —gritó eufórico por el descubrimiento—, corresponderán a la gente que controla el centro de acogida.

—Puede ser —afirmó Chicha—, por eso están en el centro de acogida. Pero si los morados son los que controlan a las chicas, ¿qué significa que estén en las comisarías?

—O están retenidos o son infiltrados, ¿no? —aquellas elucubraciones ponían nervioso a un ser acostumbrado a trabajar siempre con datos y hechos contrastables.

—Si tuviéramos acceso a la información que manejan, desmantelaríamos esto en un segundo. Nombres, ubicaciones, todo está en esta pantalla.

—¡Eres un genio, Chicha!

Con ese patrón brindado a aquel incansable equipo, volvieron a quedarse trabajando toda la noche.

Diseñar lo que habían visto era cuestión de horas, dotarle del contenido que manejaban los que estuvieran trabajando con aquellos datos, era el trabajo de una vida o de un inmenso ejército de colaboradores dedicados a esa causa.

Eran las dos y media de la mañana. Chicha había parado para hacer café. Al volver con una taza en cada mano vio a Martín haciendo ampliaciones en varias zonas de la copia de la pantalla que habían conseguido.

—¿Qué miras?

—Alucina, *nyquy*.

—¿Qué?

—Tenemos tres puntitos morados en nuestra empresa y otros tantos en cada una de las subcontratas —dijo recorriendo en el mapa

la ubicación de cada una de las sedes—. Ahora es cuando, si me atreviese a hacer elucubraciones, te diría incluso el nombre de estos tres puntos morados. ¿Cierto?

—Cierto, sí. Si Santiago está muerto, ¿quién maneja esto? —dijo Chicha.

—Quien quiera que sea, era el jefe de Santiago —Martín se paró de inmediato, dio la vuelta entera sobre la silla y exclamó—: ¡Alfonso!, Alfonso se sentaba en la silla de Santiago cada vez que venía a verle. Tenemos que ver quién hay detrás del grupo de inversión que tiene la propiedad del centro de cálculo de Comuna Chapinero, mañana se lo encargo a Erika.

—Estamos cerca, *Sadigua*.

—El tiempo lo dirá. ¿Qué empresa era la dueña del centro de cálculo?

—Estaba a nombre del grupo I&DNMV.

—¿Qué coño significará eso?

—Ni idea, maestro.

—Mañana céntrate en ver cómo podemos obtener, si no una conexión *online* con esa pantalla, al menos dos o tres copias a distintas horas. Meteremos los teléfonos de los gerentes y veremos si coinciden en las diferentes copias que seas capaz de obtener. —Se quedó pensando en su coartada para llevar adelante la operación y añadió—: meteremos también el teléfono de las chicas, a ver si alguna de ellas está en las zonas de las que seamos capaces de sacar una copia.

Capítulo XIX

El cebo

Martín dio el nombre de la empresa a Erika para que, como había hecho en las anteriores ocasiones, sacara los informes financieros, socios y demás datos. Pensó que por qué no se lo había pedido a Chicha, pero al principio las historias estaban separadas y cada uno se encargaba de una parte de ellas.

“I&DNMV”

“I&D”, podría significar investigación y desarrollo, nunca lo había visto reflejado así en el nombre de una sociedad, normalmente se

utilizaba el acrónimo inglés, “R&D”, pero pudiera ser.

“NMV” creyó que sería indescifrable.

Erika, al ver ese nombre, susurró algo que no pudo escuchar.

—¿Qué decía, Erika?

—Perdón, el nombre me ha recordado a don Santiago.

—¿Por qué?

—Don Santiago solía hacer abreviaturas de lo que escribía para memorizarlo, ponía la primera letra de cada palabra y creaba acrónimos que recordara fácilmente.

—¿Le recuerdan algo estas letras?

—No, pero déjeme darle una vuelta, soy buena en esto, más de una vez tuve que descifrar lo que don Santiago había escrito, a menudo él mismo se olvidaba de sus acrónimos.

—¡Es usted un pozo lleno de sorpresas!

Sabía que estaban cerca del final, ansiaba coger en brazos a Paola, deseaba llevarla con su madre y al mismo tiempo se entristecía al pensar en perderla. Imaginaba el agradecimiento de Laura. Solamente la había visto una vez y como cualquier recuerdo que se guarda con cariño, la había ido embelleciendo con el tiempo.

«¡Qué jugadas nos tiene guardadas el destino!», pensó.

Recordaba cada etapa de su vida, tratando de imaginar si alguna vez había vivido más intensamente que en ese momento. Tan solo en su juventud, al lado de un médico de pueblo, pisando el barro de un recinto ferial repleto de ganado, estuvo conectado a la tierra como lo estaba ahora.

De nuevo se miró en los cristales del despacho. El reflejo era parecido al de semanas atrás. Sus lustrosos zapatos seguían brillando, su traje seguía luciendo impecable, pero esta vez se miró a la cara y le gustó lo que veía. Estaba inmerso en una batalla que le llevaba a arriesgar su vida por otros. Esta vez no se sintió vacío y simplemente sonrió.

No sabía cómo acabaría aquello para él, pero por primera vez no le importaba, no buscaba el éxito para sí mismo o para su organización, sino el éxito para cientos, tal vez para miles.

Esbozó una sonrisa pensando en que quizás esos miles nunca llegarían a saber de él. Eso le hizo más feliz. Se quedó pensando en el esfuerzo invertido en la empresa y pensó que, tal vez, había sido un esfuerzo desperdiciado en objetivos pequeños para hacer feliz a unos cuantos, cuando pudo haber hecho feliz a tantos.

Se quedó mirando fijamente su reflejo y dirigiéndose a él le dijo, guiñándole un ojo: «A Laura se lo contaremos. Ella sí lo sabrá».

A Awa la amó a través de los ojos de don Fernando, a Claudia la

había amado de golpe, fue un susto de amor intenso y desgarrador de principio a fin. A Laura simplemente quería devolverle lo suficiente para agradecerle la admiración que sentía por él.

Casi al finalizar la jornada, Erika entró en el despacho.

—¿Puedo pasar?, don Martín —preguntó una pálida Erika.

—No me asuste, Erika. Cuando me llama don Martín no suele traer buenas noticias.

—No sé si son buenos o malas, le traigo lo que me había pedido de I&DNMV.

—¿Ha descifrado el acrónimo?

—Aún no, pero tengo los datos.

Erika hizo ademán de dejarle la información sobre la mesa, él una señal con la mano para pedirle que esperara. Estaba firmando algunos documentos y quería acabar antes de ver lo que su secretaría le traía.

—Interrumpir continuamente lo que uno hace —dijo soltando sílaba a sílaba la frase, siendo consciente de que su mente se iba alejando poco a poco de los documentos que tenía entre manos—, no lleva sino a la pérdida de eficiencia y a la posibilidad de que nuestra mente errante nos haga olvidar lo que realmente queríamos hacer. Espere un momento, déjeme acabar, son dos segundos, hagamos las cosas bien —dijo mientras acababa de revisar y firmar.

No fue consciente realmente de las dos últimas firmas, estando como estaba pensando en la importancia de lo que Erika trataba de mostrarle.

Acabó, hizo un montón con los papeles firmados y los apartó para que ella dejara en su lugar los que traía.

La cara de Martín se mimetizó con la de Erika.

—¡Vaya bombazo!

—Me he quedado muda cuando lo he visto.

Esa tarde llegaron a la vez al apartamento. Los dos sonrieron sin decir nada. Subieron las escaleras saltando los peldaños de dos en dos, en una carrera loca e infantil, movidos por la adrenalina que llevaban dentro y enloquecidos por ver quién llegaba antes y empezaba a contar lo que había descubierto.

—Tú, primero —dijo Martín.

—Tengo tu *software* mandando los datos al servidor, podemos acceder a la posición de quien queramos —dijo Chicha jadeando por el cansancio de la carrera.

—¡Perfecto!

—Aún hay más. No he sido capaz de establecer una conexión segura con la pantalla donde se están proyectando las imágenes que

vimos ayer, pero he desarrollado un pequeño programa, que ya he mandado a nuestro servidor, para obtener una captura en el momento que nos interese.

—¿Has verificado que no hayan detectado nuestra presencia? ¿Algún programa nuevo que haya corrido en cualquiera de los servidores?

—No, nadie ha detectado nada y eso me preocupa. Sé que somos buenos en lo nuestro, pero los otros no pueden ser tan torpes o perezosos. —Hizo una pausa y se volvió hacia su jefe y amigo—. Cuando he acabado de implantar el *software* he sentido un tremendo escalofrío, que me ha recorrido el cuerpo. Sentía tener miles de ojos detrás de mi nuca, me he dado incluso la vuelta, pensaba que Andrés Felipe o alguno de los chicos estaría mirando, pero no había nadie. Puede que tan solo haya sido mi imaginación, pero te aseguro que lo he sentido como si fuera real.

—Siempre hay que ver más allá, Chicha, ¡bien hecho! Hay que tener los ojos bien abiertos. Tendremos cuidado. A ver qué nos cuentan esas imágenes —dijo tranquilizándole.

—¿Y tú?, ¿qué tienes?

—¿Sabes quién es el único accionista de I&DNMV? —dijo mirando fijamente a los ojos de su amigo.

—Ni idea, suéltalo ya.

—Alfonso Valencia Ramírez.

Se sentaron ansiosos en sus sillas. Querían comprobar lo que estaba llegando de SERAVTEL y confirmar si el programa que habían finalizado la noche anterior sería capaz de procesar esos datos.

A semejanza de lo que habían visto en la captura de la imagen que habían estado analizando, en el mapa empezaron a aparecer cientos de usuarios de teléfonos móviles, pero su pequeño centro de cálculo no soportaba esa ingente cantidad de datos.

—Son demasiados datos, Chicha. El servidor no puede con ellos. Limitémoslos a los gerentes de las subcontratas.

—Da miedo —dijo Chicha al ir viendo como surgían los puntos sobre el mapa de Bogotá.

Filtraron los datos para dejar en la pantalla únicamente los teléfonos de los gerentes.

—Ya sabes dónde viven cada uno o al menos dónde están en este momento.

—¿Cogemos una captura de la pantalla de la empresa que nos roba? —preguntó Chicha.

—Adelante —confirmó.

Chicha se puso a trabajar en ello mientras él se aseguraba de ir

guardando la información que habían obtenido.

Desconectó la entrada de datos para no saturar el servidor y esperó el resultado del trabajo de Chicha. En ese momento pensó que era una obviedad lo que estaban haciendo, seguro como estaba del resultado que obtendrían.

Cuando terminó superpusieron las imágenes de su programa a la captura que Chicha acababa de obtener. Fue haciendo correr en el programa la evolución de lo que había grabado hasta que el cien por cien de los puntos coincidieron.

Ambos se miraron. La mayoría de los puntos, que en el programa de Martín eran blancos, se convertían en morados en el pantallazo que había subido Chicha.

Si sus sospechas eran ciertas, todos los gerentes estaban trabajando para I&DNMV o, lo que es lo mismo, para la organización que supuestamente estaba llevando a cabo la trata de niños y mujeres.

—¿Y ahora? —preguntó Chicha.

—Ahora habrá que jugar al tejo, como quiere jugar Pedro. Tendremos que hacer que se muevan y nos lleven a quien esté detrás de esto, sea Alfonso Valencia o cualquier otro.

—La implicación de Alfonso Valencia está clara, ¿no? —preguntó Chicha.

—Sí, si somos capaces de encontrar la casa donde llevaron a Daniela y demostrar que es suya a través de I&DMV —explicó.

—¿En qué estás pensando para que se muevan?, ¿en otro ataque?

—No creo que sea necesario. Ya tenemos información para asustarles lo suficiente, de hecho, habrá que ocultar parte de lo que sabemos para que, en lugar de ir simplemente a pedir ayuda, no salgan huyendo sin que podamos controlar la huida.

Ambos seguían dando vueltas a la forma de atrapar a esa gente cuando sonó el timbre del portero automático.

—¿Quién es? —preguntó.

—Abra, don Martín. —Pudo reconocer la voz de Maximiliano.

—Chicha, mete los números de teléfono de las chicas, están sobre la mesa.

Mientras recibía a Maximiliano y a Raúl, Chicha ya estaba presentando en la pantalla la posición de todas las mujeres que habían elegido de la página web.

—¿Hemos avanzado? —preguntó Raúl.

—Al menos ya sabemos cómo lo hacen.

Los llevó a la habitación donde tenían instalado su centro de mando y les explicó cómo creían que la organización controlaba a las chicas.

Chicha les hizo una exposición de lo que estaban viendo en la pantalla, nombres de cada una, posición exacta. Explicó el procedimiento de cómo añadir la información requerida, cómo establecer las rutas utilizadas por las jóvenes día a día, minuto a minuto y en función de eso, establecer el mejor momento para su captura.

Indicó igualmente la posibilidad de poner sobre cada uno de los puntos cuanto se necesitase para asegurar la mejor gestión de estos: datos adicionales de todo tipo, enlaces a sus redes sociales, accesos a su cuenta bancaria o lo que fuera necesario para realizar con garantías lo que se propusieran.

—¿Esto se puede hacer con cualquier persona? —preguntó asustado Raúl por la evidencia de lo que estaba viendo.

Chicha miró a Martín. Se conocían lo suficiente como para que supiera que quería mostrar la primera imagen que obtuvieron, aquella donde aparecía el nombre de Maximiliano. Negó discretamente con la cabeza.

Los llevó al salón y los invitó a sentarse. Sin preguntar, sirvió cuatro güisquis.

—Podríamos tener a toda la red, pero necesitamos algo más de tiempo y más recursos para poder procesar la inmensa cantidad de datos que hay que gestionar —indicó ante la necesidad de descubrir quién dirigía a los gerentes de las subcontratas. Le parecía imposible que todo lo descubierto se moviera exclusivamente para gestionar ese negocio, desconocía el dinero que se pudiera mover en el mismo, pero una vez que se tenía aquello en marcha los horizontes eran infinitos. Contentarse con el tráfico de personas, siendo lo suficientemente cruel y lucrativo por sí mismo, creía que era una banalidad.

—No tenemos tiempo, hay vidas en juego —dijo Raúl más nervioso que el día anterior—. ¿Qué más tienen?

—Poco más, necesitamos tiempo.

—Tenemos poco tiempo, infórmenos cuanto antes o procederemos con lo que tengamos disponible.

—Ahora no nos pueden entrar las prisas, don Raúl. No intervino el centro de acogida donde ya había unos cientos, ¿quiere intervenir ahora? —preguntó recordándole su petición de sacar a Paola del centro.

Raúl se despidió, contrariado por una situación que intuía empezaba a escapársele de las manos. El español le ocultaba algo, dudó de la conveniencia de haberle involucrado. Estaba seguro de que ahora y muy a su pesar, era él quien parecía estar tomando el control de la operación. Se despidió y les emplazó a volverse a ver en un par

de días.

—¿Qué te pasa? Te conozco lo suficiente para saber que no estás a gusto. ¿Qué hemos hecho mal? —preguntó nervioso Chicha.

—Son dos historias, Chicha, no puede ser una sola. ¿Te imaginas lo que le ha costado a esa empresa montar esto? —dijo contrariado.

—Es un negocio que debe mover miles de millones.

—Lo que tienes delante de ti vale el mundo entero. ¿Por qué te conformarías con las migajas de un turbulento negocio, cuando puedes tener en tus manos lo que desees? Cualquier corporación o sociedad, cualquier medio de comunicación, cualquier país, incluso a cualquier persona. Es una trampa, Chicha, es una trampa —dijo mientras su semblante se iba desfigurando al ver la potente arma que tenían en las manos quienes estuvieran manejando aquello.

—¿Una trampa de quién?

—No lo sé. Pero alguien está jugando con nosotros.

—¿Qué hacemos?

—De momento, por el bien de nuestra organización, hay que quitar del terreno de juego a esos corruptos gerentes y a quien se ponga de por medio, pero me temo que al hacer esto perdamos lo más importante y no seamos capaces de saber quién está detrás de ellos.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—Metiéndoles miedo. Vamos a apostarnos todo a una carta, es la única que tenemos: Andrés Felipe. Tenemos que descubrir el troyano que hemos instalado.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro de nada y sé que algo se nos escapa. He sentido los mismos miles de ojos que tú detrás de mi nuca. Quienes quiera que muevan los hilos de esta tramoya ya saben que estamos dentro, saben lo que tenemos y simplemente nos están dejando jugar. Solo puede ser porque nuestro juego les beneficia.

—¿Cómo?

—No lo sé. Se me ocurre que también quieran quitar de en medio a estos corruptos, pero ¿por qué? Tenemos dos días para encontrar a quienes manejan los hilos, no creo que Raúl nos dé más tiempo.

—Son invisibles, *Sadigua,* ¿cómo los vamos a encontrar? —comentó cabizbajo Chicha.

Ambos se quedaron en silencio, analizando con detalle cada uno de los pasos que habían dado, hasta que Martín se puso de pie, dirigiéndose hacia las pantallas gritando.

—¡Eso es, Chicha!, son invisibles. Así los encontraremos.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que dejar hecho un programa para que mañana el

sistema saque pantallazos como los que has estado sacando hoy. Al mismo tiempo, nuestro sistema sacará pantallazos de los teléfonos que haya en el centro de cálculo de Comuna Chapinero. No tenemos capacidad para controlar una gran área, pero sí para un área pequeña como el centro de cálculo y sus alrededores.

—¿Qué pretendes con ello, *Sadigua*?

—Ver lo invisible, *nyquy*.

—¿Crees que será posible? —dijo ilusionado Chicha.

—Es nuestra única oportunidad.

Trabajaron hasta dejar preparados los programas necesarios para llevar a cabo su misión.

El sistema recogería la información gestionada por la empresa que sacaba los datos de SERAVTEL, estaban seguros de que quienes lo manejaban no querrían ser vistos y ocultarían su presencia en la misma. Mientras, el programa creado por ambos trataría de captar los teléfonos móviles que se ubicaran en el centro de cálculo de Comuna Chapinero. Viendo la diferencia entre las dos informaciones serían capaces de ver lo invisible.

El tiempo se ralentizó aquel jueves trece de febrero. Durante toda la mañana ambos fueron capaces de percibir con precisión la tremenda duración de cada segundo, ansiosos como estaban por volver al apartamento.

Antes de comer, Martín tamborileaba en las cristaleras del departamento de Redes a la vez que saludaba para disimular el repetido gesto, que indicaba a Chicha que se encontrarían en el aparcamiento.

Ese día, en lugar de ir a comer, se dirigieron directamente al apartamento. Pretendían romper sus rutinas y con ello sorprender a quienes estaban buscando.

Chicha observaba impaciente desde el borde del sillón donde se había sentado, Martín, de pie, se apoyaba en su respaldo. Ambos esperaban el resultado del trabajo realizado la noche anterior.

Compararon las imágenes obtenidas haciendo zum en la zona del centro de cálculo de Comuna Chapinero para comparar los registros obtenidos y, como habían imaginado, fueron capaces de ver lo invisible.

En los registros de la empresa a la que perseguían, en el centro de cálculo no había nadie, sin embargo, de los datos obtenidos a través de las redes telefónicas identificaron la existencia de un teléfono móvil en esa ubicación.

Se miraron sonriendo. Allí estaba ese pequeño punto. La idea era identificar el número de teléfono, que como esperaban acabaría siendo

un número de prepago sin dueño y, en cualquier caso, seguirle hasta tenerle en un rincón sin salidas.

—No sabemos quién es, no conocemos su cara, con tan solo soltar el teléfono hará que lo perdamos para siempre —indicó Martín.

—¡Estamos persiguiendo la sombra de un fantasma!

—Cierto Chicha, es una sombra y como cualquier sombra, si el sol, que es su celular, o él se esconden, estamos perdidos. Hay que seguirle, ver sus movimientos. Iremos a por él cuando le tengamos encerrado en algún sitio de donde no pueda escapar.

—Si suelta el celular será uno más, no podremos identificarlo, aunque sea la única persona que tengamos delante de nosotros —comentó Chicha, quien entendió que tenían en sus manos algo tan frágil como una brizna del material más delicado y que cualquier soplo de aire podía hacerlo desaparecer.

—¡A por ello!, ahora toca hacer ruido y esperar que nuestro amigo el invisible crea que nos sigue dirigiendo como ha hecho hasta ahora. Mañana comienza el acto final. Como hemos dicho, todo a una carta: Andrés Felipe. Te toca poner al descubierto el troyano, no demasiado temprano, tenemos que ponerlos contra las cuerdas, hacer que les agobie el tiempo.

—¡A por ellos, *Sadigua*!

Al día siguiente recordó de nuevo a Claudia. Ese día le habría regalado flores, habrían salido a pasear y a cenar en cualquiera de sus restaurantes favoritos, celebrando el día de los enamorados, aunque en Colombia aquel día se celebrase en septiembre y no en febrero. Estos amantes, siempre ansiosos de una excusa para celebrar su amor, habían decidido que lo celebrarían dos veces al año, una en la fecha española, otra en la colombiana.

Resignado y comprometido con la batalla que libraba, se pasó a primera hora por la comisaría donde trabajaban el inspector Samuel David y el subinspector Maximiliano.

—¿Qué hace aquí? —dijo asustado Maximiliano al verle.

—Necesito que avise a don Raúl, lanzaremos la operación esta tarde en esta dirección cuando le avise —dijo mientras estrechaba la mano del subinspector y dejaba en ella el papel con la dirección del centro de datos.

—Don Martín, ¿qué le trae por aquí? —preguntó el inspector al verle.

—Pasaba por delante y he recordado que nunca tuve ocasión de agradecerles su ayuda.

—Es nuestro trabajo, muchas gracias —dijo extrañado el inspector.

Se despidió, poniéndose a su disposición para lo que necesitaran.

—Habrá que vigilar a este maluco[50].

—Yo me encargo —dijo rápidamente Maximiliano para aprovechar la ocasión y salir a informar a Raúl.

Algo más tarde de las doce y media de la mañana, justo antes de la hora en la que el personal salía a comer, Chicha destapaba el oscuro negocio que corría por las venas de SERAVTEL.

A la una del mediodía, Andrés Felipe llamaba asustado a Martín para informarle de los descubrimientos de Chicha. Había descubierto un troyano dentro de la compañía y varios programas ejecutándose y sacando una ingente cantidad de datos, tanto de la empresa, como de las subcontratas.

Llamó al jefe de Redes a su despacho. Pretendía entretenerle el tiempo que fuera necesario. “El tiempo juega contra quien siente su presión”, solía decirle don Fernando y quería a Andrés Felipe lo más nervioso posible y sin tiempo para planificar.

Pasó horas analizando con el jefe de Redes el cómo, el cuándo y el qué de ese descubrimiento y las razones del porqué no había sido detectado antes. Alargó el encuentro hasta cuando había previsto, algo más allá del final de la jornada, dejándole apenas el tiempo justo para que informara a los que estuvieran implicados. Cuando creyó que era el momento le liberó con la orden de mandar de inmediato a Chicha a su despacho para seguir analizando lo sucedido.

Chicha, mientras tanto, había desviado sin contemplaciones la información que estaban sacando hacia sus servidores en el apartamento, en la seguridad de que aquello era la fase final del derrumbamiento de un enorme castillo de naipes y que las acciones que él hiciera, después de levantar aquella polvareda, no serían del interés de nadie.

La cara de Andrés Felipe estaba roja cuando llegó al departamento de Redes dando gritos, tratando de entender lo que estaba pasando y maldiciendo para sus adentros la hora en la que aceptó contratar a Chicha. Uno de los gritos fue para él, indicándole que subiera al despacho del director general.

Chicha salió corriendo, pero no hacia donde Andrés Felipe imaginaba. Bajó al garaje, cogió el coche de Martín y se marchó rápidamente al apartamento. Tenía que monitorear lo que iban a hacer todos aquellos puntos de color morado y lo más importante, el punto invisible, verdadero objetivo de su particular operación.

Cuando llegó ante las pantallas, los puntos correspondientes a los gerentes de las subcontratas permanecían en estas. «Tendría que haber pinchado las llamadas, seguro que ahora los celulares arden», pensó.

Martín, mientras tanto, permanecía en el despacho.

—¿Desea algo? — preguntó Erika.

—Comer —dijo hambriento tras la larga sesión con Andrés Felipe.

—¿Te traigo algo?

—No, gracias, me voy a casa.

—¿Va difícil el día?, los veo nerviosos —preguntó.

—Han introducido un troyano en la empresa y hemos averiguado que nos estaban robando información. Andrés Felipe está tratando de averiguar el daño que hayan podido causarnos.

—¿Algo por lo que tengamos que preocuparnos? —dijo Erika con un tono de tranquilidad absolutamente impropio de la situación que acababa de exponerle.

Creyó percibir una sonrisa burlona en la cara de la secretaria tras la pregunta. Se la quedó mirando fijamente, ella bajó la cabeza y salió del despacho. En ese momento pensó que debía haber incluido en sus seguimientos a esa mujer.

—Erika, antes de irse consígame los números de teléfono de los jefes de departamento de las subcontratas, por favor.

Llegó al apartamento. Sobre la mesa del salón encontró algo de jamón y pan. Chicha, al oírle entrar, salió de su puesto de vigilancia.

—Me he preparado algo para comer, estaba muerto.

—Te lo agradezco, ya lo acabo yo, también estoy muerto de hambre, ¿qué ha pasado?

—Siguen en su sitio. Tendríamos que haber pinchado las líneas —dijo nervioso.

—Mete estos otros números de teléfono en el programa y vayamos tomando nota de los que permanecen con los gerentes y los que se vayan yendo —dijo pasándole los números del resto de jefes de las subcontratas que le había conseguido Erika—. ¿Tienes controlado a nuestro invisible?

—Por supuesto, sigue en Comuna Chapinero.

Aquello era una simple selección natural. Los que estaban implicados permanecerían con sus jefes hasta que alguien les diera las pautas a seguir, mientras, el resto seguían ajenos a lo que estaba sucediendo y se iban marchando a sus casas.

Como ambos esperaban, solo quedaron en las diferentes empresas los puntos morados que habían localizado el día anterior.

«¡El comportamiento del ser humano es predecible! Nadie hace algo por nada, no hay llamada que no tenga propósito, visita que no busque un fin, la vida se mueve en una cadena invisible, construida por la suma de nuestros egoísmos. Animales inteligentes dotados de poderes exclusivos, que acaban comportándose movidos por

comportamientos atávicos: la necesidad de comer, la necesidad de amar, la necesidad de poseer y dominar, la necesidad de sobrevivir y ello al menor coste posible, transformando la realidad en rutina, tratando de consumir la mínima energía, de realizarlo con el menor esfuerzo», pensó.

Como decía don Fernando: "No sé ni cuándo ni cómo, pero nuestra educación se perdió para siempre cuando comenzamos a hacer girar todo en torno a la persona. Situamos a cada uno de los seres humanos por encima del grupo y desde ese día estamos destinados a nuestra extinción. Nos hemos convertido en seres egoístas, cada uno de nosotros está convencido de que es el grupo el que debe estar a su servicio y no al contrario, cada uno de nosotros queremos ser el centro del universo y en el universo no hay espacio para tantos centros. Tristemente, estamos destinados al fracaso".

Hasta cierto punto aquello era decepcionante para él. Pensó que controlar miles de puntos, miles de personas, debería de ser hasta aburrido para quien estuviera delante de la gran pantalla que controlaba ese universo paralelo, en el que quedaban reflejadas la actividad y la historia de cada persona.

Intuía que esa organización no solo sería capaz de seguir a toda la humanidad en tiempo real, sino lo que le parecía más triste, sería capaz de predecir dónde estarían en cada momento futuro cada uno de los millones de puntos.

«Si hoy es viernes, estamos en primavera, hace buen tiempo y los puntos números doscientos treinta y siete, cuatrocientos cuarenta y ocho y trescientos treinta y nueve están en la ciudad, hay un noventa y ocho coma siete por ciento de probabilidades de que esta noche el punto número doscientos treinta y siete quiera salir a tomar unas cervezas con sus amigos. Llamará a eso de las ocho y media al punto número cuatrocientos cuarenta y ocho, que sin dudarlo aceptará la propuesta y a su vez invitará a unirse al punto trescientos treinta y nueve. Juntos visitarán el bar donde suelen reunirse todos los viernes de primavera en los que hace buen tiempo. Esta noche pagará el punto cuatrocientos cuarenta y ocho, siguiendo el turno que tienen establecido desde que comenzaron a salir juntos. ¡Triste, pero real!», pensó.

Un áspero y enorme nudo cruzaba la garganta de ese ingeniero de telecomunicaciones, que veía para qué podía servir el fruto de su pasión.

—*Sadigua*, se mueven.

De repente y a la vez, los puntos morados se pusieron en marcha como si hubieran recibido una orden que anulaba su consciencia.

Desde cada uno de los extremos de la ciudad comenzaron a dibujar líneas de color morado en dirección a Comuna Chapinero. El destino era predecible, la hora de llegada, un cálculo matemático.

Sin que aquello les asombrara, los puntos seguían acercándose a un centro de datos ya vacío. El invisible se había marchado en cuanto el último punto morado se puso en marcha.

—Les está vendiendo sin más —exclamó estupefacto Chicha, quien tenía el honor y la lealtad como unos de sus máximos valores.

—Cierto, *nyquy*. Ya han servido al propósito de quien sea que maneja esto y ahora, sin más, se los quita de encima.

Una vez más, ratificaba con ello que aquel punto invisible les había tratado de tomar el pelo, a ellos y a toda esa jauría de codiciosos que atendían la llamada de su amo, sin saber que los estaba mandando al matadero.

Cogió el teléfono y llamó al subinspector Maximiliano.

—¿Están preparados?

—Estábamos esperando la llamada.

—Cuando ustedes quieran. El centro de cálculo estará lleno en siete minutos.

A partir de ahí perdieron el control de esa operación por el acuerdo para mantener su firma al margen.

Los agentes de policía abordaron a Alfonso Valencia en su casa de Armenia. Sorprendido, gritaba su inocencia en cada una de las dependencias por las que iba pasando. Rechazaba ser propietario de ninguna sociedad ni tener nada en propiedad, aparte de su casa y una pequeña finca, ambas localizadas en Armenia.

A Andrés Felipe, a los gerentes de las subcontratas y a los colaboradores implicados los agentes les encontraron en el sótano del centro de cálculo. Todos declararon estar al servicio de un tal Ramón Dorado, al que ninguno de ellos conocía físicamente. Aquel desconocido era el aparente artífice de ese entramado y quien les había convocado allí tras el descubrimiento realizado por Chicha en SERAVTEL.

Andrés Felipe se sentía profundamente traicionado. Él había creído ser clave ocultando los flujos de información en SERVATEL. Ramón Dorado le había convencido de la importancia de su permanencia en la empresa y no podía entender que aquella traición fuera el pago por sus servicios. La Policía se incautó de una gran cantidad de dinero, coches y propiedades a su nombre.

El resto, como Andrés Felipe, había acudido a la llamada de su patrón y se sentían traicionados por el engaño de quien hasta entonces era su héroe y les había hecho vivir como reyes.

En los servidores hallaron las relaciones de cada uno de ellos con la organización, sus cometidos, los ingresos que recibían por sus servicios y las cuentas bancarias donde se depositaba el pago, así como cuantos datos eran necesarios para despejar cualquier duda sobre su participación. Una elaborada descripción, estructurada, visible y expuesta ordenadamente para ser encontrada con facilidad.

Andrés Felipe declaró que don Santiago Álvarez, tanto como él supiera, no había pertenecido a la red dirigida por Ramón Dorado. De Alfonso Valencia únicamente conocía la relación que tenía con Santiago Álvarez. Ninguno de los detenidos pudo confirmar si Alfonso era o no Ramón Dorado.

Día tras día, el análisis de millones de datos dejó al aire las cuentas de crédito repletas de dinero de los implicados, las ubicaciones de los centros de operaciones en el país, entre ellos la casa de la zona del Capo, las conexiones en países extranjeros, historiales de secuestros de mujeres y niños, pagos realizados con nombres de los compradores, socios de las páginas web, responsables de cada uno de los eslabones de esa cadena engrasada con lágrimas y sangre de inocentes.

Todos los nombres de ese negocio canalla quedaron al descubierto, incluyendo una larga lista de policías implicados, entre los que se encontraba el inspector Samuel David Rodríguez.

El negocio de la droga salió igualmente a la luz. Desde el nombre de un tal Roberto Henríquez, a quien la Policía tenía localizado, pero del que nunca sospecharon que fuera el máximo responsable de ese entramado, hasta cada uno de los colaboradores de esa red tejida durante años; traficantes, socios, cárteles implicados, sociedades de fabricación de paneles de fibra de vidrio entre la que escondían la droga, fabricantes de cajas de camiones, contenedores marítimos, embarcaciones.

Al tal Roberto Henríquez le hallaron, junto a toda su familia, acribillado a balazos en la hacienda que poseía al norte del país. El cruel asesinato parecía la venganza de algún cártel rival, lo que concluyeron por la espeluznante imagen que dejaron los agresores en la escena del crimen.

Y, por último, la gran sorpresa, la información que desató las alarmas y el temor en las más altas cúpulas del poder de una docena de países, la misma que posteriormente, tras meses de negociación, quedaría sepultada en una alianza que involucró a varios presidentes y opositores: nombres, relaciones, pagos, sobornos, hechos delictivos, amaños electorales, escándalos, abusos, delitos medioambientales y toda una completa colección de mierda que ocultar de varios

Gobiernos.

Ellos no recibieron copias de nada, no pudieron participar en el análisis de los datos ni hurgar en los servidores del centro de cálculo. El mismo Raúl se lo negó. Habían hecho su trabajo, ahora era cosa de la Policía.

En los días siguientes la prensa vibró con los logros de una Policía que había desmantelado la mayor red de tráfico de drogas y personas de todos los tiempos.

Los datos fluían de los servidores como cascadas de oro, que teñían de color las ávidas páginas de los periódicos e inundaban de luz los platós de las cadenas de televisión, colmando de elogios a una Policía siempre falta de ellos.

La alegría se apoderó de cuantos habían participado en la operación, mientras Martín y Chicha vigilaban pacientemente a su hombre invisible, siguiéndolo segundo a segundo.

—¿Imaginas lo que tiene que haber detrás de esto para haber recibido un regalo así? Quienes sean quieren desaparecer y desvincularse de cuanto han hecho hasta ahora.

—¿Y perderlo todo?

—Nadie se desprende de algo así sin tener algo mejor esperándole —dijo a la vez que hacía una larga pausa—. ¡Dios mío!, me da miedo pensarlo: o quieren empezar de nuevo o, lo que es más probable, ya tienen el mundo en sus manos.

—¿Estás seguro de que tenemos que seguir esperando, *Sadigua*?

—Seguro, *nyquy*.

Capítulo XX

El encuentro

El día siguiente al asalto del centro de datos de Comuna Chapinero entraron juntos en la empresa. Martín quería dar por finalizada la farsa que por semanas habían mantenido oculta.

Al entrar en la sexta planta, Erika, que estaba sentada en su escritorio, levantó los ojos al verle. Esos ojos brillaban como brillaron los de su madre en la ceremonia de su titulación. La miró con cierta expresión de desaprobación hasta que su secretaria, avergonzada, inclinó ligeramente la cabeza aceptando el reproche.

Esa mujer sabía lo que había pasado. Su cometido no era solo el que realizaba para SERAVTEL. La noticia no había llegado a los periódicos, pero ella lo sabía todo.

—La niña está a salvo —dijo por obligación, sabiendo que no era necesario.

Erika se levantó, se acercó a su jefe, lo miró. Se despojó de su coraza alemana y lo abrazó apoyando la cabeza contra su pecho. Él le pasó el brazo por encima de los hombros y la dejó desahogarse mientras sus ojos empezaron a humedecerse.

Sin hacer ningún comentario sobre lo que acababa de suceder, le dio una lista con los nombres de las personas que había elegido de las subcontratas para que organizara una reunión en la sala de la primera planta, a la que deberían sumarse los jefes de departamento de SERAVTEL.

La situación de aquellas sociedades había quedado comprometida por su implicación en la red que acaba de ser desmantelada y tenía que mantener activos los servicios que prestaban sin que nadie percibiera el más mínimo cambio.

Su propuesta para la casa matriz era volver a tomar el control de las actividades subcontratadas y ofrecerlas desde SERAVTEL, como era habitual en otros países.

En la reunión se limitó a explicar que una mala práctica ejercida por algunos de los responsables de las distintas organizaciones había hecho necesaria su salida. Chicha se haría cargo de la coordinación de las distintas subcontratas y allí mismo nombró a los nuevos responsables de cada una de ellas.

Según salían las noticias en la prensa, las figuras de ambos iban

engrandeciéndose a ojos de los empleados, que intuían el porqué de las ausencias de sus anteriores jefes y de los cambios que se habían producido, relacionando lo sucedido con la llegada de Martín a Colombia y el trabajo que había desarrollado junto a su estrecho colaborador.

Ninguno de los dos respondió a las insinuaciones de quienes quisieron regalarles los oídos, sabían el daño que la aceptación de esos elogios provocaría en la reputación de la firma y en la credibilidad ante sus clientes. Bastante tenían con confiar en el pacto hecho con Raúl para que no se les relacionara de forma oficial con lo que por esos días se estaba descubriendo.

Tenía una conversación pendiente con Erika, pero por alguna razón, tal vez relacionada con su orgullo, todavía no quería tenerla. Estaba tan seguro de que Erika escondía algo como de que siempre había estado de su lado y de alguna forma, desde el principio, había sido una colaboradora necesaria para el trabajo realizado.

Unas semanas más tarde recibió la visita de Raúl. Se presentó como el recién nombrado secretario del ministro del Interior. Quería invitarle a un acto privado para celebrar el cierre de la operación, que habían llevado a cabo los tres últimos años, bautizada con el nombre de “Operación Amazonas”.

Él quiso negarse. Raúl insistió en la necesidad de su presencia. Su empresa había quedado al margen, tal y como habían acordado, y un representante del Parlamento Europeo, que estaría presente en el acto, había demandado expresamente tener un breve encuentro con él.

No pudo negarse cuando recibió el encargo de repatriar a Daniela. Estaría en el acto, sería la estrella de la ceremonia, allí se realizaría la entrega oficial de la pequeña. El Ministerio correría con los gastos de la repatriación. Un funcionario se encargaría de coordinar lo necesario con quien él designara.

—¿Podrán venir las personas que movieron los hilos para iniciar la investigación? —preguntó.

—Por supuesto. El funcionario que contactará con ustedes en los próximos días seguirá cuanto le indiquen. Se lo ha ganado. Estamos en deuda con usted.

Cuando Raúl se marchó del despacho llamó a Erika.

—Tenemos una conversación pendiente.

—Me lo imagino, pero… —quiso seguir hablando cuando Martín la interrumpió.

—¡No! No ha llegado el momento para mantener esa conversación. Encárguese de organizar el viaje de Daniela, Laura y Conchita para participar en el acto al que nos ha invitado el secretario

del Ministerio. Imagino que usted está también invitada, ¿me equivoco? —dijo mirándola fijamente para ver la reacción que tendría y que él imaginaba—. Apóyese en Conchita para lo que necesite.

Como pensaba, Erika bajó la cabeza como ya había hecho en dos ocasiones anteriores. «Mentir es no decir toda la verdad», pensó. Estaba seguro de que Erika mentía, pero seguía convencido de que estaba de su parte, sabía que tarde o temprano acabaría descubriendo lo que pasaba.

—Llamaré a Conchita, no se preocupe por nada.

—Sé que no tengo que preocuparme —había descubierto un nuevo juego, aguantar la mirada de esa mujer hasta que, avergonzada, bajara la suya. Se limitó a sonreír.

En Madrid, Laura y Conchita saltaban abrazadas cuando Germán, el director general de SERAVTEL España, apareció por la puerta.

—¿Celebrando la victoria de su héroe?, enhorabuena.

—Perdónenos.

—Por favor, celébrenlo. Lo que ha hecho ese hombre es para celebrarlo, para que lo celebremos todos.

—Perdón por no decirle nada antes.

—No se preocupen, bien está lo que bien acaba.

—Gracias, don Germán.

Laura soltó a Conchita para ir a contárselo a Daniela.

Conchita se sentó para hacer una lista completa de lo que tendrían que preparar para el viaje.

Cuando entró en el piso de Moratalaz donde la habían instalado, la encontró mirando al infinito.

Apoyaba el hombro y la cabeza en el montante derecho de la ventana. Los brazos entrecruzados mantenían unido un cuerpo que podría descomponerse en mil pedazos de no ser por ese abrazo que, desde la puerta, parecía un recuerdo. Su piel descolorida, incapaz de guardar ningún secreto, dejaba ver con claridad las venas de las manos, haciendo que el endeble cuerpo de esa ausente mujer se viera como un frágil y quebradizo objeto. Alguno de los dedos, en una suicida misión, se arriesgaba a dibujar pequeños círculos en su piel para asegurarse de que estaba aún viva y era capaz de sentir.

Llevaba un bata gris, como ella, como su cara. Un pequeño bulto casi sin vida, sentado en una silla que por momentos parecía estar vacía.

Los árboles de la calle, una maraña de palos sin hojas, ponían el fondo al cuadro de tristeza que encontró Laura en la habitación.

Los ojos se le inundaron de lágrimas, era el fin, al menos eso creía. Tendría que haber gritado lo que venía a contar, pero no pudo articular ni una sola palabra, se quedó en silencio, carraspeó tratando tímidamente de llamar su atención y se limitó a mirarla.

Se apoyó en el marco de la puerta con la cabeza echada ligeramente a la izquierda, sujeta por la mano donde apoyaba la mejilla, el brazo derecho cruzado sobre el izquierdo y los ojos abiertos de par en par.

Su cara se fue transformando, haciendo cada vez más evidente la alegría. La llamaba con los ojos abiertos como platos para permitirla entrar por ellos a leer sus pensamientos.

Aquella débil mujer se giró a mirarla.

La primera lágrima dio la señal de salida a las demás.

Levantó la mano derecha, se la llevó a la boca con el puño ligeramente cerrado, mordiendo el dedo índice para tapar una sonrisa envuelta en llanto.

Los ojos de Daniela, temerosos y asombrados, se fueron achinando para ver mejor lo que su ángel le escondía y fueron recobrando la luz al intuir la felicidad de la bella pelirroja.

Laura dejó escapar una primera mueca de alegría y se tapó con fuerza la boca a la vez que encogía sus hombros, quería impedir el inmenso estallido que producirían los recuerdos de tantas y tantas horas de sufrimiento acumulado.

Miraba fijamente a Daniela. Su puño jugaba saltando entre la boca y los ojos, tratando de contener al mismo tiempo los gritos que querían escapar de su alma y las lágrimas que salían de su corazón.

Sus labios, incapaces de mantener por más tiempo el secreto, empezaron a dibujar una inmensa sonrisa, construida con la paciencia infinita de una abeja obrera, una sonrisa que empezó a decirlo todo.

No hubo palabras. El sol no quiso aparecer en aquel mágico instante o quizás supo de la necesidad de no interrumpir ese momento.

El alma de Daniela, encarcelada por meses, comenzó a salir poco a poco por los poros de su piel hasta inundar la habitación con la luz de la más bella tarde de verano. Brillaba como brillan las estrellas y como ellas estalló inundándolo todo, cuando en un solo grito soltó la rabia acumulada desde esa noche en la que tres individuos la habían dejado muda.

El resto de las inquilinas del piso quedaron paralizadas al oír aquel desgarrador grito. Laura seguía apoyada en el marco de la puerta secando sus lágrimas. El entrecortado sonido de su alegría, a través de un imparable llanto, sirvió de reclamo para que todas

acudieran a su lado para descubrir lo que había pasado.

Al llegar y entender lo que estaba sucediendo, empujaron a Laura al encuentro de Daniela, como cómplices amigas que empujan a la tímida amante para encontrase con su amado.

Daniela iba retornando a la vida. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a moverla de un lado a otro, tal vez negando la recién perdida agonía y dándose a sí misma la bienvenida a este mundo.

Seguía sentada. Abrió las piernas y dejó caer la cabeza y los brazos entre ellas. Las manos y el pelo bailaban círculos eternos en el suelo, como las ramas de un sauce que feliz acaricia la tierra que lo nutre.

Laura se acercó, el resto de las jóvenes tomaron su lugar bajo el dintel de la puerta. Apretujadas dejaron correr sus lágrimas mientras se abrazaban. Sus brazos y sus piernas se entrelazaron formando un único entresijo de ser emocionado que ya no reconocía la identidad de cada cuerpo.

Laura hundió la cabeza de la bella colombiana entre su falda. Ella se abrazó a sus piernas.

El tiempo, como hace en los grandes momentos, se paró un instante en señal de respeto.

El grupo de plañideras rompió en gritos de júbilo. Corrieron junto a ellas. Entre todas ayudaron a ponerla en pie, levantándola como a una ligera pluma. El cuerpo agotado de la joven madre, a quien, como en aquella noche de calles vacías, le fallaban las piernas para mantenerse en pie, trepó centímetro a centímetro por el cuerpo de su ángel hasta quedar enredada a su cuello en un abrazo que quedó grabado en las paredes de la habitación y en el alma de las que allí estaban.

Unieron sus cabezas. Se besaron, se volvieron a besar y así mil veces. Las manos se cruzaron para regalar infinitas caricias mientras sus lágrimas saltaban jubilosas de una a otra mejilla.

—La tenemos.

Esas fueron las dos únicas palabras que fue capaz de decir.

Daniela se abrazaba cada vez más fuerte.

—¿Está aquí? —preguntó nerviosa, apartando ligeramente su cabeza para mirarla a la cara.

—Nos iremos a buscarla de inmediato. Pronto estarás con tu niña.

Las inquilinas del piso se unieron con ellas en un único abrazo.

Todas lloraban. Cada una de ellas tenía una historia distinta a cuál más amarga. Cada una de ellas encontraba consuelo y esperanza en la noticia que aquella pálida mujer acababa de recibir. Cada una lloró hasta no tener lágrimas mientras Laura lloraba por todas ellas.

Muy pronto las noticias de lo sucedido en Colombia llegaron a la cafetería cercana a SERAVTEL España. Ese local había cogido el relevo del despacho vacío de la séptima planta y en él se cocía el devenir de la compañía.

Cuando Laura entró, recibió la ovación de todos. Los pocos clientes ajenos a la empresa aplaudieron también al ver la pasión del resto. Sonrojada, trató de desaparecer cuanto antes, ocupando su lugar en la mesa asignada por la rutina diaria al personal de Recursos Humanos, pero sus compañeros, arremolinados a su alrededor, se lo impidieron, haciéndole mil y una preguntas sobre la historia que habían oído.

El despacho de Martín, afortunadamente para quien hubiera podido ocuparlo, seguía vacío y desde él, ahora con más fuerza, seguía proyectándose la sombra de aquel poderoso hombre. Ese día era una sombra que cubría a toda la compañía en un abrazo común, que sumaba los brazos de sus más de doscientos trabajadores.

Conchita, como le tenía acostumbrado, preparó el viaje con exquisito detalle. Estaba emocionada. Su pequeño despacho, vacío durante los largos meses en los que su jefe estuvo ausente, se convirtió en el lugar de peregrinación que solía ser como antesala obligatoria de las reuniones que todos esperaban y temían.

Los rumores se habían disparado y todos querían estar cerca de esos seres bendecidos por aquel que estaba a ocho mil kilómetros de allí.

En Colombia, mientras tanto, Erika entró en el despacho.

—Te han traído un par de paquetes.

—¡Vaya!, ¿de quién son?

—Del pintor, del señor Benzán.

—Maravilloso personaje. Tengo que llevarle a Armenia. Veamos qué nos manda.

La secretaria los puso sobre la mesa redonda y volvió a su mesa para coger unas tijeras.

Él abrió el sobre que acompañaba a los paquetes y encontró una carta.

“Estimado Martín.

La charla de la otra tarde me dejó mejor sabor de boca que el vino que probamos.

Estoy deseando que mis fuerzas me acompañen para hacer el viaje a Armenia. Mientras eso llega, me he permitido mandarle unas

solteritas. Estoy seguro de que serán de su agrado. No olvide el licor de café y la canela.

Como sabe, a falta de recibir la compañía de alguien que venga a visitarme, paso la mayor parte del día viendo y leyendo las noticias.

Una voz dentro de mí, una que creía perdida desde hace tiempo, me pregunta si algunas de esas noticias, las más sonoras de estos días, no estarán relacionadas con usted.

Yo le digo a esa voz que se equivoca. Ella me dice que no cree en las casualidades.

Le mando un pequeño obsequio. Hace tiempo que no pintaba, pero la inspiración de la historia que me contó un buen amigo y que he ido completando al leer estas noticias, me han llevado a tomar de nuevo los pinceles. No imagina cómo se lo agradezco; he vuelto mancharme las manos de colores.

Espero que encuentre un lugar apropiado para mi regalo, si no, siempre podrá venderlo. Hágalo cuando me muera, seguro que ese toque dramático le da más valor.

Saludos, enhorabuena y gracias.

Benzán"

Abrió el paquete y lo puso sobre una de las sillas.

Era la figura de una mujer joven de piel de porcelana. Sus piernas estaban cubiertas con unas suaves medias blancas que aumentaban la perfección de estas y las hacían parecer algo artificial. Un vestido negro de lunares blancos, que no llegaba a sus rodillas, cubría su cuerpo. El pintor había transformado la cara de la bella joven hasta convertirla en la de una muñeca. Sus mejillas lucían dos grandes chapetas rosas y sus labios habían quedado reducidos, por el rojo intenso del maquillaje, a tan solo un pequeño círculo que transformaba esa cara en la de un juguete perfecto de cualquier amante de la agalmatofilia[51].

Sus tobillos, sus rodillas, sus muñecas y la cabeza estaban sujetas por lo que se intuía eran los hilos que colgaban de una cruceta de marionetas.

El cuadro estaba firmado: "Benzán, 2014".

«¡Daniela!», pensó sorprendido.

—Tenemos que sacar a este hombre de paseo. Pasa demasiado tiempo en casa y esto es peligroso —continuó diciendo mientras sonreía—. Erika, por favor, cuélgueme el cuadro en lugar de la copia del Endurance. Al igual que él, tiene lecciones que contarnos y este es un original.

Dos semanas más tarde, el cinco de marzo de dos mil catorce,

hubiera deseado ir al aeropuerto al encuentro de esas tres mujeres a las que esperaba con anhelo, pero sabía que debía estar alejado del más que seguro espectáculo que se formaría a su llegada. Mandó un coche a recogerlas y les hizo saber que las esperaría en el hotel.

Daniela fue recibida por un aparato oficial, que quería recoger la cosecha del triunfo sembrado durante semanas en periódicos, revistas y canales de televisión, cosecha que aseguraría para el futuro la continuidad de su codiciado presente.

Sin quererlo, se convirtió en la imagen de la Operación Amazonas y de la de un Gobierno que nunca se había interesado por ella ni por los miles que como ella sufrían en las calles.

Caras complacidas, sonrientes y orgullosas se abrazaban a una Daniela aún débil, queriendo evidenciar la eficiencia de cuantos tenían el honor de posar con ella.

Laura y Conchita observaban atónitas ese circo deseando que acabara. La luz de Daniela se iba apagando con cada flash de cámara que impactaba en su rostro, robándole el alma.

Gracias a Dios, esos personajes sin demasiado que hacer, estaban siempre ocupados en una agenda repleta de reuniones forzadas y vacías y fueron desapareciendo.

El espectáculo acabó tras veinticinco eternos minutos, cuando se hubieron agotado las combinaciones de fotografías posibles de unos con otros y cada uno de ellos tuvo las evidencias necesarias para proclamarse héroe protagonista de esa historia triunfal.

El chófer había recogido las maletas y esperaba impaciente el final de la farsa interpretada por tan distinguidos actores.

Las tres agradecieron estar de nuevo a solas cuando se cerró la última puerta del vehículo. Permanecieron calladas durante largo tiempo para no romper la belleza de ese silencio, que sonaba a libertad.

Conchita pudo reconocer durante el trayecto las descripciones de Bogotá que le había hecho Martín. Sonrió al ver las gentes de colores y las chillonas y decoradas chivas.

Laura movía de un lado a otro su cabeza para no perder detalle del variopinto recorrido.

Daniela, con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el respaldo y mirando el techo del lujoso coche, tenía la mirada perdida, al no ver lo único que le interesaba.

—¿Cuándo me darán a la niña? —susurró agotada por la larga espera.

—No te preocupes, ella está bien. Ten paciencia, esto acabará enseguida, Martín ya lo tiene todo preparado —le dijo Laura.

A Laura, cada vez que nombraba a Martín, se le iluminaban los ojos.

Daniela no respondió, nunca se quejó por nada. Estaba acostumbrada a sufrir sin reclamar nada a la vida que le había tocado en suerte. Siempre fue así y nunca tuvo el valor ni las fuerzas ni tan siquiera la capacidad de soñar cambiarlo.

Erika y Martín estaban esperando en el vestíbulo del hotel. Conchita se abalanzó saltando sobre él. Un acto que, según se producía, le iba inundando de un profundo sentimiento de vergüenza. Tras llegar a su destino y darle un fuerte abrazo, le pidió perdón y se dejó caer al suelo.

Él la cogió por debajo de los brazos y la alzó a esa primera posición. Conchita, con los pies en el aire, hundió la cabeza entre el hombro y el cuello de su jefe. Llevada por la veneración que le profesaba, sintió el deseo de darle un apasionado beso, pero lo transformó en un suave beso en la mejilla, hundiéndose de nuevo en su cuello, disfrutando de ese mágico momento.

«Quizás esto se produzca solo una vez, pero es mi momento», pensó y siguió colgada a él por un tiempo.

Erika, mientras tanto, recibió a Laura y a Daniela. Las tres se volvieron sonriendo a mirar a una Conchita que, según volvía hacia ellas, parecía retener entre sus manos, juntas y cerradas formando un coqueto cuenco, un sinfín de lágrimas de felicidad que quería guardar como recuerdo.

Laura, nerviosa por la presencia de Martín, sabía que la siguiente debería ser la mujer por la que habían ido a Colombia.

Mientras aquella humilde y agradecida mujer trataba de postrarse ante ese ser que había salvado a su hija, los ojos de Laura ya estaban conectados por un hilo invisible que lo envolvía.

Él pensó que esa mirada era la venganza de la naturaleza por lo que había hecho días atrás. Los ojos de la pelirroja penetraban su cuerpo como un peligroso troyano, devorándole sin contemplaciones, rompiendo sus defensas.

Sólo cuando vio casi de rodillas delante de él a la bella joven, fue capaz de reaccionar para agacharse y cogerla como había hecho con Conchita.

—Ya veo de dónde sacó Paola su belleza.

Estaba extremadamente delgada. Al cogerla sintió que tuviera en sus brazos a Paola, pudo reconocer el olor de la niña, la suavidad de su piel y la ternura de sus dulces dedos.

Por un momento la abrazó tan fuerte como hacía con la pequeña y como a ella quiso lanzarla al cielo.

—Eres igual que ella —dijo sorprendido—. Por primera vez soy capaz de reconocer a alguien por su abrazo, por su olor.

—¿La ha visto?, ¿está aquí? —preguntó dejándose caer, mirando a todas partes, buscando con la mirada de un lado a otro por encima de sus hombros.

—Ahora mismo vamos a recogerla.

Se echó a llorar sobre el pecho de Martín, él la consolaba acariciándole la cara, mientras Laura se derretía al ver la escena.

Había tanto deseo en los ojos y en el alma de la pelirroja, que convirtió un encuentro normal en una hazaña imposible. Al ir a saludarle, su cuerpo, rígido como un trozo de metal, giró hacía el mismo lado por el que él pretendía darle un beso. Para Laura ese hombre era un potente imán que la atraía, haciendo difícil controlar sus movimientos. La corrección de esa torpeza se acompañó con un giro violento hacia el otro lado impidiendo de nuevo el saludo.

Laura bajó la cabeza, sintió vergüenza, sonrió nerviosa. Por un instante dejó su cuerpo inerte, él le agarró las manos.

Martín, que veía en aquella bella pelirroja a una muchacha valiente, entendió mejor su trabajo como experto en telecomunicaciones al tocar esas temblorosas manos. Millones de bits humanos entraron por las yemas de sus dedos, llegaban a sus muñecas y se dirigían frenéticos a cada rincón de su cuerpo, queriendo destrozarlo todo.

Sonrió, agarró con fuerza las manos de Laura y las atrajo hacia él, besándolas. Giró su cabeza exageradamente a la derecha para hacer el hueco adecuado e invitó a Laura a hacer lo mismo para hacer posible el encuentro.

Laura se dejó caer sobre él y permaneció inmóvil unos segundos que le parecieron años. Él esperaba un beso de saludo. Ella quería mucho más. Posó la mano derecha en su nuca, le acarició casi imperceptiblemente el pelo con un juego de movimientos lentos que trataban de ensortijar en él sus dedos, sus gruesos y carnosos labios se acercaron abiertos a la mejilla de Martín depositando un suave beso, tan cerca de la comisura de su boca, como la osadía de la madrileña fue capaz de permitirse.

Todas sus defensas quedaron destrozadas recordando a Claudia, mientras una ruborizada Laura emprendía avergonzada una retirada temporal.

Claudia estaba allí, pudo sentir cómo le miraba llena de celos. Miraba a Laura alejarse y revivió las danzas de Claudia bajando las escaleras del hogar de acogida, haciendo el diario y triunfal paseo hasta su coche. Recordó el primer encuentro y el primer beso.

Levantó la cabeza para mirar a Erika y a Conchita, a quienes no se les había escapado detalle de esos últimos segundos y que esquivaron bruscamente su mirada.

—Dejad lo que necesitéis en la recepción, nos vamos a por Paola —dijo sonriendo.

Volver al centro de acogida o a lo que fuese aquello le suponía un gran reto, más después de ese beso, que hizo que Claudia regresara a su vida.

Laura y Daniela montaron en el coche que las había traído desde el aeropuerto. Él, de nuevo, no quiso ir con ellas, no quería verse involucrado en la maraña de fotógrafos que podrían estar esperando. Llevó en su coche a Erika y a Conchita.

—Tienes una nueva admiradora —dijo Conchita.

—La pobre está eclipsada por la aventura que estamos viviendo, pronto se le pasará. ¡Es joven! —contestó algo más triste que de costumbre.

—¿Y a ti?, ¿se te pasará? —preguntó Conchita.

—Quién sabe.

—Quiero que seas feliz. Erika me ha dicho que te ha visto muy feliz.

—Lo he sido, compañera. Lo he sido.

El resto del camino transcurrió en silencio.

Llegaron primero al centro de acogida. Cogió a Erika y a Conchita del brazo y pasaron por detrás de la muchedumbre, que se había congregado para recibir a su heroína. Fueron hacia la gran sala repleta de cunas.

Hay imágenes que no se pueden olvidar en la vida. Para Erika y Conchita esa sería una de ellas.

Decenas de cunas repletas de niños esperaban impacientes la llegada de cualquiera que se quisiera asomar.

Esas cunas y esos niños dieron forma en sus cabezas a las historias de todas las “Paolas” y “Danielas” del mundo. El llanto ocasional de algún pequeño silenciaba en sus cabezas los imaginados y estridentes gritos de lamentos de las decenas de almas que habían pasado por allí.

Unas cuantas enfermeras atendían a los niños. Algunos estaban durmiendo, otros de pie, apoyados en las barandillas o sentados en sus cunas.

Dudó si debía entrar, dio un pequeño impulso para lanzar su primer paso, pero se paró en seco. Una de las enfermeras, que le vio en la puerta con ese titubeo, le invitó a pasar. Erika y Conchita, agarradas del brazo, protegiéndose la una a la otra, con miedo a perderse entre tanto sufrimiento, iban tras él.

Se dirigió a la cuna donde siempre había estado Paola.

Allí seguía, tumbada boca abajo. Miró a sus compañeras para hacerles cómplices del hallazgo y puso la mano sobre la espalda de la pequeña. La niña volvió la cabeza, se frotó los ojos con sus pequeños dedos, dio media vuelta y se sentó a observarle.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras Paola se ponía en pie y se agarraba a la barandilla de la cuna. La niña, como queriendo esconderse, metía la cabeza entre sus manos. Al rato la sacaba para mirarle y volvía a ocultarla de nuevo.

Sabía que, a su manera, estaba reprochándole la ausencia de tantas tardes durante las últimas semanas. Se agachó para que su cabeza estuviera a la altura de la de la pequeña y se quedó quieto mirándola.

Milímetro a milímetro, aquellas pequeñas manos se fueron deslizando hasta los pies de la cuna, escondía la cabeza entre ellas, mirándose los pies.

Su necesidad de cariño era inmensamente mayor que los reproches hacia ese que un buen día dejó de cogerla en brazos. Levantó la cabeza, hizo un puchero y dejó caer algunas de las pocas lágrimas que le quedaban.

Aquel hombre racional e insensible, preocupado momentos antes por si debía entrar o no, por si debía coger a la niña o no, la agarró y la apretó contra él. Ella le rodeó el cuello con sus pequeños brazos lo más fuerte que pudo, quizás con la intención de no volverse a desprender del terreno conquistado y se hundió en Martín.

Notaba el jadeo del llanto de la niña en su pecho, golpeándole con la fuerza de un tremendo martillo que quisiera hacerle pagar su ausencia. Sus manitas seguían aferradas al cuello.

Conchita y Erika no perdían detalle del encuentro. A esas alturas ya dejaban ver sus pañuelos, tal vez para secar sus lágrimas, tal vez para ocultar sus caras y poder llorar aún más.

De repente, sintió cómo la pequeña se separaba bruscamente, estirando las manos, irguiendo la cabeza lo más alto que pudo, sin llorar, sin respirar, en silencio, con los nervios en tensión, como un perro de caza que de repente hubiera olido a su presa.

El grito de Daniela le hizo entender lo que pasaba.

La niña empezó a escalar con sus pequeños pies hasta saltar por encima de los hombros y caer en manos de su madre, que cayó de rodillas y cubrió cada rincón de Paola con su cuerpo, como esas flores que se cierran por la noche para proteger su interior, como las hojas blancas del Espatifilo del despacho de Martín.

Él abrió sus enormes brazos para apartar a todos y dejarlas solas,

les condujo a la puerta de la sala, mientras las enfermeras y los niños observaban el encuentro.

Al dirigirse a la puerta vio los ojos rojos y empañados de Laura. Sin decir nada se dirigió hacia él, le abrazó por la cintura y, como Paola, quiso hundirse en su cuerpo. Él abrazó su cabeza hundiéndola aún más.

Todos miraban a Paola y a Daniela. Erika y Conchita, cogidas del brazo y echadas la una contra la otra, miraban a Laura y a Martín.

Al llegar al hotel, madre e hija subieron a la habitación. Tenían la necesidad de recuperar el tiempo perdido. Ellos entraron en el comedor.

Juntos repasaron la historia y trataron de ponerse en la piel de la joven. Juntos despreciaron la avaricia de quienes para enriquecerse juegan con la vida de otros.

Acabaron en el bar tomando unas copas. Erika y Conchita se marcharon, vencidas por el cansancio de un largo día. Laura no quería alejarse de Martín, sus manos, cruzadas sobre la mesa, querían declarar su inocencia, mientras su mirada la delataba sin piedad.

Si hubiera podido elegir una noche para culminar sus deseos, hubiera sido esa noche. Se dio cuenta de que casi sin hablar lo estaba contando todo, quizás demasiado rápido. Muy a pesar de sus deseos, se dejó caer hacia atrás en el sillón ante la evidencia de que ese hombre la quería, tal vez como se quiere a una hermana o a una buena amiga, pero en su cara se podían ver las cicatrices del amor y del dolor con sabor a Claudia.

Una mano acariciando su cabeza para darle las gracias fue el resorte para que sus labios se acercaran hasta la mejilla de Martín. Él se quedó inmóvil, dejándola llegar, apretando cada músculo del cuerpo como el que se prepara para recibir un tremendo impacto y quiere evitar sentirlo.

Ella se marchó despacio. Su cuerpo danzaba al compás de la música del viejo pianista que interpretaba un bolero.

Al llegar a la puerta giró su cabeza, una última mirada, un último deseo. No hubo nada más, ni besos lanzados al aire ni guiños ocultos ni sonrisas ni ningún tipo de muecas, solo pasión y silencio. No era el momento.

Vio en Laura el mismo amor que veía en Claudia y eso le mataba.

Dejó el coche en el aparcamiento del hotel y regresó andando al apartamento. Necesitaba el frío de la calle para volver a inyectar oxígeno a su aletargado cerebro.

Se descubrió andando de baldosa en baldosa, intentando no pisar

las rayas que las separaban.

Se dejó llevar por el viento.

Capítulo XXI

Ramón Dorado

Había pedido al chófer que le recogiera en el apartamento. Al llegar vio a Laura esperándole en la puerta del hotel.

Se miraron y sus ojos se pidieron perdón. Ella, por su osadía; él, por su miedo. Ambos amaban apasionadamente y eran conscientes de que lo que sentían le impedía al otro recibir las respuestas que buscaba. Ella estaba con alguien que aún estaba lejos y él no podía ver más allá de su recuerdo.

Tras la lección aprendida la noche anterior, Laura quiso evitar

cualquier muestra de entusiasmo en su saludo. Él se limitó a poner su brazo sobre el suyo y ella a aceptar con resignación esa exigua muestra de cariño.

Erika, Conchita y Daniela con la niña en brazos esperaban sentadas en el vestíbulo. Martín explicó en qué consistiría el acto de la entrega oficial de la pequeña.

Daniela agarraba con fuerza a Paola, que parecía entender lo que se hablaba y trataba de enconderse, echa un ovillo, en su madre.

—Un último esfuerzo, Daniela, apenas unos segundos y todo habrá acabado.

Dolorida por el recuerdo, desconfiaba de todo lo que no fuera tener a su hija en brazos. Hubiera dado cualquier cosa por evitar aquella absurda comedia, pero entendió que debía hacerlo. Se puso a la pequeña a horcajadas sobre la cadera derecha y se agarró a Laura.

Al llegar, el salón estaba repleto de periodistas. Ellos se quedaron en una sala contigua, esperando las indicaciones del protocolo.

Raúl entró a saludarles.

—¡Miren la que han montado, granujillas! —dijo haciendo una carantoña a la niña.

Al volverse para pasar la mano por la cabeza de la madre, como si se tratara de otra pequeña criatura, se quedó impresionado por la belleza de esa mujer.

Se oyeron aplausos en el salón. Algún político comenzó un discurso, interrumpido de vez en cuando por ovaciones que acompañaban los éxitos expuestos. Raúl, celoso de su mérito, acudió rápido a recoger aquellos aplausos, que consideraba suyos.

Minutos más tarde se acercó, nerviosa, una mujer con algunos papeles entre las manos.

—Se acerca el momento —dijo.

En un gesto habitual e involuntario, Daniela volvió a apretar a la niña contra ella.

La mujer se quedó mirando por la puerta hacia el salón donde se celebraba el acto. Al rato hizo una señal.

—Treinta segundos.

Daniela temblaba nerviosa, recordando el sufrimiento de los últimos meses. Laura la acariciaba, tratando de darle fuerzas. Martín acercó los labios a su oído para ayudarla a enfrentarse a aquella pantomima.

—Nadie te quitará a tu hija, estamos todos aquí —susurró.

Paola se volvió a mirar a su madre. Daniela miró a Martín, dejando descansar sus miedos en él. Se dirigieron al salón.

El ruido de la gente y los flashes de las cámaras volvieron a

nublar su vista. Sintió que las piernas le fallaban, se agarró fuerte al brazo de Laura.

Frente a ellos, un político vestido con un elegante traje negro hablaba a una complacida audiencia, exaltada por la magnitud del éxito de la operación de la que hablaban todos los medios y que calificaban como la más importante de la historia.

Al ver a Daniela se giró, extendiendo los brazos y señalándola como el simbólico trofeo recibido tras la victoria en esa larga batalla.

Hizo una pausa en su discurso y desplegó con soltura la coreografía ensayada.

—Aquí tienen ustedes a nuestra valiente compatriota —dijo a la vez que daba una palmada, que fue seguida por los asistentes con gran entusiasmo.

La gente rompía las palmas de sus manos, solidarizándose con el sufrimiento de la joven y bella heroína.

El hombre del traje negro, estirando las manos, con el cuerpo rígido como si fuera de acero, evidenciando que era la primera vez que cogía a un niño, tomó a Paola y se giró como un robot articulado para mostrársela a todos. La niña rompió a llorar, Daniela la recuperó de la pluma de esa improvisada grúa en la que se habían transformado los brazos del anfitrión de ese evento y lloró con ella, provocando que a la mitad del salón se le escaparan las lágrimas.

Decenas de pañuelos tomaron el protagonismo de la sala. Unos tratando de disimular los estragos en el maquillaje, otros simplemente convertidos en bayetas incapaces de secar los inagotables ríos que, sin rubor, corrían por las mejillas de los más sensibles.

Las paredes, entusiastas al ver lo que pasaba, devolvían aumentado el sonido de los aplausos hasta convertirlos en el estruendo de un trueno, que recorría las almas de los presentes nublando su vista.

El sonido del batir de manos, las luces de los flashes y la gente se iban arremolinando alrededor de Daniela.

Martín observaba desde el fondo del salón. Laura había llegado a su lado y, llevada por la escena, hacía rozar por un segundo sus nudillos con la mano de Martín, para después apartarlos cuando creía que él era consciente de ello.

Miraba a Laura cuando sintió una mano en el hombro. Era un conocido político de un país de Europa donde había sido ministro en los últimos Gobiernos y ahora representaba a este en el Parlamento Europeo.

Él, que jamás se casó con ningún partido, era un entusiasta seguidor de ese hombre, merecedor de sus elogios. Consideraba que

era de los pocos capaces de defender sus ideas por encima de ideologías y ataduras partidistas y en más de una ocasión había hecho pública su admiración por el personaje que ahora tenía frente a él.

—Buenos días, don Martín —dijo en un perfecto español sin apartar la vista del espectáculo montado alrededor de Daniela.

—¿Me conoce? —dijo extrañado.

—¿Y usted a mí? —respondió con cierta sorna.

—A usted le conocemos todos, al menos en Europa. A mí, no.

—Yo sí, yo le conozco.

—¡Vaya! —dijo sorprendido— ¿algo que deba saber?

—Lo que necesite saber debe encontrarlo usted solo, como ha hecho hasta ahora.

Martín se le quedó mirando, pensando en qué es lo que sabría de él.

—Como bien se imaginará, no puedo ayudarle, nunca le he podido ayudar, aunque me hubiera gustado hacerlo y compartir con usted el éxito del trabajo que ha hecho. Mi enhorabuena.

—Estoy aquí por usted, al menos eso me dijeron.

—Cierto. Imagino que no conoce totalmente el alcance de la operación que ha sido capaz de desmantelar. Hay muchas cosas que jamás llegarán a la prensa y eso nos tranquiliza a todos, pero don Ramón sigue suelto y eso nos inquieta.

—¿Quiénes son todos?

—Todos. ¿Qué más da? Todos.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Imagine por un momento que, de toda esa información que jamás saldrá a la luz, don Ramón tiene una copia. Cualquier acuerdo que se haga ahora para ocultarla no será sino un problema mayor si se llega a conocer que "todos" —repitió con énfasis— la hemos ocultado.

—¿Quiere decir que hay que ocultar la verdad?

—Sé que pedirle eso a usted es pedir demasiado. Por eso me mandaron a mí a hablar con usted. Alguien piensa que puedo ejercer cierta influencia, que confía en mí. ¿No deberíamos coger al tal Ramón Dorado? ¿No se siente usted engañado por él?

—Sí, pero sabe que jamás ocultaré la verdad, por mucho que usted me caiga bien, lo cual es cierto. Al menos lo era hasta este momento —le contestó, reprochando lo que acaba de decir.

—Por eso no tuvo usted acceso a los servidores de Comuna Chapinero. Debería ser más flexible en pro de intereses mayores.

—¿Qué intereses? —preguntó contrariado.

—Intereses mayores. ¿Puede encontrar a Ramón Dorado?

—¿Y si yo tuviera una copia de lo que temen? —dijo conociendo

cuál sería la reacción de ese personaje.

—Encuentre a Ramón Dorado, por favor —insistió mientras se le quedó mirando, pensando que esa última frase era una posibilidad que no habían contemplado y que bien pudiera ser cierta. Sin duda, aquella información era más peligrosa en sus manos que en las del propio Ramon Dorado, al que siempre podrían tratar de comprar de una forma u otra.

Estaba atento a las señales de alerta que había hecho saltar en su interlocutor cuando Laura le cogió del brazo.

—Saquémosla de aquí, por favor.

Se giró para mirar a Laura. Al ver a Daniela llorando en mitad de la muchedumbre entendió la necesidad de lo que le estaba pidiendo. Quiso acabar la conversación con aquel político, pero al darse la vuelta ya no estaba. Le buscó con la mirada y lo encontró hablando con el organizador de ese homenaje y otras personas. Ese sujeto, al que siempre había admirado, le hizo una señal, que entendió como una cortés despedida y la petición de que siguiera trabajando para ellos y se dio la vuelta. En ese círculo de gente también estaba Erika, quien al verse sorprendida bajó la cabeza.

La siguiente semana se limitó a disfrutar de Colombia con sus distinguidas visitantes y especialmente a acompañar a Daniela para ayudarla a retomar su vida.

Cuando conoció a sus padres entendió las razones para no querer volver a su pueblo.

Daniela les pidió que le acercaran a su vieja casa, quería recoger algunas cosas.

Subían una solitaria calle en las afueras de la ciudad. Las ruedas del coche rasgaban sigilosas la tierra húmeda. Martín se dejaba guiar por las indicaciones de la colombiana.

—Fue aquí —dijo inconscientemente.

—¿Cómo dices? —preguntó Laura.

—Aquí fue donde me asaltaron.

Martín le preguntó por el sitio exacto y paró el vehículo. Abrió la puerta donde iba sentada y la invitó a salir. Ella agachó la cabeza y trató de esconderse, yéndose hacia el centro de la banqueta trasera, donde iba sentada con Laura.

—¿Qué haces? —le reprochó Laura, agarrando por el brazo a Daniela, sorprendida por lo que entendió un acto rudo y cruel de aquel al que admiraba.

—Ven conmigo, por favor —le dijo extendiendo la mano.

Confiaba en él. Antes de salir le pasó la niña a Laura.

Salió y apoyó atemorizada la cabeza en el pecho de Martín, mientras colgaba las manos de sus hombros. Cerró los ojos para no ver nada y al instante tuvo que abrirlos para no recordar.

Él, de forma lenta y suave, cogió sus manos y la fue separando a la vez que le daba la vuelta. Estaban en el mismo lugar por donde salieron rodando las cosas que llevaba en el hato. Ella miró hacia abajo para verlas y se descubrió en el suelo, sujeta por aquellos individuos.

La calle, en esa soleada y fría mañana, ofrecía una impresionante vista del valle. Un ancho río cruzaba tranquilo el paisaje. El sonido de los pájaros llegaba nítido a través de un aire puro, cargado de intensas esencias que iban y venían, inundando con su olor de vida el cuerpo de esa pareja abrazada.

Laura, que había pasado la niña a Conchita, se asomó por la ventana para poder ver mejor lo que pasaba. Las dos miraban complacidas y con cierta envidia el abrazo protector de Martín y el placer de Daniela, acurrucada en él.

Miraban al horizonte infinito del valle, queriendo borrar con aquella belleza el tremendo dolor del recuerdo.

Dejó a Daniela en la acera y se fue al otro lado de la calle.

Un terraplén inclinado dejaba ver algunas casas decenas de metros más abajo. Puso los brazos en cruz, extendiéndolos cuanto pudo. Luego, haciendo un círculo con sus manos alrededor de la boca y elevando los codos, soltó un desgarrador grito, que inundó el valle hasta perderse en lo más profundo. No hubo eco que pudiera repetir ese grito y solo quedó el silencio.

Se dio la vuelta, extendió los brazos, colocó las palmas de las manos hacia arriba con los dedos ligeramente encogidos en forma de gancho, tratando de atraerla como había hecho meses atrás con su hija.

—Ahora, tú.

Ella dudó si dar el paso, no se veía capaz de bajar de la acera y atravesar la calle. Martín la miraba fijamente a los ojos, ella no quería mirar a otra parte. Dejó que sus pasos siguieran el camino de aquella mirada. Él la agarró de la cintura y la puso frente al terraplén.

—Ahora, tú —repitió susurrando.

Hizo los mismos movimientos que le había visto hacer. Movió la cabeza de un lado a otro para soltarse el pelo y desperezar su alma, la echó hacia atrás, pasándose la mano por la cara para recogerse el cabello y las puso alrededor de la boca haciendo un círculo.

Un corto y agudo grito trató de escapar de su garganta sin apenas lograr que se oyera. El segundo grito se deslizó por el río dibujando

una delgada línea. Los pájaros, asustados por aquel agudo sonido, abandonaron en desbandada los árboles para inundar el cielo, llenando el aire con el rumor del batir de sus alas. La alargada sombra de una nube cubrió por un instante el verde valle de negro y sus habitantes miraron hacia arriba buscando el origen de ese lamento.

Volvió a gritar una tercera vez aún más fuerte y de nuevo una cuarta y una quinta y otra, hasta que los gritos fueron apagándose, siendo cada vez más cortos y vacíos.

Se dio la vuelta y se dejó envolver por los brazos del ser que le estaba dando la libertad. Ya no había lágrimas, únicamente el cansancio acumulado de tantas semanas haciendo mella en su cuerpo.

El tenso silencio que se hizo en el valle tras aquellos alaridos dio paso de nuevo al sol, al canto de los pájaros y al quehacer de sus gentes.

Daniela levantó la cabeza, agarró dulcemente la cara de Martín con ambas manos y le besó en los labios. Fue un beso corto, intenso, donde los labios apenas se rozaron, para mostrar el agradecimiento de esa mujer entregada.

Al verlo, Laura sintió un tremendo escalofrío, que le hizo salir a toda prisa del coche. Él sonrió al verla, ella volvió la cabeza, vio a su ángel mirándolos, entendió su mirada y con una sonrisa volvió a acariciar la cara del hombre que la había devuelto a la vida.

Martín cogió a Laura de la mano y la llevó frente al terraplén. La puso delante de él y le levantó los brazos poniéndolos en cruz, le cogió las manos entrelazando sus dedos con los suyos y la invitó a abrazar el paisaje mientras besaba su pelo.

—Recuérdalo, recuérdalo tal y como está ahora y piensa que tú lo has hecho posible, convirtiendo una oscura y sucia noche en el más valioso de nuestros recuerdos.

Daniela, mientras tanto, se sentó en la banqueta trasera. Una racha de aire alborotó su largo pelo, cuando se lo apartó de la cara para recogerlo en una coleta, Conchita, que miraba hacia atrás desde el asiento delantero, fue testigo de la maravillosa transformación que se producía.

Sus desgarbados hombros se erigieron hacia el techo mientras inspiraba, su boca soltó las últimas bocanadas del mal que le quedaba dentro con el vaivén de la cabeza en la elaborada tarea de recoger hasta el último cabello en la coleta. Parecía estar exhalando el sufrimiento acumulado. Se desabrochó los botones de la camisa cercanos al cuello, como si estos le hubieran estado asfixiando y sus pechos, escondidos hasta entonces, emergieron como poderosos volcanes. Al ser consciente de que Conchita la miraba, sonrió.

La triste niña que hasta ahora habían visto se había convertido en una atractiva y poderosa mujer al quitarse de encima sus miedos.

—Si quieren nos vamos —dijo una Daniela empoderada, que seguía retocándose la coleta como si tratara de arreglar en ese instante el mal acumulado en meses.

—¿No querías recoger algo? —preguntó Martín sonriendo, mirando por el espejo retrovisor y quedándose impresionado al ver el intenso brillo de esa mujer que, coqueta, presumía de la belleza que apenas unos instantes antes escondía y parecía no existir.

—No, perdónenme. No necesito nada. Lo que quiero lo tengo aquí conmigo. Vayámonos.

El mismo día que regresaron a Bogotá, Daniela fue a visitar a Raúl, incapaz de reconocer en ella a la chiquilla desesperada y hundida que había dibujado en su imaginación.

La conversación fue corta, ninguno de los dos contó lo sucedido en ese despacho del Ministerio, pero ella salió con un puesto de trabajo en el centro de acogida donde empezó aquella historia.

Raúl, siempre distante con todos, la acompañó amablemente hasta la puerta del edificio donde trabajaba. Las malas lenguas de ese negociado creyeron ver una relación en ciernes, los más observadores comprobaron la incapacidad de ese personaje para mantener una relación con semejante ser humano.

Volvió al centro de acogida del noroeste. Como le había enseñado Martín, quería enfrentarse a sus miedos y vencerlos.

Al entrar, todos salieron a recibirla. Para aquellas personas era una heroína.

—¿Puedo bajar? —preguntó cuando había saludado a todos.

—Por supuesto.

—Si pueden dejar por un momento la planta de abajo vacía, lo agradeceré, quiero estar sola, entraré directamente por la puerta de atrás, por la calle.

Se dirigió al mismo lugar desde donde aquel día cogiera la *pickup*. Recordó al hombre de color que la llevó hasta la bella prisión escondida en la selva. Le hubiera gustado volver a verle, estaba segura de su bondad, seguramente oculta tras una triste historia, hubiera querido permitirle hacer el camino de vuelta con ella y que así borrara de su memoria las decenas de historias que le estarían persiguiendo para hacerle sufrir.

Al entrar, a la izquierda, estaba el despacho donde la recibió la elegante mujer del vestido color tierra y lunares blancos que fue capaz de engañarle a ella y a Martín.

Despacio, con toda una vida por delante, se sentó en la misma

silla de aquel día.

Apoyada en el respaldo, con las manos sobre las piernas, miró a su alrededor. Entonces no vio nada, hoy podía ver cada detalle y recordar lo vivido. Se incorporó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa, unió la punta de sus dedos, apoyó contra la barbilla los pulgares y miró fijamente a los ojos a esa mujer de intensos labios rojos.

Vio a una demacrada Claudia suplicándole perdón y, sin pedirle explicaciones, la perdonó. Fue entonces cuando Claudia se hizo aire y desapareció.

Salió del despacho, allí seguían las puertas. Una, dos, la tercera puerta era nueva, habían quitado la que estaba reventada. Ahora dos a la derecha y cuatro más a la izquierda y llegaría al comedor convertido en enfermería.

Cerró los ojos. La oronda mujer seguía sirviendo sopa de sancocho, recordó ese intenso olor a caldo tras su captura, guardó pacientemente la misma cola que entonces hasta llegar al lugar donde recibió la sopa, la leche, el pan y el yogurt. Daniela sonrió y dio las gracias a la oronda mujer, que se deshizo como arena.

Volvió al pasillo, enfrente estaba la puerta entreabierta de la habitación en la que un día no quería despertar. Al llegar vio la misma bombilla desnuda alumbrando el interior, pasó y se sentó en la cama. Era la misma cama.

El personal del edificio, expectante, se había juntado en la planta principal para dejarla sola cuando oyeron un desgarrador grito, que hizo temblar techos, paredes, suelos y a cualquier ser vivo que estuviera dentro del recinto.

Asustado por ese grito, que no pareció humano, uno de los que esperaban en la primera planta salió corriendo. Se encontró a Daniela subiendo las escaleras.

—¿Está bien? —dijo mirando nervioso de un lado a otro.

—Mucho mejor, gracias. Cuando venga a trabajar tendremos que pintar las paredes, siguen sucias.

—Sí, señora —dijo confundido el corpulento hombre, que seguía buscando en el aire el origen de ese grito imposible para los pulmones de aquella mujer.

Chicha, ajeno a todo y a todos durante esas semanas, seguía inmerso en el juego que él y Martín habían planeado.

—Creo que se acerca el momento —dijo cuando Martín llegó a su casa.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¡Mira!

—¡Ah!, la sede de COLSISE, el mismo lugar donde fue la noche del asalto a Comuna Chapinero.

—Cierto, es un edificio empresarial muy lujoso, ubicado en una de las mejores urbanizaciones a las afueras de Bogotá. Una sociedad que ofrece sistemas de seguridad muy especializados para grandes compañías y cobra una fortuna por ello —explicó Chicha al mismo tiempo que le mostraba unas fotografías.

—Una empresa con cafetería, jardines y seguramente un apartamento oculto en cualquier rincón, que haría las delicias de cualquiera que no quisiera ser visto —completó Martín.

Desde el asalto al centro de cálculo los dos sombreros grises habían abandonado los equipos y los lugares desde donde habían estado trabajando.

Chicha se refugió por unos días en un apartahotel en el centro de la ciudad, observando los movimientos del invisible con la ayuda de sus últimos programas, un viejo ordenador y una conexión a través de un sinfín de servidores, que probablemente pertenecían a la propia red de Ramón.

Mientras, Martín, por si era necesario, había estado recorriendo el país sin ningún aparato electrónico que pudiera rastrearle.

—Cuenta —preguntó mientras observaba.

—Se va de viaje, lo he seguido en cada salida que ha hecho y sin duda está preparando las maletas.

—Tendremos que cogerle cuando ya esté sentado en el medio de transporte que elija, ni antes ni después, o se esfumará como un fantasma.

—Avísame cuando llegue el momento.

Capítulo XXII

Carta de despedida

Esperaba la visita de Ramón a su apartamento.

En los servidores que tenía en la habitación del fondo había creado una realidad alternativa llena de trampas y engaños, cuando un *hacker* intentara acceder a esa red, sería incapaz de saber lo que era real y lo que no.

Diferentes señales puestas en el camino mezclaban informaciones ciertas y falsas. El *hacker* podría tener la seguridad de que estaba en el servidor de Martín y comprobar algunos datos intencionadamente expuestos. El resto eran provocaciones continuas para hacerle seguir cayendo en la trampa.

Sabía que ese visitante no se conformaría con el número de tarjeta bancaria y sus contraseñas, ni siquiera con los documentos cifrados como secretos, el insaciable *hacker* lo querría todo.

El ordenador había seguido trabajando a diario, dejando expuestos en la realidad alternativa hechos y datos que le hicieran pensar al intruso que estaba tomando el control de su vida, mientras seguía inundando esa realidad con trampas y más trampas, cebos y más cebos. Datos que, como el propio Ramón hacía, eran tomados de forma automática de perfiles y noticias reales de importantes empresarios y banqueros, todos ellos debidamente trasladados a la vida y perfiles de Martín.

Los engaños eran sutiles, dignos del rival al que se enfrentaba. Este tendría que elegir: cobrarse su supuesto premio cuando lo creyera oportuno o seguir conquistando el mundo de su víctima hasta vencerle por completo. Él sabía que era esto último lo que perseguiría y, por ello, puso a sus pies numerosas provocaciones, dejándole entrar más y más, poco a poco y no sin dificultad, en aquella realidad paralela que construía para él.

Sabía que era cuestión de paciencia, había que seguir alimentando el deseo de control y dominio de ese individuo que pretendía controlar el mundo y controlarle a él.

Lo más interesante del método ideado era que el sistema de seguridad diseñado tenía el control de la situación y no el *hacker*, lo que le permitía tomar decisiones meditadas sin dejarse llevar por el pánico o la precipitación.

Sabía que Ramón utilizaría un *Tor*[52], un ”enrutado cebolla” que, combinado con otros complejos sistemas, hacía su captura casi imposible, ya que podía estar desviando toda su actividad a un sistema que estuviera en cualquier país lejano o en uno en el que no se conservaran registros de dónde la actividad fue generada o, peor aún, las dos cosas.

Pero el objetivo más importante de lo que había construido era que el complejo sistema llamaría la atención de Ramón para alejarlo de Chicha.

Regresó a la oficina tras los días de descanso.

—¿Sí? —dijo cuando oyó a Erika tocar con los nudillos en la puerta del despacho.

—He estado investigando. Si Ramón Dorado se ha quitado de encima toda esta estructura es porque ya no la necesita. Imaginé que ahora le es suficiente con tener acceso a todas las plataformas de las redes sociales y, al igual que hicieron ustedes en Bogotá, buscamos a nivel mundial un gran centro de cálculo que pudiera manejar esa cantidad de datos y dimos con el adecuado, pertenecía a la sociedad R&DNVW.

—¿Dimos?, ¿quiénes? —preguntó levantando la cabeza para mirar a Erika, sabiendo que esas dos preguntas no iban a ser contestadas—. ¿De qué me suena R&DNVW?

—Es el acrónimo en inglés del centro de cálculo de Comuna Chapinero, I&DNMV, “Investigación y Desarrollo Nuevo Mundo virtual” en español o R&DNVW, “*Research and Development New Virtual World*” en inglés. De no ser porque está muerto, sería una jugada típica de don Santiago.

—¡A nuestro *hacker* le gusta jugar! No se moleste en seguir buscando. Ramón Dorado ya no necesita nada. Habrá vendido ese centro de cálculo.

—¿Cómo lo sabes?, nos costó trabajo descubrirlo, pero tienes razón, el centro de datos de R&DNWW ha sido vendido hace tres meses a un fondo de inversión americano.

—Ramón lo tiene todo.

—¿Cómo lo sigue haciendo?

—Creo que desde donde quiera que esté, desde cualquier ordenador o teléfono. Tiene todas las claves, abre todas las puertas, está como quiere estar, solo e invisible para los demás.

—¿Le cogeremos algún día? —preguntó Erika.

—Quién sabe —contestó.

Hizo una pausa, era el momento.

—¿Y usted, cuándo me va a contar la verdad y desvelarme su verdadero trabajo?

La secretaria, sin decir nada, salió del despacho, abrió la llave de uno de los cajones de su escritorio, cogió una carpeta y volvió para dejarla sobre la mesa de su jefe.

—Aquí está. Perdóneme. Como usted ha dicho, es mi trabajo.

Antes de empezar a leer, se quedó mirándola.

—¿Y hasta cuándo seguirá con ese trabajo?

—Hasta que cojamos a Ramón Dorado.

Erika salió del despacho mientras Martín revisaba el contenido de la carpeta.

Lo único cierto era su nacionalidad y que su último trabajo oficial en Europa había sido en la sede central de SERAVTEL en Milán. El resto, una vida inventada.

Erika Fisher, natural de Múnich, de cincuenta y un años, soltera, era miembro de la Europol. Estaba destinada a una operación cuyo objetivo era la captura del *hacker* Ramón Dorado, al que involucraban en el amaño de campañas electorales en varios países de Europa.

—¿Qué pinto yo en esto, Erika? —dijo sin moverse de su mesa mientras seguía revisando la documentación.

—Yo te elegí. Ese fue mi trabajo en Milán, encontrar al mejor y hacer que le trajeran aquí. Y tú eres el mejor —dijo sin moverse de su silla.

—¡Putos bueyes!

—¿Cómo dices?

—Nada, Erika.

—Si te sirve de consuelo, tu jefe en España no sabe nada y los responsables de la central de Milán no tuvieron elección. Primero elegimos la empresa, después te elegimos a ti.

«Sabía que era un engaño, pero no de esta magnitud», pensó.

Se puso de pie y se quedó mirando el cuadro que le había regalado Benzán. Se sintió un títere en manos de Erika y de la organización que estaba tras ella, como la mujer del lienzo en manos del titiritero que manejaba la cruceta que la sostenía. Eso le hizo sentirse vulnerable e incomprensiblemente y tal vez por ello, al ver de nuevo su reflejo en los cristales, le gustó lo que veía, un ser humano capaz de los mayores logros y objeto de la mayor de las burlas.

Observó sus zapatos, su traje, se ajustó el nudo de la corbata y le guiñó un ojo al que estaba frente a él y le miraba con sus mismos ojos. Ambos sonrieron.

«Estamos trabajando para millones de personas, Martín. Hay que arrancar el mundo de las manos de ese hombre. Es nuestro turno», se

dijo a sí mismo en silencio.

Chicha entró en el despacho.

—*Sadigua*, ¡ahora! —dijo entusiasmado.

—¿Qué has descubierto?

—Lo tengo en el móvil. ¡Mira!, se dirige al aeropuerto.

—Erika, necesitamos revisar, si puede ser ahora mismo, las cintas de las cámaras del aeropuerto, ¿podría conseguirlo? —dijo haciendo una cómplice señal a Chicha para que callara, tratando de asegurarse con aquella frase que la Policía acudiera a su llamada, pero al mismo tiempo sin querer levantar demasiadas alarmas que los hicieran llegar con estrépito y espantar a su objetivo.

—¿Cómo? —dijo sorprendido Chicha.

—Ya te contaré.

En menos de un minuto Erika entró en el despacho.

—Don Raúl nos espera en veinte minutos.

Se dirigieron al aeropuerto y entraron en la zona de seguridad. Chicha entendió al instante el doble juego de esa mujer, a la que se le abrían las puertas y a la que Raúl recibió como si fuera su superior.

Pidieron ver las cintas de esa misma mañana, el martes veinticinco de febrero de dos mil catorce. Buscaban las imágenes grabadas en los últimos quince minutos. Erika y Raúl, sin poner reparos ni preguntar, atendían solícitos sus peticiones, confiaban ciegamente en él, lo conocían lo suficiente para intuir que lo que estaba pasando era más importante que el asalto al centro de datos.

El funcionario empezó a mostrar las imágenes de las grabaciones tomadas por las diferentes cámaras en esa franja horaria.

Siguiendo un protocolo que nadie activó, Erika solicitó un registro de los vuelos privados, Raúl la lista de vuelos regulares y sus horarios de salida. Sin saber lo que buscaban pidieron al responsable de seguridad del aeropuerto, que los había acompañado desde que entraron en el recinto, que de forma discreta avisara a la torre de control para impedir la salida de cualquier vuelo hasta nueva orden.

Comenzaron a revisar las cintas correspondientes a la zona de los pasajeros de vuelos privados. No tardaron ni dos minutos cuando Erika y Chicha se llevaron las manos a la cabeza mientras él disfrutaba del penúltimo movimiento de su partida con Ramón Dorado.

—¡Vuelva a pasarla, por favor! —dijo sorprendida Erika.

—¿Qué habéis visto? —preguntó Martín con desinterés.

—Míralo tú mismo —dijo Chicha.

En la cinta se veía con claridad a un sujeto pasando delante de la cámara, haciendo una especie de saludo militar tocándose la frente

con los dedos de la mano derecha.

—¿Quién es?, creo conocerle —preguntó irónico.

—¡Un muerto, *Sadigua,* un muerto! —contestó Chicha.

—Don Santiago —dijo Erika.

Raúl dio la orden. Los agentes de policía irrumpieron en la zona privada del aeropuerto, ocupando la sala de espera y reteniendo a los aviones en pista.

En un avión procedente de Cali, Sebastián Neira había recogido a Santiago Álvarez a las doce en punto del mediodía, su destino, Belmopán, la capital del estado de Belice. Ambos estaban celebrando con champán su partida cuando vieron las sirenas de las patrullas rodeando la aeronave.

Mientras, en la sala de seguridad, seguían revisando cintas. En una de ellas y en clara actitud de querer ser visto, Santiago dejaba un teléfono móvil en una taquilla.

—Ábranla, pero tomen las precauciones necesarias. No sabemos lo que es capaz de hacer ese hombre —ordenó Erika.

—¡Es para mí!, no va a explotar, si es lo que temes —dijo Martín con autoridad—. Esta vez seré el primero en analizar lo que haya dejado.

Sabía que iban a hacer lo que él dijera, había sido elegido para ese trabajo y decidió jugar el papel que siempre tuvo y no supo utilizar.

En ese momento imaginó la cantidad de gente que habría visto el collage que con tanto empeño había ido construyendo en la pared del despacho y el poco uso que había hecho de ello hasta ese momento. Seguramente no observó con atención cada arruga de ese blanco papel, que hubiera podido contarle los secretos que guardaba la alemana.

«Nunca aprenderé, maestro. Hay infinitos detalles que observar en cada instante, cada persona y cada cosa. Tenías razón al decirme que todo se nos muestra delante de nosotros y que únicamente los que no quieren ver son ciegos. A veces yo también soy ciego, ¡pero es tan difícil ver! Estamos ensimismados haciendo girar todo a nuestro alrededor, filtrando a nuestra conveniencia lo que vemos, despreciando lo que no nos interesa, lo que nos parece vulgar e irrelevante y es ahí donde están escondidos los detalles», pensó recordando al viejo doctor y las arrugas del papel que ahora imaginaba habría sido enrollado y desenrollado muchas más veces de las que creía.

—En la taquilla han encontrado un teléfono móvil y una flor blanca de astromelia —dijo Erika pasándole el teléfono.

—¿Qué significa la flor? —preguntó Chicha.

—No lo sabemos —contestó Erika.

—Otro concepto abstracto —susurró Martín.

—¿Cómo dices? —preguntó Erika.

Por arte de magia, como solían pasar las cosas en el universo de Ramón, la pantalla principal del teléfono se iluminó cuando quiso encenderlo. Se limitó a girar su silla para permitir que los demás vieran lo que esa pantalla quería mostrarles y se limitó a leer en voz alta el mensaje.

"Hola Martín.

Debió disfrutar más de las cenas que le ofrecí y aprender a mi lado. Hubiéramos formado un buen equipo.

Usted cree que está en el bando de los buenos, pero esté seguro de que a nadie le importa ese bando. Todo en lo que se puede creer en su bando no es más que una gran mentira creada por gente como yo. Conceptos abstractos, eso en lo que usted tanto trabaja.

Espero que le haya gustado lo que ha visto en el aeropuerto. La actuación ha sido exclusivamente para usted. Una dedicatoria especial que estoy deseando que vea.

Dele la enhorabuena a Chicha, sin él no lo hubiera conseguido. También a Erika. Tomé la decisión de quitármela de encima el día que descubrí quién era, el mismo día que elegí morir. Era lo más sencillo.

Me ha hecho un inmenso favor, le estaré eternamente agradecido. No sabía cómo salir de ese infierno 2.0 que había creado. Cuando empecé tuve que montar un enorme ejército para mantener mi mundo, hasta que llegó usted para librarme de todos ellos y a la vez.

Ahora tengo una nueva versión 8.0. Ahora soy yo quien define el estado del arte de las telecomunicaciones. Tengo a los mejores trabajando para mí. ¡Una pena que no pueda contar con usted!, al menos, de momento.

Cuando lea esto estaré muy lejos, empiezo una nueva vida. Si algún día quiere pasarse al lado oscuro tan solo tiene que decirlo en voz alta o escribirlo, allí estaré para abrirle con honores las puertas. Algún día será suficiente con que lo piense, pero de momento, seguimos trabajando para hacer esto posible.

Imagino que se preguntará cómo soy tan ruin como para haber involucrado a mi amigo Alfonso. Como usted desea, soy humano. Pillé a Alfonso, en el piso donde vivíamos cuando éramos estudiantes, follando con la única mujer a la que he amado. Usted sabe bien lo que duelen estas cosas del amor. Nunca le dije nada, en el fondo se lo tengo que agradecer, no hay lugar para el amor en el mundo que he

creado, pero somos amigos desde la infancia y esa gamberrada se la tenía guardada. Una pequeña venganza, una broma que sin duda me perdonará. Le dejarán salir pronto, es demasiado evidente que no tiene nada que ver en el negocio. A Alfonso háblele de cafetales, pero no de ordenadores. Me encargaré de que salga cuanto antes. Tengo amigos en todas partes.

Imagino que dejará a Chicha al cargo de su pequeño juguete en el apartamento. Perderán el tiempo. No soy perfecto, pero para eso he creado las herramientas necesarias que me eviten cometer errores y, de momento, tengo más tiempo y más dinero que usted para ir por delante. Jamás me cogerá. Disfrute de la vida.

Siento lo de Claudia. Esa mujer no le convenía, deme las gracias como yo se las doy a Alfonso.

Le deseo lo mejor, quién sabe, quizás esa pelirroja que le ronda le haga olvidarla. Cásese con ella y háganse bonitas fotos en el viaje de bodas, las veré con mucho gusto en las redes.

Siento lo de esa pobre niña Daniela y lo de tantas otras. Daños colaterales, espero que me lo sepa perdonar.

Le estaré observando, estaré observándoles a todos.

Atentamente.

Santiago Álvarez”

Aparentemente la historia acababa mejor de lo que pudo imaginar. Aquel mensaje no debería haberlo leído ese mismo día en el aeropuerto, sino mucho más tarde, por primera vez en ese juego iba por delante de Ramón Dorado.

Santiago Álvarez salió esposado, custodiado y sonriente al pasar frente a él. Todo lo contrario que Sebastián Neira, quien inútilmente forcejeaba enfurecido con los guardias que lo retenían.

Santiago, dirigiendo la mirada hacía él, hizo el mismo saludo que había hecho ante las cámaras del aeropuerto, mostrándole una inmensa sonrisa con la que le expresaba su felicitación y su asombro por la jugada realizada por ese digno rival y su compromiso por la revancha que seguramente ya había empezado a tejer.

Sin duda le gustaba jugar y había encontrado un contrincante de su talla.

Martín así lo entendió y le devolvió la misma sonrisa. Sabía que Santiago estaba detenido, pero Ramón Dorado, preso o libre, seguiría jugando y estaría observando su vida, esperando el mejor momento para devolverle la mala pasada que hoy estaba viviendo.

Mientras tanto, el *sniffer* que había instalado en el apartamento no dejaba de analizar cada paquete de información y los programas

desarrollados para la ocasión no paraban de dejar miguitas de pan en los numerosos caminos por los que Ramón había llegado hasta él. Tenía la intención de seguir adelante hasta desmantelar toda la red.

Recordaba el final de la historia del joven con la ropa nueva trayendo las cabras al mercado.

"Todo se te muestra delante de ti. Cada persona, cada lugar, no hace sino contarte su historia hasta ese preciso momento si observas con atención. Sus deseos, su estado de ánimo, sus ilusiones, todo está reflejado en cada detalle que muestra y en cada uno que oculta. Mira a ese joven que trae el rebaño de cabras, ¿qué ves?". Le había preguntado.

Él no veía en Santiago a alguien hundido, sino a alguien con un nuevo reto. Tuvo claro que la partida no había terminado y se preguntó si terminaría alguna vez.

Su maestro le había regañado por juzgar. "¿Crees que eso es lo que él ha pensado cuando salió del pueblo?, él solamente busca y eso es lo que está contando a los que quieran verlo", le había dicho.

Entonces, casi treinta años antes, se quedó mirando sin entender muy bien a su maestro.

—¿Eres juez?, Martín.

—No.

—Entonces no prejuzgues, toma la información que te regalan y ponla en tu cabeza. Hoy no significará nada para ti, pero sigue observando y algún día entenderás y sabrás leer lo que cada uno te quiere contar.

Hoy, todas esas migas de pan no le llevarían a ninguna parte, ni tal vez mañana, era cuestión de tiempo, tenía que saber esperar.

Abrió el teclado del teléfono y se limitó a escribir.

"Querido Ramón,
Mi pesar por la detención de don Santiago.
Saludos, Martín"

No guardó el fichero, sabía que no hacía falta.

Chicha estaba a su lado y al ver aquello quiso entenderlo.

—¿Qué significa esto?

—Hemos encerrado a Santiago Álvarez, pero Ramón Dorado siempre estará libre, es cuestión de tiempo que vuelva a nacer. Sólo su arrogancia nos puede ayudar para que lo haga con el mismo nombre, pero su inteligencia le aconsejará no hacerlo y deberemos buscarle detrás de la identidad de cualquiera de los miles que se asoman a diario a las redes.

Unos metros más allá, Erika, Raúl y su amplio séquito de acompañantes, la mayoría de ellos con el teléfono en la mano haciendo extensiva la noticia, celebraban el éxito de la captura con la que se cerraba la reputada "Operación Amazonas" y daba por satisfechos a todos.

Los dos sombreros grises, que permanecían sentados con el teléfono de Santiago sobre la mesa, los miraban sin entender esa desmedida alegría por la victoria de una simple batalla.

Llamó por teléfono para concretar su regreso a España.

—¿Nos vamos, Conchita?

—Lo estoy deseando, echo de menos la rutina.

—¿Te encargas de prepararlo?, pide ayuda a Erika.

—Yo me encargo.

—Gracias, ya me dirás cuándo.

Hizo lo mismo con Laura.

—Hola, Laura, ¿nos vamos a España?

—¿Así, sin más?, ¿vas a dejar lo que tienes aquí? —preguntó sorprendida.

—No tengo nada. Nada fue nunca mío.

—¿Regresamos a SERAVTEL?

—Jamás, Laura, jamás —contestó riendo.

—¿Qué vas a hacer?

—Aún no lo sé, pero seguro que, sea lo que sea, esta vez será para intentar ayudar a muchos. Estaré más cerca de lo que tú siempre has hecho que de lo que yo he hecho hasta ahora.

—¡Te seguiré! —gritó ilusionada desde lo más profundo de su alma para, a continuación, sentir cómo enrojecía de vergüenza ante ese comentario espontáneo y sincero.

—Más bello será el camino, Laura. Sin duda más bello será el camino.

—Entonces… vámonos mañana. Contigo cambiaré el mundo —gritó feliz por haber encontrado para sus causas un aliado como Martín y, por qué no, también por poder estar cerca de él.

—Te llamará Conchita para decirte cuándo nos vamos.

Al día siguiente reunió a los empleados de SERAVTEL para anunciar su marcha.

Nadie entendía esa decisión en un hombre que estaba en el mejor momento de su carrera y que había hecho cambiar la vida de los que allí trabajaban y la de otros muchos miles.

Cuando acabó su corto discurso, en el que deseaba suerte a todos

y agradecía la ayuda recibida en los últimos meses, fue despidiéndose uno a uno, al igual que hizo al entrar aquel cinco de septiembre.

—Siento no haberme quedado para ver el primer campeonato de tejo —les dijo a Alejandro Ramírez y a Pedro—, invítenme a una de las convocatorias, si puede ser a la primera. Prometo venir.

—Será un placer —contestó entristecido por su marcha Alejandro.

—Muchas gracias, Alejandro. Gracias por tu entusiasmo y por la dedicación al proyecto y gracias por tus ideas, Pedro.

Cuando esa tarde se quedó solo con Chicha se fundieron en un largo abrazo.

—Adiós, *Sadigua*.

—Adiós, *nyquy*.

El viernes cuatro de abril de dos mil catorce, a las nueve y veinticinco de la mañana, doscientos doce días después de haber llegado a Bogotá, salía de Colombia para rehacer su vida y jugar su próxima partida.

Un reto para cualquiera, solo un paseo a El Dorado para Martín.

Al subir por las escalerillas del avión sintió la tentación de darse la vuelta y echar un último vistazo a la ciudad y a sus verdes cerros. No lo dudó, había vivido intensamente en esa ciudad. Se volvió, recorrió el perfil de las montañas, inhaló el aire bogotano cerrando los ojos para sentirlo mejor, juntó el índice y el anular de su mano derecha llevándoselos a los labios y lanzó un beso mirando al cielo.

No seré yo quien…
no te deje recorrer el mundo,
quiera ocultar tus recuerdos,
no quiera contar tus historias
o censurar tu belleza.

Si bien, déjame recordarte que …
has de cuidar tus sueños,
proteger tu sonrisa,
liberarte de ciertas miradas
y guardar tus secretos.

[1] Buque rompehielos en el que se llevó a cabo en 1914 la Expedición Imperial Trans-Antártica emprendida por Sir Ernest Shackleton. Construido en 1912 en Sandefjord, Noruega, se hundió tres años después, atrapado por las placas de hielo del mar de Weddell, en la Antártida.
[2] Ernest Henry Shackleton. Los exploradores del Endurance estuvieron aislados más de dos años. Gracias a la habilidad de su líder consiguieron regresar todos con vida.
[3] Experto en el manejo de la seguridad de los ordenadores.
[4] Clasificación en función de los diferentes intereses de las personas con grandes habilidades en el manejo de ordenadores. El sombrero blanco actúa como hacker, haciendo pruebas de penetración para detectar vulnerabilidades y mejorar la seguridad de los sistemas de comunicación e información de una organización.

[5] Economista, estadístico e intelectual estadounidense ganador del Premio Nobel de Economía de 1976. Fundador de la Escuela de Economía de Chicago, defensora del libre mercado. Junto a John Maynard Keynes y Friedrich Hayek, Friedman es considerado uno de los economistas más influyentes del siglo XX.
[6] Planta originaria de Brasil, que se ha convertido en todo un clásico de las plantas de interior gracias a su gran porte vertical. Sus hojas están matizadas en distintos tonos de verde, perdiendo las inferiores según va creciendo, dejando desnudo un tallo robusto, muy decorativo.

[7] Árboles xerófitos tropicales de origen mejicano, que alcanzan hasta los diez metros de altura, de hojas perennes, lineales, con textura coriácea y márgenes finamente serrados. Como plantas de interior, su crecimiento se adapta a las condiciones del recipiente en las que están plantadas.
[8] Persona que accede ilegalmente a sistemas informáticos ajenos para apropiárselos u obtener información secreta.
[9] Clasificación en función de los diferentes intereses de las personas con grandes habilidades en el manejo de computadoras, el sombrero negro actúa como cracker.
[10] Kevin David Mitnick. uno de los hackers, crackers y phreakers estadounidenses más famosos de la historia.
[11] Individuos que orientan sus estudios y ocio hacia el aprendizaje y comprensión del funcionamiento de teléfonos, tecnologías de telecomunicaciones, funcionamiento de compañías telefónicas y sistemas que componen una red telefónica.
[12] Aparato electrónico que emite diversos tonos por la línea telefónica y que se utiliza para realizar pirateo telefónico.
[13] Directorio electrónico creado por Andrew Weinreich, que conectaba al usuario con sus conocidos y, a su vez, a las personas que estos conocían y así sucesivamente, en una progresión geométrica.
[14] Alstroemeria, generalmente llamada astromelia, lirio del Perú o lirio de los Incas, es un género de Sudamérica con alrededor de 120 especies, principalmente de regiones frescas y montañosas en los Andes.
[15] Niña.
[16] Sucia, maloliente.
[17] Se dice de alguien de poca inteligencia o demasiado ingenuo.
[18] Pasar de una situación a otra superior, conseguir un extra o un plus. Cambio a una categoría superior en el viaje.
[19] Hay que estar atento.
[20] Chica fea o no muy atractiva.
[21] Muiscas o Chibchas, pueblo indígena que habitó el altiplano cundiboyacense y el sur del departamento de Santander, en Colombia, desde el siglo VI a.C.
[22] Lengua del pueblo Muisca.
[23] Hombre sabio que, según la tradición, trasmitió a los Muiscas muchos conocimientos, entre ellos el hilado del algodón.
[24] Niño en forma familiar, coloquial y cariñosa, no ofensiva ni despectiva.
[25] Droga.
[26] Amigo, aliado o compinche.
[27] Ladrón.
[28] Torta muy delicada de harina, huevo, manteca y azúcar.
[29] Autobuses.
[30] Acrónimo en inglés de Subscriber Identity Module, en español, módulo de identificación de abonado.
[31] Hermano en Muisca, se pronuncia niki.
[32] Españoles recién llegados a Colombia.
[33] Palmera que no suele medir más de dos metros con hojas compuestas, pinnadas, de hasta un metro de longitud, formadas por veinte pares de foliolos de quince a veinte centímetros de largo y de dos a dos y medio centímetros de ancho.
[34] Café.
[35] Conjunto de técnicas que persiguen el engaño de las víctimas, tratando de obtener datos personales confidenciales haciéndose pasar por personas, empresas o servicios de confianza.
[36] Tipo de programa maligno que a menudo se camufla como software legítimo. Los ciberladrones y los *hackers* pueden emplear los troyanos para intentar acceder a los sistemas de los usuarios.
[37] Software que se encarga de capturar y analizar paquetes en tránsito de entrada y/o salida en una red de

comunicaciones entre dispositivos.
[38] Representación navideña del nacimiento de Jesús.
[39] Plato típico de la región Colombiana del Tolima y Huila, compuesto por carne de cerdo y arveja cocinada.
[40] Alimento de origen mesoamericano, preparado generalmente a base de masa de maíz o de arroz rellena de carne.
[41] Sopa típica de Bogotá a base de pollo y variedades de papa.
[42] Orquídea originaria de Colombia, fue incorporada a los símbolos nacionales a partir de noviembre de 1936. El pétalo central luce los colores de la bandera colombiana.
[43] Puta barata.
[44] Galanteo con una mujer.
[45] Ropa elegante, de vestir.
[46] Reprender.
[47] Pensar sobre ello.
[48] Software que establece la lógica de más bajo nivel que controla los circuitos electrónicos de un dispositivo.
[49] Hurra
[50] Personas que no generan un buen sentimiento o que causan una mala sensación.
[51] Parafilia consistente en sentir deseo sexual hacia una estatua, muñeco, maniquí u otro objeto figurativo similar.
[52] Red de comunicaciones distribuida y superpuesta al Internet convencional.